

RAFEL NADAL
EL HIJO
DEL
ITALIANO



ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

CITA

PRIMERA PARTE. *La familia catalana*

LA PRIMERA CONVERSACIÓN

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
EL ÚLTIMO ENCUENTRO

SEGUNDA PARTE. El muchacho que silbaba canciones napolitanas

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14

TERCERA PARTE. La muchacha que plantaba claveles de poeta

15
16
17
18

19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49

CUARTA PARTE. La familia italiana

I
II
III
IV

POST SCRIPTUM

NOTA DEL AUTOR

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Mateu crece en una familia rota que no siente como suya. Desde pequeño lucha por dejar atrás los gritos y la miseria de la Mina, la casa más pobre de Caldes de Malavella. Pronto descubre que sus orígenes están relacionados con la estancia del millar de marineros italianos que se refugiaron en el pueblo.

Eran los supervivientes del acorazado Roma, bombardeado por los alemanes el 9 de septiembre de 1943 como venganza por el armisticio entre Italia y los aliados.

Sesenta años después, a la muerte de su madre, Mateu comienza a hacerse preguntas y decide buscar a su padre: ¿quién era ese italiano que silbaba canciones napolitanas y llevaba a lavar la ropa a su madre?

Rafel Nadal



El hijo del italiano

Traducción de Josep Escarré

 Planeta

*A Mi hermano Toni, muerto en el mar
la víspera de Sant Pere de 1991.*

*A todos aquellos que a lo largo de la historia
han muerto ahogados en aguas del Mediterráneo
y a todos los que siguen muriendo ante la
indiferencia de los gobiernos de las dos orillas.*

Mas apenas se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, uncieron los corceles, subieron al labrado carro y guiáronlo por el vestíbulo y el pórtico sonoro. Pisístrato azotó los corceles para que arrancaran, y éstos volaron gozosos. Y habiendo llegado a una llanura que era un trigal, en seguida terminaron el viaje, ¡con tal rapidez los condujeron los briosos caballos! Y el sol se puso y las tinieblas ocuparon todos los caminos.

HOMERO, *Odisea*, canto III
(Telémaco viaja a la corte de Esparta
en busca de noticias de su padre, Ulises)

PRIMERA PARTE



La familia catalana

LA PRIMERA CONVERSACIÓN

*Cementerio de Caldes de Malavella,
6 de junio de 2016*

Mateu hablaba sin mirarme; describía en voz alta el entierro de su madre, trece años atrás, como si se estuviera oficiando ante nosotros en aquel mismo instante:

«—Dadle, Señor, el reposo eterno y que la luz perpetua la ilumine. Descanse en paz —dijo el sacerdote mientras asperjaba una última vez el féretro.

»Entonces, entre seis cargamos la caja con los restos mortales de mamá hasta el nicho, en el segundo piso, y nos retiramos para protegernos a la sombra de dos cipreses que crecían uno junto a otro, idénticos, como dos hermanos gemelos. Durante un buen rato solo se oyó el sonido metálico de la paleta con la que el operario golpeaba sobre los ladrillos para nivelarlos y tapiar la sepultura. “Clac. Clac. Clac.”

»El grupo, minúsculo, formaba en semicírculo. Los hombres llevábamos brazaletes negros; las mujeres vestían de luto de la cabeza a los pies. Contemplábamos la escena en actitud de recogimiento, hipnotizados por los movimientos repetitivos del hombre que iba echando sobre los ladrillos el mortero que cogía de la gaveta. Si le faltaba un poco, se ayudaba con la mano; a continuación, recogía lo que sobraba, lo volvía a meter en el recipiente y lo amasaba con el resto del cemento para coger una nueva paletada y colocar otro ladrillo. El albañil terminó de tapiar la tumba. “Clac.”

» Se hizo un gran silencio.

»Miré de reojo a Feliu, que estaba a mi lado. En su rostro no encontré rastro de emoción alguna. Cuando me di cuenta de que yo mismo tampoco experimentaba tristeza alguna, me sorprendí. ¿Era posible que, muy al contrario, me sintiera reconfortado? Por fin mamá encontraría un poco de paz, lejos de la mala gente del pueblo que siempre la había señalado con el dedo. Desde que era capaz de recordar, siempre la había visto resignada a esa vida tristísima, hecha de renunciadas y privaciones, sin espacio para los sueños. En el caso de que alguna vez hubiera alimentado alguno.

»Entonces, una mariposa reina de alas enormes, amarillas y negras,

apareció desde detrás de los cipreses, dio dos vueltas delante de nosotros y se posó encima de la sepultura de mamá, plegó sus dos alas, una encima de otra, y se quedó inmóvil, como si la hubiera atrapado el mortero recién colocado. Pero poco después desplegó de nuevo las alas, se separó de la tumba y se alejó volando en zigzag por encima de la valla del cementerio en dirección a los huertos de Surroca y el bosque de los Enamorados. Fue entonces, no sé cómo ni por qué, cuando recordé la foto de los marineros italianos en el campo de fútbol. Como si nunca me la hubiera quitado de la cabeza, ni un solo día, desde que Cinteta de can Vidalet se había presentado en la peluquería, treinta y cinco años atrás, y había preguntado a Neus:

»—¿Quieres ver al padre de tu marido?».

Llevaba días persiguiendo a Mateu para preguntarle por los italianos y sobre cómo se había animado ahora, de mayor, a buscar a su padre. Él no se decidía, pero finalmente me había escrito un mensaje: «Rafel, si bajas el 20 de junio puedes acompañarme al cementerio por el aniversario de la muerte de mamá». La invitación me había parecido un buen comienzo y la había aceptado.

Estábamos sentados en un banco de madera, frente a la lápida de Joana, que está enterrada en un nicho del segundo piso del muro de levante del cementerio de Caldes. Dos cipreses altísimos nos protegían del calor abrasador, que caía como una maldición sobre el recinto. Desde que habíamos llegado no nos habíamos movido del banco, porque con aquel bochorno cada movimiento requería un esfuerzo extraordinario. Por encima de la valla sobresalían las copas de los robles y las encinas, agitadas por el viento del sur, que llegaba cargado de polvo directamente del norte de África. El ambiente era sofocante. En los tejados de los mausoleos de las familias ricas crecían flores de color rosa, amores o dragones, que también volaban empujados por el vendaval.

Mateu callaba y lo aproveché para repasar las cuatro hileras de nichos, que estaban adornados con cruces y ángeles de mármol, y también con fotos de juventud de los difuntos y ramos de flores artificiales. No quería apremiarlo.

Antes de aquel primer encuentro en el cementerio, la mitad de la población de Caldes me había advertido de que me encontraría con el hombre más reservado del mundo —callado, esquivo, arisco, así lo habían descrito— y yo había decidido respetar su proceder. Pero mi prudencia resultó estar de más: en cuanto llegó al cementerio, Mateu contraviniendo los malos augurios de sus vecinos, había empezado a recordar. Ahora, tras una pausa muy breve, quizás sin darse cuenta, retomó el hilo del relato y yo me dispuse a escuchar.

«Neus trabajaba en una peluquería, en unos bajos de la calle de Santa Maria, muy cerca de la barbería. Un día que estaba sola entró Cinteta, la mujer del barbero, y la sorprendió con aquella pregunta sobre mi padre.

»—¿Quieres ver al padre de tu marido?

»Neus no entendió de qué le hablaba y la miró recelosa.

»—¿Quieres conocer al padre de Mateu? —insistió Cinteta, que no paraba de sonreír.

»La mujer se hacía de rogar, se hacía la misteriosa. Finalmente se metió la mano en el bolsillo de la bata y sacó una foto antigua, en blanco y negro. Era de un grupo de marineros italianos a punto de jugar un partido de fútbol en la Granja, el antiguo campo de deportes de Caldes de Malavella. Cuando le puso la foto delante de la cara, a Neus se le escapó un grito de sorpresa:

»—¡La Virgen, pero si es Mateu!

»En el centro del grupo de futbolistas, uno de los marineros italianos miraba directamente a la cámara y desafiaba al fotógrafo, con la boca medio abierta y una sonrisa burlona. Tenía la barbilla cuadrada y unas entradas simétricas a ambos lados de la frente. Cualquiera lo habría confundido conmigo. Éramos casi iguales.

»Aquella noche, Neus se llevó la foto a casa y esperó impaciente mi llegada. Cuando abrí la puerta no pudo esperar ni a que me quitara el abrigo; cogió la foto y me la puso ante los ojos. Estaba nerviosa, pero también parecía ilusionada.

»—¡Mira lo que me ha dado Cinteta de can Vidalet! —dijo, hablando tan deprisa que se pisaba las palabras.

»Abrí los ojos como platos, porque lo primero que vi, justo en el centro de la imagen, fue a aquel muchacho que se parecía a mí. Acto seguido también abrí la boca y me dejé caer en una butaca del comedor con la foto en la mano. Estuve callado un buen rato, puede que cinco minutos, que debieron de parecer una eternidad. Finalmente hice una mueca extraña y Neus observó que mi rostro cambiaba.

»—¡No quiero saber nada de la foto, ya se la puedes devolver a Cinteta! —le dije con brusquedad.

»Después de aquel día no volvimos a hablar del asunto y la foto de los italianos quedó olvidada en un cajón de can Vidalet. Más de treinta años. Hasta el día en que murió mi madre.

»A la hora del entierro, cuando el albañil terminó la tapia y el cementerio se quedó en silencio, se me aparecieron todos los fantasmas del pasado y me di cuenta de que siempre había necesitado saber quién era mi padre. Tenía una familia, sí, pero cada vez la veía más incompleta. Tenía mujer y dos hijas, podía mirar hacia delante con orgullo y confianza, pero no podía mirar atrás, porque me faltaba un padre y eso quería decir que no conocía mi pasado. Muchas veces había sentido la tentación de preguntar a mi madre, sobre todo cuando en sus últimos años de vida se había trasladado a vivir al lado de casa, pero no me atreví a hacerlo. Antes, estas cosas no se hablaban, sobre todo entre madre e hijo. En aquella época habría sido una conversación impensable. Pero la necesidad de saber ya se había hecho un hueco en mi cabeza y no paraba de crecer. ¿Quién era aquel marinero italiano que le llevaba la ropa a mi madre para que se la lavara? ¿Cómo era aquel hombre al que muchos viejos de Caldes recordaban porque siempre silbaba canciones napolitanas? ¿Qué había sido de él?

»En el cementerio, el cura y el albañil habían acabado su trabajo, y aprovechando la calma que se había apoderado del recinto, acerqué los labios al oído de Neus y la sorprendí.

»—Cuando volvamos a casa ve a pedirle la foto de los italianos a Cinteta. He decidido buscar a mi padre.»

El viento del sur no cesaba y en el cementerio el calor africano apretaba de lo lindo. Mateu me miró de reojo para asegurarse de que lo escuchaba y, casi sin apenas coger aire, se animó a explicarme cómo la desaparición de su madre lo había liberado de la discreción que le debía en vida. Joana ya no podía revelar a nadie su secreto, y esa certeza lo inquietaba; pero, una vez muerta, las preguntas del hijo no podrían ofenderla y, con este convencimiento, a él se le abría una esperanza: la decisión de buscar a su padre estaba tomada, y desde aquel día ya no se detuvo.

La foto del equipo de los marineros italianos era el único hilo del que podían tirar, de modo que al día siguiente del entierro Neus fue a ver a Cinteta de can Vidalet y le pidió la foto. El muchacho del centro del grupo, el que miraba directamente a la cámara, era clavado a Mateu cuando era más joven: la misma cara, la misma barbilla, la misma mirada, el mismo pelo, las mismas entradas, simétricas, a ambos lados de la frente. ¡Tenía que ser su padre!

Aquella misma noche empezaron a perseguir el rastro de los mil marineros italianos supervivientes del hundimiento del *Roma*, el buque insignia de la marina italiana que el invierno de 1944, después de muchas peripecias, se habían refugiado en Caldes. A través de una asociación de supervivientes y familiares de la tripulación del acorazado hundido en septiembre de 1943 por la aviación alemana, entraron en contacto con algunos de los marineros que habían pasado por Cataluña. Enseguida los ayudaron a identificar a alguien que podía ser el muchacho de la foto y les dieron un nombre: *Ciro Sannino*. Era capitán de la marina mercante, tenía dos hijos, *Giovanni* y *Francesca*, y vivía en Génova.

«Conducía Neus. Yo estaba nervioso.

»—No dijiste nada en todo el viaje, Mateu —me recrimina ella siempre que hablamos de ese famoso recorrido entre Caldes de Malavella y Génova.

»Fue un viaje largo, diez horas en coche, primero por las tierras más conocidas de la Cataluña francesa, después por las autopistas atascadas de Montpellier y finalmente por el tráfico caótico de la Costa Azul. Escuchábamos cintas de casete: Glenn Miller, Ray Conniff, Pérez Prado. Me

pasé buena parte del trayecto con los ojos cerrados. Mientras Neus conducía, yo pensaba en cómo había salido adelante tantos años sin la ayuda de la familia. “¿He sido feliz? —me preguntaba—. Sí, no puedo negarlo. Me he casado con la mujer que quería, he tenido dos hijas y cuatro nietas. He prosperado. Cuando miro a los que vienen detrás de mí, sé que he hecho las cosas bien. Pero busco a los que me precedieron y me doy cuenta de que en mi vida hay algo que falla. Algo que ha supuesto un gran peso para mí. Aún veo las cosas más negras de lo que son. Por suerte, Neus tiene otro carácter; ella es más animosa y por eso nos hemos llevado tan bien.”

»Me pasé el trayecto pensando en estas cosas y rememorando una y otra vez la secuencia que me había conducido hasta ese viaje disparatado, que empezaba el primer día que tuve la foto de los marineros italianos en las manos: ese primer día sufrí una sacudida muy fuerte y comprendí que mi vida había estado marcada por la necesidad de encontrar a mi padre.

»Cruzábamos el sur de Francia, camino de Génova, con muchas esperanzas. Después de ver la foto por segunda vez, habíamos hablado con gente del pueblo, para ver si alguien conservaba algún recuerdo, algún indicio, de aquel muchacho de barbilla cuadrada y entradas en la frente que se parecía a mí. Pero no hubo nada que hacer. No descubrimos nada nuevo.

»Yo iba casa por casa.

»—Soy hijo de un italiano y quiero encontrar a mi padre —les decía.

»Entonces sacaba la foto y les preguntaba si recordaban algo de aquel hombre, cualquier detalle que pudiera ayudarme a encontrarlo. A ellos les sorprendía que me presentara con tanta naturalidad, y a mí porque resultaba que todos lo sabían: el pueblo entero sabía desde siempre que yo era hijo de uno de los italianos. Pero no recordaban nada más y nadie pudo ayudarme.

»Después de preguntar por todas partes sin éxito, nos hartamos de hacer llamadas a Italia. Una vecina había localizado a un profesor, pero resultó ser un falso historiador que solo nos hizo perder el tiempo. Finalmente, gracias a la asociación de familiares de los supervivientes del *Roma* habíamos descubierto el rastro de *Ciro Sannino*. Después de todo aquel tiempo estábamos preparados para ir a su encuentro.

»Salimos de Caldes cuando clareaba. Hicimos el viaje con nuestro

Peugeot 307, de una tirada. A media tarde ya habíamos llegado y fuimos directamente al hotel President, que se ha convertido en nuestro refugio siempre que hemos vuelto a la ciudad. Cuando salimos del hotel estábamos cada vez más nerviosos y nos perdimos; unos carabineros que nos vieron agobiados se apiadaron de nosotros, nos hicieron subir a su Fiat y nos llevaron hasta la puerta del edificio, en la vía San Fruttuoso.

»Llamamos al timbre de la calle sin ni siquiera pensarlo y en el momento en que subimos al piso y tocábamos a la puerta, nos abrió el mismo Ciro Sannino. Nunca nos habíamos visto, no nos conocíamos de nada, pero cuando estuvimos cara a cara ambos abrimos unos ojos como platos, enormes, sorprendidos, desconcertados, como si nos estuviéramos mirando en un espejo.»

No nos habíamos movido en toda la mañana, sentados frente al nicho de la familia Torrent Pasqual donde están enterrados Joana, la madre de Mateu, y Salvador, el hombre que siempre le había hecho de padre. Al otro lado de la tapia, las cigarras interpretaban un concierto estridente, monótono. El tiempo se había detenido en una gran siesta de la que ya no podríamos despertar. Pero un perro ladró en algún punto lejano, cerca del pueblo, y rompió el hechizo.

Mateu se había levantado y se dirigía con pasos decididos hacia la salida; tuve que correr para alcanzarlo. Cerramos con el pestillo la puerta del cementerio y tomamos el camino de vuelta, deprisa, como si llegáramos tarde. No volvió a abrir la boca en todo el trayecto, pero aquel era el primer encuentro y no quería impacientarme.

Cruzamos el bosque, que estaba reseco y parecía a punto de arder. Cuando llegamos a les Roques, tras dejar atrás la balsa de can Rufí, di por hecho que iríamos derechos a su casa, en el ensanche moderno de Caldes, pero me sorprendió y tomó el camino de la mina; pasamos por los antiguos tendedores y bajamos a los lavaderos públicos, al lado de la riera.

Una vez abajo, Mateu se detuvo. Parecía inquieto. Se acercó a la pileta, hundió los brazos en ella y, cuando los retiró, ahuecó las manos para llenarlas de agua, que se echó a la cara. Después de haberse refrescado, me volvió a

sorprender: «¿Sabes lo que vamos a hacer? Baja de vez en cuando para hablar con Neus y con mis hijas, que han vivido la historia con tanta intensidad como yo; con ellas no tendrás ningún problema. Y queda con Feliu, mi hermano mayor; él tampoco tiene reparos. A mí, en cambio, no me gusta tanto hablar. Pero ya veremos...».

Me pareció una buena señal, y no tardé en comprobar que estaba en lo cierto porque caminó unos pasos hacia un lado para buscar la sombra de la fuente del Raig d'en Mel, y cuando me acerqué nos sentamos frente a la casa donde había nacido y comenzó a hablar. Esta es su historia.

I

Siempre me sentí diferente. Había nacido en la casa más miserable de Caldes de Malavella, en lo que ahora llamaríamos una familia desestructurada y no me sentía parte de ella. Mi padre trabajaba en el bosque y solo venía a casa una o dos veces por semana. Se pasaba todo el tiempo gritando y maldiciendo, y pegaba a mi madre. Ella se mataba a trabajar; a las seis de la mañana ya estaba lavando ropa en algunas casas del pueblo, y a las ocho entraba en la carnicería de can Bardala, donde hacía de criada, aunque acabó siendo casi una ahijada.

El italiano apareció un día en los lavaderos del pueblo con la ropa sucia de un grupo de marineros que estaban refugiados en el Balneario Prats, y mi madre se la lavó. Al cabo de un par de días repitió con otro fardo de ropa sucia y mi madre le hizo de nuevo la colada. Debía de pensar que ella hacía bien su trabajo, porque no dejó de presentarse. Primero se dejaba caer un par de veces por semana; luego, cada dos días, y al final parece que ya iba todos los días aunque no tuviera nada que lavar. Eso duró siete meses, los que los italianos estuvieron refugiados en Caldes. Años después, Saurina, la dueña de can Bardala, contaba que mientras mi madre lavaba la ropa, el italiano jugaba con Mercè y Feliu, mis hermanos mayores. Las otras vecinas de la calle también lo recordaban con ese carácter familiar, con mano para los niños.

Cuando yo nací, los marineros italianos ya se habían ido.

II

Me llamo Mateu Torrent Pasqual, pero siempre se me ha conocido como Mateu de la Mina, que era la casa más pobre del pueblo y también la más temida, la que todo el mundo evitaba. En casa éramos cinco hermanos. Mercè, la mayor, que ya está muerta, pobrecilla, se llevaba dieciséis meses con Feliu, el segundo, que era un animal; él se lleva conmigo dos años justos. Nací el 22 de enero de 1945, seis meses después de que los marineros italianos abandonaran Caldes. A partir de entonces, las cosas en la Mina empeoraron aún más, y quizás por eso, el resto de mis hermanos tardaron en llegar: con Conxita —que ahora se hace llamar Concepció, aunque siempre había sido Conxita— me llevo cinco años; con Quim, el pequeño, nueve.

Éramos cinco hermanos, pero no éramos una familia o, en todo caso, yo me sentía un bicho raro en ella. Mi padre y mis hermanos gritaban, se peleaban, maldecían, blasfemaban y dejaban a deber todo lo que compraban. Yo no soportaba los gritos y no me resignaba. Estaba tan harto de los insultos, las peleas y la miseria de la Mina que ya desde muy niño decidí rebelarme y cambiar las cosas. A los diez años empecé a trabajar de botones en el Balneario Vichy Catalán y gané mi primer sueldo; a los once, los tenderos me perseguían por las calles del pueblo para que saldara las deudas de mi padre y de mis hermanos.

Cuando los otros niños acababan las clases, me quedaba en la escuela y estudiaba por mi cuenta, aprovechando que el maestro daba conferencias a los mayores que tenían que examinarse en el Instituto de Girona. A los doce años

comencé a hacer cajones para una embotelladora —en Caldes llamamos «cajones» a las cajas de madera para transportar botellas de agua mineral— y unos meses después decidí trabajar incluso más horas y empecé a repartir hielo por las tiendas y las casas ricas del pueblo. Iba a buscarlo cada mañana a los Tapiots, en el cruce de la carretera nacional, en una bicicleta con remolque. A las seis cargaba el hielo del camión que hacía la ruta de Santa Coloma de Farners a Girona, y a las nueve había repartido toda la mercancía: una docena de barras de veinte kilos, que iba cortando en pedazos, en cuartos o mitades, según las casas. El hielo era un buen trabajo, solo me llevaba tres horas y el resto de la jornada podía repartirla entre los cajones y la escuela. Con los dos trabajos prosperé enseguida: cuando cumplí trece años compré la primera nevera que hubo en la Mina; al año siguiente, les regalé una radio.

Un buen día me reclamó Ramon Agustí para trabajar como aprendiz de electricista; alguien, nunca he sabido quién, le había hablado bien de mí. El abuelo Ramon no solo confió en un chaval de trece años, sino que además tuvo la valentía de ir a buscarlo a la Mina, esa casa infernal que todos los vecinos de Caldes evitaban porque éramos la gentuza del pueblo. Para mí fue una gran sorpresa. Con aquel acto de valentía, él llevó a cabo una proeza y yo tuve mucha suerte. No sé si me explico. Su confianza me cambió la vida.

El abuelo Ramon y yo trabajábamos todos los días del año y todas las horas del día. Para nosotros no había fiestas, ni puentes, ni pasarelas. Él tenía más de sesenta años, era un buen operario y me enseñó el oficio. Y también me inculcó la seriedad, el esfuerzo y la constancia, unos mandamientos que aún hoy sigo practicando al pie de la letra. Conmigo, el jefe se la jugó, porque un electricista tenía que entrar en todas las casas; no era fácil confiar, y si encima era un chico de la Mina, saltaban todas las alarmas. Cuando fui consciente de eso, me concentré en hacerlo quedar bien: nunca se echó nada en falta en ninguna casa y pronto se corrió la voz de que yo era totalmente de fiar. Para mi sorpresa, la gente me aceptó; quizás porque siempre iba acompañado del jefe, quizás porque ya desde niño era un chico muy tranquilo o quizás, simplemente, porque yo les reparaba las averías y, en justa contrapartida, ellos me expresaban su agradecimiento.

El abuelo Ramon correspondió a mi esfuerzo defendiéndome a muerte.

Neus es testigo de ello, porque en aquella época ya habíamos empezado a salir y un día él fue a verla.

—Mira, Neus, si lo que quieres es hacer el tonto, no salgas con ese chico; si sales con Mateu, debes hacerlo en serio. Si no, ¡te las verás conmigo!

III

Yo soy de Flaçà, pero vine a Caldes para trabajar como peluquera. Aún hoy siguen llamándome Neus la Peluquera, a pesar de que hace ya cuarenta años que dejé la peluquería y abrí una tienda de regalos. Mateu me gustó enseguida, y cuando empezamos a salir, las mujeres del pueblo se llevaron las manos a la cabeza.

—Podrías elegir a cualquier otro chico, cualquiera que no sea de la Mina.

—No tengo que casarme con su familia, solo me casaré con Mateu —les contestaba.

Yo era una cría, tenía quince años; ahora, en agosto, voy a cumplir setenta. Vine al pueblo en contra de la opinión de mis padres, sobre todo de mamá, pero cuando se me mete algo en la cabeza no hay nada ni nadie que pueda detenerme. En aquella época iba a una academia de peluquería que estaba en la calle dels Ciutadans, en Girona, y alguien corrió la voz de que una chica de Caldes estaba montando una peluquería y buscaba una aprendiz. Enseguida llegamos a un acuerdo y el 4 de junio de 1962 me trasladé al pueblo.

Los chicos no tardaron ni dos días en desfilarse por delante del establecimiento, para dejarse ver; ya se sabe, siempre que llega una chica nueva llama la atención de la gente joven del pueblo. Pero no había ninguno que me convenciera, no me gustaban. Hasta que un día, Mateu vino a arreglar algo. Yo le había echado el ojo, lo había visto pasar más de una vez con una bicicleta verde y salí corriendo para escribir a mi familia: «Me voy a casar con ese chico».

Se hartaron de llorar.

—Tan joven, tan lejos —decían mis padres.

Pero yo no pensaba echarme atrás; al contrario, lo tenía cada vez más claro. Así fueron los seis primeros meses de noviazgo: yo decidida a seguir adelante y ellos venga a llorar.

No sé qué fue lo que me gustó de Mateu, no sabría explicarlo. Me pareció un chico distinto a los demás; distinto de todos los que conocía y distinto de aquellos con los que había bailado alguna vez. Hasta que lo conocí, solo me había interesado otro de verdad, el hijo de un veterinario de Flaçà, pero en casa me dijeron que era demasiado para nosotros y me olvidé de él. Ya no me fijé en nadie más; hasta que empecé a trabajar en la peluquería de Caldes y pasó Mateu con su bicicleta verde.

Nos bastó con hablar un par de veces para gustarnos. Era majo, serio y parecía mayor. Estaba triste, eso sí, porque en la Mina las cosas no mejoraban.

—No sé cómo puedes salir con ese chico —me decía Núria, la dueña de la peluquería—, siempre sale de casa malhumorado.

Remedios, una clienta castellana, también hablaba mal de él:

—Neus, cariño, ¿por qué sales con ese chico tan soso?

Y el resto de las mujeres del pueblo seguían con la cantinela de que los de la Mina no eran de fiar.

—¿Sales con ese de esa casa?

Cuanto más me lo decían, más salía con él.

El domingo pasado coincidí con Remedios, que paseaba por el pueblo, y le solté:

—¿Te acuerdas de lo que me decías, Remedios?

Yo iba cogida del brazo de Mateu, y la pobre mujer se sonrojó.

—¡Calla, mujer, que tu marido está delante!

Ahora resulta hasta cómico, pero hubo una época en que era como una obsesión; todas las mujeres de Caldes me perseguían para convencerme de que dejara a Mateu.

Bastaba con que me lo repitieran para que Mateu me gustara aún más.

Hoy en día sería impensable que alguien te dijera algo así; todo el mundo puede seguir libremente su camino. Sin embargo, antes era diferente, eran

otros tiempos, de modo que las mujeres de Caldes no se dejaron ablandar por mi enamoramiento y fueron corriendo a advertir a mis padres del peligro que corría si me empeñaba en salir con un chico de la Mina. Cuando mis padres oyeron las cosas que les contaron sobre aquella familia maldita, se presentaron con la intención de que volviera a Flaçà. Para siempre. Era el mes de mayo y hacía justo un año de mi llegada a Caldes. Cuando ya estábamos en la estación, esperando para subir al tren, una tía de Girona, que era mi madrina, aún me defendía.

—¿Por qué no puede salir con quien ella quiera?

Yo acababa de cumplir dieciséis años y lo quería a él. Papá no se entrometía tanto, pero mamá no quería ceder y mi tía no pudo convencerla. El caso es que alguien me vio en la estación esperando el tren y corrió a contárselo a Mateu, que estaba en el campo de fútbol. Al enterarse de la noticia, se desmayó. Entonces, sus amigos, muy asustados, vinieron a avisarme y yo dejé a mis padres y corrí a reanimarlo, porque decían que estaba muy mal y que alguien había ido en busca del médico.

Cuando llegué al campo de fútbol me lo encontré tirado en el suelo, pero de desmayo, nada de nada: había querido mitigar sus penas bebiendo y estaba borracho como una cuba. Pero era evidente que había llorado, el pobre. Me cogía de la mano y no quería soltarme.

—¡No quiero que te lleven con ellos! —gritaba.

Eran los días de la romería de Caldes, y en el pueblo no cabía ni un alfiler. Fuimos al bar Sport, que también estaba de bote en bote. Él gritaba delante de todo el mundo, y tuve que ponerme seria.

—¡Compórtate o me voy!

Pero me había enternecido y ya no me fui de Caldes.

IV

No habría soportado que se la llevaran, pero la mala fama de mi casa había llegado a Flaça y los padres de Neus lo veían todo muy negro. A ver, en esa época todo el mundo hablaba mal de nosotros. Se lo puedes preguntar a Loli, que está casada con uno que tocaba en la Orquesta Maravella: aún sigue diciendo que se moría de miedo cada vez que iba a buscar agua caliente y tenía que pasar por delante de la puerta de la Mina.

—Jamás he olvidado el día que me dirigía a la fuente y, de repente, por la puerta de vuestra casa salió tu padre con un cuchillo en la mano persiguiendo a Feliu, tu hermano mayor —recuerda siempre cuando me ve. Ahora se ríe, pero en aquella época pasaba por delante de casa con el corazón en un puño.

Era así, y había gritos y peleas un día sí y otro también. Por cualquier cosa, por lo que fuera. Si un día era porque no había comida, el otro era porque no había dinero para pagar las deudas. Un hermano gritaba porque quería pasta para salir, otro la pedía para comprarse unas alpargatas y mi madre reclamaba alguna ayuda para pagar el pan, porque llevábamos días sin hacerlo y en la panadería ya no querían fiarnos. Puede que los otros chicos también tuvieran dificultades de esta índole, pero tenían padres que ponían orden y marcaban unas pautas. En mi casa, no. Mi padre, no. Mi padre se pasaba más días en el bosque que con nosotros, y en la Mina todo el mundo iba a lo suyo. Aquello era una cuadra.

¿Que cómo recuerdo a mi padre? ¿Qué puedo decirte? Cuando venía, nunca había tranquilidad en la Mina, siempre había problemas. Pasaba muchos

días fuera de casa, y cuando volvía solo comía, gritaba y se peleaba. Siempre había hostias. El mal rollo se debía a que nunca teníamos ni un céntimo y también a las exigencias de mis hermanos. En aquella época, ninguno de ellos tenía personalidad.

Yo echaba de menos un poco de paz, sobre todo los días de fiesta, por ejemplo, en Navidad y durante la fiesta mayor, que en Caldes se celebra el primer fin de semana de agosto. Pero no había manera, las cosas no cambiaban ni en las grandes celebraciones. En la escuela, cuando oía gritar a los otros niños «¡Viva, ya llegan las fiestas!», pensaba: «¡Menudas fiestas voy a pasar yo!».

Un día de Navidad, a punto de cumplir dieciocho años, cuando estábamos sentados a la mesa, a la hora de comer, pensé: «Puede que hoy acabe bien». Pero, al cabo de un rato, ¡catapum! No recuerdo el motivo de la pelea, solo que empezaron a discutir, fueron subiendo el tono y poco después todos se levantaron de la mesa entre amenazas. Mi madre subió corriendo al piso de arriba. Mi padre fue tras ella, fuera de sí. Cuando comenzaba a subir la escalera, lo pillé y lo agarré por el cuello.

—¡Si la tocas, te mato! —le grité.

Y ya no dejé que la tocara nunca más.

De niño, como no tenía nada, me faltaba todo, pero como no podía tenerlo, no lo echaba de menos. Las únicas cosas que habría querido de verdad eran el silencio y la tranquilidad. Ya lo ves, siempre volvemos a lo mismo: solo necesitaba un poco de paz.

No teníamos nada, pero en el día a día sabíamos apañárnoslas. A veces íbamos a las casas ricas del pueblo, en las que mi madre trabajaba por horas, a ver si pillábamos algún dulce.

—Toma, niño, coge una pastita —nos decían si nos presentábamos un domingo después de comer, a la hora en que mi madre les lavaba los platos. Y a veces también caía alguna moneda para ir a jugar a los futbolines.

De cada visita sacábamos algo, aunque yo era muy vergonzoso y a menudo no me atrevía. En can Butxaca, donde no les faltaba de nada, siempre me

decían:

—Vamos, Mateu, come algo.

Pero yo no me atrevía y me excusaba:

—No, gracias, no tengo hambre.

Mariàngels insistía:

—Toma, coge una onza de chocolate.

Y yo, que jamás había visto una tableta tan apetitosa como la que me enseñaba Mariàngels y me moría de ganas de comérmela, era tan burro que decía:

—No, no, gracias. Ahora no, que acabo de comer.

Y puede que aquel día no hubiera comido nada.

En can Butxaca vendían comestibles. Eran gente de Caldes de buena posición. Lluís, el dueño de la casa, me decía:

—Coge la bicicleta y sube a can Perich para espiar a qué precio venden las setas.

Yo daba una vuelta en bici durante un rato y cuando volvía me inventaba el precio de can Perich, que era la competencia de los Butxaca. Solo me interesaba la bicicleta: nunca tuve una. ¿Qué quieres, si no teníamos nada? Si alguna vez los Reyes nos traían algún regalo era porque se encargaban de ello las mujeres de Càritas. En casa no podían permitírselo. En casa, los Reyes no eran los padres.

V

Que mi padre no era mi padre creo que lo supe desde muy joven, aunque no sabría decir exactamente desde cuándo. Quizás desde que tenía quince o dieciséis años. Neus, que tiene muy buena memoria, dice que cuando empezamos a salir yo ya lo sabía, y que lo recuerda muy bien, porque un día, en aquella época, Saurina le preguntó:

—¿Mateu lo sabe?

—Sí que lo sabe —parece que contestó ella—. El primer día que salimos ya me lo contó.

Lo sabía, conocía la historia de los italianos, pero nadie me había hablado nunca abiertamente de ello y nunca me planteé la relación familiar como algo de padres e hijos. Ni siquiera cuando escuché aquel comentario, un día que estaba jugando a construir puentes y túneles con barro, en el suelo del lavadero, mientras mamá lavaba la ropa:

—¡Mira qué espabilado que es el hijo del italiano! —dijo en voz alta una vieja que pasaba con un grupo de mujeres camino de los tendederos, y lo gritó fuerte para que todo el mundo la oyera.

Más adelante, cuando me enteré de toda mi historia, cuando la conocí de manera más detallada, tampoco me molestó. Nunca me ha molestado. Como mucho, de mayor, he lamentado no haber espabilado antes, no haber intentado averiguar quién era aquel muchacho italiano que llevaba la ropa a mi madre para que la lavara. Lamento no haber empezado antes a buscarlo. Ahora ya nunca sabré cómo era, solo me quedarán los recuerdos indirectos de las

vecinas: que era apuesto, que parecía un hombre con cultura, que era muy educado. Eso es todo. Bueno, y que le gustaba silbar.

Saurina de can Bardala siempre decía:

—Mateu, cuando te oigo silbar, aún sigo viendo al italiano. Siempre llegaba al lavadero silbando canciones italianas.

Saurina era quien había conocido mejor al marinero. Y a mi madre también, porque Joana trabajaba en su carnicería desde que tenía diez años y Saurina le hacía de madre, aunque solo se llevaban quince años. Siempre la reñía y le advertía que el italiano se dejaba ver demasiado a menudo por los lavaderos.

—Ándate con ojo, Joana, que ese va a por ti.

A medida que iban pasando los días, la preocupación de Saurina iba en aumento.

—¡Ten cuidado, porque la cera cerca del fuego se derrite! —le dijo un día.

Pero la cera ya estaba caliente, y mi madre se echó a llorar: ya estaba embarazada.

La gente del pueblo, que no tenía entrañas, empezó con las habladurías.

—Y a este, ¿cómo vamos a esconderlo? —se burlaban cuando empezó a notársele la barriga.

«Este», el niño que estaba esperando mi madre, era yo, y nací rubio como un hilo de oro. El resto de mis hermanos eran de piel y tez oscuras, como mi padre, y ya no pudieron esconderme.

VI

Desde muy niño tuve que aprender a tragarme las lágrimas, porque en el infierno en el que vivía no habría dejado de llorar. Vivía con la obsesión de que si no era fuerte, no podría escapar de aquella maldita familia rota por todas partes. Iba a la escuela o salía a jugar con la pandilla a les Roques, pero sabía que, mientras tanto, la mala leche seguía instalada en la Mina; podía olvidarme durante un rato de ella, pero cuando volvía a casa, el infierno aún continuaba allí. Eso me obsesionaba. Solo pensaba: «Y hoy, cuando vuelva, ¿qué desgracia me estará esperando?».

Durante muchos años, las lágrimas más sentidas las había derramado en la puerta del casino. Allí lloraba desconsoladamente cada tarde de fiesta, porque el cine me volvía loco y yo era el único de la pandilla a quien no dejaban entrar. Mis amigos llegaban a la puerta y decían:

—Vengo a ver a mis padres. Están dentro, viendo la película.

Y los dejaban pasar.

A mí, no. A mí, el portero me cerraba el paso con el brazo extendido y me obligaba a retirarme.

—¡Tú, Mateu, fuera! ¡Ya sabes que no puedes entrar!

Entonces me hartaba de berrear. Los hijos de la Mina estábamos vetados en todos los sitios buenos de Caldes, nos prohibían todas las cosas que a un niño de siete u ocho años le podían gustar.

También me harté de llorar una mañana del día de Reyes, el año que estaba a punto de cumplir nueve y los Reyes de Cáritas me trajeron una pelota de

plástico. ¡La primera pelota de mi vida! Con la pelota bajo el brazo, ese día subí muy contento a reunirme con los niños que jugaban en les Roques con los regalos que a ellos les habían traído sus padres. Acabábamos de empezar a ir tras la pelota cuando alguien la golpeó tan fuerte que fue a parar al pozo de agua caliente de la mina y reventó. Allí se acabaron los primeros Reyes de mi vida y no pude contener las lágrimas. No sé si en alguna ocasión has experimentado la sensación de tener por primera vez algo que has deseado toda la vida y perderlo al cabo de nada. Aquel día aprendí que era mucho peor perder la pelota que no tenerla. Me sentí enormemente frustrado y me pasé todo el día de Reyes sollozando. Creo que es el día de toda mi vida que más he llorado, pero también fue uno de los últimos, porque al cabo de poco tiempo uno de los chicos de los cursos superiores me zurró y me hice mayor de golpe.

—¡Bastardo de mierda! —me gritó en la puerta del casino Clenxa, que era del curso de Feliu y debía de tener dos o tres años más que yo. Quería que le comprara un paquete de caldo para liarse cigarrillos; fue cuando yo acababa de empezar a trabajar como botones y había cobrado mi primer sueldo. Pero se lo había dado todo a mi madre, y como no podía pagarle el tabaco, se enfadó.

No sabía qué quería decir «bastardo de mierda», pero comprendí que me insultaba cuando soltó una gran carcajada y, con una voz poderosa que pudieron oír todos los chicos de la escuela, me gritó:

—¡Tu madre se abrió de piernas al italiano! —Luego se volvió hacia los demás y repitió—: ¡Mateu, el de la Mina, es bastardo y su madre una puta!

«Putas» sí lo entendí. Y todos los chicos de mi clase también, porque se reían como locos y empezaron a gritar:

—¡Putas! ¡Putas!

Noté una lágrima a punto de deslizarse por mi mejilla, tan grande como la tristeza que sentía por las carcajadas, que cada vez eran más fuertes y resonaban de un extremo a otro de la plaza del casino. Busqué a Feliu con la mirada, pero él también se estaba riendo junto a Clenxa, y no se daba por insultado. Lamí la última lágrima que pedía paso, y al notar su sabor salado sentí algo extraño, una fuerza que me subía de las entrañas, quizás toda la

rabia acumulada. Me pasé la manga por la cara, me froté la mejilla y conseguí hacerla desaparecer. Entonces me lancé sobre Clenxa y le clavé el puño en la barriga. La sorpresa lo hizo caer, pero cuando se levantó, tenía los ojos rojos de rabia y me estampó el puño en la cara: una, dos, tres veces, hasta que la sangre empezó a salir y me caí al suelo, medio aturdido. Jamás me habían dado tan fuerte, pero cuando me incorporé y Clenxa se me echó encima otra vez, ya no sentía el dolor. Para cuando el portero del casino lo inmovilizó, porque si no me habría matado, yo ya había dejado de llorar y había decidido que a partir de aquel día no volvería a verme nadie nunca más.

Para poder entrar en el cine gratis me convertí en proyccionista del Casal, el cine de los pequeños, que compartía locales con la escuela en el edificio donde ahora se encuentra la biblioteca municipal. Me encantaban las películas sin pretensiones, pero no soportaba las de niños, no me gustaba que les ocurrieran desgracias. Las mejores eran las de *cowboys* y las de guerra; aún son las que más me gustan. Me encargué de las proyecciones durante cinco años. Cada domingo programábamos dos películas: yo las pasaba y Neus atendía la taquilla. Las películas llegaban en tren. Una de una hora y media requería unos cinco mil metros de película, que me entregaban repartidos en cuatro o cinco bobinas. Tenía que empalmarlas y pasarlas a una bobina más grande, y, por supuesto, las cosas no siempre encajaban: a veces salían las escenas boca abajo, y de vez en cuando, hacia el final de la sesión, podía reaparecer algún personaje que ya había muerto en la primera parte de la película.

Como siempre estaba ocupado, tenía poco tiempo para hacer el tonto y mucha gente empezó a decirme:

—¡Eres tan serio, Mateu!

Me lo decían como un reproche, pero a mí me parecía bien. ¿Me habría gustado ser más abierto? ¿Más divertido? Sí, claro. Pero supongo que no me salía y no quería obligarme a serlo. Era como era. Hasta que empecé a hacer teatro y no se me dio nada mal. Representamos muchas obras populares, entretenidas, con títulos como *El amor venía en taxi*, *La novia llevaba cola* o

Payeses de Barcelona. Esta última la recuerdo muy bien, porque interpretaba el papel de un niño al que le explota un globo y se echa a llorar con la cabeza apoyada en el pecho de la protagonista femenina, que era Neus. Yo me tomaba mi tiempo y la abrazaba con fuerza. Ella me amenazaba al oído: «De esta te vas a acordar». Pero al público le encantaba. Cuanto más me abrazaba al pecho de Neus, más aplaudían. La gente reía, silbaba, gritaba y pateaba el suelo y yo aprovechaba el éxito para alargar la escena todo lo que podía. En aquellos años era la única forma de tocarla.

VII

En la época en que lo conocí, cuando aún no éramos novios, Mateu estudiaba un curso de electricidad por correspondencia. Él mismo se había construido un escritorio en un rincón que había debajo de la escalera de la Mina, y todas las noches se sentaba para llenar los cuestionarios que le llegaban por correo. Al escritorio le añadió un cajón para guardar las cosas del curso y también para esconder los cuatro chavos que no le daba a su madre, los que se quedaba para salir conmigo. Pero sus hermanos le abrían los cajones y se los robaban.

—Mira, Neus, no me arrepiento. —Feliu, el mayor, con quien Mateu mantiene una relación muy especial, siempre se ríe de ello—. Ahora también le volvería a mangar la pasta; Mateu no la hacía circular. Yo, al menos, me iba de fiesta a bares con mala fama y la movía.

Mateu lo aguantaba todo como una fatalidad más, como otro de los males que debía soportar en aquella familia enferma. Los hermanos también le cogían la ropa y, más adelante, la moto. Él se acostumbró. Durante muchos años, los mantuvo y pagó sus deudas. De mayor, Mateu les llevaba leña y comida para que no pasaran frío ni hambre. Más adelante, instaló a su madre en una casa al lado de la nuestra, le puso la calefacción y contrató a una chica para que cuidara de ella.

En cambio, Feliu espabiló. Empezó a salir con la hija de un carabinero de la costa y al principio seguía siendo igual de tarambana, porque todos los sábados salía de juerga. Sin embargo, un buen día cambió: cuando volvía a casa de madrugada, se cambiaba de ropa y se iba a misa con la hija del

carabinero. Al final se casaron y él sentó la cabeza. Desde entonces viven en Mataró, donde tienen una tintorería que les ha hecho prosperar.

Ahora, las dos parejas nos llevamos muy bien y a menudo pasamos el fin de semana juntos.

—Yo le ponía el dinero a trabajar —repite siempre Feliu entre grandes carcajadas cuando salimos a cenar.

—No entiendo por qué Mateu aún sigue hablándote —le contesto yo para provocarlo.

VIII

Mateu no soportaba los gritos; yo, en cambio, quizás porque era el hermano mayor, ya me había acostumbrado a la miseria. Hasta que me casé con Paqui, abrí la tintorería en Mataró y dejé atrás las penalidades. Los amigos me decían:

—Feliu, ¡la hija del carabinero te ha domado!

La Mina tenía mala fama, porque la gente de Caldes iba a buscar agua a la fuente y cuando pasaba por delante de casa oía cómo gritábamos.

—¡En la Mina siempre se están matando! —decían luego por todo el pueblo.

Era verdad. Mi padre y yo discutíamos a menudo. Yo tenía mala leche y él también; yo levantaba la voz y él también. Siempre le contestaba y luego tenía que echar a correr, porque si me hubiera pillado me habría dado una paliza. En cambio, a Mateu nunca lo he oído gritar. Yo sí, yo tenía aquel pronto cabrón, siempre contestaba a mi padre y ya la teníamos liada.

En la Mina no había agua corriente. Ni váter. Ni letrina. Abajo estaba la cocina, con un fuego en el suelo y un establo que se usaba como gallinero y también para hacer las necesidades: nos metíamos allí y cagábamos a tientas, en cualquier rincón. En el piso de arriba había dos habitaciones: en una de ellas dormían mi madre y los dos pequeños, Conxita y Quim; en la otra había dos camas, la de Mercè y la que compartíamos Mateu y yo. Hasta que me casé, cuando cumplí veinticuatro años, él y yo dormimos juntos en la misma cama.

La casa era muy vieja y pasábamos mucho frío, y eso que la gente rica de

Caldes nos daba ropa usada para ayudarnos a pasar el invierno. No comíamos demasiado bien, aunque nunca llegamos a pasar hambre. Mi madre trabajaba en una carnicería y siempre se hacía con alguna punta de butifarra o un trozo de carne desechado; con aquellas sobras, algunas patatas de un bancal que cultivaba mi padre y un pan de tres kilos, de los de antes, íbamos tirando. No recuerdo mucho más. Bueno, quizás que, al mediodía, después de comer, me escapaba a cazar nidos y a pescar barbo en la balsa de can Rufí. En casa no había nada que hacer y, la verdad, yo tampoco era muy aficionado a ir a la escuela. El maestro estaba muy pendiente de Mateu, pero cuando me veía a mí se echaba a temblar. Como iba a mi aire y me pasaba el día en el bosque, tuve una infancia bastante buena. En fin, buena a mi manera, en la medida en que podía ser buena una infancia rodeada de miseria.

Con mi madre, si había bronca, era por el dinero, que no alcanzaba para las necesidades de la casa y siempre estábamos endeudados. Eso sí, mi madre tenía algo que me cabreaba mucho: por la noche, cuando volvíamos a casa, Mateu siempre tenía el plato en la mesa; yo, que era mayor que él, no. A veces le mangaba el plato y me comía su cena. Poco después, cuando Mateu tenía diez años y trabajaba como botones en el Balneario Vichy Catalán, volvía a casa destrozado, porque los huéspedes no paraban de mandarlo a hacer recados durante todo el día; con aquellos zapatos del uniforme, los pies se le ponían muy rojos, se le escaldaban, y cuando llegaba a la Mina, mi madre le tenía preparada una palangana con agua y sal.

Ahora puedo entenderlo, pero en aquella época me cabreaba. Mi madre lo consentía porque él lo ahorra todo y se lo entregaba. La primera radio que entró en la Mina nos la compró él. Y la primera estufa creo que también. Yo, en cambio, gastaba más dinero que el que guardaba. Si tenía un duro en el bolsillo, corría a comprar tabaco. Pero cuando era joven no lo entendía, solo veía que él tenía el plato en la mesa y yo no.

Mateu estuvo enfermo durante mucho tiempo. No sé si pilló una pleura o lo que fuera, pero mi madre lo tenía en la cocina, en una cama, y lo mimaba. De niño ya quedó claro que no tenía mala leche; para mí era un poco paradito. Si yo iba por la calle y alguien me decía algo, contraatacaba. Si un rico —en aquella época los ricos eran ricos y los pobres, pobres— me hacía un

comentario que me cabreaba, me paraba y me peleaba con él. Quien me la hacía me la pagaba. Mateu, no. Si alguien lo provocaba, él aceleraba el paso y se alejaba para no pelearse.

Siempre me referí a él como «el mimadito», porque siempre fue el consentido de mi madre, hasta que ella murió. De mayores, todavía seguía malcriándolo. Aún me parece estar viéndola: un día fuimos todos a un bautizo, a Puebla de Benifasar, en la provincia de Castellón, a casa de nuestra hermana Mercè, la que ya está muerta; cuando sirvieron en la mesa el pollo asado, lo primero que se le ocurrió a mi madre fue:

—Apartad un muslo para Mateu.

¡Ya estábamos todos casados y con hijos! ¡Y ella aún se preocupaba para que no le faltara un muslo de pollo! Para mi madre, las necesidades de Mateu eran sagradas.

Cuando me eché novia, empecé a gastar más, y el dinero para salir de fiesta siempre fui a buscarlo al mismo sitio. Mateu tenía uno de esos encendedores con un líquido y una figura de una mujer en su interior, de esos que, cuando los movías, la mujer cambiaba de posición y se quedaba desnuda. Yo se lo robaba y al cabo de unos días se lo volvía a vender. ¡Su mismo encendedor! Y eso que él no fumaba, nunca ha fumado. Claro que él lo sabía, que le robaba y que siempre le volvía a vender el mismo encendedor, pero se dejaba para que no me faltara el dinero para salir con mi novia. Siendo un poco más mayor se compró una moto Impala, y cuando mi Lambretta no funcionaba, yo cogía la suya para ir de fiesta en fiesta y él tenía que quedarse en Caldes sin medio de transporte. Siempre tenía la moto limpia y reluciente, y con el depósito lleno. Toda la vida ha sido muy apañado. Y también le cogía la ropa, sobre todo una americana de cheviot, de cuadros, muy elegante.

Mateu, Neus y yo aún nos reímos al recordarlo. Les cuento que un día, cuando ella trabajaba como peluquera, pasé por delante de la tienda con la Impala de Mateu y su americana de cuadros. Los dos salieron corriendo, les hice un gran corte de mangas y aceleré. Era la fiesta mayor de Cassà de la Selva, y tuvieron que quedarse en Caldes con un palmo de narices. Ahora, cuando salimos a cenar, se lo menciono:

—¿Os acordáis de la cara que se os quedó aquel día, en la puerta de la

peluquería?

Y nos hartamos de reír. Ahora haríamos cualquier cosa juntos. El mes que viene será la fiesta mayor de Caldes; saldremos a cenar y después iremos todos a bailar. Y ya está.

Bueno, una cosa más. En la época en que mi padre estuvo ingresado en el hospital Josep Trueta de Girona nos trasladamos durante una temporada a Caldes porque mi madre y mi mujer, Paqui, se repartían los turnos de guardia para hacerle compañía. Un día, Mateu le dijo:

—Paquita, si necesitas dinero, en el cajón de la cómoda de nuestra habitación hay algo guardado. Tú misma, coge lo que necesites.

Así son las cosas.

No, de los italianos no recuerdo prácticamente nada, ni supe nunca más de ellos hasta que Mateu y Neus empezaron a remover el asunto. Hasta entonces solo había oído hablar de los marineros el día que Saurina de can Bardala me contó que ella siempre advertía a mi madre que debía andarse con cuidado con el italiano que le llevaba la ropa para que se la lavara. Ya deben de haberte dicho que se lo advirtió demasiado tarde, porque mi madre ya estaba embarazada.

Luego ya no volví a oír hablar de ellos o no presté atención. Había oído decir que en Caldes había más de un italiano, eso sí, porque puedes estar absolutamente seguro de que había unos cuantos. Pero no, no hablábamos del tema. ¡A mí qué cojones iban a contarme! Eso eran cosas de los tiempos de la guerra.

IX

A veces me preguntaba por qué no podía vivir la vida, ser un vivalavirgen como Feliu y los demás. Pero enseguida me olvidaba de ello. Supongo que me sentía bien siendo como era, siempre trabajando, en paz conmigo mismo. Vivía al día para salir del pozo de la Mina y no me preocupaba por nada más. Ahora me doy cuenta de que, en aquel momento, cuando podría haberlo hecho, cometí el error de no preguntarle nada a mi madre. Pero qué quieres, quizás veía cosas, oía cosas, me sentía diferente, pero no me planteaba qué significaba ser hijo de un padre distinto. Parece contradictorio, ya lo sé: siempre di por hecho que era hijo de uno de los italianos del balneario, pero no le di importancia y no me quitó el sueño.

X

Hasta aquel día en que se «desmayó» en el bar Sport, en el campo de fútbol, Mateu y yo habíamos bailado un baile de cada dos, y eso aún no significaba nada especial. Pero durante la fiesta mayor de 1963 bailamos todas las piezas que interpretaron y nuestra relación pasó a ser algo serio: ya podíamos decir que éramos novios.

A partir de entonces nos veíamos todos los días. Al salir de trabajar, él pasaba por la peluquería y se quedaba a cenar allí. Todas las noches. Y empezamos a pensar en la boda. En casa no podían ayudarnos y tuvimos que apañárnoslas solos: él arregló una casa muy vieja, al lado de la iglesia, y yo, con las propinas de la peluquería, pude comprar algunos muebles.

Pero Mateu aún tenía que cumplir el servicio militar. Cuando llegó el momento, en 1967, la separación fue un drama: desde que nos habíamos conocido, cinco años atrás, nunca nos habíamos separado.

San Gregorio, 23-10-1967

Señorita Neus Llor:

Estimada i molt recordada Neus: lo de sempre.

Para empezar, te daré una mala noticia y es que esta semana no hay pases, ni para Barcelona ni para Gerona. O sea que ya no hay ninguna posibilidad de venir el día 29. ¡Mala suerte! Me hubiera gustado mucho, aún más por ser las Ferias de San Narciso de Gerona.

Esta mañana, después de desayunar, hemos formado y hemos ido a hacer instrucción, como cada día. Pero alrededor de las once se ha puesto a llover a cántaros y nos han dicho «¡Rompan filas!» y hemos vuelto a la carrera hasta la compañía. Si nos hubieras visto, corríamos como locos, pero a pesar de ello hemos llegado empapados. Hemos tenido que limpiar el mosquetón, para que no se oxide, y después nos han ordenado formar de nuevo, para ponernos dos inyecciones. Hemos esperado bastante y después nos hemos subido las mangas de la camisa y hemos ido entrando los doscientos tíos, de uno en uno. Un enfermero nos ha frotado los brazos con alcohol; dos más nos han clavado una aguja en cada brazo y, más adelante, después de seguir la fila con las agujas colgando, otros dos nos han puesto el líquido. Algunos reclutas se han desmayado. Estas inyecciones no sé para qué sirven, pero en lo que va de mes ya nos han puesto cuatro.

A continuación, ya nos hemos ido a comer, o sea que nos hemos ahorrado un rato de instrucción y toda la sesión de gimnasia. Y, por lo que parece, puede que estemos así algunos días, pues el cielo sigue encapotado y ahora mismo está lloviendo. ¡Nos vendrán bien estas vacaciones!

Me alegro de que os pusierais de acuerdo en la obra de teatro que vais a representar. El título suena muy bien y seguro que será un éxito. Más trabajando tú en ella, que en eso del teatro estás hecha toda una artista. Lástima que os falte yo, o sea, «el vedetto». Qué le vamos a hacer.

Cuidado con eso que me dices de la falda, pues a veces parece que solo se ven las rodillas y resulta que se ve algo más. Como bien dices, de eso yo sé más que tú, aunque ahora no me fijo en nada; lo reservo todo para ti. Lo podrás comprobar cuando vengas para la jura de bandera, si conseguimos que nuestras madres nos dejen tranquilos un rato. Sería muy romántico poder pasear solos tú y yo a orillas del Ebro, como en una película de amor. ¿Verdad que sí, cariño?

Sobre lo de tejerme un jersey de lana, tienes razón, será mejor que esperemos al otro invierno ya que aún tengo alguno y además podría darse el caso de que me engorde y después no me quede bien. Estoy de

acuerdo, lo dejamos para el próximo año.

Creo que, por hoy, nada más. Solo que te quiero y que tengo muchas ganas de verte. Me despido con un fuerte abrazo y un beso de los míos, que espero que te gusten; lo comprobaremos el día que vengas, porque te voy a dar un besazo que hasta la Virgen del Pilar se va a poner a temblar.

Adéu, Neus, t'estimo amb bogeria.

Mateu

Puede que de la mili guarde unas doscientas o trescientas cartas. Me escribía casi todos los días, sobre todo cuando, después de hacer el campamento en San Gregorio, lo destinaron a Barbastro. Ahora, cuando se las leo, se sorprende mucho.

—¿Seguro que te decía esas cosas? No puede ser.

Y cuando le pongo sus propias cartas ante las narices, dice:

—Caramba, sí que sentía añoranza.

Yo también lo echaba de menos. Cuando leía aquel «lo de siempre» en clave, que significaba que me quería con locura y que se moría de ganas de que hiciéramos un Mateu pequeño, me hartaba de llorar y no quería comer nada. Hasta que Núria, la dueña de la peluquería, que solo tenía veinticinco años, aunque ya parecía una mujer hecha y derecha, me dijo:

—Si no paras de pensar en él, te mandaré a Flaçà con tus padres, porque te estás poniendo enferma.

Era una suerte recibir las cartas. Tengo un cajón lleno de ellas, todas largas como un misal. Cuando pasaba el cartero, me hacía sufrir un rato.

—Hoy Mateu de la Mina no te ha escrito —decía.

Y pasaba de largo, calle abajo. Más tarde, cuando ya había terminado de repartir las cartas por todo el pueblo, volvía a la peluquería y se reía.

—Venga, toma. Sí que tienes carta de Mateu.

Barbastro, 2-2-1968

Señorita Neus Llor:

Estimat tresor del meu cor: lo de sempre.

Hoy viernes he tenido carta tuya, y ahora que son las dos de la tarde, sentado aquí en el suelo, te voy a contestar.

Sobre eso del abrazo que me dices que tienes que darte con Valentín en la obra de teatro, lo entiendo perfectamente. Creo que la escena te será un poco difícil, pero ya sabes que por mí puedes hacerla sin ningún reparo. ¡Es teatro! Y además Valentín es un buen chico, creo que su único propósito es que la escena salga bien, sin mala intención. También te digo que, si no te esfuerzas en disimular el reparo que te da abrazarlo, la escena os saldrá muy mal, pues la gente se fija mucho en estas cosas. Comprendo que para ti todo esto es un asunto desagradable, la gente es muy mala y siempre hay algunos desgraciados que piensan lo peor. Si no lo haces bien, hay quien dirá que has estropeado toda la obra, y otros pueden decir: «Mira, su novio en la mili y ella aquí dándose abrazos». Por eso te digo, hazlo lo más natural que puedas. Para tu tranquilidad, hay muchas maneras de abrazar; con la posición adecuada, puede quedar una escena fina y muy bien resuelta.

El domingo, después de comer nos dieron fiesta y nos fuimos a Barbastro, al cine. No hacían Becket, como te dije, sino Capricho, una de Doris Day que fue entretenida.

Hace muchísimo frío, todo el día está helando. El sábado, imagínate, llevaba dos pantalones puestos y también el esquijama, dos jerséis y la americana de cheviot. Y aun con todo esto no se me pasó el frío en todo el día. Siempre dormimos con cuatro mantas dobles, pero esta noche ni así he podido dormir. Con toda sinceridad también te digo que aquí se come muy bien, como en un hotel. Y no exagero. Nos ponen tres platos en cada comida, muy bien hechos y muy limpios. Hoy hemos comido un arroz muy bueno, pescado, vino y gaseosa. Y luego, una naranja. O sea, que voy a engordar de lo lindo.

Ayer conseguí una buena propina, pues un teniente me dio cien pesetas por haber instalado un termo de butano en su casa. Casi cada día vamos a casa de los oficiales a los que se les estropea algo y siempre caen algunas pesetas.

Bueno, espero que todo lo que te cuento ya se lo cuentes tú a los de

casa. Adiós, cariño, te quiero mucho. Por hoy nada más. Esperando tener carta tuya mañana, se despide de ti con un beso muy fuerte este que te quiere con toda su alma.

Records a tots. Adéu. T'estimo molt i molt. Fins a la teva carta.

Mateu

XI

Cuando regresé de la mili, el abuelo Ramon se jubiló y otro operario y yo empezamos a trabajar por nuestra cuenta. Fuimos socios durante veintidós años: el otro hacía las cuentas y yo cargaba con todo el trabajo. Trabajaba noche y día, sábados y domingos, fiestas y vacaciones. Aguanté todos esos años, pero llegó un día en que ya no pude más y me establecí por mi cuenta, con un par de aprendices. Gané más dinero solo durante los diez años siguientes del que había visto en todos los que llevaba trabajados.

El trabajo siempre me ha gustado, no me ha asustado trabajar. En invierno, hasta bien entrada la noche; a veces, a las seis iba un momento a casa, a comer un bocado con Neus y las niñas, al lado de la estufa, pero luego volvía a las obras. Me quedaba hasta las once de la noche, y entonces hacía un frío que no aguantaba ni Dios; tanto que en ocasiones, si trabajábamos en alguna fábrica, tenía que entrar en calor con el aire caliente del tubo de escape del toro o de alguna máquina.

Más adelante trabajé para el ayuntamiento: me encargaba del servicio de aguas y nunca tenía fiesta. Llevaba uno de los primeros teléfonos móviles del pueblo, que era enorme, y siempre debía estar localizable. Estuve de guardia trescientos sesenta y cinco días al año durante más de veinte años. Sin horario: sabía cuándo empezaba, pero nunca veía la hora de acabar.

Ahora los operarios te dicen:

—Yo acabo a las cinco y media.

—De acuerdo, puede que sí, pero trabajando ocho horas siempre serás

como los demás. Si quieres algo más, tienes que currar más —les contesto para intentar hacerles comprender que nunca te regalan nada.

Yo he currado como un animal: días de Navidad, días de Reyes, días de Ramos o días de Pascua. En el taller, en las obras y en las zanjas. De noche y en pleno invierno. Y nunca me ha dado pereza.

XII

Cuando Mateu cumplió veinticinco años y yo veintidós, nos casamos. Habíamos sido novios durante seis años. Yo aún trabajaba en la peluquería. Fue en aquella época cuando un día entró Cinteta de can Vidalet con la foto de los italianos y me preguntó:

—¿Quieres ver al padre de tu marido?

Después de que Mateu no quisiera saber nada de la foto, seguimos trabajando los dos como animales. Yo dejé la peluquería y abrí una tienda de objetos de regalo. Él se dejó la piel en el trabajo y aún sacó tiempo para construir una casa nueva con sus propias manos. Cuando estuvo terminada nos trasladamos a vivir allí, llegaron las niñas, Teresa y Lluïsa, y prosperamos. La Mina empezó a quedar atrás hasta el día que murió mi suegra, Joana, y mi marido se le reavivaron todas las pesadillas de la infancia.

Mateu y yo la vestimos y la preparamos para el funeral. Él llevaba unos días más taciturno que de costumbre, y cuando acabamos y nos sentamos a velarla toda la noche, me di cuenta de que le estaba dando vueltas a algo. Empezó a repasar los peores momentos vividos en la Mina y a reprocharse las cosas que no había hecho por su madre. No sé si se dirigía a mí o hablaba solo, pero recuerdo una a una sus palabras.

Mi madre se merecía más, no sé, quizás un poco de paz, pero no la tuvo. Joana de la Mina, la llamaban las mujeres del pueblo, remarcando el nombre

de la casa con mala intención. Eran malas personas. La pobre mujer me amamantaba sentada en un tronco, en el suelo, al lado de los tendedores, y las vecinas la miraban con desprecio y la señalaban con el dedo, quizás porque ya se había corrido la voz de que había tenido una relación con el italiano.

Trabajaba noche y día, nunca estaba en casa, pero, mi madre habría hecho cualquier cosa por mí. Carantoñas, no; no recuerdo que nunca me hiciera carantoñas. No tenía tiempo de ser cariñosa ni de darme un beso. Era una mujer triste. En el trabajo también. A veces, Neus dice que era «desdeñosa». Pobre, no sabía leer ni escribir y hacía lo que podía para sacar adelante a cinco criaturas, contra todo y contra todos.

Cuando yo tenía seis años me detectaron un problema de oído y me acompañaba una vez a la semana al médico, a Girona. Tomábamos el tren en Caldes, siempre sin billete, porque no teníamos dinero para pagarlo.

—¿Billete? —preguntaba invariablemente el revisor cuando acabábamos de dejar atrás la estación de Caldes.

Mi madre lloraba e intentaba ablandarlo:

—El niño está enfermo, tiene que ir al médico...

El revisor se mostraba inflexible y nos echaba del tren. Cuando nos bajábamos en la siguiente estación, la de Riudecols, la gente del vagón nos miraba mal y yo me moría de vergüenza.

Incluso ahora, a veces, cuando me cuesta dormirme, lo revivo: estoy en el tren con mi madre y siento las miradas de los pasajeros clavándoseme como cuchillos, mientras el revisor nos riñe y nos obliga a bajar de malos modos. Tomar el tren era un suplicio cada semana: antes de subir ya sabía que acabaríamos llorando, expulsados del tren y caminando por las vías hasta Girona. Solo de recordarlo me echaría a llorar. Supongo que por eso, desde niño me obsesioné con que en casa no faltara nunca de nada. Y me juré que no volvería a aguantar nunca más los gritos de la Mina.

Si las confesiones de Mateu a los pies de la cama de su madre muerta me pillaron por sorpresa, al día siguiente, en el cementerio, cuando acercó los labios a mi oído y me anunció que quería encontrar a su padre, me dejó de

piedra.

Durante unos meses parecía haber cambiado, era otro hombre. Tenía un objetivo, encontrar a su padre, y se entregó a ello sin reservas. Medio año más tarde ya habíamos localizado a Ciro Sannino y emprendíamos aquel primer viaje a Génova cargados de ilusión.

Pero las cosas no salieron como esperábamos.

XIII

Durante todo el viaje había pensado que aquel hombre, Ciro, sería mi padre, y ahora que lo tenía delante de mí, en la puerta de su piso, en la via San Fruttuoso de Génova, aún lo tenía más claro. ¡Era mi padre! ¡Éramos clavados! Pero sobre todo sentía algo que me decía que era él; y estas cosas no suelen engañar.

El primer encuentro fue breve. Nos sentamos todos en el comedor. Recuerdo que el piso era de techos altos, con mucha luz natural. Lucia, la mujer de Ciro, nos ofreció unas galletas y algo de beber. Neus los obsequió con un regalo: un cántaro con un dibujo de la iglesia de Caldes. De entrada, la conversación fue fría, puede que tensa, pero enseguida cogimos confianza. Le pregunté a Ciro si recordaba la carnicería de can Bardala; si llevaba a lavar la ropa a una muchacha al lavadero del pueblo. Le enseñé una foto de mi madre. Pero no conseguimos refrescarle la memoria o no quiso recordar. De vez en cuando me miraba, luego bajaba la cabeza y escuchaba. Pero no hablaba. Tampoco se reconocía en el chico de la foto del campo de la Granja ni se acordaba de haber pertenecido al equipo de fútbol de los marineros italianos.

En cambio, su mujer, Lucia, no dejaba de cavilar y no ocultaba su sorpresa. Sentía sobre mí aquellos ojos que nos miraban, primero a mí, luego a su marido, mientras buscaban una respuesta a aquel extraordinario parecido. Era la única que había conocido a Ciro de joven e imagino que por eso era la que notaba más aquella semejanza.

—Es que sois clavados, eso lo veíamos todos; solo que para ella era más

impactante, más directo —me dijo Neus cuando regresamos al hotel.

Aquel primer encuentro me desanimó, y al día siguiente volvimos, solo para despedirnos. Lucia tenía los ojos rojos e hinchados; tenía aspecto de no haber dormido bien o de haber estado toda la noche preocupada. Eso hizo que nos sintiéramos más violentos y decidimos no alargar el encuentro. Cuando estábamos a punto de irnos, Neus se fijó en la marca que Ciro tenía en el párpado; era exacta al papiloma que yo me había quitado, aconsejado por un dermatólogo.

Cuando nos despedimos, Ciro nos quiso acompañar hasta el coche. Nos quedamos él y yo en un aparte durante un momento y ya no pude más.

—¿Eres mi padre? —le pregunté directamente.

Él bajó la cabeza, se encogió de hombros y calló. Al final, en castellano, dijo:

—Muchos años...

Y volvió a encogerse de hombros.

Durante el viaje de vuelta estuve aún más callado que a la ida. No recuerdo ni haber escuchado música. Había ido a Génova convencido de que había encontrado a mi padre, que había resuelto el agujero negro de mi pasado, pero al final no había podido confirmar la relación y me sentía totalmente decepcionado. Y, claro, volvía como volvía. ¡Ya no sabía qué más podía hacer!

De forma sorprendente pero natural, a partir de aquella primera visita establecimos una relación muy especial con la familia Sannino y se inició una intensa correspondencia electrónica, sobre todo entre mis hijas y mis dos «hermanos» italianos, Giovanni y Francesca. Al cabo de unas cuantas semanas, me preguntaron si me quedaría más tranquilo si Ciro se sometía a una prueba de paternidad y decidimos comparar nuestros respectivos ADN. Giovanni se encargó de hacernos llegar una muestra de saliva de su padre y la mandamos con la mía a unos laboratorios que alguien nos había recomendado. Yo aproveché para adjuntar muestras de Feliu, mi hermano mayor. Lo metimos todo en un sobre, lo enviamos y nos dispusimos a esperar.

XIV

El 22 de enero de 2005, Mateu cumplía sesenta años y decidí que si los resultados de la prueba de paternidad eran positivos, invitaría a Ciro, a su mujer y a sus dos hijos a Caldes a una gran fiesta. Pero aún no se lo había contado a nadie. Ni a la familia de Caldes ni a la de Génova. Quería que la fiesta de cumpleaños de mi marido fuera una sorpresa para todos.

XV

Los resultados llegaron por correo electrónico un poco antes de las Navidades de 2004, el 7 de diciembre. Cuando vimos el mensaje en el buzón de entrada, ni Neus ni yo fuimos capaces de abrirlo. Los nervios nos reconcomían y dejamos pasar veinticuatro horas. Finalmente, al mediodía del día siguiente, nos decidimos.

Apreciado señor Mateu Torrent:

Le agradecemos que haya elegido nuestra empresa para llevar a cabo la prueba de paternidad.

Hemos completado el análisis de diversas regiones de ADN de las muestras que nos ha proporcionado. Cada región sometida a estudio presenta un gran número de posibles combinaciones. Esto implica que es muy poco probable que dos personas escogidas al azar presenten la misma secuencia/combinación de ADN en estas regiones. También implica que solo el padre biológico de cualquier hijo podría presentar no solo una sino todas las diferentes combinaciones de ADN en cada región estudiada. Las pruebas realizadas sobre estas regiones nos proporcionan, pues, unos resultados de gran exactitud.

La interpretación de estos resultados presenta dos situaciones posibles:

- 1. Diversas secuencias de ADN no similares: paternidad negativa (el presunto padre no es el padre biológico).*

2. *Todas las secuencias de ADN similares: paternidad positiva (el presunto padre sí es el padre biológico).*

Esperamos que los resultados puedan resolver todas las dudas sobre sus orígenes y sus relaciones biológicas. No deje de contactarnos si tiene cualquier duda.

RESULTADOS: Los resultados de estas pruebas tienen una exactitud del cien por cien. Muestras de Ciro Sannino y Mateu Torrent (presuntos padre e hijo), estatus: PATERNIDAD NEGATIVA.

Leí los resultados como un veredicto y me derrumbé. ¡Tanto tiempo buscando! ¡Tantas esperanzas! Al final para nada. Me dejé caer en la butaca y no hablé en toda la tarde. No podía pensar, no podía concentrarme; había caído en un pozo, en un agujero negro, y no sabía si iba a salir de él.

Pero aún me faltaba una sorpresa. A la mañana siguiente recibí otro correo con el resultado de las pruebas que comparaban mi ADN con el de mi hermano Feliu.

Las explicaciones científicas volvían a ser largas y enrevesadas, de modo que me las salté y pasé directamente a los resultados:

[...] hemos descubierto que el ADN de las mencionadas muestras presenta, al menos, dos exclusiones entre todas las regiones del cromosoma Y analizadas. Eso demuestra, con una precisión mínima del noventa y nueve con nueve por ciento, que las personas cuyas muestras fueron identificadas como Mateu Torrent Pasqual y Feliu Torrent Pasqual NO PERTENECEN A LA MISMA LÍNEA PATERNA.

La misma huella genética que desmentía la paternidad de Ciro demostraba que Feliu y yo no éramos hijos del mismo padre. Había viajado a Génova convencido de haber hallado mis orígenes y había regresado sin padre y sin hermanos.

El resultado fue un golpe durísimo, un desengaño para mí y para toda mi

familia. Todos nos habíamos hecho ilusiones: Neus, nuestras hijas, las nietas. Yo me vine abajo por completo, aunque algo seguía diciéndome que, a pesar de los análisis, aquel hombre, *Ciro*, era mi padre. Para los italianos también fue decepcionante; a ellos también les hacía gracia tener un hermano catalán. Tanto que al cabo de unos meses nos invitaron a viajar nuevamente a Génova.

Ciro había muerto aquel mes de abril de 2005, poco después de conocer el resultado de las pruebas, de manera que, cuando volvimos a Italia, a principios de octubre, yo viajé sin tanta presión, más tranquilo. La primera noche nos invitaron a cenar. Vinieron todos: Lucia, la viuda de *Ciro*; sus dos hijos, Giovanni y Francesca, y los tres nietos, Martina, Gabriella y Tommaso. Mientras cenábamos, me di cuenta de que no dejaban de mirarme. Primero intentaron ser discretos, pero luego ya no disimularon. A la hora de los postres, Giovanni y Francesca me aclararon lo que les ocurría:

—Es que nos parece estar cenando con nuestro padre.

Volví de Génova aún más convencido de que *Ciro Sannino* era mi padre.

Antes de aquel segundo encuentro habíamos hecho algún otro intento, en otras direcciones, pero sin demasiadas esperanzas. Siempre a través de la asociación de familiares de los supervivientes del *Roma*, habíamos identificado a otro de los marineros italianos de la foto del equipo de fútbol. Vivía en Florencia, y antes de aquel segundo viaje a Génova, habíamos tratado de visitarlo: no pasamos de la puerta de la calle; ni siquiera quiso escucharnos. Más adelante aún tuvimos otro fracaso y, finalmente, en 2008, decidimos no insistir más y dejamos de buscar.

Sin embargo, mientras tanto, habíamos congeniado con la familia de *Ciro*: Giovanni y Francesca habían empezado a llamarme *fratello*; Lucia nos felicitaba por Navidad y por Pascua. Volvimos dos veces más a su casa, a Génova, y en ambas ocasiones Giovanni se tomó unos días de fiesta y nos hizo de guía por todos los rincones de la ciudad. En los últimos años, el contacto se ha afianzado y se ha vuelto natural. Nos visitamos, nos felicitamos, intercambiamos fotografías y nos comunicamos las novedades. Como cualquier familia.

XVI

La fiesta del sexagésimo cumpleaños de papá no se celebró. Había sido una buena idea de mamá, pero se quedó en nada. Al final, él no había podido localizar a su padre, no había encontrado sus orígenes y no tenía nada por lo que brindar. Mientras tanto, nosotras, sus hijas, empezábamos a tomar conciencia de que también nos habíamos criado sin padre.

¿Sabías que nunca he ido a la playa con él? Ni una sola vez en toda mi infancia. Ni un solo día en toda la vida. En una ocasión, mi hermana Lluïsa, la pequeña, me preguntó:

—Teresa, ¿papá vive en casa?

Realmente, no lo parecía, porque siempre estaba de guardia. Trabajaba todos los días del año, fines de semana y vacaciones incluidos. De niñas nunca pasamos unas vacaciones con él ni con mamá. Nunca. Ni compartimos con ellos los fines de semana. Los sábados, ella tenía que abrir la tienda y él trabajaba, de modo que todos los viernes nos íbamos a dormir a Flaçà, a casa de tío Poldo y tía Rosa, la hermana de mamá, que no tenían hijos, y hasta el lunes no regresábamos a Caldes. Mis recuerdos de niña y de adolescente son a su lado, con los tíos. Tanto es así que cuando a los dieciocho años fui a recoger los análisis que confirmaban que me había quedado embarazada de mi chico, no me atreví a volver a casa y me fui directamente a la de mis tíos, a Flaçà. No estaba preparada para enfrentarme a mi padre, que es muy conservador. Nunca me dejaba hacer nada. Siempre me decía:

—Ya tendrás tiempo.

No me dejaba salir, no me dejaba llevar reloj, no me dejaba llevar pendientes, no me dejaba bajar a las Ferias de San Narciso de Girona; todas mis amigas iban menos yo. En verano no me dejaba ir a las fiestas mayores de los pueblos de los alrededores, pero yo me escapaba por la ventana trasera e iba en un Simca 1000. Ni siquiera tenía permiso de conducir, solo tenía diecisiete años. En aquella época me moría por tener una moto, a lo que él se negó en redondo, y hasta que un amigo mecánico me regaló una de segunda mano no pude moverme un poco más a mi aire, siempre a escondidas de mi padre.

De manera que, cuando me enteré de que estaba embarazada, ni siquiera me lo pensé: tren y a Flaçà, a casa de mis tíos. Pero al final resultó que mi padre se lo tomó mejor que mi madre, que siempre solía ser más abierta, aunque en esa ocasión montó un drama. Él no. Él solo dijo:

—Ahora ya no se puede hacer nada. Cuenta con nosotros para lo que necesites.

Desde entonces, si tengo un problema, se lo cuento antes a mi padre que a mi madre. Él siempre me escucha. Puede que sea frío, puede que sea conservador, pero no se altera. Escucha, analiza y da buenos consejos.

Y no le tengo en cuenta que de niña no me llevara nunca a la playa. A mi padre puedes pedirle lo que necesites, porque te lo dará. Y a mi madre, igual; nunca te dirá que no. Nunca, nunca, nunca. Los recuerdos de la infancia los tengo con mis tíos, pero mis padres son los mejores padres del mundo.

En cuanto al asunto de los italianos, que papá podía ser hijo de uno de esos marineros que se refugiaron en Caldes, nunca tuve ningún indicio de ello y ni se me había pasado por la cabeza. En cambio, siempre fui consciente de dónde había salido, de lo miserable que era su procedencia: siempre tuve claro que su infancia había sido durísima y siempre tuve presente que venía de la Mina. Quiero decir que siempre he sabido que de niños pasaban hambre; que en casa se peleaban por un mendrugo de pan; que a tía Mercè la mandaban a Girona a pedir limosna; que fumaban las colillas que encontraban por el suelo; que Feliu le robaba el sueldo a papá; que el abuelo pasaba muchos días

solo en el bosque... Siempre he sido consciente de todo esto, y sé perfectamente que papá lo ha cargado a costas como una pesada mochila. Y esta mochila siempre lo ha marcado. Aún sigue pesándole.

De los italianos, en cambio, no supe nada hasta que vi por primera vez la foto del equipo de fútbol. Ese día pensé: «¡Joder, el del centro es papá!». Si me lo preguntas, pues sí, claro, me habría gustado que la historia hubiera acabado bien; ¡papá ha tenido una vida tan difícil...! La historia es muy triste, pero él ya sabía lo que se hacía, no era un niño pequeño buscando a su padre, y tampoco me hizo perder el sueño. A Lluïsa, sí. Mi hermana pequeña escribió los primeros correos a la familia italiana, desde el primer momento se implicó mucho más a fondo y sufrió una gran desilusión.

XVII

Nos sorprendió que un hombre frío como papá, de quien creíamos que lo tenía todo muy asumido, empezara a buscar sus orígenes con esa curiosidad, con aquel ánimo. Así, de repente. Siempre habíamos dado por hecho que no lo había criado su padre biológico, pero ni él ni nosotros lo habíamos considerado un problema. Lo sabíamos, a veces bromeábamos sobre ello, nunca dijimos «De esto no se habla», pero tampoco nos habíamos planteado nunca hacer algo para encontrarlo.

Verlo tan ilusionado hizo que todos nos lanzáramos a ello. Fue cuando decidí escribir a Giovanni y a Francesca, los hijos de Ciro, para preparar la visita de papá y mamá a Génova. Lo viví como toda la familia: con mucha ilusión y mucha expectación. Dábamos por hecho que teníamos un abuelo italiano y, claro, cuando llegaron los resultados sufrimos una enorme decepción. Aunque es una posibilidad que no hemos descartado del todo, yo aún pienso que Ciro era su padre. Pero, claro, no sé qué habría hecho yo si hubiera estado en el lugar de la familia italiana. Creo que deberíamos repetir los análisis, sobre todo después de que la prueba demostrara que papá y tío Feliu tampoco son hijos del mismo padre.

Nosotros también sabemos lo que significa no tener padre, porque para mi hermana Teresa y para mí misma era como si no lo tuviéramos. Daba igual que fuera entre semana o un día de fiesta, él nunca estaba porque trabajaba los siete días, de las siete de la mañana a las doce de la noche. Jamás íbamos de vacaciones. Me parece que un día, un solo día en toda nuestra infancia, fuimos

juntos a las ferias de Girona; y, en otra ocasión, fuimos a Andorra. Esos son todos mis recuerdos de pequeña con papá.

Es difícil de explicar, porque, a pesar de esta distancia física y emocional entre nosotros, para mí papá ha sido un referente y siempre que he tenido que tomar decisiones he acudido a él para hablar. ¿Era duro? No. ¿Exigente? Sí. Sabíamos lo que había vivido de niño y comprendíamos que él no quería lo mismo para nosotras. Está claro que lo echaba de menos como padre, ¡pero no se puede tener todo! Era estricto, pero no le hacía falta demostrarlo.

¿Sentimental? Nada. ¿Cariñoso? Tampoco. ¿Regalos? Ninguno, nunca. Ni a nosotras ni a mamá. Cuando ella cumplió sesenta años, le dije a papá:

—Hagamos algo juntos, algún viaje. A mamá le gustará. Podríamos ir de crucero todos, con tus nietas.

Tenía dinero de sobra para ello, pero iba en contra de su manera de ver el mundo. Nos enfadamos.

—¿Qué vas a hacer con el dinero? —le reproché.

—No es por el dinero. Simplemente, no es necesario —me contestó.

Al final lo obligamos y se quedó más contento que nunca. En realidad, no era por el dinero, era por los principios. Él nos lo ha pagado todo. A las seis, a sus dos hijas y a sus cuatro nietas, nos ha ayudado a comprar nuestras casas. Nos ha pagado escuelas privadas y estudios en el extranjero.

Paso más tiempo en casa ahora que cuando era adolescente, y cuando empezó a buscar a su padre, lo ayudé con todas mis fuerzas, sin pensarlo, como la cosa más natural del mundo. A tío Feliu y a tía Paquita, en cambio, no les gusta que hayamos removido el pasado.

XVIII

Mateu y Neus me hicieron eso del ADN o como se llame y lo mandaron a no sé dónde, para saber si éramos hermanos o no. Y me parece que salió que no somos hermanos por parte de padre: «Mateu Torrent Pasqual y Feliu Torrent Pasqual no pertenecen a la misma línea paterna», se ve que decía la carta con los resultados de las pruebas. Pero no le doy importancia. Yo me considero su hermano. Solo pienso, y es mi forma de pensar, que siguieron buscando porque podían permitírselo. ¿Que qué quiero decir? Hombre, pues que viajaron a Italia un par de veces, se quedaron unos días, y eso cuesta dinero. Es posible que yo no hubiera podido hacerlo. Mateu, sí. Mateu podía decir: «Como puedo permitírmelo, me voy para allá y me dedico a investigar mis orígenes».

¿Qué es lo que quería buscar a los sesenta años? ¿Un padre? ¡Pero si el otro, el que teníamos en casa, pobrecillo, hizo todo lo que pudo! ¡Si trabajó noche y día para darnos de comer! Era un animal, ¡pero era muy trabajador! Cuando dejó de ir al bosque, trabajó en los campos de can Bardala, también fue sereno en las aguas San Narciso y tenía su propio huerto. Por eso no sé si era necesario remover el pasado. Pero vuelvo a decir que no me meto en el asunto, todo el mundo hace lo que le está permitido. O lo que le conviene. A Paqui, mi mujer, sí le pareció muy mal. Siempre dice que si cuando éramos niños papá se hartó de currar para alimentarnos, por qué demonios ahora ellos tenían que ir en busca de otro padre. Si hablaras con ella, te lo dejaría así de claro:

—¿Por qué debe ir tras otro padre si el que tenía trabajó día y noche por

vosotros?

Ya te he dicho que yo me siento hermano de Mateu. Siempre nos hemos llevado bien. Y eso que siendo niño él tenía sus amigos, que eran de más categoría, y yo tenía los míos, que eran, no sé..., más animales, más salvajes. Mi suerte fue irme de Caldes, porque si hubiera seguido con aquellas compañías tan poco recomendables, no habría salido adelante. Ahora bien, yo también tenía mala leche, ya te lo he dicho; hasta que me casé no me domaron. Pero Mateu y yo siempre hemos congeniado. Y le estoy muy agradecido. Me han operado de tres cánceres, el primero de colon, luego de pulmón y finalmente de hígado, y cuando me han ingresado en el hospital no ha pasado una semana sin que viniera a verme. Ahora, cada dos semanas salimos a comer, a cenar o a bailar en las fiestas mayores, y si necesitara ayuda de alguien, no me lo pensaría, recurriría a él. ¡Y ya puedes estar seguro de que no me diría que no a nada de lo que le pidiera!

XIX

Soy consciente de ello: las niñas me recriminan que ellas tampoco han tenido un padre, y puede que tengan razón, pero esta es una asignatura que ya no puedo aprobar. Ahora hago lo que quiero, pero antes trabajaba todo el día y podía estar muy poco en casa.

Un día, Lluïsa, la pequeña, me preguntó:

—¿Quién es mi padre? Nunca está.

Teresa, la mayor, también me lo dice a veces:

—Como padre no te hemos visto demasiado.

¿Qué quieres? Todo el mundo da lo que tiene, y yo solo podía demostrarles mi cariño ahuyentando la miseria de casa. Nunca llevé a las niñas a bendecir la palma; si llegaba para acompañarlas a ver pasar los Reyes Magos, era por los pelos; nunca nos fuimos de vacaciones. Tenía que ganar dinero, no para hacerme rico, solo para que pudiéramos vivir como personas y dejar atrás toda la miseria que había representado la Mina. He hecho lo que tenía que hacer. Estoy plenamente satisfecho de ello. Siempre se lo digo a las niñas:

—Tenéis lo que tenéis, pero sobre todo tenéis una cosa que yo nunca tuve: si me necesitáis, ¡podéis contar conmigo!

Pero, gracias a Dios, en casa nadie ha levantado nunca la voz. Y he dejado atrás para siempre aquellos gritos insoportables que, de niño, en la Mina, me acompañaban a todas horas. Todos los días del año.

Me gusta estar solo, pero no soy arisco, también tengo amigos. Hay gente que no sabe estar sola. Neus necesita a la gente, necesita hablar; tanto, que hablaría consigo misma. Yo, si no tengo nada que decir, me callo. Ceno siempre solo, aquí, delante de la tele, viendo una película. A mí me gusta cenar de verdad: dos platos y postre. Y a las diez y cuarto o y media ya estoy en la cama. Ceno solo porque me gusta estar solo y porque Neus cena viendo otros programas. También me gusta trabajar solo. No necesito a nadie. No me aburro. Cuando trabajo solo, avanzo sin parar, y cuando me doy cuenta ya es la hora de volver a casa. Ha sido así toda la vida.

Saberme italiano no me ha influido en nada, ni en el trabajo ni en casa. No lo he ocultado, como han hecho otros, eso no. ¿Soy italiano? ¡Pues soy italiano y ya está! ¡Qué quieres que te diga, cada día siento que lo soy más! Y quizás por eso también me siento más aventurero, más atrevido.

Hace cinco años que vuelo en un pequeño aeropuerto de la Costa Brava. Puede que sea el primer capricho que me he dado en todos estos años: me gusta pilotar y puedo permitírmelo. Soy decidido, pero también tengo sangre fría. De hecho, ser así me ha salvado la vida, como mínimo, en cuatro ocasiones. La primera estuve a punto de morir por una descarga eléctrica que me precipitó de la escalera desde la que trabajaba; cuando recuperé el sentido, pensaba que me había quedado ciego. La segunda fue por una intoxicación de masa abrasiva cuando estaba trabajando en un cuarto de filtros de una piscina; salí justo cuando ya estaba perdiendo la consciencia. La tercera, mientras subía un motor, se rompió el tubo desde el que me sostenía y caí al fondo de un pozo; estaba solo, cosas de aquellos tiempos, y afortunadamente un payés oyó mis gritos de auxilio, me lanzó una cuerda y subí por ella a pulso. Finalmente, hace pocos días, se me paró el motor de la avioneta; conseguí planear y aterricé de milagro en un campo de alfalfa.

Pero sentirme italiano no me ha cambiado la vida. Saber que mi padre era uno de aquellos marineros italianos que se refugiaron en Caldes no me ha influido. En cambio, lo que sí me ha marcado es el hecho de no poder descubrir cómo era, ni qué sentía, ni qué pensaba. Me ha faltado una pieza del rompecabezas, sin mi padre mi retrato ha quedado incompleto. Pero todo esto solo es algo racional. Emocionalmente, ¿lo he echado de menos? No, tampoco.

Puede que al no haber tenido las cosas de una familia normal, tampoco las he deseado, ni he suspirado por tenerlas. Vamos, que no me he obsesionado con ello. Las cosas son como son y tienes que conformarte.

EL ÚLTIMO ENCUENTRO

*Cementerio de Caldes de Malavella,
15 de agosto de 2017*

Un mensaje de WhatsApp de Neus me anunció el desenlace fatal de las complicaciones que, desde principios de verano, habían obligado a Feliu a someterse a una intervención quirúrgica difícil y a varios ingresos de urgencia en el hospital de Mataró.

«Rafel, tengo que darte una mala noticia: anoche murió Feliu. Volvía a estar ingresado desde hacía unos días. El pobre ha batallado como una fiera, pero al final estaba muy débil y su corazón no ha resistido. Ayer tuvo un paro cardíaco y ya no pudieron reanimarlo. Un abrazo, Neus.»

Lo enterraron en el cementerio de Caldes el día de la Asunción de la Virgen, mientras media Cataluña tenía los pies en remojo y la otra media estaba de fiesta mayor. Cuando acabó la ceremonia, Mateu y yo nos quedamos en el cementerio para visitar la sepultura de su madre. Una vez allí, buscamos la sombra de los cipreses gemelos de la otra vez y, en cuanto nos sentamos, maldijo la muerte del hermano con el que más se había peleado y al que más había querido.

—¡Vaya mierda! —gritó.

Mateu parecía muy afectado. Antes, en la iglesia, no había derramado ni una lágrima, pero ahora tenía mala cara.

A lo largo de todo un año me había acostumbrado a ir a Caldes cada dos semanas, a veces sin avisar. Si me presentaba a media mañana, al final me quedaba a comer; a Neus no le costaba demasiado tentarme destapando cazuelas y haciéndome oler fideos, arroces o estofados. En un par de ocasiones habíamos ido a comer al Balneario Prats para ambientarnos en la época de la llegada de los italianos. Si me presentaba por la tarde, nos sentábamos a charlar en la cocina y luego salíamos a pasear. También salíamos en coche a dar una vuelta por los caminos de carro entre Caldes y Vidreres, y Mateu me hacía de guía y me explicaba todo lo que veíamos desde las cimas y las ermitas a las que me llevaba. Cuando subíamos a alguna de aquellas colinas aisladas, él podía hablar sin prisas, a su aire. Pero después de tantos meses, en su relato aún había cosas demasiado simples, demasiado

lineales. Tanta dureza, tanta indiferencia ante los desengaños, la pretendida falta de sentimientos, la ausencia de emociones. ¿Eran reales? ¿O eran una pose? ¿Era posible que un niño que había crecido llorando de desesperación y rabia en la Mina no volviera a soltar nunca más una lágrima? ¿Era posible que no llorara el día que murió la madre a la que había defendido interponiéndose entre ella y el padre que le pegaba? ¿Era posible que después de haberse criado en la casa más temida y miserable de Caldes no tuviera un legítimo sentimiento de orgullo cuando se había convertido en uno de los hombres más acomodados del pueblo? ¿No había acumulado un sentimiento de rabia contra los que se burlaban de sus orígenes? ¿Ni contra los que señalaban y despreciaban a su madre? ¿No sentía una punzada de satisfacción al ver que había prosperado más que todos aquellos que lo habían marginado por el hecho de ser hijo de la Mina?

Desde el otro lado de la tapia nos llegaba el sonido estridente de las sierras mecánicas. Una brigada limpiaba el bosque o hacía un cortafuegos para minimizar el riesgo de incendio. Nosotros callábamos. Hasta que Mateu me miró, pareció leerme en la cara todas las preguntas acumuladas y me dedicó una sonrisa vergonzosa, tan triste como sus palabras:

«Sin Neus lo habría pasado muy mal, porque he tenido épocas muy jodidas: en algunos momentos he sufrido depresiones, he sentido mucha tristeza. Puede que tenga la mala suerte de recordar solo las cosas malas. Al ser de donde éramos, al proceder de la Mina, desde niños fuimos señalados, éramos miserables; tampoco es que me haya obsesionado, pero siempre he acabado teniendo más presentes las cosas malas. No sé si habrá habido muchas infancias como la mía, no sé si es muy frecuente que de niño ya no puedas confiar en nadie. Cuando te enfrentas a la vida solo, no tienes que rendir cuentas, pero debes espabilar.

»Sin embargo, al final me siento satisfecho: tengo una mujer fantástica, me he ganado la vida y económicamente tengo lo que necesito; he conseguido todo lo que de pequeño no tenía, todo ganado por mí, con esfuerzo. Pero aún hay algo que falla y que no consigo explicarme. Ahora siento que la vida me ha

cambiado, que, después de tantas penurias y tanta miseria, disfruto de la vida y debo dar gracias a quien sea por haber llegado hasta aquí. No sé cómo decirlo. A veces no somos lo bastante agradecidos. Pasar de no tener nada a tenerlo todo es como para sentirse agradecido. Poder ayudar a quien haga falta, siempre que haga falta; que la familia esté bien cubierta, sin privaciones. No lo sé, esta es una de las satisfacciones más grandes de la vida. O dicho de otro modo: es una compensación, una recompensa por todos aquellos años tan malos de la Mina».

Las sierras mecánicas pararon de golpe, como si alguien les hubiera ordenado callar, y en el cementerio de Caldes pareció que toda la vida se detenía. Las paredes, los árboles y las plantas se veían extrañamente planos, como en una foto antigua o en un fotograma encallado de una película muda. Incluso nosotros dos, sentados en el banco, frente a los nichos, parecíamos de repente inanimados. Mateu mantenía la mirada perdida hacia la tapia. Luego miró al suelo, se aclaró la garganta y pareció que dudaba. Pero, por último, alzó los ojos, me miró a la cara y habló con voz grave y solemne:

«No lloré ni con la muerte de mi madre ni con la del hombre que, mejor o peor, me había hecho de padre. No sé decirte si es porque de niño agoté las lágrimas o porque siento que la vida me ha cambiado y que no tengo derecho a llorar. Pero ¿sabes qué? En realidad, sí que lloré de mayor, fue el día que leí los resultados negativos de las pruebas de paternidad. Estaba convencido de que, finalmente, había encontrado a mi padre, pero el ADN dictó una sentencia inesperada y, para mí, Ciro murió ese día: había tardado toda una vida en encontrarlo y al final no me había durado ni seis meses».

Por el camino de regreso a Caldes, un hombre corría delante de nosotros, al compás del perro que lo acompañaba.

«¿Ves a ese hombre que baja de la montaña? Es Josep Vilanova. La suya era una de las familias que lo tenían todo, unos de los dueños del pueblo. Estudió en Barcelona y tuvo una boda sonada, la primera de la alta sociedad

que se recuerda en Caldes. Pero también fue el primero en divorciarse, y las cosas le fueron cada vez peor: ha tenido que venderlo todo; la familia le ha dado la espalda; su hija, que es famosa, presentadora de televisión, ha dejado de hablarle. Pero su desgracia no me hace feliz, no se lo merece. Es uno de los hombres que se habían portado bien con nosotros. La fortuna le ha jugado una mala pasada; ya lo ves, la venganza del destino también puede ser muy injusta. Hubo una época en que era el más rico del pueblo, económica, familiar y sentimentalmente. Cuando en la Mina no teníamos nada, ni para comer, él lo tenía todo. Ahora no tiene nada de nada. Solo el perro que lo acompaña.»

A la altura de les Roques, Mateu me sorprendió tomando el camino de la Mina, como el día que nos conocimos, un año atrás. Me condujo en silencio por los antiguos tendederos, bajamos hasta el lavadero, seguimos el hilo de agua blanco que procedía de la fuente caliente y salimos a su antigua casa. Allí pareció que dudaba, luego sentenció:

«Me he quedado a medio hacer, no sé si me explico. Dicen que las cosas tienen un comienzo y un final, pero para mí no será verdad. Cuando me muera, quedará una historia inacabada. Tardé en ponerme manos a la obra, y puede que ahora ya sea demasiado tarde: si no tiene principio, mi historia tampoco tendrá final. Pero no sé qué pensar. Después de tanto buscar, ¿puede ser que todo acabe en nada?».

SEGUNDA PARTE



El muchacho que silbaba canciones napolitanas

1

Génova,
6 de agosto de 1943

Se detuvieron en mitad de la pendiente para coger aire. Entonces miraron por primera vez hacia abajo, hacia el mar, y el espectáculo les fascinó: el acorazado *Roma*, el buque insignia de la Regia Marina Italiana, mostraba con orgullo sus líneas blancas y rojas, mientras el sol de verano se reflejaba sobre el agua, como un espejo, y parecía iluminar toda la bahía.

—¡Dios bendito! —exclamó Ciro.

Desde lo alto, las naves de guerra italianas amarradas en el puerto de Génova lucían magníficas. Identificaron uno a uno los poderosos cruceros de la Octava División, el *Abruzzi*, el *Garibaldi* y el *Aosta*, que estaban atracados en muelles diferentes para dificultar los ataques de la aviación enemiga. Luego dirigieron de nuevo la vista hacia el extremo del puerto y enmudecieron: incluso inmovilizado en el dique de reparaciones, el *Roma* conservaba un aire majestuoso.

—Desde aquí arriba es imponente —pregonó de nuevo Ciro, con los ojos brillantes de la emoción.

Ovilio y Gavino asintieron entre grandes carcajadas de entusiasmo.

—El *Roma* es el más grande, el más potente y el más veloz de todos los barcos de guerra del Mediterráneo —contestó Santo más enfervorecido incluso—. Es invencible. Es inmortal.

—Solo Dios es inmortal —lo cortó el Poeta.

—Dios y el *Roma*, que combaten en el mismo bando —insistió Santo, que era, con mucho, el más belicista del grupo.

Cuando retomaron la ascensión hacia la Madonna del Monte, compartían una renovada fe en la patria. Se sentían privilegiados por formar parte de la tripulación del mejor barco de la flota italiana.

Habían bajado a tierra convencidos de que aquel sería el último permiso en muchas semanas. Las reparaciones del *Roma* se habían completado con éxito y, en cualquier momento, el barco podía recibir la orden de regresar a la base de La Spezia para preparar la entrada en combate, que se suponía inminente. Ovilio los había puesto al corriente. Él era quien les suministraba las noticias más fiables; estaba destinado como operador de radio y, aunque todos sus mensajes llegaban cifrados, había aprendido a interpretar las reacciones de los oficiales cuando les entregaba los despachos en el puente de mando.

—Salgamos a hacer una última escapada —les había propuesto el día anterior en uno de los encuentros que mantenían todas las tardes en la panadería del barco, bajo la protección del Poeta, que era el jefe de los panaderos de a bordo—. Están a punto de suspender indefinidamente los permisos.

Por la mañana se habían dejado arrastrar por Santo, que era de Génova, a un santuario de las afueras que velaba por la ciudad desde las alturas. Llevaban más de una hora de marcha, primero por la parte baja de la ciudad y luego avanzando por las calles que se ceñían a la montaña, de curva en curva, como una serpiente. Solo en la entrada de la Salita dell'Orso, cuando se habían parado a descansar, Santo los había invitado a mirar hacia atrás y habían descubierto las naves de guerra amarradas en el puerto.

Afrontaron con paso decidido el último tramo de calle, que ascendía encajonada entre muros de piedra verdosa, y cuando llegaron a la cima, entraron en el templo impulsados por la exaltación religiosa que suelen experimentar los soldados en tiempos de guerra. Una vez en el interior, bajaron a la cripta, se arrodillaron devotamente, clavaron los ojos en el manto azul de la Virgen e invocaron su protección. Tras rezar un avemaría,

encendieron cinco velas e hicieron a la Madonna toda clase de promesas si les concedía la gracia de sobrevivir a la guerra.

Al salir de la iglesia se sentían reconfortados y se encaminaron entre risas a la *osteria* que habían descubierto un poco más allá del mirador; un rótulo pintado sobre la puerta anunciaba el nombre del establecimiento: A Cabannetta de Cianderlin. Dentro, un hombre sacaba fotos al dueño, que estaba poniendo los manteles de cuadros. Los uniformes de la marina llamaron la atención del fotógrafo, que llevaba un estuche de cuero colgado del cuello con la inscripción «Studio Giulio Rossi, via Garibaldi, Genova». El hombre les preguntó si se dejarían retratar. Los cinco amigos se miraron, se rieron y aceptaron. Ciro parecía el más decidido.

—Venga, salgamos al balcón —los animó.

Se habían conocido a principios de año en el cuartel de Carrara, durante el período de instrucción, pero no se habían hecho inseparables hasta un día a finales de mayo, después de la marcha de entrenamiento, cuando un oficial les había anunciado a los cinco que tenían que trasladarse inmediatamente a La Spezia para incorporarse a la tripulación del *Roma*. De eso no hacía ni tres meses, y su amistad ya les parecía eterna.

Desde debajo del balcón, el fotógrafo gritó:

—*Un sorriso per la posterità!...*

Los cinco amigos se agarraron con fuerza, se pasaron los brazos por los hombros, se apoyaron en las flores forjadas en hierro de la barandilla y sonrieron a la cámara. Y en aquel momento, en el balcón de A Cabannetta de Cianderlin, con la flota de guerra amarrada a sus pies, Ciro Sannino, Gavino Pina, Santo Lopretti, Ovilio Lombardi y el Poeta también se sintieron inmortales.

2

La Spezia, 8 de septiembre de 1943

A la vuelta de Génova, los hechos desmintieron los pronósticos de Ovilio y, un mes más tarde, el *Roma* seguía sin entrar en combate, amarrado de popa en el muelle de Porta Marola, en el puerto de La Spezia. En todo aquel tiempo habían salido únicamente dos veces a mar abierto y solo para hacer prácticas de tiro con las poderosas baterías de 381 milímetros. Aquellos primeros días de septiembre, los aliados habían ocupado Sicilia y ultimaban el desembarco en el sur de la península; la aviación italiana había sido aniquilada; la flota, todavía poderosa, se guarecía en los puertos sin intervenir. La guerra pintaba mal para los intereses italianos, pero, incomprensiblemente, la nave más moderna de la Regia Marina parecía desentenderse de ello. Se mantenía a la espera, sí, pero nadie sabía a la espera de qué.

A bordo, todo el mundo buscaba respuestas.

—¿Sabéis lo que dicen en tierra? —preguntaban los que siempre presumían de estar bien informados.

—¿Qué dicen?

—Que la paz está a la vuelta de la esquina.

—La historia de siempre —replicaba Ciro—. Desde el veinticinco de julio, con la caída del Duce, no hacen otra cosa que hablar de paz, paz y más paz. Pero al final seguimos encallados aquí, observando impotentes cómo avanzan los aliados.

El calor de finales de verano resultaba asfixiante, y Ciro se pasaba las noches revolviéndose en la litera. Tenía el alma dividida: a veces se moría de ganas de entrar en combate y otras pensaba que ni él ni sus amigos sobrevivirían y, entonces, se moría de miedo. El tedio lo desesperaba. Había descubierto que en plena guerra no había nada peor que tener tiempo para darle vueltas al destino que le esperaba a uno. Vivía para el encuentro diario con los amigos en la panadería del barco; allí, reconfortados por el olor evocador del pan recién salido del horno, discutían sobre cuándo acabaría aquella rutina insoportable. En cuestiones de fervor militar, Santo llevaba la voz cantante:

—Rezo para que la Providencia nos lleve de una vez al campo de batalla. ¡En la vida de un hombre no hay misión más sagrada que la de poner su vida al servicio de la patria!

—Yo lo que quiero es acabar de una vez y volver a Castelsardo para echarle una mano a mi padre con las redes —contestaba Gavino con un escepticismo que iba en aumento con cada día que pasaba.

Discutían mientras ayudaban a los hombres del Poeta a trajinar sacos de harina hasta el obrador. En toda Italia no había ni un saco de harina blanca, y ellos tenían un almacén lleno de ellos hasta arriba. La versión de los panaderos más veteranos era que se la habían confiscado al principio de la guerra a un buque mercante canadiense que la transportaba a Inglaterra.

—Ya veis, ¡es harina americana! —insistía el Poeta cuando les repartía la pizza con anchoas que horneaba *ex profeso* para la reunión de todas las tardes.

Aquel día, antes de dar por terminado el encuentro, Ciro no pudo ocultar su impaciencia:

—Ya no aguanto esta espera. Paz o guerra, lo que tenga que llegar, ¡que llegue pronto!

Y de golpe, el 8 de septiembre, cuando casi habían perdido toda esperanza, el puerto de La Spezia se despertó revolucionado. Aquella mañana, al subir a cubierta, descubrieron que la actividad alrededor de la nave era frenética: las barcas iban y venían trajinando provisiones; los buques

cisterna estaban llenando los tanques de combustible hasta el límite de su capacidad; los artilleros apilaban las municiones recién embarcadas. A las ocho, cuando sonó la señal de cambio de guardia, Ciro se puso al timón de la lancha del comandante y la condujo hasta la otra punta del puerto para recoger a un grupo de oficiales del Estado Mayor, que subieron a bordo del *Roma* por la escalera que colgaba del acorazado. Dos horas después, desde la motora, notó un balanceo procedente de la pasarela de la nave y oyó el silbido que daba la bienvenida a algún oficial de altísima graduación. Alzó la vista a tiempo de comprobar que se trataba del almirante Carlo Bergamini en persona, el comandante en jefe de la Regia Marina Italiana, que embarcaba a pie desde el muelle, seguido de otro grupo de oficiales de su Estado Mayor. Justo en el momento en que el almirante puso el pie en cubierta, dos marineros izaron su insignia, una bandera azul con tres estrellas amarillas en diagonal, señal inequívoca de que el máximo responsable de la flota había decidido trasladar su cuartel general al *Roma* y que, a partir de aquel momento, se disponía a dirigir las operaciones desde el puente de mando del acorazado.

Las lanchas ya no dejaron de ir de un lado a otro en todo el día. Las reuniones se sucedieron a un ritmo vertiginoso. La rutina de días pasados había dado paso a una actividad nunca vista y todo el mundo contribuía a expandir los rumores sobre la inminencia de alguna contraofensiva excepcional. A media tarde, los buques de guerra empezaron a desamarrar para ir a fondear, una tras otra, al centro de la bahía. Un poco más tarde, justo cuando el sol comenzaba a ponerse detrás de las montañas de Le Cinque Terre, el *Roma* también se separó del muelle; el buque insignia fue a echar el ancla en el extremo más alejado de la ensenada, con la proa de cara a la bocana, a punto para salir a mar abierto. A esa hora, el *Vittorio Veneto*, que tenía conexión directa con el Ministerio de la Marina en Roma, era el único acorazado que seguía amarrado en el puerto. Todas las otras naves mantenían las calderas encendidas: las columnas de humo se elevaban en vertical y formaban pequeñas nubes negras en el cielo de la bahía. Todo indicaba que, esta vez sí, la salida de la flota era inminente.

De repente, cuando empezaron a brillar las primeras estrellas de una noche que se anunciaba muy clara, el cielo de la bahía se encendió y miles de

lucecitas verdes, blancas y rojas iluminaron la ciudad de La Spezia, como si acabaran de lanzar un castillo de fuegos artificiales. A bordo del *Roma*, los marineros contemplaban atónitos el espectáculo y se interrogaban sobre el origen de aquel estallido de luz extraordinario. Hasta que *radioprúa*, el boca-oreja de la tripulación, hizo correr la noticia: Italia y los aliados habían firmado el armisticio; la guerra había terminado.

Poco después, la megafonía de órdenes generales confirmó el fin de las hostilidades y propagó por todos los rincones del barco el comunicado radiofónico dirigido a la nación por el mariscal Pietro Badoglio, jefe del gobierno de su majestad el rey Vittorio Emmanuele III:

«El gobierno italiano, reconocida la imposibilidad de continuar la lucha desigual contra la abrumadora potencia adversaria, en un intento de evitar ulteriores y más graves calamidades a la Nación, ha pedido el armisticio al general Eisenhower, comandante en jefe de las fuerzas aliadas angloamericanas. La petición ha sido admitida. Por consiguiente, todo acto de hostilidad por parte de las fuerzas italianas contra las fuerzas angloamericanas debe cesar en todas partes. Las fuerzas italianas, sin embargo, reaccionarán ante eventuales ataques de cualquier procedencia».

El estallido de alegría fue instantáneo: un clamor de aprobación recorrió las cubiertas de los barcos y se elevó como un grito unánime desde el centro de la bahía. El armisticio suponía el final de la guerra, y eso significaba que los marineros volverían pronto a casa. Las tripulaciones corrieron a sumarse a la fiesta: algunos dispararon tiros de fusil y de revólver; otros no pudieron contenerse y lanzaron las gorras al agua; la mayoría se abrazaban entre llantos emocionados. A bordo del *Roma*, Ciro y sus amigos habían escuchado el comunicado a través del altavoz instalado sobre la puerta de la panadería y lo celebraban haciendo planes para el inminente regreso a casa.

—Cuando llegue a Nápoles volveré a enrolarme en un buque mercante. He decidido seguir navegando, quiero ser capitán —anunció solemnemente aquella noche Ciro a sus compañeros.

Hacia las diez de la noche, la fiesta empezó a torcerse. Ciro fue el primero en darse cuenta: a esa hora volvía a estar de guardia y pilotaba la motora que conducía a Bergamini hasta el *Vittorio Veneto*, donde había convocado a los

almirantes, los oficiales del Estado Mayor y los comandantes de las naves, a fin de transmitirles las órdenes que les llegaban del ministerio. El almirante pronunció un discurso vibrante pero descorazonador que les hacía notar que el armisticio significaba la derrota de Italia:

«Informad a vuestros hombres. Sabrán encontrar en sus corazones generosos la fuerza para aceptar este inmenso sacrificio. Decidles que los treinta y nueve meses de guerra en los que hemos luchado juntos, hora tras hora, en un combate desigual, las naves que se han hundido mientras luchaban con valentía, las muertes gloriosas que hemos sufrido han hecho que la marina se ganara el respeto y la admiración del adversario. Y la flota que hasta hace una hora estaba preparada para avanzar contra el enemigo puede, ahora que el interés de la patria lo exige, salir a buscar al vencedor con la bandera al viento y sus hombres, marchar con la cara bien alta. No era este el escenario que habíamos imaginado. Sin embargo, debemos emprender este camino sin dudar, porque lo que cuenta en la historia de los pueblos no son los sueños y las esperanzas, ni la negación de la realidad, sino la conciencia de haber cumplido con el deber hasta el final. Sustraerse a ese deber sería fácil, pero sería un gesto vergonzoso que significaría parar nuestra vida y la de la Nación entera para condenarla por siempre jamás a vagar en círculo sin redención, sin renacimiento. Llegará el día en que esta fuerza viviente de la marina sea la piedra angular sobre la que el pueblo italiano pueda reedificar pacientemente su propio destino. Decidles todo esto a vuestros hombres y ellos os seguirán con obediencia como siempre lo han hecho, incluso en las acciones más peligrosas».

A medianoche, los comandantes regresaron cabizbajos a las naves y no tardaron en contagiar el desconcierto a las tripulaciones. La flota tenía que hacerse a la mar, pero no para ir a combatir al enemigo, como había estado esperando. Cuando los marineros se retiraron a descansar, ya se había difundido el rumor de que, a pesar del armisticio, la flota zarparía aquella misma noche y que, después de una escala en el archipiélago de La Maddalena, navegarían con rumbo desconocido. Los más atrevidos aventuraban que quizás irían a algún puerto controlado por los aliados a fin de verificar el desarme, tal como establecía el armisticio recién firmado.

Ciro no durmió esa noche. Era la hora de los pensamientos dulces pero también de la melancolía. Tumbado en la litera, miraba fijamente el techo de la cabina, teñido de azul por las luces de emergencia. Acompañado por el ritmo monótono de los ventiladores y el zumbido de los altavoces, que siempre estaban conectados, intentaba entender las emociones encontradas de aquellas últimas horas: ¿Partían a la guerra? Pero ¿contra quién? El día antes todos estaban convencidos de que el destino de la flota era frenar el desembarco americano en el sur de la península, pero el armisticio desmentía esta hipótesis. ¿Quién era, pues, el enemigo? Si no iban a combatir a los aliados, ¿adónde iban? Él era de los que descartaban que fueran a entregarse.

A las dos de la madrugada, la alarma interrumpió sus cavilaciones. Una voz grave ordenaba por los altavoces: «¡Todos a su puesto de navegación de guerra!».

Mientras saltaba de la litera notó que aumentaba la presión de las calderas, y en cuanto puso los pies en el suelo le pareció que el barco empezaba a desplazarse. Subió disparado, y cuando salió a cubierta contempló cómo, en efecto, el *Roma* hundía la proa en el mar y se dirigía majestuosamente hacia la salida de la bahía. Echó una última vez la vista atrás, hacia La Spezia: las diminutas luces de colores se habían apagado. La ciudad estaba a oscuras por completo y tuvo un mal presentimiento.

*Golfo de Asinara,
9 de septiembre de 1943*

—¡Qué espectáculo! Jamás había visto nada igual —exclamó Ciro cuando se asomó a la borda y contempló a la luz del día la escuadra de barcos de guerra que navegaban en formación rumbo a La Maddalena.

A su lado, Gavino no contestó.

Acababan de dejar atrás la costa de Córcega y habían entrado en aguas del golfo de Asinara, en el extremo noroccidental de Cerdeña; navegaban muy próximos a la costa, a unas seis o siete millas del litoral, para evitar una zona de minas entre las dos grandes islas. Lucía el sol de mediodía. En torno a él se desplegaba uno de esos cielos tan claros y transparentes propios del mes de septiembre en las costas mediterráneas. El mar también estaba excepcionalmente tranquilo.

Ciro no distinguía bien los barcos que actuaban de escolta avanzada, pero sabía que el *Pegaso* abría la formación. Lo seguían de cerca los otros torpederos, el *Orsa*, el *Orione*, el *Ardimentoso*, el *Libra* y el *Impetuoso*. Luego iban los cruceros, que desde su posición ya podía identificar plenamente: el *Eugenio di Savoia*, el *Duca d'Aosta* y el *Raimondo Montecuccoli*, que ocupaban el flanco de estribor; el *Abruzzi*, el *Garibaldi* y el *Alto Regolo*, en el lado de babor. En el centro de la formación navegaban majestuosos los tres acorazados, el *Roma* —desde donde los dos observaban

la escena—, el *Vittorio Veneto* y el *Italia*. Más atrás, en la posición más extrema de la formación, los seguían los cazatorpederos: a la derecha, el *Legionario*, el *Grecale*, el *Oriani* y el *Velite*; a la izquierda, el *Mitragliere*, el *Fuciliere*, el *Artigliere* y el *Carabiniere*.

En total eran veintitrés unidades, que navegaban perfectamente alineadas. Antes de ese día quizás nadie había visto nunca una flota tan numerosa ni tan bien sincronizada. Bandadas de gaviotas y cormoranes seguían los rastros de espuma que las naves dejaban sobre el mar, como si fueran las escuadrillas aéreas de protección que nadie había pensado enviarles.

—No me habría perdido este espectáculo por nada del mundo —insistió Ciro, que estaba muy emocionado.

En esta ocasión, Gavino tampoco dijo nada.

Tenía la mirada perdida hacia la costa. Parecía el único que no participaba de la euforia que aquella madrugada se había apoderado de la tripulación cuando, al final, la flota se había hecho a la mar y habían dejado atrás las largas jornadas de espera en el puerto de La Spezia.

Aquella mañana se habían reunido con carácter de urgencia en la panadería, hasta que la señal de cambio de turno los había dispersado. Santo, que estaba exultante por la posibilidad de entrar en combate, había corrido hacia la batería de gran calibre número dos, la más próxima a la torre de mando. Ovilio, que provenía de una familia desterrada por Mussolini, no compartía aquel entusiasmo; en las últimas horas se había mostrado especialmente preocupado por el nerviosismo manifiesto de los oficiales:

—Hasta hoy me costaba entender por qué causa luchábamos, porque, a pesar de que los hayan disimulado con una capa de pintura, este barco sigue estando lleno de símbolos fascistas. Ahora es peor, porque desde hace unas horas tampoco sé quién es el enemigo, ni a qué puerto nos dirigimos. ¡Ya no entiendo nada! —había exclamado antes de salir disparado hacia la radio.

Gavino y Ciro, que habían acabado su guardia y tenían cuatro horas libres antes de reincorporarse, habían dejado al Poeta y a sus hombres horneando el pan del día y se habían dirigido a la cubierta de popa. En caso de combate, ambos sabrían estar a la altura, pero tampoco compartían el fervor general.

Avanzaban despacio y la visibilidad era inmejorable. Aún permanecieron

un buen rato callados: Ciro admirando la estampa magnífica de la flota; Gavino intentando reconocer cada rincón de la costa que desfilaba ante sus ojos.

—¿Lo echas de menos? —le preguntó finalmente Ciro, señalando el grupo de casas que acababa de aparecer detrás de un pequeño promontorio.

Durante los últimos meses había escuchado mil veces a Gavino cantando las gracias de Castelsardo, aquel pueblecito que se encaramaba en un peñasco escarpado a orillas del mar, en el norte de Cerdeña, y que en ese mismo momento estaba ahí, justo ante sus narices.

—Ayer aún te habría dicho que no, pero confieso que ahora me muero de añoranza.

Gavino separó los brazos en un intento de abarcar toda la bahía que se abría frente a él y añadió consternado:

—¡Tengo el pueblo al alcance de la mano y ni siquiera puedo acercarme para abrazar a mis padres!

Ahora quien callaba era Ciro. Él también echaba de menos Nápoles y comprendía el arrebato nostálgico de su amigo. Sin darse cuenta, empezó a silbar la canción de los *Dos paraísos*.

—Conozco cada roca de estos fondos marinos y cada accidente de esta costa —lo interrumpió Gavino—. Domino las corrientes, los remolinos y las resacas; en estas aguas aprendí a navegar antes que a caminar; podría bogar en ellas con los ojos cerrados en plena tormenta. Pero ¿sabes qué...? No sé nadar. Si supiera hacerlo, me lanzaría al agua y nadaría hasta casa.

Se rieron, como si hubiera contado un chiste, pero enseguida fijaron de nuevo la mirada en el pueblo, que ahora podían admirar en todo su esplendor. El día era tan claro que se distinguían una a una las casas que se agarraban a la roca y ascendían hasta los flancos del castillo, en lo alto del peñasco.

—A esta hora, las barcas han levado los trasmallos y han regresado al pueblo hace rato —explicó Gavino, dejándose llevar por la nostalgia—. Mi padre debe de haber sacado los peces de las redes en la playa pequeña, la que se ve a la derecha de las casas. Solo no puede haber calado demasiado lejos, y debe de haber atrapado sobre todo pescado de roca, pero también pageles, salmonetes, sepias, algún sargo y quizás algo de más valor, como una lubina o

un dentón. Antes de la guerra, cuando íbamos a pescar los dos, nos aventurábamos mar adentro, siguiendo la línea que forman el campanario de la catedral y la torre del castillo; justo cuando por detrás de estos dos puntos asomaba la cabeza del Muntescu, la montaña que sobresale en la parte posterior del pueblo, y los tres puntos quedaban perfectamente alineados, calábamos las redes. En aquel punto exacto, en el fondo del mar, hay una losa con las mejores langostas de la costa sarda.

Ciro siempre había admirado los recursos de los pescadores para orientarse en medio del mar buscando las referencias en el paisaje de tierra. Escuchar a Gavino le evocaba sus propias pesqueras en Nápoles y le recordó que se habían saltado la comida.

El gregal que empezaba a soplar llevaba hasta ellos un olor a pescado y algas que se imponía al hedor del combustible que se respiraba siempre a bordo. Pareció que Gavino le leía el pensamiento, porque se llenó los pulmones de aire fresco y soltó:

—Me muero de hambre, ¿me comería un *pane al brodo*!

—¿Qué es?

—Un caldo de pescado humilde, hecho con arañas, serranos y escórporas que se come mojando el pan duro. En casa es la cena de todas las noches.

Iban dejando atrás el pueblo y se acercaban a la punta oriental del golfo de Asinara. La flota había dejado de navegar en formación; los barcos se habían colocado en fila para cruzar el siempre difícil paso de las bocas de Bonifacio.

—Antes del anochecer estaremos amarrados en La Maddalena. Me juego lo que sea a que a los hijos de los pueblos más cercanos os darán permiso...

—empezó Giro para levantar el ánimo de Gavino cuando se disponía a retirarse al interior del barco.

No terminó la frase. Un movimiento brusco estuvo a punto de lanzarlos al suelo. Intrigados por la maniobra, se acercaron de nuevo a la borda y vieron con gran sorpresa que todos los barcos habían empezado a ciar. ¡La flota estaba dando media vuelta!

—¿Nos volvemos? —preguntó Giro desesperado.

Radioprúa no tardó en difundir que los alemanes habían ocupado la base de La Maddalena y que la flota italiana no podía amarrar allí sin arriesgarse a

ser capturada.

A las tres de la tarde volvían a estar de nuevo frente a Castelsardo, pero en esta ocasión navegaban en dirección contraria y con las posiciones invertidas: ahora, el *Roma* iba a la cola de los acorazados. Gavino volvió a asomarse a la borda con la mirada perdida en los acantilados. Era consciente de que se le había escapado la oportunidad de abrazar a sus padres. Su rostro dejaba ver su decepción, pero no tuvo tiempo de desesperarse, porque justo entonces, cuando acababan de reaparecer ante ellos las casas blancas que se encaramaban por el peñasco, se dispararon las alarmas. Las bocinas de las baterías antiaéreas sonaron tres veces seguidas y, casi al mismo tiempo, los altavoces empezaron a difundir por todos los rincones de la nave la consigna más temida: «¡Alarma aérea! ¡Alarma aérea!».

Ciro y Savino levantaron instintivamente la cabeza hacia el cielo, a tiempo de descubrir cinco puntitos negros, pequeñísimos, que se aproximaban a la flota desde Córcega, por estribor. A medida que se acercaban, los puntos negros fueron aumentando de tamaño hasta convertirse en cinco bombarderos alemanes que volaban sobre la vertical del *Roma*. De uno de los aviones se desprendió un objeto brillante que parecía adquirir velocidad a medida que se precipitaba hacia su posición. Lo siguieron con la mirada hasta que cayó en el mar, a poca distancia de la popa del *Italia*, levantando una enorme columna de agua. Pasados unos segundos de desconcierto, comprendieron que acababa de explotar una bomba. ¡Los estaban atacando!

El corazón se les aceleró e intercambiaron una mirada de pánico. Giro fue el primero en reaccionar:

—¡Tenemos que presentarnos en el puesto de combate! Si todo va bien, quedamos a las siete de la tarde en la panadería —propuso cuando se separaron.

Gavino salió corriendo hacia la unidad de electricistas de la batería de gran calibre número tres; Giro, que antes de la guerra ya navegaba profesionalmente en un mercante y era quien tenía un destino más marinero, corrió en dirección a la escalera de popa para bajar al local de los *nochiere* y

recibir instrucciones. A mitad de la escalera, una bomba cayó directa sobre la cubierta lateral, a la altura de la segunda chimenea, y desestabilizó la nave, que se escoró un poco hacia estribor. Las luces se apagaron. Ciro se vio atrapado en la escalera: los hombres, aterrorizados, se empujaban en busca de una salida y obstruían el paso; todo el mundo gritaba. El barco seguía escorándose y no parecía que pudiera recuperar la posición. Maldijo el momento en que había resuelto entrar en aquella escalera y decidió retroceder.

El ascenso le resultó penoso. Cuando por fin vio la luz del día al fondo de un pasillo, una segunda explosión hizo temblar todo el barco. Por un momento le pareció que aquellas enormes masas de acero cedían y que la nave se fundiría como la cera de los cirios que habían encendido hacía unos días en la Madonna del Monte. Instintivamente, rezó un avemaría a la virgen genovesa. A continuación, apretó los dientes con fuerza, saltó por encima de dos hombres que habían caído al suelo y salió a cubierta.

4

Ni el profeta del libro del Apocalipsis describió nunca nada tan horrible como el infierno con el que se encontró *Ciro* cuando finalmente consiguió poner los pies sobre la cubierta del *Roma*. Decenas de hombres se quemaban vivos como antorchas y corrían de un lado a otro entre gritos espantosos. Los cuerpos estaban desparramados por el suelo, con las extremidades amputadas. Algunos tenían astillas de acero clavadas en el cuerpo, como puñales. Los que seguían conscientes suplicaban ayuda. Todos se retorcían de dolor y gemían como animales heridos de muerte.

La segunda bomba había impactado entre la torre de mando y la segunda batería de cañones de gran calibre. El artefacto había atravesado los pisos inferiores, había detonado justo en el interior del depósito de municiones y había producido una deflagración gigantesca que se había podido ver desde muchas millas de distancia. La torre de mando había sido abatida por la doble explosión y se había doblado hacia delante, como una rama rota; los oficiales que dirigían las operaciones de la flota desde los puentes de mando habían muerto al instante. La insignia con las tres estrellas amarillas del almirante había volado arrancada por la onda expansiva y se alejaba mar adentro. En el agujero provocado por la bomba había surgido un volcán que escupía acero y llamas a más de mil metros de altura. La batería de gran calibre número dos también había volado y sus mil seiscientas toneladas de acero habían ido a parar al mar. Todas las dependencias de proa se habían incendiado y la temperatura allí había aumentado hasta los dos mil grados; nadie podía haber

sobrevivido en aquella parte de la nave convertida ahora en un horno gigantesco, bajo una espesa humareda de color amarillo.

Desde su posición, Ciro vio que la parte central de la nave también empezaba a fundirse, como si fuera de mantequilla. No podía respirar. Sintió que se le doblaban las piernas, se agarró a una barandilla y se quemó las manos como si las hubiera puesto directamente en el fuego. Le ardía la garganta. Notó la piel de la cara reseca y tirante y descubrió que las cejas y el pelo también se le habían chamuscado. Presa del pánico, se volvió y salió corriendo hacia la popa, que parecía la parte más entera del barco, con la esperanza de encontrar a sus amigos. Mientras se dirigía hacia allí, se cruzó con hombres que lloraban y otros que caminaban como autómatas y no respondían a sus palabras. Algunos no eran más que masas de carne quemada que se movían como espectros entre el humo; se preguntó si ya estarían muertos y caminaban por inercia.

Cuando llegó al final de la popa, el barco se había escorado tanto que el agua entraba por la borda. Muchos marineros equipados con los chalecos salvavidas deambulaban con la mirada extraviada, sin saber qué hacer. Otros se estaban lanzando al mar y algunos, puede que los más veteranos, intentaban soltar los botes salvavidas. Recorrió toda la cubierta de popa buscando a sus amigos, y cuando vio que el agua no dejaba de subir, él también se lanzó al mar.

Empezó a nadar para alejarse, pero echó una última ojeada hacia atrás, y con esa mirada descubrió una figura familiar al lado de los últimos botes salvavidas que habían quedado por soltar: Gavino estaba allí, de pie, inmóvil, como si lo hubieran clavado a la cubierta; el agua le cubría los pies, pero no parecía ser consciente de ello. Ciro intentó nadar otra vez hacia el barco y le gritó:

—¡Tírate! ¡Tienes que tirarte y nadar muy lejos! ¡Tírate antes de que se hunda!

Gavino no se movió. Parecía ajeno a todo lo que pasaba. Ciro intentó saltar fuera del agua, agitando los brazos hacia arriba para llamar su atención, pero el esfuerzo fue en vano. Tragó agua dos veces, mezclada con el combustible que se escapaba de los motores de popa, pero aún consiguió

emitir otro grito desesperado:

—¡Gavino!

Siguió sin inmutarse. Estaba allí inmóvil, al lado de una escalera, justo debajo de la batería de gran calibre número tres, que estaba intacta. Llevaba puesto el chaleco salvavidas, pero alguna fuerza sobrenatural lo había paralizado.

El gregal, que mantenía ligeramente encrespado el mar, alejaba a Ciro del acorazado herido de muerte; su amigo se iba empequeñeciendo en la distancia, pero veía con toda claridad que seguía sin reaccionar. Intentó sin éxito nadar una vez más en dirección al barco, imploró a Dios, consciente de que el tiempo de Gavino y del *Roma* se acababa, y siguió gritando desesperado. Al fin se dejó llevar por el gregal: ya no se sentía los brazos ni las piernas, solo trataba de no tragar más agua sucia. Le ardían los ojos, tenía ganas de vomitar.

De repente, se oyó un ruido espeluznante, como un gemido, y se volvió justo a tiempo de ver que el *Roma* volcaba y en su rotación arrastraba hacia el fondo del mar a los pobres marineros que no se habían lanzado al agua. Le pareció ver que Gavino aún seguía allí, agarrado a la escalera, y que levantaba un brazo como despedida mientras rodaba con toda la popa boca abajo. Luego, el barco se partió en dos y ya no volvió a ver a su amigo. Temió que los remolinos lo atrapasen, pero, con gran sorpresa, comprobó que los restos se inclinaban sin provocar grandes turbulencias y empezaban a hundirse por las partes maestras. En el último momento, las dos mitades aún se elevaron unos instantes en vertical, apuntando hacia el cielo las líneas blancas y rojas pintadas en el casco de la nave para confundir las mediciones del enemigo. La proa y la popa fueron las últimas partes en desaparecer hacia el fondo del mar.

Ante los ojos de Ciro, allí donde unos segundos antes aún se encontraban los restos del buque insignia de la Regia Marina Italiana, con docenas de marineros que dudaban si debían lanzarse al agua, ahora solo quedaban las manchas blancas del mar. Un instante antes, el *Roma* estaba allí, mandando la flota italiana, y ahora ya no existía. ¿Cómo era posible? No habían pasado ni veinte minutos desde que había empezado el ataque alemán. Al fondo, sobre los acantilados de la costa, le pareció ver la mancha blanca de un pueblo que

se encaramaba por la montaña. Sintió un inmenso vacío, se pasó el brazo por la cara y se estremeció.

Entonces oyó un silbido y una voz lejana que gritaba:

—¡Allí hay otro!

Poco después advirtió que una mano lo agarraba por el chaleco y perdió el conocimiento.

5

Cuando despertó, se encontraba a bordo del *Fuciliere*, rodeado de supervivientes del naufragio. El caos era indescriptible. Los heridos se amontonaban en todos los rincones del barco, la mayoría con quemaduras por todo el cuerpo. Algunos, los más graves, agonizaban entre ahogos y temblores. La imagen era tan espantosa como la que había presenciado horas antes en la cubierta del *Roma*. Cerró los ojos, tratando de borrar aquel espectáculo macabro, pero entonces el hedor a carne quemada le resultó insoportable y decidió subir a cubierta.

Había oscurecido, la noche era muy fría. Ciro se estremeció y fue consciente de que iba prácticamente desnudo; solo llevaba puestos los calzoncillos y la placa de reconocimiento que le colgaba del cuello. Alguien le había untado las manos con una pomada de taninos, pero la cara seguía ardiéndole. Le picaban los ojos y tenía el estómago revuelto. Se sentó en un rincón resguardado del viento. Un alférez del *Fuciliere* se le acercó y le ofreció un vaso de coñac, que lo mareó del todo; el sabor del petróleo que había tragado mientras nadaba le subía desde las entrañas y le reseca la boca. Se asomó a la borda y vomitó. Otros supervivientes deambulaban en silencio por la cubierta, con la mirada extraviada; caminaban descalzos y temblaban, porque también habían perdido la ropa durante el naufragio.

Navegaban al lado de los barcos que habían participado en el rescate: el *Pegaso*, el *Orsa*, el *Impetuoso*, el *Mitragliere*, el *Carabiniere* y el *Regolo*. Alguien le explicó que los acorazados y los cruceros que habían sobrevivido

al ataque de la Luftwaffe habían huido a toda máquina y hacía horas que navegaban hacia el sur, probablemente en dirección al puerto de Bona, en la costa de Argelia. Los barcos ligeros que habían acudido a socorrer a los naufragos habían quedado abandonados a su suerte, sin órdenes del almirantazgo. El capitán Giuseppe Marini, el más veterano de los oficiales de las naves de rescate, había asumido el mando del grupo y trataba de hacer que volvieran a un puerto italiano para desembarcar a los heridos.

Aquella noche, los barcos de rescate cambiaron de rumbo muchas veces y los heridos entendieron que algo no acababa de marchar bien: los puertos en los que pensaban desembarcarlos habían sido ocupados por las tropas alemanas, y Marini ya no sabía adónde llevarlos. Ciro pensó que, de aquella manera, vagando en busca de un puerto seguro donde amarrar, con las cubiertas colapsadas de heridos, los barcos de guerra parecían ocas decapitadas que aún corrían por pura inercia; las había visto una vez en un pueblecito, en las afueras de Nápoles, y nunca había podido olvidar aquella imagen horrorosa. Puede que ellos también estuvieran muertos desde el momento del ataque y solo navegaran por instinto.

De madrugada, cuando más desanimado estaba, vio que cambiaban una vez más de rumbo y que los barcos ponían proa al sudeste. En cubierta corrió la noticia de que se dirigían a las islas Baleares y, poco después, los oficiales lo confirmaron: el capitán había optado por buscar el puerto neutral más cercano con la esperanza de ganar tiempo, desembarcar a los heridos y cargar agua y combustible; más adelante ya intentarían atrapar al grueso de la flota. Parecían buenas noticias, y Ciro se tranquilizó. El viento era cada vez más frío y decidió bajar al interior del barco para buscar una litera donde tumbarse.

Respiraba por la boca, tratando de disimular la repugnancia que le causaba el olor a carne quemada, que a medida que penetraba en el corazón del *Fuciliere* se hacía cada vez más insoportable. Entró en varias cabinas repletas de colchones ocupados por hombres que lloraban, incapaces de aguantar el dolor. Finalmente descubrió un pequeño espacio desocupado, al fondo de una galería donde se amontonaban algunos de los heridos más graves. Cuando estaba a punto de llegar a su rincón, una mano le rozó el brazo y lo obligó a pararse delante de una litera. Un pobre desgraciado estaba echado en

ella con todo el cuerpo vendado, de la cabeza a los pies: dos ojos inquietos lo escrutaban desde detrás de las vendas de la cara. Ciro estaba temblando, porque el viento helado de cubierta le había congelado el cuerpo desnudo. Entonces oyó:

—*Àia de fessúa a porta a-a seportù.*[*]

Las palabras sonaron tenues y apagadas, pero Ciro identificó al instante la lengua de Liguria y reconoció aquella voz familiar.

—¿Poeta?! —preguntó con un grito que le salió del alma.

La mano del Poeta se agarró con fuerza a su brazo y se fundieron en un abrazo inacabable. Lloraban como dos niños pequeños. Cuando se separaron, Ciro se dio cuenta de que habían olvidado las precauciones que aconsejaban sus heridas. El Poeta tenía la cara, el tórax, las piernas y los brazos vendados, pero sus ojos brillaban como si se le hubiese aparecido el ángel de la guarda.

—¿Cómo estás? —le preguntó, intentando disimular la ansiedad.

—No puedo respirar. Me parece que aquel maldito fuego me ha quemado las entrañas.

No se separaron en toda la noche. Soportaron juntos las dos alarmas aéreas, que dispararon la inquietud de los supervivientes: no sabían si los sobrevolaban aviones alemanes o ingleses, pero tanto daba, las dos posibilidades los aterraban.

—¿No tienen piedad ni de los moribundos? —Ciro se rebeló en un tono amargo, desesperanzado.

Al amanecer salió a cubierta, a respirar un poco de aire fresco. Solo cuatro barcos, los que llevaban más supervivientes a bordo, seguían navegando de lado: el *Mitragliere*, el *Carabiniere*, el *Fuciliere* y el *Regolo*. A lo lejos distinguió las siluetas del *Pegaso*, el *Orsa* y el *Impetuoso*, que se habían separado de la formación y se dirigían más al norte. Un subteniente lo recibió con la buena noticia:

—¡Acabamos de entrar en aguas territoriales españolas!

La luna estaba casi llena, exageradamente brillante. Las estelas que dejaban atrás las popas de los barcos reflejaban con intensidad la luz temblorosa de la luna, como si fueran miles de pequeñas bombillas. El infierno había quedado lejos: Ciro dio gracias al cielo y corrió hacia el

interior del barco para darle la noticia al Poeta.

6

Maó,

10 de septiembre de 1943 - 8 de enero de 1944

Cuando entraron en el puerto de Maó, decenas de figuras negras se movían como espectros en los acantilados y observaban desde lejos la evolución de los barcos. La noticia de la llegada de las cuatro naves de guerra italianas se había extendido como la pólvora desde la bocana hasta el culo de la bahía y había trastocado el aletargamiento habitual de la pequeña ciudad, asentada en la punta oriental de las Baleares. Atracaron en un muelle en desuso, situado entre dos calas alejadas de las casas, que los lugareños llamaban el Fonduco y cala Figuerasses. Mientras lanzaban las amarras a tierra y las ataban a los norayes, los curiosos no dejaban de llegar. Una bandada de pájaros negros, que a Ciro le parecieron cuervos o milanos, sobrevolaba las naves. También los espectros del acantilado le parecían aves de rapiña a punto de atacarlos: aún no sabía cómo los recibirían en aquel puerto extranjero, y las figuras negras le resultaban inquietantes.

A esa hora, Eduardo Serra se dirigía en bicicleta al aserradero familiar del Cos de Gràcia, en el centro de Maó, y cuando vio la multitud concentrada en los acantilados, él también decidió acercarse. Cuando asomó la cabeza entre las pitas del camino de l'Almirall y miró hacia el mar, quedó fascinado por el espectáculo de las cuatro naves alineadas contra el muelle. Estaba acostumbrado a los barcos de guerra españoles, que iban y venían de la base

naval; a él y a su pandilla les gustaba controlar sus movimientos mientras se lanzaban de cabeza desde los acantilados del Repòs del Rei. Pero aquellas naves eran diferentes: tenían la cubierta llena de banderas de colores llamativos, estampadas con figuras geométricas variadas. Había banderas italianas, pero también enseñas con franjas horizontales y verticales; las había con cruces, con aspas, con cuadrados y con triángulos; estaban teñidas de negro, de amarillo, de rojo y de azul. Visto desde arriba, el efecto cromático era extraordinario. A sus once años, Eduardo no había estado nunca tan exaltado y no dejaba de lanzar exclamaciones llenas de sorpresa y admiración.

Tras culminar las maniobras de amarre, los cuatro barcos de guerra italianos quedaron dispuestos uno junto a otro. Por primera vez desde que habían sido atacados por los alemanes, los marineros podían ver de cerca a los tripulantes de las otras naves; se miraban estupefactos y descubrían la imagen de su propia derrota grabada en la estampa de los demás, como si se miraran en un espejo. En las caras de los compañeros ya no había miedo, sino la vergüenza por una derrota sufrida sin ni siquiera haberle plantado cara al enemigo.

Cuando se sobrepusieron al desconcierto inicial, los marineros italianos lanzaron al agua los botes salvavidas y empezaron a trasladar a los heridos a un hospital militar construido dos siglos atrás en una pequeña isla en el centro del puerto: la illa del Rei. La operación de traslado de más de doscientos heridos graves, la mayoría procedentes de los cazatorpederos, duró un par de horas. Cuando completaron la evacuación, los marineros subieron a las naves y comenzaron a retirar las banderas de colores que estaban tiradas como si fueran mantas en las cubiertas. El espectáculo que quedó al descubierto heló la sangre de los curiosos, que no pudieron ahogar un grito colectivo de dolor: las banderas escondían los cadáveres de los marineros que habían muerto durante la travesía nocturna.

El olor a carne quemada y los gemidos de los heridos, que hasta entonces habían pasado desapercibidos, se elevaron hasta lo alto de los acantilados y acabaron de conmocionar a aquellas figuras negras, que empezaron a dispersarse, ahuyentadas por una visión que les resultaba insoportable.

—¡Vienen de la guerra! —dictaminó solemnemente Eduardo Serra al ver

aquel montón de cadáveres. Y corrió al aserradero familiar para comunicar la noticia.

Ciro tampoco resistió la visión de sus compañeros muertos y desvió la mirada hacia el fondo de la bahía. Luego levantó los ojos al cielo y comprobó que la bandada de cuervos o de milanos no dejaba de crecer. Los pájaros negros batían ahora las alas con fuerza y volaban en círculos concéntricos por encima de las naves italianas.

7

Dos días después enterraron a los muertos en el cementerio de Maó. A las nueve en punto, las campanas de la iglesia de Santa Maria tocaron a difuntos y durante dos horas el tañido del duelo se propagó por todo el puerto. Tumbado en su cama del primer piso del hospital militar, el Poeta se estremeció; las campanadas le recordaban que había sobrevivido de milagro, que él también había sentido el acecho de la muerte durante la travesía. Respondiendo a la llamada de las campanas, los supervivientes se acomodaron en la cubierta de los barcos, dispuestos a seguir la ceremonia desde la distancia. No podían ir a la iglesia porque nadie había pensado en suministrarles una muda y seguían medio desnudos desde la maldita tarde del bombardeo. El silencio a bordo era estremecedor.

Las tripulaciones regulares de las cuatro naves de rescate, en cambio, habían bajado a tierra con el uniforme reglamentario y esperaban en formación la llegada de los féretros para acompañarlos en procesión hasta la parte alta del pueblo. Cuando las barcazas llegaron al puerto, cargaron las cajas y unos voluntarios las subieron a hombros hasta la monumental iglesia de Santa Maria, que se quedó pequeña para acoger a los miles de personas que querían asistir al funeral. La ceremonia estaba pensada para los marineros italianos de los cuatro barcos de rescate, pero también había congregado a los marineros españoles de la base naval, los soldados de tierra de los campamentos militares de la isla y toda la población de Maó, conmovida por la muerte atroz de los jóvenes italianos.

La tarde anterior, el rector de Santa Maria se había presentado en el muelle del Fonduco y había preguntado:

—¿Son católicos?

El capitán Marini lo había mirado con los ojos muy abiertos, como si estuviera escuchando a un auténtico loco.

—Pero ¿qué narices quiere que sean? —contestó indignado—. ¡Son marineros de la Regia Marina Italiana!

Una vez aclarada satisfactoriamente la cuestión, el obispo de Ciutadella en persona presidió la ceremonia, que concelebró con una docena de sacerdotes procedentes de diferentes parroquias de la isla.

Ciro, que había conseguido el uniforme reglamentario de un marinero del *Fuciliere*, había sido de los primeros en llegar. Cuando entró en Santa Maria, quedó admirado por la grandiosidad del órgano, que mostraba algunos desperfectos, como si alguien hubiese querido destruirlo, aunque su aspecto seguía siendo monumental. A continuación, paseó la mirada por los arcos del primer piso, que le parecieron muy elegantes; finalmente escrutó una a una las capillas laterales y se sentó en la que estaba dedicada a la virgen de los Dolores, que le pareció la más adecuada para sus propósitos.

Estaba allí para ofrecer su propio funeral a los amigos perdidos en Asinara: Santo, Gavino y Ovilio no tendrían nunca una ceremonia como aquella, porque nadie podría recuperar nunca sus cuerpos del fondo del mar. Le pareció que nadie como la Dolorosa podría comprender su abatimiento. Arrodillado de cara a la Virgen, dedicó una primera oración al pobre Gavino, que se había quedado para siempre en el fondo de Asinara porque no sabía nadar y no se había atrevido a lanzarse al agua. Luego se preguntó qué habría sido de Ovilio: lo había buscado por todas las naves amarradas en Maó, con la esperanza de que una de ellas lo hubiese rescatado, pero nadie supo decirle nada de él; había acabado aceptando que debía de estar entre los fallecidos, y también le rezó un avemaría de despedida.

Finalmente recordó a Santo, que estaba de servicio en la batería número dos de proa y que con toda seguridad había saltado por los aires en el momento de la deflagración del depósito de municiones. Se había pasado meses esperando entrar en combate y cuando, por fin, la guerra había ido a su

encuentro, no había tenido ni tiempo de darse cuenta.

—Si Dios y el *Roma* combatían en el mismo bando, tendrás que convenir que la tarde del nueve de septiembre, en el golfo de Asinara, Dios dejó de ser invencible —le reprochó Ciro a Santo, como si en aquel mismo instante lo tuviera enfrente—. O eso, o no teníamos a Dios de nuestra parte —sentenció, apretando los dientes para no gritar.

Levantó la cabeza para rezar otro avemaría y pidió la intercesión de la Virgen a favor de su amigo. Solo entonces se dio cuenta de que la Dolorosa tenía una cara tristísima: una lágrima enorme resbalaba por su mejilla y acababa cayendo sobre una de las siete espadas que le atravesaban el corazón.

—Espero que la Virgen haya intercedido por ti y que Dios te haya acogido en su paraíso —añadió al final Ciro, en esta ocasión en voz alta, como si definitivamente Santo estuviera allí, en el centro de la capilla de los Dolores.

Pero justo entonces oyó el clamor que anunciaba la entrada de los voluntarios en la iglesia, y cuando a continuación vio los ataúdes alineados a los pies del altar, comprendió que la muerte de todos aquellos inocentes en aguas de Asinara le hacía muy difícil confiar en un Dios misericordioso. ¿Quién era el culpable de aquellas muertes? ¿De qué habían servido aquellas vidas segadas cuando apenas empezaban a florecer? ¿Qué Dios colérico podía haber exigido aquellos sacrificios humanos? Pero aún quería creer en el descanso eterno de sus amigos y dio por buenas todas las oraciones. En aquel instante de recogimiento íntimo también tuvo un recuerdo para el almirante Carlo Bergamini, jefe de la flota, a quien había respetado más que a cualquier otro marinero.

—Y tú, Bergamini, siempre tan recto, siempre leal al rey y a la patria, ¿sabrías decirme por quién has entregado la vida? —le preguntó.

Sintió mucha lástima por el almirante y también le dedicó una oración. Luego se puso de pie para saludar la entrada del obispo y de los sacerdotes, y se dispuso a seguir la ceremonia, que fue muy emotiva y arrancó ríos de lágrimas a los asistentes.

Cuando el obispo dio por acabado el funeral y se abrieron las puertas de Santa Maria, la multitud llenó la costa de sa Plaça, la calle de ses Moreres y el larguísimo Cos de Gràcia. Marineros italianos y españoles cargaron las

cajas en un camión y se formó una comitiva presidida por el señor obispo, que subió en dirección al cementerio, seguida por más de cinco mil personas; jamás se había visto en Maó una concentración tan multitudinaria. Dos bandas de música, una italiana y otra de la ciudad, cerraban el séquito tocando música fúnebre, que daba el punto de gravedad que la ocasión requería.

A mitad de la pendiente del Cos de Gràcia, justo a la altura del aserradero de los Serra, la comitiva se detuvo y los sacerdotes que habían concelebrado el funeral rezaron una última oración por los jóvenes muertos. Ciro, que iba justo detrás del camión, se quedó frente a Eduardo Serra, que seguía la escena encaramado a una escalera, en la puerta del negocio familiar. Aquel chiquillo que miraba con ojos inquietos le recordó a sus ocho hermanos, y justo en aquel instante advirtió que con todas las emociones de los últimos días no había tenido tiempo de pensar en su familia: cuando volviera al barco tenía que buscar la forma de escribir a Nápoles para hacerles saber que estaba vivo. Cuando el séquito se puso de nuevo en marcha, ahora ya solo con los militares y las dos bandas de música, vio que desde el interior del aserradero llamaban al muchacho para que volviera al trabajo. Pero aquel día, en Maó, nadie volvió a trabajar.

Al salir del cementerio, el sol quemaba como en los peores días de verano, y toda la tropa estaba sudando. Ciro buscó la protección de los pinos que flanqueaban la entrada del pueblo y luego aceleró el paso a la sombra de los edificios del Cos de Gràcia, que volvió a recorrer cuesta abajo hacia el puerto. Se moría de ganas de explicarle la ceremonia al Poeta, pero antes tenía por delante una tarde llena de sorpresas. La primera le esperaba a bordo del *Fuciliere*. En cuanto embarcó, un suboficial le entregó un paquete.

—De parte de los españoles —le dijo.

Envuelto con papel de estraza había un uniforme de verano de la marina española, dos calzoncillos y unas botas negras. Por fin volverían a parecer soldados regulares. Se cambió inmediatamente, con la ilusión de un niño pequeño, pero cuando se vio vistiendo el uniforme español no pudo evitar sentirse incómodo. No se reconocía, era como si estuviera ocupando el cuerpo

de un extraño. De hecho, todo en aquella guerra empezaba a ser muy confuso: volvían de enterrar a sus muertos en tierra desconocida; habían sido bombardeados por los alemanes, que habían sido sus aliados durante cuatro años; se habían refugiado en un puerto español donde un día los trataban como amigos y otro los hacían sentirse prisioneros; y si alguna vez los dejaban irse, tampoco sabrían adónde ir, porque ya no tenían puertos seguros. Ahora vestía el uniforme de un extranjero y jamás podría sentirlo como suyo.

Ciro se paró delante de una plancha metálica que le servía de espejo; se alisó la camisa azul y se ajustó el cuello, que era blanco. Era él, era su cara, pero definitivamente no se gustaba. No tardó en cambiar de criterio, porque cuando subió a cubierta había empezado a soplar un poco de brisa y pensó que, en cualquier caso, siempre era mejor vestir un uniforme extranjero que andar medio desnudo, sobre todo ahora que los días se acortaban y las noches empezaban a ser frías. Al final, quizás solo se trataba de sobrevivir.

La segunda sorpresa llegó cuando volvía de visitar al Poeta en el hospital militar. Se habían reído de su uniforme de la armada española y se habían emocionado recordando la ceremonia fúnebre, que Ciro le había reproducido hasta el último detalle. Al Poeta aún le costaba respirar, pero parecía estar mejor de las quemaduras, y de vuelta en el muelle del Fonduco, Ciro subió a la barca con el espíritu reconfortado. Pero entonces, cuando se sentó en el banco de popa, a punto estuvo de desmayarse.

El marinero que manejaba la barca le dijo:

—Pareces enfermo.

—Solo estoy un poco decaído. Con este hedor a carne quemada hace tres días que no me entra nada: todo lo que como lo vomito.

El hombre acercó a los que volvían del hospital e iban a las naves y luego desvió la barcaza hacia el *Regolo*, que solo había recogido a veintitrés de los más de seiscientos supervivientes del *Roma*. Cuando subieron a bordo, el aire que se respiraba en el interior del barco no tenía nada que ver con el de las otras naves. El piloto de la barcaza condujo a Ciro a la cocina. Allí, lejos de los heridos y del hedor a carne quemada, comió a gusto por primera vez desde el ataque.

Al atardecer, de nuevo a bordo del *Fuciliere*, lo esperaba la última

sorpresa. Un oficial reunió a todos los supervivientes en cubierta y les anunció:

—Los que formabais parte de la tripulación del *Roma* debéis estar preparados para bajar a tierra inmediatamente. A partir de hoy mismo os acomodaréis en tres edificios que nos han cedido los españoles.

Dos horas después, los supervivientes del naufragio que no estaban ingresados en el hospital militar se repartían en tres edificios construidos al fondo del puerto, en la *colàrsega*, entre la base naval y el pueblo de Maó.

Ocho días después de la llegada de los barcos italianos, la gente de Maó aún evitaba acercarse al puerto, que seguía impregnado de aquel horrible hedor a carne quemada. En la illa del Rei, la situación era aún más espantosa, porque las quemaduras y las heridas infectadas de los internos habían atraído a un ejército de pequeñas moscas y la amenaza de una epidemia había disparado todas las alarmas. Las monjas luchaban incansablemente contra la invasión; intentaban con desesperación mantener alejado el peligro de una epidemia, pero pronto se rindieron a la evidencia de que las vendas no impedían la concentración de centenares de puntos negros sobre las heridas más delicadas. Cuando ya estaban a punto de claudicar, las Hijas de la Caridad se inventaron un sistema estrafalario: escondían las manos quemadas dentro de cajas de cartón, que impedían que las moscas se acercaran a ellas; con las manos encerradas en aquellas jaulas, los heridos parecían títeres a medio fabricar. Las salas de quemados ofrecían una imagen grotesca, pero la solución se reveló muy práctica. Día a día, las quemaduras mejoraban y los marineros internados fueron poco a poco recuperando la esperanza.

Ciro se presentaba todas las tardes en la illa del Rei para hacerle compañía al Poeta. Los primeros días iba por los muelles hasta es Castell y el embarcadero del hospital, que era el camino más largo; pero más adelante decidió aproximarse hasta allí por el otro lado, rodeando por detrás la base naval, hasta cala Partió. Allí, un pescador le prestaba una barquita de dieciséis palmos, que había bautizado con el nombre de *Menorquina*.

Al volver de la isla, había empezado a aventurarse cada tarde por los bancales cultivados que bajaban desde Sant Antoni, una gran casa de fachada clásica y paredes rojas que dominaba la bahía. Ciro se moría de hambre, y cuando en un margen entre bancales descubrió una higuera *paratjal* cargada de higos maduros, no resistió la tentación. Estaban en su punto: rojos, carnosos, tan agrietados por el sol que de ellos goteaba un jugo dulcísimo. Espantó las abejas que picoteaban los higos, cogió unos cuantos, los más azulados, casi morados, y se llevó dos seguidos a la boca, con avidez. Cuando se estaba acercando a una rama más alta oyó ruido a sus espaldas; se volvió asustado y descubrió que un hombre lo observaba desde el sendero, cortándole el paso. Dio por hecho que lo denunciaría y se vio perdido, pero el campesino lo sorprendió.

—¿Eres marinero de los barcos italianos? Dicen que pasáis hambre. Vamos, ven conmigo, Magdalena te preparará algo de comer —le dijo—. Y a partir de ahora no es necesario que robes nada. Si tienes hambre, vienes a casa y lo pides.

Al cabo de un rato devoraba una ensalada de tomate y un trozo de queso casero en la cocina de los encargados de Sant Antoni, la masía más importante de s'Altra Banda, y seguramente de toda aquella parte de la isla. Ciro les narraba su odisea a bordo del *Roma*, y Mateu Pons y Magdalena Coll lo escuchaban como si les estuvieran contando un cuento.

Los días pasaron deprisa. La rueda giraba, no se sabía hacia dónde ni por quién era guiada, pero Ciro se acostumbró a la nueva rutina sin grandes dificultades. En los locales militares que les habían habilitado como cuarteles dormían en el suelo, en un lecho hecho de paja y mechones de lana. La comida era tan escasa que pasaban hambre de verdad, pero tenían libertad de movimiento por el pueblo, recibían clases de español, jugaban al fútbol para mantenerse en forma y todas las tardes, al volver del hospital militar, subía a Sant Antoni a visitar a sus nuevos amigos.

Lo oían desde muy lejos, porque subía todo el camino silbando. Luego, cuando se había recuperado en la cocina devorando la comida que le

preparaban, les cantaba antiguas canciones napolitanas, que a veces adaptaba con ingenio para narrar las aventuras de los marineros y su estancia en Maó: «*E' la Menorquina la nave più bella/è la nave sulla cui navighiamo/è la Menorquina una sagoma snella*». Mateu y Magdalena le correspondían explicándole los amores de lord Nelson y lady Hamilton en el ala noble de aquella misma casa que ahora los acogía y que los ingleses conocían como The Nelson's House.

A Ciro, la rutina y la esperanza de que pronto regresarían a casa le bastaban para ir tirando. Hasta que una mañana, cuando se levantó, vio que habían trasladado las naves desde el muelle del Fonduco y las habían fondeado, una al lado de otra, en la *colàrsega*, en el culo del puerto. Al principio no le dio importancia, pero aquella tarde, cuando se disponía a coger la *Menorquina* para trasladarse a la illa del Rei, el pescador de cala Partió le dijo:

—¡Todos los pulpos van a morir a la *colàrsega*!

Entonces comprendió que habían movido las naves para dejarlas inmobilizadas. No volverían a casa en mucho tiempo.

Aquella misma tarde, cuando subió al primer piso del hospital militar, vio al Poeta hablando con una mujer menuda, elegante y enjoyada que tomaba notas en una libreta.

—¿Quién era? —preguntó con curiosidad cuando ella se fue y se dirigió hacia otra estancia.

—Se llama Fortuna Novella y es hija de Carloforte, en la isla de San Pietro, al suroeste de Cerdeña; allí hablan genovés, como en Le Cinque Terre. Tiene una gran biblioteca y mañana me traerá los *Sonetos* de Petrarca.

La mujer, que era la viuda de un acaudalado hombre de negocios menorquín, Antoni Riudavets, puso todo lo que tenía a disposición de sus compatriotas, en especial de los heridos ingresados en la illa del Rei. Fortuna, la mujer bajita y frágil de ojos azules y gran corazón, se convirtió enseguida en el ángel de la guarda de los enfermos: los escuchaba, les hacía de traductora, les hacía regalos y, cuando convenía, también les hacía de madre. Los heridos

decían que, en cuanto entraba de visita en su habitación del hospital, podían respirar el olor del hogar, el olor de su propia *mamma*, y empezaron a llamarla «*Mamma Mahón*».

9

El Poeta abrió los ojos y descubrió que el cielo de Maó se había oscurecido como si fuera noche cerrada; una tormenta de levante estaba a punto de descargar sobre el puerto. Un par de horas antes, al mediodía, cuando se había dormido, el cielo era transparente, muy azul; solo de vez en cuando aparecía una nube de algodón procedente de mar abierto y desfilaba por delante de su ventana hacia el interior de la isla. Maldijo una vez más el abatimiento que le causaban las lesiones en el pulmón, que lo mantenían adormilado durante las mejores horas del día. Las quemaduras habían mejorado, pero cada día respiraba con más dificultad.

Su cuerpo se apagaba y las monjas del hospital le habían concedido la última voluntad de los condenados a muerte: sor Emilia y sor Rosa habían acercado su cama a una ventana y habían abierto los postigos del todo. Desde que lo ingresaron en el hospital, era la primera vez que veía el cielo. Era todo lo que necesitaba antes de morir.

Cuando las monjas lo dejaron solo, había intentado incorporarse para asomar la cabeza por la ventana, hacia el puerto, pero los brazos no lo habían sostenido y tuvo que conformarse apoyando el cuerpo de lado, inclinado hacia el exterior. Las nubes se habían hecho cada vez más grandes, blanquísimas, adoptando formas caprichosas. Por su ventana habían desfilado figuras de animales, de personas y de monstruos que a duras penas duraban unos segundos, antes de desdibujarse empujadas por el viento, cada vez más violento. Cuando el cansancio lo había vencido y cerró los ojos, inició un

viaje perturbador en busca de todos los ángeles y demonios que habían poblado sus escasos veinte años de vida.

Se despertó inquieto por la inminencia de la tormenta. Oyó a alguien respirando a sus espaldas y vio a Ciro al pie de la cama, mirándolo en silencio. Permanecieron un buen rato así, mirándose a los ojos, pero sin decirse nada; luego, Ciro se sintió obligado a preguntar:

—¿Cómo estás hoy?

—Mejor —contestó el Poeta.

Pero lo dijo así, muy seco, sin esperanza. Luego pareció animarse.

—Esta tarde he bajado al infierno de los seres más infames, he cruzado el purgatorio, donde se desesperan los pusilánimes, y he subido al cielo para encontrar las almas más puras... Ahora me siento en paz, preparado para el viaje.

Ciro puso cara de estar asustado. ¿Deliraba? El Poeta se dio cuenta, sonrió y le preguntó:

—¿No conoces *La Divina Comedia*?

—Sí, claro, de la escuela... Pero nunca la he leído entera.

—Yo la he releído esta misma tarde, de principio a fin: las nubes la han escrito para mí en el cielo de la bahía. Primero representaban personas y animales peligrosos; un guepardo, un león y una loba feroz, que me impedían el paso. Luego se me ha aparecido Virgilio, el poeta, y me ha invitado a acompañarlo. Hemos subido a la barca de Caronte y hemos visto las colas de escorpión de Gerión. Hemos descubierto ríos de sangre, lluvias de fuego en desiertos ardientes, mares de sangre hirviendo; hemos ido al encuentro de centauros, minotauros, poetas, usureros, traidores, criminales, gobernantes corruptos... ¿Sabías que los que se hacen daño a sí mismos son condenados al séptimo círculo del infierno, donde se convierten en plantas y ya no disponen nunca más de su propio cuerpo?

El Poeta cerró los ojos y cuando prosiguió, más que hablar, suplicaba:

—Dios, ¡cómo deseo que Minos se compadezca de mí y me libere de una vez de este cuerpo que me mortifica! ¡Cómo anhelo convertirme en un castaño de los bosques de Biassa! ¡O en un enebro del carrascal que crece en los acantilados de ahí afuera, que huelo desde la cama!

Definitivamente, el Poeta deliraba, pero Ciro no se atrevía a interrumpirlo.

—¿Sabes? Cuando he llegado al cielo, me he encontrado a Beatrice. Estaba radiante, más serena que nunca, y vestía el mismo velo blanco y el manto verde que se puso el último día que bajamos juntos de Biassa. ¿Te acuerdas?

Ciro se acordaba perfectamente. Había sido en agosto, cuando aún estaban atrapados en La Spezia, pero parecía que había pasado en una vida anterior, cuando aún no habían conocido el infierno de Asinara.

Aquel día, cuando bajó a tierra, Ciro no tenía ganas de ir al cine y decidió subir a Biassa con el Poeta, que tenía a su padre trabajando en las carpinterías del Arsenal, a solo quinientos metros de la dársena donde estaba amarrado el *Roma*, pero aún no habían podido verse ningún día. Si quería hablar con él, tenía que aprovechar aquellas horas de permiso y subir al pueblo.

—Si nos apresuramos aún estarán las chicas —dijo el Poeta cuando empezaron a trepar por la montaña.

Las chicas eran Beatrice, la novia del Poeta, y Francesca, su amiga, que salía con Ciro desde que un domingo de junio los habían presentado en las sesiones de tarde del Monteverdi.

Pasaron la mañana de casa en casa, saludando a los vecinos, que querían abrazar al chico del carpintero, porque así se imaginaban que abrazaban a sus propios hijos, que también se habían ido a la guerra. El Poeta había sido el primer muchacho de Biassa que había estudiado en el Liceo de La Spezia y se preparaba para entrar en la universidad. Todo el pueblo se sentía orgulloso de él, sobre todo su padre, que era un militante convencido de la causa de la educación; por suerte, su hijo había aprovechado el tiempo y se había convertido en un apasionado de los libros.

Cuando llegó la hora de despedirse, el padre no disimuló su frustración. Aquella maldita guerra había alterado gravemente el curso natural de las cosas y amenazaba los proyectos que tanto le había costado preparar para su hijo mayor.

—Sé valiente, pero no te arriesgues más de la cuenta, te necesito vivo.

Después de la guerra me ayudarás en la carpintería e irás a la universidad —le dijo con frialdad.

—Quizás tendremos que cerrar la carpintería y abrir una panadería. —El Poeta se rió, mirando de reojo a Ciro, que también se reía—. Desde que estoy destinado en la panadería del barco dicen que comemos el mejor pan de toda la flota.

Su padre no contestó, se limitó a abrazarlo. Su madre los miraba de lejos, sentada a la mesa; no daba ninguna señal de querer incorporarse. El Poeta se acercó a ella.

—¡Deme un abrazo, madre! Pasarán semanas antes de que pueda volver a visitarlos.

La mujer le dio la espalda. Estaba convencida de que, si no se despedía de él, sería como si su hijo no se marchara al frente. Y si no se marchaba, no habría ninguna guerra y no le podría ocurrir nada malo. Era su manera de esquivar la muerte.

La reacción lunática de su madre sorprendió al Poeta, que hizo una mueca de dolor, intercambió una sonrisa triste con su padre y se volvió hacia la puerta.

—Venga, vamos a buscar a las chicas y bajemos a Spezia —dijo, así, sin el artículo, como hacía la gente de la región.

Francesca y Beatrice los esperaban en la puerta. En realidad, Beatrice se llamaba Chiaretta, pero desde el día que habían empezado a salir, el Poeta le había cambiado el nombre.

—Solo faltaría que un poeta no pudiera ni rebautizar a su chica —se defendía riéndose cuando se lo reprochaban.

Tomaron la calle de la iglesia, y más allá del cementerio cruzaron una zona de huertos de cebollas y patatas, que la gente cambiaba en el mercado de La Spezia por productos que necesitaban. Luego entraron en un bosque de castaños tiernísimos, cargados de castañas que aún verdeaban, y el Poeta se detuvo.

—Este mes de octubre, muchas familias no tendrán brazos para cosechar las castañas y bajarlas a Spezia —dijo lamentándose mientras se quitaba los zapatos y se los colgaba al hombro.

Las dos chicas lo imitaron.

—¿Habéis hecho alguna promesa? —preguntó Ciro desconcertado.

—¿Qué dices? En estos senderos embarrados los zapatos se gastan en un abrir y cerrar de ojos —contestó Francesca risueña.

Caminaron un tramo con el sol a sus espaldas y enseguida entraron en la umbría, que ya no dejaron hasta que llegaron abajo, al lado del Arsenale. Se dirigieron al centro, a recoger a la pandilla, que a esa hora bailaban en el Marconi, y fueron juntos a pasear arriba y abajo por la via del Prione, como solían hacer todas las tardes que les dejaban bajar a tierra. Ciro y el Poeta paseaban tranquilamente cogidos del brazo de Francesca y Beatrice. Unos metros más atrás los seguían Ovilio, Santo y Gavino, que no paraban de bromear con ellos.

Cuando se acercaba la hora de volver al barco se encaminaron a la Porta del Chiodo y pasaron por delante de una zona de almacenes medio abandonados, disimulados por un poco de vegetación.

—¡Hijos de puta! —gritó de repente el Poeta, mientras echaba a correr hacia la entrada de un callejón—. *Figli di putana! A ve tagio 'e bale e a ve gi fago 'ngolae!*[*] —gritó después, fuera de sí, en el dialecto genovés de Le Cinque Terre, dirigiéndose al grupo que se movía furtivamente entre las sombras.

El Poeta llegó al portal en el momento en que dos figuras echaban a correr en dirección a via Garibaldi. Cuando pasaban por debajo de una farola, Ciro distinguió a la perfección los uniformes alemanes y se puso en alerta, porque, en ese mismo instante, los que no habían huido plantaron cara al Poeta, lo rodearon y lo lanzaron al suelo. Justo entonces Ciro reaccionó y llamó a los demás, que caminaban más rezagados.

La llegada de los amigos puso en fuga a los alemanes cuando ya habían clavado con furia las botas en la cara del Poeta, que se había defendido como un animal en el suelo. Se incorporó no sin dificultad; tenía un corte en la ceja y también le sangraba la nariz. Se pasó la manga por la cara y, maldiciendo, se acercó a tres chicos que debían de tener once o doce años. Aún tenían los pantalones bajados y lo miraban con cara de espanto.

—*Va a ca', schifoso! A femo i cunti dopo...*[*] —le gritó al primero que

se encontró, antes de abofetearlo. Los chicos se subieron los pantalones y echaron a correr.

No volvió a hablar en toda la noche. En la Porta del Chiodo subieron a la barcaza que debía llevarlos al otro lado del puerto. El *Roma* estaba amarrado de popa, en la Porta Marola, pero no tocaba directamente el muelle, estaba separado unos treinta metros. A esa hora, la barcaza iba llena. Entre los pasajeros, el Poeta descubrió con disgusto a dos oficiales de la Luftwaffe; eran los hombres que interpretaban para los italianos las indicaciones de las patrullas aéreas de apoyo de la aviación alemana. Cuando la barcaza pasaba entre la popa y el muelle para acercarse a la escalera que estaba colgada a estribor, los pasajeros empezaron a ponerse de pie para encaramarse a ella. Los dos hombres de la Luftwaffe fueron los primeros en levantarse. El Poeta los imitó. Fingió que perdía el equilibrio, se precipitó encima de uno de uno de los oficiales alemanes y lo hizo caer al agua.

Cuando estuvieron arriba, Ciro le comentó:

—Jamás habría pensado que los nazis te cayeran tan mal.

—A mí solo me interesa la literatura. Pero hace tres años que aguantamos a esta pandilla de cabrones y ya no puedo más.

Ciro recordaba muy bien esa tarde. No habían pasado ni tres meses, y aunque casi se había olvidado ya de Francesca, cada día había recordado la reacción furiosa del Poeta con aquellos chicos de La Spezia.

—¿Por qué te cabreaste tanto aquel día con los chiquillos en la entrada del callejón?

—Aquellos insensatos se venden por cuatro chavos a los oficiales pervertidos que buscan carne fresca. Se lo toman como un juego: una mamada a cambio de una entrada para el cine. Uno de los chicos era mi hermano pequeño.

Ciro y el Poeta permanecieron en silencio. La tormenta había empezado a descargar con furia y el viento golpeaba la ventana, pero ninguno de los dos hizo ademán de cerrarla. Los relámpagos iluminaban el puerto de punta a punta y el golpeteo frenético de la lluvia contra los tejados exaltaba su ánimo.

Al cabo de un rato, Ciro dijo:

—¿Sabes, Poeta, que nunca he sabido tu verdadero nombre de pila?

La cara de este se iluminó.

—Dante, me llamo Dante Sansolini.

Ciro echó el cuerpo hacia delante para tocarle el brazo y soltó una gran risotada. El Poeta intentó sumarse a ella, pero a duras penas pudo esbozar una sonrisa.

—El día del bautizo, mi padre anunció el nombre a la familia, convencido de que el más grande de nuestros clásicos tenía que marcar mi destino — aclaró el Poeta con un hilo de voz cada vez más débil—. Si no hubiese sido por esta maldita guerra, su deseo ya se habría cumplido. Ahora sería maestro. O un escritor reconocido.

Cuando salió al patio del hospital, la tempestad había engullido la bahía. Supo que no volvería a ver vivo a su amigo. Cruzó los pequeños jardines de las monjas y corrió directamente hacia la barca. Cuando cogió los dos remos, estaba empapado. Buscó la entrada del puerto con la mirada, pero la bocana había desaparecido bajo una cortina de agua. Sant Antoni también era una figura desdibujada entre la niebla, pero a pesar de todo decidió subir hasta allí. Sentía el peso del desánimo y necesitaba la compañía de Mateu y Magdalena, que eran lo más parecido a una familia que había encontrado desde que se habían quedado retenidos en Maó.

Cuando llegó a los banales superiores, la lluvia cesó de golpe, como si alguien hubiera ordenado el final de la tormenta. Los árboles frutales goteaban; los surcos del huerto se habían inundado y parecían rieras desbordadas. Subió el último tramo silbando *Carmela*, una canción triste, cargada de melancolía. Mateu salió a recibirlo.

—Nos has traído suerte, ¡este año será un año de niscalos y de setas de todo tipo! —le dijo con una enorme sonrisa, antes de hacerlo pasar a la cocina.

Se sentaron a la mesa, frente al fuego, que Mateu mantenía vivo con troncos de olivo silvestre y encina. Magdalena les sirvió las sobras de un arroz de la tierra que había preparado el día antes para todos los que habían subido a ayudarlos en la matanza del cerdo. Cuando vio aquella cazuela de trigo roto con trozos de costilla, morcilla, panceta, sobrasada, tomate y una

cabeza de ajo entera, Ciro abrió los ojos como platos y calló para concentrarse.

—Este plato es una bomba, hace días que me malcriáis y luego no me podré acostumbrar a la porquería de comida de la Marina española —dijo soltando una gran carcajada cuando se terminó el plato.

Luego, para agradecerles su hospitalidad, los sorprendió cantando la primera estrofa de una canción menorquina que había pedido que le enseñaran en el pueblo: «*Roseret de roses blanques, / qui ens ho havia de dir, / tan amics com érem antes, / que ara haguéssim de renyir*».

Mateu se echó a reír y se levantó para coger un queso de oveja casero y un cesto de higos de cuello de dama que había recolectado antes de que la lluvia los aguara. Cuando volvió a sentarse aún se reía y también se puso a cantar: «*Ses figues mos heu de dar, / de coll de dama i verdals, / bordissots i paratjals, / totes grosses com sa mà*».

Al día siguiente, subió al hospital temiéndose lo peor. Fue entonces cuando vio a sor Emilia y a sor Rosa saliendo de la sala de quemados graves. Ambas iban vestidas de blanco, como los ángeles, y se cubrían con cofias de alas gigantescas que parecían a punto de echar a volar. Pero al cruzarse con Ciro, se santiguaron precipitadamente y este comprendió que aquella tarde eran ángeles de la muerte que le anunciaban el final del Poeta.

Lo enterraron en el cementerio de Maó, en la misma franja de tierra que se había destinado a dar sepultura a los marineros fallecidos durante la travesía de Cerdeña a Menorca, la noche siguiente al bombardeo. Ciro había pasado la mañana en casa de Mamma Mahón, buscando una lectura adecuada. Sacó un librito de una vitrina y se acercó a la ventana que daba a la bahía. Después de la lluvia, el cielo volvía a parecer transparente, y la illa del Rei, más próxima. Miró la cubierta del librito: *Vita Nuova (La vida nueva)*, de Dante Alighieri, leyó, y sonrió, convencido de que el Poeta habría aplaudido la elección.

*Mora amor en los ojos de mi amada
por lo cual cuanto mira se ennoblece.*

*Aquel quien saluda se estremece:
todo mortal le lanza su mirada.*

*Si ella baja la faz, el todo es nada,
el ánimo en quejumbre desmerece,
muere soberbia, cólera perece.
¡Oh, mujeres, le cumple ser loada!*

*Toda humildad y toda dulcedumbre
nace oyendo su voz pura y afable.
Dichoso el hombre que la vio primero.*

*Cuando sonríe —que su boca es lumbre—
se magnifica y hácese mutable
porque es algo divino y hechicero.*

El domingo salió del campamento a media mañana, dispuesto a caminar hasta cala Partió, por detrás de la base naval española, como si aún tuviera que ir a hacerle compañía al Poeta. Cuando se dio cuenta de que hacía ya veinticuatro horas que lo habían enterrado, dio media vuelta y retrocedió. Al cabo de un rato estaba de nuevo delante de la puerta del campamento, pero pasó de largo y siguió caminando. Se sentía desorientado, pero sus piernas se movían solas. Caminó por debajo del pueblo, dejó atrás el muelle de cala Figuerasses y a la altura del embarcadero d'es Castell se detuvo. Uno de aquellos pájaros negros, que ahora ya estaba seguro de que eran cuervos, sobrevolaba el hospital militar e intuyó que otro enfermo acababa de exhalar su último suspiro. Maldijo al pájaro y ahuyentó un pensamiento que lo perseguía: no quería morir lejos de casa, pero si no detenían aquella rueda siniestra, todos acabarían cediendo a la embestida de la muerte. Volvió al camino y aceleró el paso.

Caminó más de dos horas hasta la bocana del puerto. Había un mar de fondo que llegaba de lejos, tal vez de Italia, porque en la bahía no corría ni una pizca de aire. Bajó hasta el agua y se sentó en una roca plana, que quemaba por el sol, el cual estaba alto y proyectaba reflejos brillantes sobre el mar, hasta el horizonte. Una gaviota había planeado por encima del agua y se dejaba llevar por las olas largas y onduladas, que subían y bajaban al ritmo de la corriente. El sol cegaba, pero supo que una barca entraba en el puerto por las aves, que gritaban a la espera de que los pescadores lanzasen el

pescado malo al agua.

Clavó la mirada en aquellos reflejos brillantes que lo hipnotizaban, como las llamas del fuego de su casa, en los inviernos de aquella infancia napolitana que ahora le parecía tan lejana. El agua era transparente y dejaba ver la línea entre la parte sucia y la limpia del fondo, aquella frontera que separaba la arena de las algas, como le había descrito Gavino aquel día que le explicó cómo calaban las redes con su padre, antes de la guerra. Las lapas y los erizos se agarraban a las rocas, bajo el agua, pero las algas se dejaban llevar por la corriente de fondo, con movimientos rítmicos y ondulantes. La mañana de domingo era muy plácida. Nadie habría dicho que estaban en guerra.

Dejó pasar el tiempo y en algún momento de sus cavilaciones vio que el mar subía y cubría la roca más grande. Cuando el nivel volvió a bajar, formó un gran remolino que parecía querer llevárselo todo —rocas, algas, erizos, lapas y sueños— y arrastrarlo al fondo del mar, como el cuerpo del pobre Gavino, que en aquel momento alimentaba a los peces en el fondo de Asinara, sometido al capricho de las corrientes que le llegaban del estrecho de Bonifacio. O quizás con el paso de los días un golpe de mar lo habría escupido a la playa de Castelsardo, a los pies de su padre, que habría gritado de rabia, desesperado por un mundo que ya no podía comprender.

Había aceptado poco a poco la desaparición de Santo, Gavino y Ovilio, pero aún no se sentía con fuerzas para despedirse definitivamente del Poeta, que era su último vínculo con todos aquellos meses vividos en el *Roma*. Ahora, él era el único superviviente de aquella foto que se habían sacado en la Madonna del Monte, cuando creían que eran inmortales. ¡Qué ironía! Si él no sobrevivía, nadie iría a recoger las copias que habían pagado por adelantado. La imagen de cinco amigos abrazados por los hombros iría a parar a un cajón. Y, al final, alguien la tiraría a la basura.

Dejó pasar las horas sin darse cuenta hasta que, de repente, empezó a refrescar. Perdió las ganas de seguir embobado contemplando aquel mar que podía seducirlo como una amante apasionada o volverse oscuro y traicionero hasta límites insoportables. Caminó entre surcos de piedras hasta llegar a la escollera de poniente. El sol, que empezaba a descender, le tocaba de lado y aceleró el paso, como si quisiera dejar atrás su propia sombra, que se

proyectaba larguísima sobre el muelle. De pronto, vio que otra sombra se le acercaba y se sobresaltó, pero cuando se dio la vuelta no vio a nadie, solo el cuervo negro que sobrevolaba la bahía. Tanta tristeza, tanta crueldad le hacían sufrir alucinaciones. Si no quería volverse loco, tenía que huir de aquel país y regresar a casa.

12

La comida no mejoraba. Más de quinientas personas tenían que subsistir con las raciones pensadas para doscientas cincuenta, de modo que las quejas de los marineros hambrientos fueron subiendo de tono y se acabaron convirtiendo en protestas cada vez más organizadas. El 20 de octubre, a la hora de comer, los supervivientes del *Roma* se declararon en huelga de hambre. Aquel día les habían suministrado unos mendrugos de un pan negro, seco, duro como la piedra, y una bazofia difícil de tragar: unos cuantos guisantes y judías que flotaban sobre un líquido ahumado, imposible de calificar. Los italianos se negaron a servirse la sopa y tiraron el pan al mar. Era una revuelta en toda regla.

El joven oficial que estaba de servicio, Arturo Catalano Gonzaga, trató de calmar los ánimos con el argumento de que eran huéspedes de una marina extranjera que los había recibido fraternalmente:

—Nos han vestido, nos han procurado un techo y, aunque de forma muy escasa, nos dan de comer.

Aunque era un oficial muy popular entre sus hombres, no consiguió calmarlos. De hecho, los instigadores de la protesta habían escogido aquel día porque sabían que Catalano estaba de servicio y confiaban en que se mostraría comprensivo con sus quejas. Un nuevo intento de rebajar la tensión protagonizado por el teniente de barco Giuseppe Megna, el oficial más veterano de todos los supervivientes, también fracasó.

Cuando la noticia de la huelga llegó a la base naval española, las

autoridades militares de la isla respondieron mandando al campamento un destacamento de infantería de marina fuertemente armado, que fue recibido entre empujones y con una bronca monumental de los manifestantes italianos. El destacamento español ignoró las llamadas a la solidaridad entre militares y reprimió con violencia a los rebeldes.

La protesta incomodó a las autoridades españolas y desató la hostilidad de algunos sectores locales.

—¡Se quedan con la poca comida que tenemos, y tienen la poca vergüenza de tirarla al mar! —gritaban al día siguiente algunos vecinos, espoleados por los partidarios de la causa alemana, que desde el primer día miraban con desprecio a los italianos.

La huelga de hambre se saldó con medidas disciplinarias contra los amotinados, que vieron restringidos provisionalmente sus movimientos y sus salidas por el pueblo. El oficial Arturo Catalano fue condenado a diez días de reclusión por no haber sido capaz de detener la protesta, y fue a parar a la bodega del barco español *Churruca*. Un centinela armado tenía órdenes de vigilar la puerta de la minúscula celda que le habían asignado y debía asegurarse de que se mantenía incomunicado durante los diez días que duraba el castigo. No había pasado ni una hora desde que lo habían encerrado cuando un alférez español irrumpió en la celda para preguntarle el nombre completo y la graduación.

—Arturo Catalano Gonzaga Di Cirella —dijo como toda respuesta, extrañado por la pregunta.

Diez minutos más tarde, el alférez volvió.

—Mi comandante, el capitán de navío Carlos Parvo, también quiere saber el nombre de pila de su padre.

El oficial italiano estaba desconcertado. Intentaba pensar deprisa, porque no comprendía adónde querían ir a parar todas aquellas preguntas del alférez español, que le parecían fuera de lugar.

—El nombre de mi padre, almirante de la Regia Marina Italiana, es Gaetano —acabó concediendo, convencido de que la información no podía reportarle mal alguno.

Fue un nombre mágico, como un santo y seña, porque pocos minutos

después el comandante del *Churruca* en persona bajó a la bodega, abrió la puerta de la celda y abrazó a Arturo Catalano, que seguía sin entender lo que pasaba.

—¡Eres el hijo de mi grandísimo amigo Gaetano! Tu padre era el comandante del explorador *Da Verazzano* y estuvimos juntos en la guerra civil española. ¡Durante meses y meses combatimos por mar a los comunistas!

Dio un paso atrás y lo miró de arriba abajo, como queriendo reconocer en el joven oficial la gallardía de su amigo Gaetano. Luego sonrió y concluyó:

—¡Tú no puedes ser mi prisionero! ¡Durante los días que tienes que pasar en el *Churruca* serás mi huésped!

Durante diez días, Arturo Catalano fue tratado a cuerpo de rey, se movió con libertad por todo el barco, compartió mesa con el capitán y pudo leer sin restricciones los diarios españoles y extranjeros que llegaban a Menorca. Pronto descubrió que, mientras ellos estaban reclusos en el puerto de Maó, el mundo había seguido girando. Las noticias lo dejaron abrumado: la huida del rey a Bríndisi, la liberación de Mussolini en el rocambolesco asalto de los alemanes a la prisión de Campo Imperatore, el internamiento de las naves de guerra italianas en Malta y Alejandría y, sobre todo, la solemne firma del texto definitivo del armisticio, el 27 de septiembre, que había comportado la entrega como botín de guerra de las naves italianas a los países que los habían derrotado.

Fue así, en definitiva, leyendo los diarios bajo la mirada compasiva de los oficiales españoles, que Arturo Catalano comprendió con gran dolor que la poderosa Regia Marina Italiana ya no existía y que los hombres refugiados en Maó ya no eran marineros de una gran potencia sino un grupo de pobres náufragos sin fe y sin patria.

A bordo del *Churruca* también descubrió que la madrugada del 11 de septiembre, al día siguiente de su llegada a Maó, los comandantes Giuseppe Cigala y Riccardo Imperiali habían hundido voluntariamente el *Impetuoso* y el *Pegaso* cerca de las aguas de la bahía de Pollença, en la vecina isla de Mallorca, para evitar la caída de sus naves en manos enemigas. Los oficiales españoles elogiaron la dignidad de aquella decisión y lo informaron de que los dos comandantes, los miembros de sus tripulaciones y algunos

supervivientes del *Roma* estaban internados en el puerto de Sóller.

La revuelta de los marineros italianos activó todas las alarmas: las autoridades de la isla, que temían la extensión de las protestas alcanzara a la población autóctona, se apresuraron a informar a la todopoderosa Dirección General de Seguridad de Madrid, que trasladó de inmediato su preocupación al Consejo de Ministros. Entonces, para sorpresa de los hombres de su gobierno, el caudillo Francisco Franco decidió intervenir personalmente y llamó por teléfono a su amigo el general José Moscardó, el héroe de la resistencia del Alcázar de Toledo, a quien había recompensado nombrándolo capitán general de la región militar de Cataluña.

—Pepe, necesito que a la mayor brevedad encuentres en Cataluña alojamiento para un millar de marinos italianos. Son los supervivientes del acorazado *Roma*, que, como sabes, han ocasionado graves disturbios en el puerto de Mahón. Deberán permanecer allí, en régimen de libertad vigilada, hasta el término de la guerra.

Moscardó se puso en marcha y dirigió él mismo una gira de inspección por Sant Hilari, que no ofrecía suficientes plazas, y Santa Coloma de Farners, donde descubrió que las Termas Orión habían quedado inutilizadas por los efectos de la guerra civil española. Fue entonces cuando el gobernador civil de Girona le sugirió una visita a la villa balnearia de Caldes de Malavella, que le provocó una impresión muy satisfactoria; los balnearios y las fondas de la localidad ofrecían unas posibilidades de alojamiento inmejorables. Solo el Vichy Catalán, el balneario más grande de todos, presentaba problemas, porque en él se refugiaban más de mil judíos que habían llegado huyendo de los nazis. El capitán general decidió adelantarse a la decisión de Madrid y ordenó su inmediato desalojo. De regreso en capitanía, Moscardó ordenó la redacción de una memoria completa de las visitas a las villas balnearias de la provincia de Girona y se la hizo llegar a la Dirección General de Seguridad: en su opinión, Caldes presentaba las condiciones óptimas para convertirse en un gran campo de internamiento.

Mientras su ayudante redactaba el informe, Moscardó ya había llamado al

Generalísimo y lo había puesto al corriente.
—Misión cumplida, Paco.

Ya en el mes de diciembre, cuando hacía mal tiempo y no podía subir a ver a sus amigos de Sant Antoni, Ciro se encaminaba hacia el pueblo, a la iglesia de Sant Francesc, y modelaba figuras de belén, que coloreaba según la tradición napolitana con pinturas que le proporcionaba Mamma Mahón. Cuanto más severos eran los vientos de levante y más cubierta de niebla se despertaba la bocana de la bahía, mayor era el empeño con el que Ciro coloreaba las figuras. Echaba de menos la luz y el buen tiempo que había acompañado a los supervivientes del *Roma* los primeros días en la isla de Menorca. Ya habían pasado más de tres meses, y ni él ni sus compañeros veían el final del cautiverio.

La víspera de Navidad lo pilló con los tres reyes en adoración a medio pintar, y Ciro se encerró todo el día en la iglesia con ánimo de completar el pesebre antes de la misa del gallo. Mammá Mahón le había conseguido un bote de purpurina dorada, y Ciro se aplicó en gastarla en las coronas y en los perfiles de las capas, que pintó con colores muy vivos: de verde y amarillo la capa del rey negro; naranja la del rey rubio y azul celeste la del rey blanco.

La noche de Navidad había niebla y corría el viento, pero cuando a medianoche el párroco empezó a celebrar la misa del gallo, la luz del belén napolitano de Ciro despertó el corazón de los feligreses del lugar, que con voz emocionada unieron sus cantos al coro vibrante de los italianos. Más tarde, de madrugada, cuando regresaban al campamento cantando villancicos, temblando de frío porque aún vestían los uniformes de verano de la marina

española, los marineros echaban de menos a las familias y los hogares que habían dejado al otro lado del mar y les costaba disimular la nostalgia que los abrumaba. Sin embargo, la noche aún no había terminado, y cuando los italianos llegaron a los cuarteles les esperaba un paquete sorpresa para cada uno que les levantó el ánimo. En cada paquete había dos pares de calcetines, hojas de afeitar, frutos secos, turrón, tabaco y una botella de vino. Y un mensaje que decía: «En esta sagrada fiesta de Navidad, en el día que nos sentimos más cerca de la familia y de nuestro hogar, en nombre de la patria lejana deseo haceros llegar el pensamiento más afectuoso, acompañado de este pequeño presente, que podéis considerar enviado por vuestros seres queridos... ¡Viva Italia! ¡Viva el rey! ¡Viva la Regia Marina! Firmado, Giacomo Paulucci di Calboli, embajador de su majestad el rey de Italia. Madrid, Navidad de 1943».

El regalo alargó la fiesta hasta el amanecer del día de Navidad y les puso de un buen humor general que ya no perdieron hasta la Nochevieja; otra noche fría y ventosa que provocó la rotura de la cadena del ancla del *Regolo*, que a punto estuvo de hacer que encallaran las cuatro naves, arrastradas por los cables que las mantenían unidas entre sí en las aguas de la *colàrsega*. Mientras observaba las operaciones de salvamento, que duraron toda la jornada, Ciro repetía las palabras de su amigo pescador de cala Partió:

—Esto no puede acabar bien. ¡Todos los pulpos van a morir a la *colàrsega*!

Pero en esta ocasión, contra todo pronóstico, los barcos resistieron y la desgracia no fue a más.

El día de Reyes, al atardecer, cuando menos se lo esperaban, el capitán Marini concentró a los hombres en la explanada y les anunció por sorpresa el traslado inmediato a la península. Los marineros se miraban estupefactos. Hacía casi cuatro meses que esperaban ansiosos el momento de abandonar Maó para volver a casa, a Italia, pero un traslado a otro punto de España ni se les había pasado por la cabeza.

Aquella misma tarde habían convocado a Marini en la base naval y el comandante español le había comunicado que el *Tarifa*, un barco de la flota española, acababa de zarpar esa mañana del puerto de Palma con los cuatrocientos tripulantes del *Pegaso* y el *Impetuoso*, y los ciento dos rescatados del *Roma* que se encontraban a bordo cuando los comandantes Imperiali y Cigala habían hundido voluntariamente sus propias naves. El *Tarifa* estaba a punto de entrar en el puerto de Maó para hacer una escala de un par de horas y embarcar también a los quinientos veinte supervivientes del *Roma* que dormían en el campamento porque no tenían plaza en las naves ancladas en la *colàrsega*. A partir de aquel día, en Maó solo quedarían las tripulaciones oficiales, retenidas en nombre de las disposiciones internacionales hasta el día que llegara el final de la guerra.

La decisión del traslado se había tomado con discreción en Madrid hacía casi dos meses. Tras la visita del capitán general de Cataluña a los balnearios, el director general de Seguridad había comunicado telefónicamente su decisión al gobernador de la provincia de Girona, José Fernández: «Ordeno se

proceda a la preparación de los balnearios de Caldas de Malavella, a fin de que puedan recibir hasta mil súbditos italianos que se encuentran en la actualidad en Mallorca y Menorca, donde deberán permanecer en régimen de libertad vigilada hasta el final de la guerra». Aquel mismo 30 de octubre, el gobernador había dado su conformidad de manera diligente: «Su excelencia puede dar por cumplimentada la orden. Los balnearios estarán dispuestos para el momento en que se requieran».

Y había llegado el momento.

—Tenéis dos horas para recoger vuestras cosas —los urgió Marini—. A medianoche, el *Tarifa* tiene órdenes de partir de Maó y trasladaros hasta el puerto de Barcelona. El comandante Riccardo Imperiali está a bordo y él será a partir de ahora vuestro oficial superior.

—¿Barcelona? No sé si me gusta, estaremos más lejos de casa —se quejó Ciro en voz baja.

—Quizás regresemos por tierra, por la frontera francesa —le replicó Salvatore Taccia, un siciliano menudo que formaba a su izquierda.

Esa idea le incomodó aún más.

—¿Por tierra? Somos marineros, ¿no podemos regresar por tierra! Deberíamos volver por mar —protestó indignado.

Cuando Ciro se disponía a subir por la pasarela del *Tarifa*, los marineros italianos que llegaban de Mallorca observaban desde la cubierta y acogían a los compañeros que embarcaban con gritos de alegría por el reencuentro. Ciro les correspondió levantando los brazos y fue justo entonces, al saludar, cuando le pareció ver un fantasma en la parte del puente superior. Saltó a bordo, decidido a correr hacia la escalera, pero un oficial lo detuvo para comprobar su nombre en las listas de embarque. Cuando por fin el oficial le franqueó el paso, barrió el puente con la mirada, pero ya no había nadie; se frotó los ojos con la mano, pero los hombres que unos instantes antes observaban los movimientos de los que subían a bordo habían desaparecido en el interior del barco.

Cuando el *Tarifa* empezó a separarse del muelle de poniente, eran más de

las cuatro de la madrugada. En tierra, el capitán Marini hizo el saludo militar y gritó vivas a Italia, al rey y a la marina; las tripulaciones formadas contestaron con entusiasmo y, desde la cubierta del barco español, los marineros que se iban los imitaron. Algunos ya sentían un punto de nostalgia: Ciro buscaba a Mateu y a Magdalena entre el gentío que los despedía; cuando los descubrió, palpó el queso que le habían bajado de Sant Antoni para el viaje y les dijo adiós agitando la mano derecha. Mientras ponían proa a la bocana del puerto, Ciro aún seguía en cubierta, moviendo el brazo alegremente en señal de despedida. Pero el viento era helado, el gentío fue desapareciendo y, al llegar a la altura de la illa del Rei, él también se retiró al interior de la nave.

El *Tarifa* era un barco mixto, de carga y de pasajeros, con un piso de cabinas reservadas a los oficiales italianos, sometidos a la prohibición expresa de salir hasta que llegaran al puerto de Barcelona: las autoridades españolas temían que, una vez en alta mar, se apoderaran de la nave y la desviarán a un puerto italiano. Los marineros se repartieron entre la cubierta y las dos bodegas de carga. Ciro buscó un sitio donde tumbarse en la bodega de popa y compartió el queso de Sant Antoni con un grupo de compañeros hambrientos que no habían comido desde el mediodía. Echó de menos un buen trozo de pan y añoró la harina blanca del Poeta y los encuentros en la panadería del buque insignia; cuando le pudo el cansancio no pasó de un sueño ligero, que lo mantuvo toda la noche en un estado de confusión absoluta, perdido entre el *Tarifa* y el *Roma*. De vez en cuando se despertaba y buscaba inútilmente a Santo, Ovilio, Gavino y el Poeta entre todos aquellos marineros que dormían tumbados en el suelo de la bodega posterior del *Tarifa*.

A media tarde, alguien gritó que tenían Barcelona a la vista y decidió subir a cubierta. Cruzó el puente y se dirigió a proa, dispuesto a buscar un buen sitio para seguir la entrada en el puerto y la maniobra de atraque. Cuando estaba llegando al punto que prometía una mejor perspectiva, oyó un griterío descomunal que surgía de la bodega de proa. Los marineros procedentes de Mallorca se amontonaban allí en grupos que llenaban todos los rincones. Escrutó con atención las caras de aquellos hombres que hablaban a gritos, excitados por la proximidad del puerto, y de golpe se le aceleró el corazón: al fondo de la bodega, de pie entre dos marineros que escuchaban con mucha

atención, había un hombre alto y delgado que hablaba apasionadamente; tenía un cigarrillo en la mano y gesticulaba sin parar, moviendo los brazos y las manos como un molino de viento. ¡Habría reconocido la silueta de Ovilio entre un millar!

—¡Ovilio! —gritó Ciro como un loco, colgando el cuerpo sobre la bodega.

De entrada, nadie le hizo caso. En un momento dado, algunos marineros vieron a aquel hombre desesperado que se asomaba desde la cubierta tratando de llamar la atención y empezaron a alertar a los de abajo. Finalmente se hizo el silencio en la bodega. Entonces, Ciro volvió a gritar hasta tres veces:

—¡Ovilio! ¡Ovilio! ¡Ovilio! ¡Aquí arriba!

En el rincón de la bodega, el grupo que escuchaba al hombre delgado que gesticulaba vio que pasaba algo y todos se volvieron con curiosidad. Cuando Ovilio miró hacia arriba, vio la cara de Ciro colgando sobre él y se quedó paralizado.

—¡Ciro! —Lanzó un grito animal que le salió de las entrañas. Los marineros que llenaban la bodega prorrumpieron en un aplauso colosal.

Diez minutos más tarde, en la cubierta del *Tarifa*, Ovilio le explicaba cómo se había lanzado al agua después de la segunda bomba alemana, la que había sentenciado a muerte al *Roma*, y cómo el gregal lo había alejado de los barcos y de las barcasas de salvamento.

—De aquellas horas solo me acuerdo del silencio. Cada vez estaba más lejos, rodeado de las manchas blancas del mar. Había dejado de oír los gritos de los naufragos y el ruido de las calderas de los barcos de rescate; el silencio sobre el mar era imponente. ¡Llegó un momento en que era tan intenso que pensé que estaba muerto!

Ciro revivió su propia tragedia, cuando no había podido convencer a Gavino de que se lanzara al mar. Él también recordaba el silencio roto solamente por el chapoteo de las olas y los silbidos de las barcasas de salvamento. No se había dado cuenta de que Ovilio había retomado el hilo de su relato.

—... al cabo de unas horas me desperté a bordo del *Pegaso* y navegábamos hacia las Baleares con todas las naves que habían participado en el salvamento —explicaba en aquel instante—. Pero cuando entramos en aguas españolas nos separamos; el *Pegaso* y el *Impetuoso* se dirigieron hacia la bahía de Pollença y hundimos voluntariamente las naves para evitar que cayeran en manos inglesas o alemanas. Los españoles nos retuvieron en el puerto de Sóller, en un alojamiento lamentable; la comida también era escasa, y nos han mantenido desinformados durante todo este tiempo. Ha sido un calvario que se ha alargado casi cuatro meses, hasta que ayer nos trasladaron a Palma y nos embarcaron en este buque. Si nos hubiesen bombardeado los aliados, los franquistas nos habrían tratado a cuerpo de rey, pero nos hundió la Luftwaffe, y te juro que estos fascistas nos han hecho pagar cara la traición a sus amigos alemanes.

Ciro se rió por lo bajo. Estaba feliz por reencontrarse con un amigo como Ovilio, pero también por tener nuevamente a alguien para criticar a los fascistas italianos que habían conducido a su patria a una derrota en todos los frentes. Y de paso también podrían criticar a sus aliados españoles, que, como decía Ovilio, no parecían mejores. En cuanto desembarcaron en el puerto de Barcelona tuvieron ocasión de comprobarlo, porque las autoridades franquistas los recibieron con un pasillo de soldados armados con fusiles. Un pelotón los custodió de mala manera, entre empujones y amenazas, hasta el tren que los esperaba en la estación de Francia para conducirlos más al norte.

—Estos son como los nuestros —sentenció Ovilio cuando oyó los gritos que los obligaban a ponerse en marcha.

Escondido detrás de los postigos de la ventana en su despacho de capitanía, el general Moscardó había seguido en directo el desembarco de los marineros italianos. Cuando vio que la columna se ponía en marcha hacia la estación, ordenó que lo pusieran en contacto telefónico con el gobernador civil de Girona.

—Los italianos están en camino. Asegúrese personalmente de que en Caldas la situación esté controlada en todo momento. No quiero que el

Generalísimo tenga que volver a preocuparse por estos malditos marineros; es más, no quiero que vuelva a oír hablar de ellos. A partir de hoy son cosa suya, gobernador; le hago responsable.

TERCERA PARTE



La muchacha que plantaba claveles de poeta

Caldes de Malavella,
9 de enero - 5 de julio de 1944

Entrada ya la noche, el tren se detuvo en una estación que no parecía gran cosa, perdida entre campos y arboledas. No había pueblo. La sacudida del frenazo y los gritos de los oficiales despertaron a los marineros.

—¡Todo el mundo abajo! ¡En formación!

El andén estaba desierto. Un cartel con letras blancas sobre un fondo azul marino anunciaba: Caldas de Malavella. Ninguno de los muchachos había oído jamás ese nombre.

Cuando el comandante Riccardo Imperiali, capitán del *Pegaso*, se disponía a bajar del tren, una figura, que había seguido la maniobra desde el rincón más oscuro de la estación, avanzó dos pasos y se plantó en el centro del andén para recibirlo. El hombre vestía el uniforme de comandante de la marina italiana: cuando levantó la cabeza, algunos reconocieron al capitán del *Impetuoso*, Giuseppe Cigala, que había viajado el día antes desde Palma para organizar la última etapa del traslado. Desde aquel momento, Cigala e Imperiali, los capitanes de las dos naves hundidas voluntariamente en la bahía de Pollença, asumieron el mando conjunto del contingente que llegaba a Caldes, formado por sus propias tripulaciones y por los supervivientes del *Roma*. En total, algo más de un millar de marineros.

Afuera había una gran explanada y, en un extremo, una cantina destartalada, que a esas horas estaba cerrada. El pueblo seguía sin verse. Hacía un frío espantoso y los marineros empezaron a maldecir, porque nadie los había equipado y aún vestían el uniforme de verano de la marina española que les habían regalado en Maó en el mes de septiembre.

A paso ligero, en un intento desesperado por entrar en calor, enfilaron una avenida larguísima, flanqueada a ambos lados por dos hileras de plátanos aún jóvenes, pero de copas enormes, muy elegantes. El entorno parecía cuidado y la vegetación era frondosa, nada que ver con el paisaje pelado que habían dejado atrás en la isla de Menorca. A medida que avanzaban hacia el pueblo, la impresión mejoraba: parecía un lugar de veraneo.

La formación se detuvo a las puertas de una cerca muy elegante, con un

rótulo escrito en letras doradas que anunciaba el Hotel-Balneario Vichy Catalán. Los italianos no se lo podían creer: al final de un parque de cedros y otros árboles majestuosos se alzaba un edificio de dos plantas, de inspiración árabe, que les pareció salido directamente de *Las mil y una noches*. Después de cuatro meses de privaciones en unas dependencias militares miserables, aquel hotel era un milagro.

El comandante Cigala ordenó silencio y empezó a ordenar a los primeros de la formación, después de tomar nota de su identificación, que pasaran al interior del balneario. Cuando llegó su turno, Ciro y Ovilio gritaron sus nombres con una alegría desbordada. Subieron de dos en dos los escalones de la entrada y, una vez dentro, el oficial les indicó el número de la habitación. Cuando entraron les esperaba una nueva sorpresa: ¡un colchón de lana! Habían dormido casi un año en las literas del *Roma*, y luego, durante cuatro meses más, se habían conformado con un lecho de paja en el suelo helado de los campamentos de Maó y Sóller. Aquel colchón era otro regalo del cielo.

—Somos afortunados, ¡este hotel es de lujo! —exclamó Ciro mientras se tumbaba en la cama. Ovilio hacía ya un rato que había adoptado la posición más cómoda en su catre y notaba que se le cerraban los ojos, a punto de caer en un sueño del que no se quería despertar.

Un sueño que se esfumó al cabo de un par de horas, cuando, uno tras otro, los marineros se despertaron muertos de frío y acabaron todos en el pasillo caminando con la manta sobre los hombros para intentar entrar en calor. El hotel era un envoltorio magnífico, pero en su interior hacía el mismo frío horrible que habían padecido en las islas aquellos últimos meses. Ya no volvieron a la cama, y cuando comenzó a clarear bajaron a inspeccionar el parque. Había una fuente y un estanque de agua congelada, y los campos estaban cubiertos de escarcha, como si hubiese acabado de nevar. Ciro lanzó una piedra, que rebotó sobre el hielo del estanque sin ni siquiera agrietarlo; debían de estar a tres o cuatro grados bajo cero, y Ovilio sentenció:

—Si no queremos morir de frío, tendríamos que encontrar un buen sistema para calentarnos.

Desde que lo habían destinado a la radio del *Roma* no había parado de hacer cursillos de física y de mecánica, y se había convertido en un manitas

capaz de inventar toda clase de artefactos inverosímiles, pero que solían resultar muy prácticos.

Nadie había visto llegar a los marineros. Al alba, cuando Caldes se despertó, la gente del pueblo descubrió con sorpresa la actividad desenfundada que se había apoderado de los balnearios de la zona durante la noche. Los rumores empezaron a extenderse, pero durante las primeras horas nadie sabía explicar el origen exacto de aquel alboroto. Hasta que, a media mañana, cuando los oficiales y los suboficiales exigieron ser reagrupados en el mejor establecimiento, el Vichy Catalán, obligaron a redistribuir a buena parte de la marinería y propiciaron los primeros contactos entre los vecinos y los extranjeros recién llegados.

Ciro y Ovilio fueron de los primeros en recibir la orden de traslado al Balneario Prats, justo en el centro de la población. Cuando pusieron los pies en la calle, los esperaban las miradas curiosas de la gente; la marcha de los marineros por las calles del pueblo dio paso a tímidas conversaciones en el español precario que algunos habían aprendido en Maó y Sóller; los italianos se acompañaban de gesticulaciones muy exageradas, y poco a poco consiguieron revelar el misterio y satisfacer la curiosidad de quienes los interrogaban.

El intercambio fue intenso, pero duró pocos minutos. Lo interrumpió la súbita aparición de un militar español que vestía de verde, envuelto en una larga capa de lona que le llegaba hasta los pies; se cubría la cabeza con un estrambótico sombrero, que parecía de charol brillante, redondo por delante y con dos picos puntiagudos en la parte posterior. Giro dio un codazo en los riñones a Ovilio y le señaló el personaje que llegaba seguido de seis hombres vestidos con uniformes similares. Ambos se rieron por lo bajo.

El sargento de la Guardia Civil no los saludó. Parecía muy molesto. Cuando abrió la boca para dirigirse a los habitantes del pueblo, más que hablar ladró:

—No quiero ver ninguna conversación más con los extranjeros: hasta nueva orden, la confraternización con los internos está prohibida. Se acabó la

cháchara, todo el mundo a su casa.

Los vecinos agacharon la cabeza y empezaron a dispersarse. El militar de maneras bruscas y violentas se dirigió a los agentes que lo acompañaban y ordenó:

—Custodiad a los marineros hasta su destino.

Cuando empezaron a desfilar hacia el nuevo alojamiento, Ciro aún estaba inquieto.

—A la gente de aquí este militar estrafalario no les hace ni pizca de gracia —le comentó a Ovilio—. ¿Has visto? Estaban cagados de miedo.

Los italianos tuvieron que acostumbrarse a aquellos agentes malencarados, porque desde el mismo día de su llegada empezaron a patrullar las calles de Caldes y a vigilar las salidas del pueblo, que convirtieron en un campo de internamiento con todas las de la ley. Para los pobres marineros, el sargento Francisco Serrano y sus hombres se convirtieron en una pesadilla.

En el Balneario Prats los separaron en habitaciones individuales. A Ovilio lo instalaron en la que estaba al final de la planta baja; para llegar hasta ella tenía que hacer una excursión que lo obligaba a cruzar medio establecimiento, pero, a cambio, su ventana daba justo enfrente de la panadería del pueblo. Al entrar le envolvió aquel olor a pan recién horneado, que lo hizo sentirse bien y lo transportó a la panadería del *Roma*. Ciro también tuvo suerte: fue a parar a una de las habitaciones de la primera planta, que daba directamente al jardín; al otro lado de la ventana se alzaban un cedro majestuoso y un montón de tilos y castaños de indias con las copas deshojadas por el invierno, aunque era evidente que en verano debían de ser magníficos. Por el suelo las hiedras se esparcían como una alfombra y también había parterres separados por arbustos que en verano estarían llenos de flores. Abrió la ventana, respiró hondo y agradeció al cielo aquel regalo inesperado: a pesar del traslado, el sueño de *Las mil y una noches* permanecía intacto.

Cuando bajó para reunirse con Ovilio, estaba eufórico.

—El cambio no ha sido tan malo como pensábamos —dijo, antes de tumbarse boca arriba en la cama de su amigo y dejar que aquel olor a pan

caliente que llegaba desde el otro lado de la calle, de la panadería Moll, le emparara de nostalgia el espíritu.

Los dos amigos intercambiaron una mirada de complicidad y por un instante se sintieron transportados al *Roma*, acompañados de Santo y Gavino, aquella tarde en que el almirante Bergamini se había presentado por sorpresa en la panadería del barco y había compartido con ellos la pizza con anchoas recién salida del horno del Poeta.

—Tenían razón los que me decían que era mejor dejarse caer por la panadería que quedarse a cenar en el comedor de oficiales —les dijo aquel día el almirante cuando se despedía con una sonrisa paternal—. Espero que de ahora en adelante me guarden discretamente un sitio en estas reuniones.

Pero, al día siguiente, la Luftwaffe hundió el *Roma* y ya no pudieron descubrir cómo se las había arreglado el comandante en jefe de la poderosa flota italiana para averiguar el secreto de sus humildes encuentros en la panadería del barco.

16

El segundo día, con la primera luz de la mañana, las calles de Caldes se llenaron de marineros italianos cargados con petates de ropa, que llamaban a una puerta tras otra buscando a alguna muchacha que quisiera hacerles la colada.

Cuando Joana entró en la carnicería de can Bardala, Ciro ya la estaba esperando.

—Este italiano pregunta por ti —le dijo Saurina, la dueña, como único saludo.

—Me han dicho que vas a lavar ropa a las casas, que eres buena lavandera y trabajadora, y querría saber si podrías lavar la ropa de un grupo de suboficiales y marineros que nos alojamos en el Balneario Prats; en total, quince personas.

Joana se sintió halagada. El italiano era un poco más joven que ella: alto, bien parecido, con el pelo peinado hacia atrás que dejaba a la vista dos entradas simétricas a la altura de las sienes y le redondeaban la cara. La barbilla era discreta, pero tenía unos ojos brillantes y una sonrisa permanente en los labios que lo hacían parecer agradable, cordial. Se lo veía un hombre educado. A la espera de la respuesta, había adoptado una actitud grave, un poco arisca.

Joana se había llevado las manos a la cintura y tenía la cabeza ligeramente ladeada hacia el italiano; se alisó el vestido azul hasta las caderas y lo repasó de arriba abajo: el muchacho tenía una peca en el lóbulo de la oreja derecha,

y, para que se le pasaran los nervios, se la frotaba con el índice y el pulgar de la mano derecha. El tic del italiano le hizo gracia y se le escapó la risa por lo bajo. Caminó hasta el mostrador de la tienda para ganar tiempo mientras se lo pensaba: el dinero le vendría muy bien, porque su marido, que se pasaba el día en el bosque, nunca llevaba ni un céntimo a casa y no había manera de llegar a fin de mes. Miró en dirección a Saurina, buscando su aprobación.

—Mientras estés en la carnicería cuando te necesite... —asintió con sequedad la dueña del establecimiento.

A esa misma hora, una comitiva encabezada por el sargento Serrano giraba desde la calle Mayor hacia el núcleo más antiguo del pueblo y se dirigía a can Rabassa. Desde la derrota republicana en la guerra civil española, cuando subía un guardia civil por la calle dels Polls, Carme de can Rabassa veía cómo su madre se encogía, porque daba por hecho que aquellos fascistas acudían a buscarle las cosquillas o, peor aún, le llevaban malas noticias del *tío de Alella*. Carme no entendía por qué tenía que llamarlo «tío» si era el mismo hombre a quien llamaba «padre» hacía apenas cinco años, cuando iba allí de permiso desde el frente de guerra para visitarlas. Afortunadamente, algunas veces los agentes pasaban de largo y seguían calle arriba, camino del ayuntamiento, pero aquel día el sargento en persona se detuvo y golpeó los cristales de la puerta.

La madre de Carme se armó de valor y abrió. Eran las ocho menos cinco; su pequeña se ajustaba la bolsa al hombro para salir disparada hacia la escuela. El sargento iba acompañado de la mujer de Agustí, el electricista, y de dos hombres que parecían extranjeros.

Habló la mujer del electricista:

—Estos hombres necesitan a alguien que les haga cada día la colada: la suya y la de sus compañeros. Son marineros italianos que se alojan en el Vichy Catalán.

Aquello les sorprendió tanto, que a Pepita se le quedó cara de lela. Antes de la guerra, en aquella casa se lavaba y planchaba la ropa de los tres balnearios del pueblo. Toda la ropa: ¡la de los clientes, la de los camareros y

la ropa blanca de las habitaciones! Pero los hombres de la casa eran republicanos, y al terminar el conflicto, como no pudieron atraparlos, los franquistas se lo hicieron pagar a las mujeres y les retiraron todo el trabajo. De la noche a la mañana. Por eso les resultó tan extraño que ahora les encargaran algo y aún más en presencia del sargento de la Guardia Civil, que hasta ese día no había hecho otra cosa que humillarlas y hacerles la vida imposible, tratando de descubrir qué había sido de los hombres. Pepita Vinyals, la madre de Carme, no olvidaba el día que aquel hijo de puta había querido cortar al cero el pelo de todas las mujeres de la casa y había intentado obligarlas a beber aceite de ricino en público para escarmentarlas. Por suerte, el alcalde Quintana se había opuesto y en el último momento las había salvado.

—¿Y de cuánta ropa estamos hablando? —preguntó tímidamente Pepita, pensando que se referían a las mudas de tres o cuatro personas.

—Hablamos de la ropa de todos los italianos que están instalados en el Vichy Catalán.

Pepita sintió un mareo cuando comprendió el volumen exacto del encargo; el Vichy Catalán era el más grande de los establecimientos y entendió que hablaban de bastante más que de tres o cuatro hombres. Cuarenta y ocho horas antes, ella también había asistido alarmada, como todos sus vecinos, a la llegada de aquellos jóvenes que se habían instalado en los balnearios y las pensiones. Había oído decir que eran soldados italianos, de la marina, pero no tenía ni idea de cómo habían ido a parar a Caldes ni de cuántos podían tratarse en total, ni de los que había en cada balneario. Solo sabía que eran muchos.

—¿De cuánta gente podemos estar hablando? —volvió a preguntar Pepita.

Cuando oyó la respuesta, se mareó definitivamente.

Se encontraban en la gran sala de entrada, que era el distribuidor de una antigua masía. Una puerta daba a la cocina, otra al lavadero, una tercera al cuarto de planchado y la última cerraba la escalera que conducía a las habitaciones. Pepita se asomó y llamó a su madre, que estaba en el piso de arriba.

—¿Qué te parece? ¿Podemos hacerlo?

—Tendremos que llamar a tu hermana Maria y contratar a un grupo de

muchachas —dijo la matriarca de la familia tras asistir atónita a la magnitud del encargo.

Mientras la escuchaba, Pepita repasaba en su mente la lista de las candidatas a las que podían ofrecer el trabajo. En caso de necesidad, incluso cambiarían de local. En can Rabassa lavaban y planchaban desde hacía más de un siglo. Las mujeres de la casa dominaban el oficio y sabían organizarse; su madre, su hermana, su hija y ella misma podían hacerlo de sobra.

Los hombres lo habían pasado mucho peor, sobre todo su marido, Pere Romeu, que antes de la guerra había trabajado en la embotelladora del agua Vichy Catalán y se había afiliado al sindicato socialista. El final de la contienda lo había pillado en Valencia y solo cuando regresaba del frente y estaba a punto de llegar a casa fue consciente de que el destino se había vuelto en su contra. Durante el trayecto pasó la noche en El Masnou, en casa de unos parientes falangistas, que le aconsejaron no volver a Caldes.

—A todos los de izquierdas os matarán. Ya os están esperando.

Pere no lo entendía. Él no había hecho nada malo, no había formado parte del comité antifacista del pueblo y no había hecho daño a nadie. Dormía tranquilo. Pero los parientes falangistas insistían:

—En Caldes asesinaron a mucha gente y todos los de izquierdas lo vais a pagar.

No sabía qué hacer; no sabía adónde ir. Alertó a los suyos, y su cuñada Maria localizó a un viticultor de Alella que aceptó contratarlo con papeles falsos y ocultarlo en la bodega, en una masía en las afueras del pueblo.

Para evitar las sospechas de la Guardia Civil, el matrimonio estuvo muchos meses sin ponerse en contacto. Mucho después, el primer día que fue a Alella para ver a escondidas a su marido, Pepita le dijo a Carme, la pequeña:

—Hoy iremos a visitar al tío de Alella.

Mientras intentaba digerir la perplejidad por el encargo que acababan de hacerle, Pepita recordó aquella primera visita a Alella y pensó que tenía que hacerle saber a su marido que la lavandería volvía a funcionar. Se alegraría por la pequeña y puede que también por ella, aunque ambos sabían que el matrimonio estaba cada vez más apagado y que debían pensar en espabilar cada uno por su cuenta. Entonces oyó que Mercè, la mujer del electricista,

decía:

—El italiano quiere saber si podéis encargarnos de los cuellos y de las chaquetas de los oficiales, que hay que lavar en seco.

—Dile que no se preocupe. Todas las semanas lavábamos cuellos y pecheras para los balnearios; y la ropa que haya que lavar en seco se la llevaremos a unos parientes de Badalona que tienen maquinaria.

La ropa de los oficiales daría a madre e hija la excusa perfecta para acercarse al Maresme y visitar una vez más al tío de Alella sin despertar las sospechas de la Guardia Civil. En su última visita, unos cuantos meses atrás, el tío que antes era el padre había vuelto a cargarse a hombros a Carme y había jugado con ella. Parecía que Pere se negaba a aceptar que su hija se estaba convirtiendo en una chica mayor. Luego, las mujeres de la casa habían animado a Carme a salir a la era y a dejar al hombre a solas con su madre, pero ella se había quedado jugando en la sala de la entrada y los había oído hablar, de pie, en la puerta de la bodega.

—¿Cómo estás? —le preguntó Pepita a su marido.

—Esta gente ha sido como un regalo del cielo —contestó Pere—. Me protegen como si fuera de la familia.

—Olvídate del cielo y dale las gracias a mi hermana. Maria cuidó del dueño de la bodega cuando trabajaba como enfermera en el Vichy Catalán aquellos meses en que convirtieron el balneario en hospital, durante la guerra. Le salvó la vida, y cuando le pidió que te diera trabajo y te ocultara en su masía de Alella, no pudo negarse, se sentía en deuda con ella.

—Pues ya puedes decirle que la está pagando con creces. Nadie sospecha sobre mi cambio de nombre. Y a vosotras ¿cómo os va?

—Por nosotras no te preocupes, ya nos las apañaremos.

Pepita lo dijo mientras se dirigía hacia la puerta, con la intención de dar la visita por terminada. Entonces, Carme, la pequeña, se acercó a ella y oyó que el tío, desde la bodega, aún se dirigía a su madre.

—Pronto me iré a Valencia. Allí me han ofrecido un camión para transportar mercancías a toda la Península. ¿Por qué no os venís conmigo? —oyó que preguntaba.

Lo dijo con poca convicción, más para hacerle saber que se iría pronto

que esperando una respuesta.

La madre se detuvo y dejó que él se le aproximara. Lo miró con nostalgia, le acercó una mejilla para dejarse besar y, en voz baja, le susurró:

—Ya es tarde. Tenemos que irnos.

Él se lo tomó con naturalidad. Llevaban cerca de cinco años viviendo separados y se habían acostumbrado a vivir el uno sin el otro. Madre e hija salieron a la era y empezaron a bajar hacia el centro del pueblo para tomar el autobús de vuelta. Antes, el tío volvió a coger a la niña en brazos, la hizo volar por los aires por última vez y le dio un beso como los que le daba cuando aún era el padre y las visitaba en Caldes durante aquellos malditos años de la guerra. Cuando ambas se alejaban carretera abajo, el hombre las siguió de lejos con la mirada y parecía encogido, derrotado.

Ciro se presentó al día siguiente en can Bardala con dos grandes sacas, y al cabo de dos días se pasó por el lavadero para recoger la ropa limpia que Joana ya tenía seca y doblada. Un par de días después volvió con otra saca de ropa sucia, y al cabo de poco tiempo ya iba todos los días, primero a la carnicería y luego al lavadero, y se pasaba allí toda la tarde, porque empalmaba el permiso especial que le habían concedido para encargarse de la ropa con la hora del paseo.

Los primeros días se quedaba a cierta distancia, en un rincón del lavadero, silbando canciones napolitanas, pero más adelante se fue acercando a la pila y jugaba con Mercè y Feliu, los hijos de Joana. Si los niños se habían quedado en casa, en la Mina, Ciro volvía a su rincón y canturreaba cualquier cosa, mirando de reojo a la muchacha mientras lavaba. Luego, cuando ella subía a los tendederos, él la seguía y se buscaba otro sitio para observarla mientras se movía de un lado a otro tendiendo la ropa. Llevaba días esperando en vano que Joana levantara la cabeza y le dedicara una sonrisa, pero no dejaba de silbarle aquellas canciones napolitanas. A veces eran canciones tristes y nostálgicas, pero a menudo eran alegres y animadas; algunas tardes Ciro dejaba de silbar y cantaba con una voz grave pero muy bien afinada.

Los comandantes italianos organizaron los balnearios como auténticos acuartelamientos militares. De entrada, ordenaron turnos de guardia que debían cubrirse con un contingente que variaba en función de las horas del día y las dimensiones de cada establecimiento. La guardia nocturna tenía que patrullar el perímetro completo y la de día incluía las plazas de los centinelas que debían vigilar las entradas. Las mañanas las llenaron con cursos de formación profesional, con la intención de ocupar las horas principales del día y el objetivo de ayudar a los marineros y a los suboficiales a encontrar trabajo cuando terminara la guerra. Las clases se impartían en las salas del Vichy Catalán. Había cursos para todos los gustos: artillería y operadores de tiro, cálculo integral, electrofísica, mecánicos de calderas, electricistas, física, álgebra, conductores de automóviles, francés, inglés, español y cursos de primaria para los analfabetos.

Todos los marineros estaban obligados a asistir, como mínimo, a uno de los cursos. El primer día los comandantes les concedieron toda una mañana para pensar a qué especialidad querían apuntarse. Ciro y Ovilio lo tenían claro y fueron los primeros en decidirse: Ciro, que había navegado un año a bordo del *Amerigo Vespucci*, el barco escuela de la marina italiana, se ofreció como profesor de patrón marítimo y, como alumno, se apuntó a clases de historia naval militar; Ovilio decidió perfeccionar el aprendizaje que ya había iniciado en el *Roma* y optó por la ingeniería eléctrica y la tecnología de la radio. A las diez de la mañana ya estaban ambos a los pies de la escalera

principal del Vichy, dejando pasar las horas, muertos de aburrimiento, mientras sus compañeros aún rumiaban sus preferencias. Al cabo de un rato vieron bajar a Domenico Folino y Salvatore Taccia.

—Seré alumno tuyo, me he apuntado al curso de patrón naval —le comunicó Domenico muy risueño.

Fumaban sentados en el suelo, en un rincón, bajo la escalera, y Domenico empezó a grabar su nombre en el yeso con un cuchillo. «Folino», escribió a secas el futuro alumno de Ciro. Mientras tanto, su compañero cogió un lápiz y escribió con letra clara en el marco de la puerta: «Taccia, Salvatore». Y a continuación anotó la fecha: «12-1-1944».

—Ya formáis parte de la historia. —Ciro se rió cuando vio las inscripciones—. Las generaciones futuras descubrirán que tal día como hoy dos héroes de la Regia Marina Italiana pasaron por Caldes de Malavella y protagonizaron gestas extraordinarias: atrevidas clases de náutica por la mañana, intrépidos paseos por las arboledas al mediodía y peligrosísimas siestas después de comer.

A partir de ese día, cuando terminaban las clases, los marineros formaban en la explanada del Vichy Catalán para celebrar la asamblea diaria con la lectura de órdenes, advertencias, recomendaciones y la notificación de los castigos por incumplimiento de las normas dictadas. Los arrestados cumplían la pena en el calabozo habilitado en la antigua bodega del sótano del Balneario Soler. La jornada oficial terminaba a las nueve de la noche pasando lista en todos los establecimientos bajo la vigilancia directa de uno de los agentes de la Guardia Civil española.

Un mediodía, cuando hacía una semana que habían instaurado la rutina diaria, el sargento Serrano se presentó de improviso en la explanada del Vichy e interrumpió la lectura de órdenes.

—Les traigo un presente que, como buenos marineros que son, sabrán apreciar —dijo, mientras le entregaba al comandante Imperiali un marco de grandes dimensiones con una foto del Generalísimo Francisco Franco vestido con el uniforme y la divisa de capitán general de la marina española—. Es una foto muy desconocida del Caudillo; un tesoro que dignificará como Dios manda la entrada del balneario.

A la hora de comer, Ciro corrió a informar de ello a Ovilio, que se había quedado de guardia en el Balneario Prats.

—El loco del sombrero de charol se ha presentado con un retrato de Franco con la divisa de capitán general de la marina. Quiere que lo colguemos en la entrada del balneario. Imperiali aún no se ha recuperado del susto.

Ovilio no contestó. Estaba concentrado pasando un cable eléctrico alrededor de un ladrillo; cuando ya le había dado un montón de vueltas y el cable cubría buena parte de la superficie plana, se dio la vuelta y gritó:

—¡Ya lo tengo!

Se acercó al enchufe con los dos extremos del cable que había enroscado en el ladrillo y los conectó. Al cabo de un rato, el filamento empezó a ponerse incandescente y Ovilio celebró el éxito con una gran carcajada.

—Tenemos que encontrar más ladrillos y más cable eléctrico. ¡Pronto nos calentaremos como Dios manda!

Ocho días después, todas las habitaciones de los balnearios habían copiado el sistema de calefacción de Ovilio y al lado del enchufe tenían un ladrillo con un cable eléctrico que actuaba como resistencia. El éxito fue tan grande que las redes de los establecimientos no lo resistieron y empezaron a explotar una tras otra hasta inutilizar completamente las instalaciones eléctricas. Al cabo de un par de días, un intento masivo de volver a conectar los ladrillos dejó sin luz a toda la población de Caldes y provocó un enfrentamiento muy virulento entre las autoridades locales y los mandos italianos. El incidente obligó a intervenir al gobernador civil de la provincia de Girona: milagrosamente, al cabo de pocos días, a pesar de la dramática escasez de energía eléctrica que padecía España desde el final de la guerra, la compañía suministradora contrató un suplemento de potencia con los establecimientos hoteleros y Caldes recuperó la luz.

Una tarde, Joana rompió el hielo:

—¿Qué cantas?

Ciro estaba en su rincón, apoyado en el tronco del almez, y se sobresaltó. Pero siguió cantando, primero aún en voz baja y luego en un tono cada vez más alto, hasta que hizo que su voz poderosa se oyera en todo el lavadero. «*Roseret de roses blanques, / si em voleu matar aviat, / aneu fent-me mala cara / quan us passo pel costat. / Roseret de roses blanques, / qui ens ho havia de dir, / tan amics com érem antes, / que ara haguéssim de renyir.*»

—¿Ahora cantas canciones en catalán? —preguntó Joana, que no podía disimular su sorpresa.

Lo miró con picardía. Luego soltó una gran carcajada y exclamó:

—¡Caray con el italiano! ¡Eres una caja de sorpresas!

La atmósfera de Caldes era más distendida que la de Maó, sobre todo después de que los comandantes Cigala e Imperiali decidieran mantener ocupadas también las tardes de los marineros con toda clase de actividades físicas y de entretenimiento. Trataban de impedir que los muchachos se abandonaran a una vida sedentaria y moralmente peligrosa. Crearon equipos de fútbol, de básquet y de voleibol; organizaron combates de boxeo y programaron tres sesiones semanales de cine con un viejo proyector que les procuraron los balnearios y que pronto fue sustituido por otro mejor que les

mandaron de la embajada italiana en Madrid. Los oficiales se reservaron el croquet, las cartas y el billar.

El contacto con la gente del pueblo fue llegando de una manera más natural, sobre todo con los comerciantes y los hoteleros. Los italianos eran un buen negocio: no tenían grandes pagas —los oficiales recibían del consulado ciento cincuenta pesetas mensuales; los suboficiales, setenta y cinco, y la marinería, cincuenta—, pero su dinero bastaba para animar la actividad comercial de un pueblo de dos mil doscientos habitantes que desde la guerra civil vivía en la miseria.

Pronto se vio que la economía local funcionaba, porque la cola de la panadería de Moll no dejaba de crecer, según podía comprobar cada día Ovilio desde su ventana privilegiada. A primeros de febrero, las buenas perspectivas se confirmaron cuando los hermanos Pere y Rafel Quintana reabrieron su pastelería, después de realizar unas reformas de urgencia que les permitieron habilitar unas cuantas mesas para servir bollería y bebidas calientes. Las mujeres de la casa, Encarna y Dolors, una rubia y la otra morena, tenían fama de ser las dos más guapas del pueblo; cuando pasaban por la calle lograban que todo el mundo se diera la vuelta. En la pastelería, vestidas de negro con puntas blancas en el cuello y las mangas, aportaban un aire de distinción al local, que fue adoptado como centro de reunión por parte de los oficiales italianos, que iban todas las tardes allí para jugar una partida de bridge. Caldes recuperó así un poco de su pasado esplendoroso.

Sin embargo, detrás de aquella fachada aparentemente perfecta se escondían algunas amenazas. Un millar de jóvenes en plena forma que llevaban más de cinco meses lejos de la patria tenían que acabar causando problemas a la fuerza: el primero de todos, el acoso poco disimulado a las mujeres del pueblo. A los oficiales les bastaba con coquetear en la pastelería, porque cuando tenían necesidades más perentorias obtenían permisos para escaparse a Girona y a Barcelona, donde encontraban toda clase de locales en los que desahogarse. Los marineros, en cambio, tenían la sangre caliente y, tras tantas semanas de abstinencia, estaban a punto de reventar. A partir de las cinco de la tarde, a la hora del paseo, llenaban las calles del pueblo y se dedicaban a piroppear a todas las mujeres con las que se encontraban. Se las

comían con la mirada. Los maridos se asustaron y no tardaron en protestar formalmente ante las autoridades. Un incidente con la pequeña de can Rabassa les procuró la excusa para intensificar las quejas contra los italianos.

Las mujeres de can Rabassa habían contratado a siete chicas y habían trasladado la lavandería a una casita de la Colonia Rodríguez que hacía esquina con la rambla de Recolons. Las planchadoras eran como la miel, un reclamo dulce para el enjambre de jóvenes marineros que se entrenaban para los combates de boxeo en el patio posterior del casino, a pocos pasos de la nueva lavandería. Si alguien quería localizar a algún italiano a la hora del paseo, el callejón de las planchadoras era el sitio más transitado. Pepita había contratado por horas a un marinero que antes de ser movilizado era sastre, y sus compañeros se las arreglaban para pasar a cada momento a saludarlo y aprovechar así para asomar la cabeza al interior de la lavandería para repasar a todas las muchachas.

Los días de sol, en can Rabassa sacaban las mesas y las planchas a la calle y las chicas trabajaban cantando *L'emigrant*, *Rosó* o *Llevantina*, dirigidas por Pepita y Maria, hasta que el sargento, que siempre patrullaba las calles, las descubría y las conminaba a dejar de cantar canciones catalanas.

—Estas canciones no aportan nada a la formación moral de las chicas —decía con esa cara permanente de cabreo.

Alrededor de la lavandería, los jóvenes marineros estaban siempre revolucionados y solo era cuestión de tiempo que acabaran provocando algún altercado. El primero tuvo a la pequeña de la casa como protagonista: Carne jugaba en el camino de los huertos y le salió al paso un marinero que se había bajado los pantalones y tenía el miembro empalmado. La niña, que en casa no tenía ni padre, ni abuelo ni hermanos, nunca había visto a un hombre desnudo y entró alarmada en casa, gritando:

—¡Mamá, en el huerto hay un italiano que la tiene atada con un cordel!

—Son unos bestias —protestó la mujer, que salió disparada, decidida a presentar una queja indignada en el ayuntamiento.

Las autoridades locales y la gente de orden de Caldes fingieron que se

tomaban muy en serio el incidente, pero en realidad estaban más asustados por los rumores insistentes, según los cuales, los oficiales italianos habían entrado en tratos con algunas prostitutas y las habían invitado a instalarse en el pueblo para dar a la tropa la posibilidad de desahogarse.

—Una cosa es tener una puta de tres al cuarto que trabaje de vez en cuando y otra es tener un plantel fijo de prostitutas —razonó el juez de paz con el fin de convocar una reunión en el ayuntamiento.

El prostíbulo era una amenaza que no se podían permitir: representaba un peligro para la concordia de los matrimonios y ponía en peligro el orden público que la Guardia Civil aseguraba con mano de hierro. El 11 de febrero, el alcalde de Caldes envió una carta de alarma al gobernador civil de Girona, que firmó conjuntamente con el ecónomo de la parroquia, el juez de paz y la secretaria local de la Sección Femenina:

Excelentísimo señor gobernador civil de la provincia de Gerona:

Los abajo suscritos, como autoridades locales de esta villa, tienen el honor de recurrir a VE para exponerle que, constituyendo un intenso rumor público en la localidad la noticia de que en un plazo más o menos lejano pudiera ser instalada en esta población una casa de mala nota, con motivo de encontrarse en esta internados un considerable número de jefes, oficiales y marinos italianos, y habiendo producido la citada noticia profunda sensación en la población civil de esta villa en sentido franca y absolutamente desfavorable, los suscritos consideran un deber el comunicar a VE que haciéndose, ellos por sí, eco también de su disconformidad con la instalación de la referida casa de lenocinio, tienen el honor de participárselo a VE por si pudiera prestar su valiosa ayuda para que tal medida no se adoptara en esta población, pues son evidentes e incalculables los perjuicios morales de todo orden que a la misma acarrearían.

Los guardianes de la moral pública insistían en que no se trataba de un rumor pasajero, que los italianos no ocultaban sus intenciones y que se vanagloriaban en público de la inminente instalación de la casa de putas. Por

todo ello, se ponían en manos del gobernador.

En nombre propio y en el de la población que representamos esperamos que esta no se verá jamás con la vergüenza que para ella supondría la instalación de semejante prostíbulo.

La respuesta no tardó ni ocho días en llegar. El gobernador contestó el 16 de febrero con un escrito corto e indignado:

En relación con el escrito de esa alcaldía, número 57, de fecha 11 de los corrientes, donde da cuenta de los rumores existentes sobre la instalación en esta localidad de una casa de mala nota, significo a V. que los mismos carecen de todo fundamento ya que, siendo de mi competencia exclusiva autorizar la apertura de tales casas e inspirado en el mismo criterio de moralidad pública que manifiesta, no me hallaría dispuesto a consentirlo con la facilidad que gratuitamente supone con su extemporánea protesta.

En el despacho del alcalde, la respuesta cayó como una bomba. Los prohombres del pueblo estaban avergonzados, porque se daban cuenta del estilo inapropiado de su propio escrito.

—Lo hemos ofendido —consiguió decir el alcalde Quintana, hundido en la poltrona.

—Tendríamos que haber hecho referencia a su moralidad ejemplar —apostilló el párroco Massaguer, que había sido el promotor de la protesta.

Mientras tanto, la primera autoridad provincial había citado discretamente en Girona al sargento de la Guardia Civil del cuartel de Caldes y le daba instrucciones precisas:

—Mire, sargento, creo que podemos dar un poco de escape a estos pobres marineros; deje que se desahoguen como corresponde a jóvenes viriles, más tratándose de muchachos entrenados para el noble arte de la guerra. Pero, por Dios, asegúrese de que las chicas trabajen solo en los hoteles y diga de mi parte al comandante italiano que, si el cura o la delegada de la Sección

Femenina ven a una sola puta por las calles del pueblo, cerraré el prostíbulo y restringiré los movimientos de todos los internados. Guante de seda en puño de acero, sargento Serrano. Confío en usted.

Dos días después, coincidiendo con una visita del gobernador civil y del coronel de la Guardia Civil a los marineros italianos, en el desván del Balneario Vichy Catalán se inauguraba el prostíbulo, que estaba predestinado a convertirse en el negocio más lucrativo que se había visto en Caldes desde antes de la guerra.

Un mes después de la llegada de los marineros a los balnearios, todo el pueblo conocía a Ciro: «El muchacho que silba canciones italianas» o «el italiano que le lleva la ropa a Joana de la Mina», lo bautizaba la gente de Caldes cuando hablaba de él. Gracias al permiso especial que le había firmado el comandante Cigala, Ciro siempre era el primero que circulaba por las calles del pueblo y no tenía que esperar como los demás hasta las cinco de la tarde para salir a pasear. Cuando terminaba de comer, salía disparado del comedor: recogía la ropa del día, cruzaba el jardín, salía por la puerta trasera del balneario, la que daba a la calle Mayor, y subía hasta la carnicería para ver si Joana había acabado su trabajo. Si aún la encontraba allí, la acompañaba al lavadero y se ofrecía a llevarle el barreño y los utensilios que pesaban. Ella lo miraba desconcertada. Fingía ofenderse y rechazaba el ofrecimiento, pero se sentía tratada como una reina.

Cuando llegaban a los lavaderos, él se sentaba unos pasos más allá, unas veces a los pies del almez, otras al lado de la fuente del Raig d'en Mel, y la observaba mientras sacudía la ropa enjabonada arriba y abajo en el fregadero, antes de sumergirla en el agua para aclararla. Le gustaban los movimientos repetitivos de la muchacha, siempre rítmicos, muy elegantes. Intentaba llamar su atención subiendo el tono de las canciones, que ahora ya le cantaba directamente a ella. Si no le hacía caso, cantaba cada vez más fuerte, hasta que ella levantaba la cabeza y él podía dedicarle una sonrisa. Mercè y Feliu siempre rondaban por allí y se habían acostumbrado al italiano. En cuanto

veían llegar a Ciro, lo acorralaban y le pedían:

—Enséñanos a silbar.

El marinero les enseñaba a poner la boca en la posición adecuada, pero de los labios de los chiquillos solo salían unos leves soplidos sin sonoridad; él se reía de lo lindo, y las risas resonaban por todo el lavadero. Los pequeños también se reían y entonces Ciro les revolvía el pelo, cogía un puñado de tierra arcillosa, la mojaba en la fuente y les modelaba animales y personas, como si fueran figuras de un belén napolitano.

Joana lo miraba desde lejos. Le habría gustado devolverle una sonrisa en señal de agradecimiento, pero se reprimía y volvía al trabajo, porque no sabía cómo tratarlo. ¿De dónde salía aquel muchacho? A simple vista, vestidos con el uniforme de verano de la marina española, todos los marineros italianos se confundían, pero desde el primer día, Ciro le había parecido diferente: atento, amable, dulce. Jamás se habría imaginado que hubiera hombres así: de carácter fuerte y decidido, dispuestos a dar la vuelta al mundo en un barco de guerra, pero también de trato tan delicado como el vuelo de una mariposa. Que Ciro era un hombre de mundo se notaba a la legua; que era de maneras suaves y encantador lo iba descubriendo día a día.

Se preguntaba si su marido había sido alguna vez de esa forma. ¿Quizás cuando se conocieron? ¿Tal vez cuando eran novios? ¡No, tampoco! Puede que de joven hubiera sido gracioso y risueño, pero nunca había mostrado un mínimo de delicadeza. Lo recordaba torpe desde siempre, y después de casarse se había vuelto cada vez más agrio.

En los últimos años, Salvador se dejaba caer poco por casa, y cuando lo hacía se limitaba a comer, beber y satisfacer sus necesidades más primarias. Mostraba la misma complacencia cuando hacía de vientre en el gallinero que en la cama cuando la montaba; en ambas circunstancias, en cuanto había despachado el asunto, mostraba la misma cara de satisfacción. Si no fuera por estas señales de vida animal, su presencia en la casa habría podido pasar desapercibida: no hablaba, no se reía, no jugaba nunca con los chiquillos, no le hacía galanterías a ella, no se enternecía, no se emocionaba. Solo cuando las cosas se torcían y giraban en una dirección que no le convenía se revolvía como un animal cabreado y los gritos podían oírse hasta en la plaza de la

iglesia. Si el dinero no llegaba para pagar las deudas, se hacía el distraído; si Joana le pedía que le echara una mano para pagar una muda a los niños, que habían pegado un estirón y todo les quedaba pequeño, miraba hacia otro lado; si ella lloraba porque ya no podía más, se desentendía y regresaba al bosque.

Al principio, Joana atribuía las malas pulgas de su marido a la dureza del trabajo en la montaña y confiaba en que, con el tiempo, las cosas volverían a ser como antes. Pero en vez de calmarse, Vador se volvió cada vez más distante y violento. Y la Mina se convirtió en una casa marcada: todos la evitaban, nadie se acercaba a ella, nadie quería saber nada.

La centralita era uno de los últimos reductos del Balneario Vichy Catalán que controlaba la propiedad. Cuando el operador consiguió establecer la conexión y pasó la llamada del comandante Imperiali al cónsul italiano, se pegó el auricular a la oreja para cotillear descaradamente la conversación. No le costó demasiado comprender de qué hablaban y, cada vez más alarmado, mandó avisar al arrendatario del balneario.

—Decidle que si no quiere perderlo todo, deje lo que esté haciendo y baje corriendo a la centralita. ¡Los italianos le están haciendo la cama!

Modest Carreras tenía alquilado el hotel a la viuda del antiguo propietario y actuaba como si fuera su dueño. La llegada de los italianos le había dado esperanzas de relanzar el negocio, pero, a la hora de la verdad, todo eran problemas. Los marineros no dejaban de quejarse: del frío, de la escasa calidad de las comidas, de la falta de limpieza, de la poca disponibilidad de muchos servicios. Y aún no le habían abonado ninguno de los pagos semanales a los que se habían comprometido. Aquella misma mañana se había quejado de esos incumplimientos al gobernador civil durante la visita oficial que la primera autoridad de la provincia había realizado a los marineros italianos.

Modest Carreras bajó los escalones de dos en dos y entró maldiciendo en la centralita; llevaba días esperando algo como aquello.

—¿Con quién conspiran ahora estos hijos de puta? —preguntó mientras cogía con nerviosismo el auricular complementario que le ofrecía el operador.

—El comandante Imperiali está hablando con el cónsul italiano en

Barcelona; quieren que embarguen los hoteles —respondió secamente, sin quitarse el auricular de la oreja.

Cuando colgaron, el arrendatario del Vichy Catalán no se lo podía creer: efectivamente, el cónsul italiano en Barcelona, un fascista de la cabeza a los pies, leal a Mussolini, planeaba el embargo para hacerse cargo desde el consulado de la gestión de los hoteles. Modest Carreras se apresuró a reunir a los directores de los otros dos balnearios —el Prats y el Soler— y les expuso la situación. Los tres coincidieron en el peligro que corrían y enseguida se pusieron de acuerdo para contraatacar. Debía de ser la noche más fría del año, pero no podían arriesgarse y decidieron actuar desde ese mismo momento.

A esas horas, en las calles de Caldes no había ni un alma; la tramontana llegaba amortiguada, pero era helada y les cortaba la cara. Caminaban deprisa, como si los persiguiera un fantasma, y no se detuvieron hasta que estuvieron en la puerta del cuartel de la Guardia Civil, justo debajo del lema Todo por la Patria. Cogieron aire, llamaron a la puerta y al cabo de un buen rato el sargento salió a abrirles personalmente. Tenía mal aspecto, no le gustaban las sorpresas a deshora. La relación entre el sargento y las fuerzas vivas del pueblo era educada por necesidad, pero no era cordial. Se trataba de dos mundos aparte que se toleraban, se ayudaban, pero no se tenían simpatía y, más allá de la defensa del interés común, no habían establecido nunca ninguna complicidad.

Desde la llegada de los italianos, el sargento, siempre que se reunía con los hoteleros, los escuchaba con un punto de aprensión: le parecían pusilánimes y poco de fiar; daba por hecho que lo aceptaban porque les proporcionaba la fuerza que necesitaban para imponer su voluntad al pueblo, pero sabía que, si les convenía, lo traicionarían sin piedad. Pero para sorpresa de los tres visitantes, aquella noche las tribulaciones de los hoteleros captaron su interés desde el primer instante. Si hubiera pensado que solo se trataba de defender los intereses económicos de aquellos hombres que se quejaban por vicio, porque todo el mundo sabía que les quedaba un margen muy generoso, el sargento no se habría movido. Pero tenía olfato para intuir que si los italianos imponían su plan, él sería el primer perjudicado.

Se veía venir la doble jugada del cónsul: relacionarse él mismo con el

ministro español de Marina, saltándose la autoridad del gobernador civil de Girona, y embargar a los hoteleros para gestionar directamente desde el consulado aquel gran negocio. Era cuanto necesitaba para ponerse en su contra y decidió acabar con la conspiración.

Al día siguiente, escribió al gobernador civil, con copia a su inmediato superior, el coronel de la Guardia Civil de la comandancia de Girona. La carta no era arrebatada, como habría querido; era contenida, como correspondía a una comunicación oficial, pero estaba cargada de acusaciones de deslealtad hacia los italianos. El sargento tuvo la habilidad de presentar el pleito como un conflicto entre unos empresarios patriotas, adictos al régimen, y unos extranjeros que despotricaban de las autoridades españolas y se mostraban decididos a incumplir con malas artes los compromisos adquiridos con el gobernador civil de la provincia.

Antes de mandar la carta, el sargento citó de nuevo a los hoteleros y les leyó el borrador:

Excelentísimo señor:

Me comunica el arrendatario del Balneario Vichy Catalán, el señor Modesto Carreras Furest, que hacia las ocho menos cuarto de la tarde del día de hoy, al intentar hablar por teléfono con sus familiares de Gerona, pudo sorprender una conferencia telefónica que se celebraba entre el responsable de los marineros italianos internados en esta plaza, don Riccardo Imperiali, y el cónsul general de Italia en Barcelona; y creyendo el informante, por su parte, que pronto podría hacer uso de su comunicación telefónica, se mantuvo a la espera, escuchando cómo el señor Imperiali informaba al cónsul general sobre la visita efectuada en esta plaza en el día de hoy por su excelencia, comunicándole como nota más destacada la mala impresión que tal visita le había causado, al apreciar que las autoridades españolas mostraban su tendencia a favorecer los intereses de los industriales de esta población que tienen a su cargo la manutención y el alojamiento de los citados italianos internados.

Al mismo tiempo, el señor Imperiali le comunicaba su descontento por

la rigidez militar y las pocas facilidades en permisos y otros aspectos a que estaban sometidos, estimando como opinión personal que, bajo el mando de la autoridad militar, la vida y el régimen de internamiento en esta plaza presentaban para ellos perspectivas poco esperanzadoras. A estas informaciones el cónsul general respondió que ya se encargaría él de atenuar los rigores del régimen al que se los quería someter y que haría todas las gestiones necesarias para hacer cambiar el criterio de las autoridades de esta provincia, mientras gestionaba cómo hacerlos depender exclusivamente de la autoridad central del Ministerio de Marina de Madrid.

Otro aspecto de la conversación, según el informante señor Carreras, lo constituyó el tema del pago del alojamiento, manifestando el jefe de los marineros italianos que se veía abrumado por los dueños de los balnearios, que le reclamaban diariamente la liquidación de las cuentas que tiene pendientes de pago. Según sus propias palabras, su situación resulta insostenible, más todavía después de haberse comprometido ante su excelencia a resolver esta situación poniéndose al corriente de pago dentro de las próximas horas. Pregunta, pues, qué debe hacer.

Respondió el cónsul general que confiaba en su diplomacia y que con buenas palabras fuera aplazando la cuestión, ya que su propósito era el de pagar solo diez (10) pesetas por plaza, en lugar de las dieciocho (18) que tenían convenidas, pretendiendo con ello obtener tiempo y éxito en las gestiones de requisa de los establecimientos con tal de poder administrarlos ellos por su cuenta, asunto este que, según las palabras del cónsul general, ya estaba gestionando en Madrid.

Al serme comunicada esta conversación telefónica por el informante señor Carreras, se presenta acompañado por los restantes propietarios y administradores de los balnearios de esta población, los cuales comparecen también para manifestar la gravedad de sus respectivas situaciones y la imposibilidad de hacer frente a los compromisos económicos ya contraídos, como por ejemplo la compra de colchones, pago de personal, provisiones, etcétera, por lo que ruegan y piden solución urgente a esta situación.

Caldas de Malavella, 28 enero de 1944.

El comandante de la plaza, 203 comandancia de la Guardia Civil,

Francisco Serrano López

Los hoteleros escucharon muy complacidos la carta que acababa de leer el sargento Serrano y le expresaron su satisfacción con enormes sonrisas y gestos de asentimiento. Cuando abandonaban el cuartel aún tenían en la cara aquellas sonrisas lelas y mostraban una falsa simpatía hacia el sargento prodigándole palmaditas en la espalda y haciendo exageradas reverencias de reconocimiento.

En cuanto recibió la carta, el gobernador civil de la provincia citó urgentemente al sargento de Caldes en su despacho de Girona: desde la llegada de los italianos tenía al general Moscardó encima y no quería dejar ningún cabo suelto. Pidió diplomacia y paciencia al sargento, pero a cambio le prometió su apoyo y le garantizó que los intereses de los hoteleros estarían protegidos. Tenía encargos muy importantes que hacerle y lo necesitaba entregado a la causa; cuando se disponía a salir del despacho posó una mano en su hombro y le reveló:

—La próxima semana acompañaré al capitán general en una visita de inspección a los balnearios. Invitaremos también al cónsul general, que intentará aprovechar la visita para presionarme, pero le preparo algunas sorpresas. Necesito que transmita al comandante Imperiali que de la disciplina que demuestren sus hombres durante la visita del general Moscardó dependerán las futuras condiciones de su estancia en Caldas. Cuídese de eso; del resto me encargo yo.

Aquella mañana, cuando dejó el Gobierno Civil y desde la cuesta de Sant Martí se encaminó por la calle dels Ciutadans y el puente de Piedra hacia la estación de Girona, el sargento Serrano estaba eufórico: había cortado en seco el intento italiano de ignorar su autoridad. Era el responsable de una

comandancia local que solo tenía seis agentes asignados, pero le bastaban para garantizar el orden en un pueblo de dos mil doscientos habitantes que, de la noche a la mañana, había sido invadido por más de mil soldados italianos. Aquella responsabilidad le permitía tratar con las primeras autoridades de la provincia y se sentía orgulloso de ello. Si los italianos conseguían entenderse directamente con ministros, diplomáticos y otras autoridades de la capital, él volvería a ser un simple número de la Guardia Civil, un pobre agente rural del cuerpo, y los últimos cinco años de entrega abnegada a las autoridades provinciales no le habrían servido de nada.

Esa misma tarde llegó a los balnearios de Caldes un cargamento de jerséis de lana enviado desde algún cuartel de Barcelona. Por fin, alguien se había apiadado de aquellos pobres marineros vestidos con ropa de verano en un invierno durísimo, de temperaturas bajo cero. Antes de cenar se realizó el reparto. Cuando Ovilio vio que los jerséis eran del color de la Italia de los fascistas, lo lanzó al suelo indignado.

—¡Que se queden con él! Nos quieren disfrazados de fascistas, vestidos de negro.

Aquellos días, el viento aún era helado. Ciro recogió el jersey del suelo y obligó a su amigo a cogerlo.

—Es mejor ser un antifascista disfrazado de negro que un antifascista muerto de frío —le dijo mientras se ponía su jersey, decidido a dejar de congelarse de una vez—. Si se descuidan nos mandan la ropa de invierno en el mes de agosto —remató al recordar que esperaban las prendas de abrigo desde que en el mes de octubre habían llegado las lluvias a Maó y las temperaturas habían bajado de golpe.

Las primeras horas de la guardia nocturna se le hicieron muy cortas a Ovilio: recorrió un par de veces el perímetro del Balneario Prats y entró en can Moll para dar conversación al panadero, que estaba amasando las cocas y los panes de dos kilos para hornearlos de madrugada. Desde la habitación del balneario lo veía trabajar todas las noches en el obrador, y ahora le gustaba seguir por primera vez desde la propia panadería los mismos movimientos y las mismas escenas que veía desde el otro lado de la ventana. Se sabía los pasos de memoria, porque no eran distintos de los que le había visto dar al Poeta en la panadería del *Roma* durante todos los meses que habían compartido a bordo antes de que los hundieran.

Pasadas las cinco de la madrugada, la noche se le empezó a hacer más larga. La temperatura había caído en picado y había salido a hacer otra ronda para intentar combatir el frío que le helaba los pies y la barriga. Soplaba aquel maldito viento del norte, y el condenado jersey negro no servía para detenerlo: si hubiera tenido un par de hojas de periódico se las habría puesto debajo del jersey, como hacía de niño en Roma cuando en invierno pedaleaba por las oscuras calles de la ciudad. A aquellas horas, Moll ya horneaba, pero en esa ocasión pasó de largo sin pararse; solo aflojó el ritmo para oler el pan que empezaba a cocerse y llenarse así los pulmones con aquel aroma tan reconfortante, tan familiar. Cuando dejó atrás la panadería, se sentía reanimado y remontó la riera, siguiendo el muro del balneario, con paso más decidido. Caminaba despreocupado, pegado a la pared, hasta que oyó unos

pasos y se puso en alerta: se apoyó en la cerca del jardín, entre las hiedras que colgaban, y vio una figura que bajaba con sigilo por la calle Mayor hasta la esquina con la riera; en el cruce, el hombre se detuvo entre unas matas y encendió un cigarrillo. Ovilio decidió permanecer oculto hasta descubrir las intenciones del desconocido. Pasaron diez o quince minutos, el tiempo suficiente para que el hombre se fumara varios cigarrillos, uno tras otro: Ovilio, que también se moría de ganas de fumar, contó tres más. Cuando la campana de la iglesia acababa de dar las seis, oyó un ruido metálico procedente de la parte de les Roques y vio que el hombre apagaba precipitadamente el cigarrillo. Unos instantes después apareció en escena una bicicleta que giró por la calle dels Polls y se detuvo delante de una de las primeras casas; el ciclista golpeó discretamente la puerta, dejó un paquete pequeño en el suelo y siguió pedaleando en dirección a la plaza Pequeña.

Ovilio esperó camuflado entre las hiedras hasta que el hombre de los cigarrillos salió de su escondite, rehízo el camino subiendo por la calle Mayor, en dirección a la carretera de Girona, y desapareció. Entonces, Ovilio se acercó al escondrijo del desconocido y descubrió un montón de colillas. Al esparcirlas con el pie, contó más de una treintena y se sorprendió, porque aquella noche el hombre solo se había fumado cuatro cigarrillos.

Al día siguiente, Ovilio estuvo todo el día dándole vueltas a la escena de la que había sido testigo y decidió volver a investigar sobre el terreno. A las cinco de la madrugada se vistió y salió a dar conversación a Salvatore Taccia, que aquella noche estaba de guardia. Lo encontró congelado en la puerta del jardín, la que daba a la calle Mayor. Las temperaturas habían bajado de nuevo tres o cuatro grados más y ya debían de estar bajo cero, como los primeros días después de la llegada a Caldes.

—¡Vaya mierda de tiempo! —se quejó Salvatore cuando Ovilio se acercaba.

—Ve un rato a la panadería para entrar en calor; a esta hora Moll debe de estar sacando el pan del horno —le propuso Ovilio como la cosa más natural del mundo—. Yo te cubro la ronda.

Cuando Taccia se fue, Ovilio se encaminó directamente a la riera y esperó apoyado en la pared del balneario, inmóvil entre las hiedras, como había

hecho la noche anterior. El hombre de los cigarrillos apareció puntual y volvió a esconderse en el rincón que le permitía controlar al mismo tiempo la calle Mayor y la calle dels Polls. Esta vez, la bicicleta llegó antes, cuando el desconocido solo se había fumado dos cigarrillos. El ciclista volvió a llamar a la casa de la calle dels Polls, y en esta ocasión entregó el paquete en mano, porque alguien ya lo estaba esperando con la puerta entreabierta; las dos figuras se dieron la mano, se palmearon la espalda y, justo cuando el campanario de la iglesia daba las horas, la bicicleta retomó la marcha en dirección a la plaza Pequeña.

Horas después, Ovilio aún estaba repasando las maniobras nocturnas que había descubierto; estaba en la clase de tecnología de la radio, pero no podía concentrarse. Tenía al hombre de los cigarrillos en la cabeza: era evidente que estaba espionando al de la bicicleta; a él también lo habían estado espionando cuando realizaba actividades clandestinas en Roma, y los fascistas se lo habían hecho pagar caro. Ahora no sabía de qué iba aquello, pero no pensaba tolerarlo. A la hora del paseo se plantó en el cruce de la calle Mayor con la riera y esperó; al cabo de un par de horas de guardia vio llegar a un hombre gordito, de bigote grueso y pelo rizado, que abrió la puerta de la calle dels Polls. Lo reconoció enseguida, lo había visto trajinando en las cocinas del balneario. Se le acercó y le ofreció la mano. El otro lo miró con desconfianza, dio un paso atrás y lo interrogó con la mirada. Parecía asustado. Ovilio decidió ir al grano.

—No sé a qué os dedicáis tú y tu amigo el de la bicicleta, pero tenéis que dejarlo durante una temporada —le dijo. Luego, sin más explicaciones, lo invitó a seguirlo—. ¡Mira! —continuó, moviendo las colillas con el pie—. No sé cuánto tiempo os llevan vigilando, pero si cuentas los cigarrillos te harás una idea.

Por la noche, cuando se reunió con Ciro, que volvía del lavadero, Ovilio le explicó sus descubrimientos nocturnos. Cuando vio que había despertado su curiosidad, se animó y acabó de ponerlo al corriente de la investigación.

El hombre de la bicicleta se llamaba Josep Solà. Todos los días, al amanecer, salía discretamente del pueblo y pasaba por las masías de los alrededores para matar cerdos a escondidas, porque cuando la matanza era

oficial, las autoridades se quedaban una parte del cerdo como impuesto. Cuando el campanario de la iglesia daba las seis, el hombre de la bicicleta procuraba estar de vuelta, para desayunar en casa y salir a las siete hacia la embotelladora del agua Imperial, como si hubiera pasado toda la noche en la cama. Cuando se hacía con un buen trozo de carne de regalo, pasaba por casa de Antonio, el cocinero del balneario, y le dejaba un paquete para las familias republicanas más necesitadas, las que tenían a los hombres encerrados en Salt o en Miranda de Ebro. El cocinero también había estado en la cárcel y todos confiaban en él.

A la mañana siguiente, Ovilio se presentó ante el comandante Cigala, se ofreció voluntario para trabajar en la cocina del Prats y fue admitido como ayudante de Antonio. El horario era bueno, de las seis de la mañana a las dos del mediodía. Eso significaba que tendría todas las tardes libres para pasear a su aire.

—Se te acabó lo de ir por libre, ahora tendré tanto tiempo como tú y podré vigilarte —le dijo a Ciro entre risas.

Dos días después, a la misma hora que Ovilio entraba a trabajar en la cocina, Josep Solà llegaba a la estación de Caldes con el cargamento matinal de cajones de la embotelladora del agua Imperial que debían subir al tren, con destino a Barcelona. Bajó del carro, que conducía el hermano de Moll, el panadero, y se dirigió a la zona de los vagones de carga que tenía reservados su empresa. Un hombre con camisa azul de falangista y una pistola en la cintura dirigía la operación de carga de otra empresa, la de agua Malavella. El individuo era un fascista que se había pasado la guerra civil española emboscado en la montaña, pero cuando los franquistas entraron en Caldes, bajó, se vistió de falangista y se dedicó a imponer de mala manera su voluntad. Los encargados de las aguas Imperial y San Narciso estaban hartos de que el falangista se apropiara de los vagones que no le correspondían, obligándolos a esperar a que llegaran nuevas unidades para iniciar las operaciones de carga.

Todo el mundo confiaba en que algún día alguien le parara los pies.

Cuando Josep Solà se acercó, el encargado de San Narciso le recriminaba una vez más al hombre de la camisa azul su conducta abusiva. Pero lo hacía con timidez, convencido de que contra un hombre del régimen no tenía nada que hacer.

—Este vagón estaba reservado para nosotros.

—Te confundes, este vagón es de Malavella —le contestó el fanfarrón, mostrándole ostensiblemente la pistola, que llevaba encajada en la cintura.

Josep Solà no se lo pensó dos veces. Con un movimiento rápido se quitó de la cintura el cuchillo de degollar cerdos, lo apuntó hacia el pecho del falangista y le gritó:

—¡A partir de ahora respetarás los vagones de cada empresa!

El hombre, sorprendido con la guardia baja, puso ojos de búho, retrocedió dos pasos y adoptó una actitud conciliadora.

—No nos enfademos, no es para tanto. Solo es un malentendido.

Solà vio la oportunidad: se acercó aún más a él y le puso el cuchillo en el cuello.

—¡Hijo de puta! ¿Ahora me espías? ¡Si pasas el informe al sargento de la Guardia Civil, eres hombre muerto! —le dijo en voz baja, al oído.

De entrada, el hombre puso cara de no saber nada, pero poco después cayó preso del pánico, porque, sin apartar el cuchillo del cuello, Josep Solà gritó muy fuerte, para que lo oyera toda la estación:

—¡No me das miedo! Estoy acostumbrado a matar cerdos, ¡solo sería uno más!

La visita sorpresa a los balnearios de Caldes del todopoderoso capitán general de Cataluña engrasó mecanismos de relación y desencalló problemas a favor de todas las partes. Impresionado por la marcialidad, el estado de forma y la disciplina de los marineros italianos, el general Moscardó los autorizó a salir todas las tardes hasta un radio de tres kilómetros del centro de Caldes. Ordenó que se relajara su vigilancia y que todos, civiles y militares, procurasen hacer su estancia más amable.

En lo referente a los balnearios, vieron cumplidas sus aspiraciones y solo ocho días más tarde, el 22 de febrero, firmaban en una notaría de Barcelona un contrato definitivo que recogía todas sus demandas. Los balnearios se aseguraban dieciocho pesetas diarias por interno, a cobrar todos los sábados; conseguían también que los italianos tuvieran que aportar los hombres necesarios para el servicio de limpieza de las habitaciones y otras dependencias hoteleras (excepto los lavabos), como hacían desde el primer día, y para trabajos auxiliares de cocina y servicios de comedor. El consulado debía facilitarles las mantas y ellos tenían que limitarse a suministrar la ropa blanca. Finalmente, los balnearios se ocuparían de la colada de esa ropa blanca, pero los marineros debían seguir arreglándoselas si querían que les lavaran su ropa personal.

Los comandantes italianos también quedaron satisfechos. Tenían el compromiso de que el menú garantizaría dos mil seiscientas calorías diarias a cada interno; la temperatura de los comedores y las salas de juego no podía

bajar de dieciséis grados en todo lo que quedaba del invierno; los marineros podían acceder libremente a las instalaciones anexas de los establecimientos como, por ejemplo, las pistas de tenis, baloncesto y bochas, y a la capilla, y podían disponer del piano, la gramola, el billar y los mazos de croquet. Los marineros pasaban a tener derecho a dos duchas termales a la semana, y los que se alojaban en las pensiones sin instalaciones termales podían ir a ducharse a los balnearios. Los oficiales salían mejor parados: en las comidas tenían derecho a vino corriente («a discreción»), tenían acceso a la sala de billar y disponían de agua termal en las habitaciones. Para terminar, el contrato daba permiso a los italianos para montar y gestionar una cantina, noticia que fue recibida por la tropa con desbordado entusiasmo.

El gobernador civil se había quitado un peso de encima y citó en su despacho al sargento para hacerle saber la buena impresión que se había llevado el capitán general de Cataluña y trasladarle su felicitación personal. Cuando vio entrar a Serrano, le dedicó una sonrisa de bienvenida y se permitió hablarle con confianza, de hombre a hombre:

—¿Cómo marcha el local de desahogo de los italianos? ¿Ya ha comprobado en persona la calidad del servicio, sargento?

El sargento Serrano soltó una carcajada de animal satisfecho.

La afluencia de marineros al desván del Vichy Catalán era constante, y los médicos italianos se afanaban para asegurar el control higiénico. En la calle no se habían visto putas, y en el pueblo todo el mundo acabó reconfortado: las autoridades locales salvaban la cara y los militares italianos sentían por primera vez que les dejaban organizarse mínimamente a su aire. Pero las consecuencias positivas de la visita del capitán general de la región militar de Cataluña aún no habían acabado.

—El general Moscardó quedó muy gratamente impresionado por la disciplina de los italianos y ha ordenado que de forma discreta relajemos un poco más las normas —dijo el gobernador cuando hizo sentar al sargento en su despacho—. Vamos a darles algo más de aire y de paso vamos a intentar recuperarlos para la causa. Desde el hundimiento de su barco están algo

aturdidos, se sienten desorientados, pero son más de mil soldados bien instruidos y los alemanes necesitan que se reincorporen a la guerra.

Al día siguiente empezó la ofensiva para devolverlos al bando de Mussolini y de los alemanes.

Ciro llegó jadeando al lavadero. Después de comer, el comandante Imperiali lo había mandado al ayuntamiento para revisar las últimas comunicaciones de la Cruz Roja. Seis meses después del bombardeo, la organización internacional aún intentaba cerrar la lista definitiva de los supervivientes del *Roma*. Parecía mentira, pero en aquel punto cada día había familias que descubrían que sus hijos habían sobrevivido y estaban sanos y salvos, refugiados en los balnearios de un pueblecito catalán cercano a la frontera francesa. La división de Italia en dos mitades no había ayudado a la fluidez de las comunicaciones, que debían hacerse vía Ginebra y Madrid; en el caso de los refugiados en Caldes, las dificultades con que se había encontrado la Italia leal al rey para controlar la embajada de Madrid y los consulados de Barcelona y Maó habían complicado aún más la elaboración de listas fiables.

Un par de veces por semana, el comandante enviaba a Ciro a recoger las cartas de las familias italianas que la Cruz Roja Española se encargaba de hacer llegar al ayuntamiento de Caldes; al cabo de un par de días, él mismo llevaba las respuestas al despacho del alcalde, que se ocupaba de tramitarlas personalmente a Madrid. Ciro se sorprendía de la cantidad de compañeros que aún no se habían puesto en contacto con sus familias para tranquilizarlas: Italia quedaba muy lejos, y en Caldes los marineros vivían al día y no se preocupaban por nada más.

Joana sabía que el italiano se acercaba cuando lo oía silbar subiendo por la calle dels Polls o bajando desde la plaza Pequeña. Se estaba

acostumbrando a aquellas visitas y, sin querer, se inquietaba cuando el marinero no se presentaba o llegaba con retraso. Aquella tarde, Ciro llegaba corriendo desde el ayuntamiento y no le quedaban fuerzas para silbar; se detuvo en la entrada de los lavaderos para no romper el hechizo y observar desde lejos una escena que lo cautivaba: Joana lanzaba al agua la ropa enjabonada y poco después la recuperaba con gestos repetitivos y firmes. Se habría quedado horas allí, de pie, encantado, dejándose hipnotizar por la belleza de los movimientos de la muchacha. Cuando se dio cuenta de que alguien la estaba observando, ella se volvió y fingió estar enfadada.

—¿Ahora me espías?

Ciro se sonrojó y se fue a su rincón, al lado de la fuente del Raig d'en Mel, desde donde podía mirarla a distancia.

Se puso a cantar una canción napolitana:

—«*Rrose, che belli rrose! Torna maggio! / Sentite 'addore 'e chisti sciure belle! / Sentite comme cantano l'aucielle! / E vuje durmite ancora? Ih, che curaggio!*». [*]

Sin mirarlo ni levantar la cabeza del lavadero, Joana volvió a quejarse.

—Eso que estás cantando parece triste. ¿No sabes otra cosa más alegre?

El muchacho se calló un rato, como si estuviera pensando qué podía cantarle que le pareciera bien, y se puso a silbar una melodía más alegre. La *Canzone bella*, se titulaba, pero no se sabía la letra entera y solo podía imitar la melodía con los labios.

No se dijeron nada más en toda la tarde. Cuando terminó de aclarar la ropa, Joana la metió en el barreño y se lo apoyó en el costado para subir hasta el tendedero. Ciro se acercó y se lo cogió. Ella se hizo la ofendida por tercera vez en una sola tarde.

—¿Acaso crees que no puedo hacerlo sola? No te necesito para nada —le soltó.

Pero Ciro ya se había puesto en marcha, y cuando Joana empezó a caminar detrás de él tenía una sonrisa pícaro en la cara.

Con movimientos rapidísimos tendió las camisas y los pantalones azules de los marineros y despachó enseguida el trabajo. Luego recogió la ropa seca que había tendido la víspera y empezó a doblarla con cuidado dentro del saco

de tela que había llevado Ciro con la ropa sucia. Cuando hubo terminado con todo, se sentó en el margen, echó la cabeza hacia atrás y, cuando volvió a mirar hacia delante, suspiró. Ciro la miraba de frente y ella posó la mano sobre la hierba del margen, a su lado, y le ordenó:

—¡Siéntate aquí! ¿No querrás que hablemos a gritos?

Se acercó a ella, obediente. El sol se ocultaba detrás del Montseny, y el marinero también suspiró.

—¡Vaya tarde! Es suave como los atardeceres de mi tierra. Solo falta el mar.

—¿De dónde eres? —lo interrogó ella.

—De Nápoles.

—¿Es bonito?

—El golfo es extraordinario, *bellissimo*. El volcán Vesubio, siempre vigilante, en tierra firme; las islas de Capri e Isquia en el mar, guardando las espaldas de la ciudad, y la costa de Sorrento, al fondo. No hay otro lugar igual en el mundo.

—¡No exageres! Seguro que no es para tanto —Joana se rió.

Pero Ciro había empezado otra canción en napolitano y no la escuchaba.

—«*Dduje vecchie professure 'e concertino / 'Nu juorno, nun avevano che fà. / Pigliajeno 'a chitarra e 'o mandulino / E'm Paraviso jettero a sunà. / Ttuppettú!... "San Piè, arapite! / Ve vulimmo divertì."* / "Site 'e Napule? Trasite / e facitece senti!"»[*]

—¿Qué dice la canción que cantas? —quiso saber Joana al ver la emoción que le ponía.

—Habla de dos músicos que suben al paraíso con la guitarra y la mandolina; cuando san Pedro se entera de que son de Nápoles, los deja pasar y todos los santos se acercan para escuchar sus canciones napolitanas. El repertorio se alarga hasta que los viejos músicos sienten nostalgia de Nápoles y empiezan a despedirse para volver a bajar a la bahía. Entonces, san Pedro los interpela: «¿Estáis locos? ¿Qué decís? ¿No os queréis quedar aquí, en el paraíso?». «Somos de un país bello y amado, que lo tiene todo y no se puede olvidar. ¡Posillipo! ¡Sorrento! ¡Marechiaro! ¡Nuestro paraíso es ese de ahí abajo!» La canción se titula *Dos paraísos*.

—¡Vaya humos os dais los napolitanos! —le recriminó ella entre grandes carcajadas.

Un agradable escalofrío recorrió el espinazo de Ciro. Quería decirle que el llano de Caldes, con los Pirineos nevados al fondo, también era magnífico, sobre todo si ella estaba en los tendederos trasteando y se reía de aquella forma contagiosa que lo volvía loco. Pero Joana ya se había levantado. Se sacudía la paja y las hierbas que se le habían pegado al vestido mientras estaba sentada en el margen. Recogió el barreño vacío del suelo y bajó en dirección a la Mina sin despedirse.

—Ve a por un saco de patatas a la sala de cuarentena —le ordenó el cocinero a Ovilio, sin dejar de hacer anotaciones en la libreta negra.

El marinero aún se estaba adaptando al ritmo que imponía en la cocina Antonio, el republicano viejo y bonachón, de cara redonda y bigote enorme, que repartía clandestinamente paquetes de carne de cerdo entre las familias que tenían a los hombres en la cárcel. Antonio no era cocinero: antes de la guerra había trabajado diez años como *maître* en el Vichy Catalán; con la caída de la República lo habían detenido porque tenía el carné de la UGT, el sindicato socialista, y lo habían encerrado tres años en la cárcel de Salt. Para no morir de hambre, había fingido ser cocinero y había cumplido la condena aprendiendo el oficio a costa de los pobres prisioneros. De regreso en Caldes, hacía diez meses, su experiencia en la prisión lo había llevado a ser ayudante en la cocina del Balneario Prats, que estaba lejos de los momentos de esplendor de antes de la guerra. Fuera de temporada, desde la llegada de los marineros italianos, se encargaba él solo de la cocina.

—¿La sala de cuarentena? —preguntó Ovilio, que no sabía de qué le hablaba.

—Sí, hombre, el almacén de atrás, el que da al jardín. Antes de que llegara encerraban allí a los judíos recién llegados y los mantenían en cuarentena hasta que se comprobaba que ya no estaban hasta arriba de piojos.

—¿De qué judíos hablas? —preguntó de nuevo con cara de sorpresa.

—De los que detenían en la frontera de los Pirineos cuando intentaban

entrar en España huyendo de los nazis. A los hombres en edad militar los encarcelaban unos días en Salt y luego los mandaban al campo de prisioneros de guerra de Miranda de Ebro; al resto, viejos, mujeres y niños, los tenían una temporada en la cárcel de mujeres y en el hospicio, después los mandaban a Caldes. En noviembre aún había más de mil entre los tres balnearios, la mayoría desnutridos y llenos de parásitos, algunos afectados de enfermedades incurables. Dormían amontonados, seis o siete en cada habitación de dos plazas. Jamás había visto una gente tan pobre, ni siquiera tenían ropa para cambiarse. Se lo habían quitado todo.

—¿Y por qué no hemos visto a ninguno?

—Los echaron a finales de noviembre, de la noche a la mañana. Cuando la Guardia Civil los sacó de mala manera y quemó las pocas pertenencias que les quedaban, empezaron los rumores que anunciaban la llegada de nuevos refugiados. Solo sabíamos que las órdenes venían de muy arriba y que había que tener los balnearios preparados, a disposición de las autoridades de Madrid. Primero pensamos que querían volver a instalar un hospital, como durante la guerra; luego, alguien dijo que seríamos un nuevo campo de prisioneros; más tarde se habló de acoger a refugiados alemanes, porque se corrió la voz de que la guerra se les empezaba a torcer. Ya lo ves, pensamos en todo el mundo menos en la opción acertada: los italianos. Echaron a los judíos para haceros sitio a vosotros.

Ovilio se sentía culpable. ¿Les habían robado la cama a ancianos, niños y gente enferma? Hasta ese día jamás se había planteado que el pan que comían se lo podían estar quitando a bocas más necesitadas.

—¿Y dónde están ahora los judíos que expulsaron? ¿Qué ha sido de ellos?

—Nadie lo sabe. En Girona había un cura, el padre Forns, que los ayudaba. Sacaba de la cárcel a los hombres antes de que los mandaran a Miranda de Ebro y los reunía en Caldes con sus mujeres y sus hijos; mientras tanto, les buscaba contactos con las embajadas aliadas en Madrid, sobre todo la de Bélgica, que había organizado un canal de evasión para que llegaran al otro lado del Atlántico. Dicen que pudo rescatar a una veintena de familias. El resto, vete a saber. Algunos deben de estar en las cárceles. Otros, en Barcelona, perdidos, buscando a alguien que les eche una mano y los ayude a

escondese. En cualquier caso, se los han quitado de encima. Muchos eran médicos, artistas, profesores, pero los habían relegado a la condición de parias, y como no les habían dejado nada, nadie estaba dispuesto a ayudarlos: a muchos, los franquistas los devolverían a la frontera, y ahora deben de estar en manos de sus perseguidores alemanes.

—¡Hijos de la gran puta! Y pensar que Italia los ayudó a ganar la guerra contra la República —se acusó en voz alta Ovilio.

Antonio se había inclinado de nuevo sobre la libreta y ya no le hacía caso. Debía obrar milagros para llegar al mínimo de dos mil seiscientas calorías por persona y día pactadas en el contrato entre el consulado italiano y los administradores de los balnearios.

El cocinero consignó en la libreta el número de servicios previstos aquel día en el Balneario Prats: ocho oficiales, diecisiete suboficiales y ciento sesenta y nueve marineros, en total ciento noventa y cuatro personas, de las que debía descontar un enfermo y los cinco marineros de servicio en la cocina, que comían y se contaban aparte. Anotó el menú del día —fideos, escalopa con patatas y manzana para comer; polenta con carne picada, pescado con patatas y galletas para cenar—. Acto seguido empezó a sumar calorías: fideos, ciento diez gramos por persona, trescientas ochenta y cinco calorías; carne sin hueso, cien gramos, ciento cuarenta calorías; patatas hervidas, doscientos gramos por persona, ciento ochenta calorías; harina de maíz, ciento treinta gramos por persona, cuatrocientas dieciséis calorías...

—Por la noche cambiaremos las galletas por una barrita de turrón de ciento treinta y cinco calorías —anunció Antonio en voz alta—. Si le sumamos los cien gramos por cabeza de las patatas que me acabas de traer, que suponen noventa calorías más, llegamos a un total de dos mil seiscientas cuarenta y cuatro. Ya podemos pasarlo a limpio.

Picó a máquina el menú con la lista de los ingredientes, los gramos y las calorías, desglosando en una columna los parciales y en otra las cantidades totales. Cuando vio que todo cuadraba, sacó la hoja y mandó al marinero al despacho del administrador, en busca de su firma.

Cuando volvió con el menú aprobado en la mano, Ovilio aún estaba preocupado.

—No me puedo creer que echaran a todos esos pobres desgraciados para hacernos un sitio a nosotros. Si eran gente mayor y niños, debían de necesitar refugio más que nosotros, podríamos haber compartido el alojamiento.

—Antes que ellos hubo otros, y también tuvieron que irse. No te equivoques, el mundo no para de girar, la gente viene y va, según las circunstancias y los caprichos de los que mandan: pronto, cuando llegue la temporada de verano, es posible que vosotros también tengáis que iros para hacerles un sitio a los veraneantes. Es así desde los años de la guerra, cuando los balnearios empezaron a acoger a refugiados: a primeros de septiembre de 1936, poco después de que estallara la insurrección militar, ya nos mandaron a medio centenar de niños de un pueblo aragonés que buscaban refugio; algo más tarde, a mediados de mes, empezaron a llegar familias vascas, sobre todo de Irún, que huían de la ofensiva franquista en el norte de España. Los establecimientos se colapsaron: el veintitrés de octubre ya había tres mil refugiados en un pueblecito que entonces tenía dos mil quinientos habitantes. A finales de ese año, el gobierno catalán convirtió los balnearios en hospitales, en un intento desesperado de rebajar el colapso de los centros de Barcelona; hasta la entrada de los franquistas en Caldes, en febrero de 1939, murieron más de cincuenta personas entre los heridos ingresados en los balnearios.

Ovilio lo escuchaba pensativo. Era posible que las miserias se sucedieran sin remedio y que ni él ni nadie pudieran hacer nada para detener aquella espiral cruel y depravada. Parecía increíble que los balnearios hubieran sobrevivido a todas aquellas miserias.

—Veo que más que a un gran hotel hemos ido a parar a una gran institución benéfica —concedió finalmente.

—No siempre fue así. —Antonio reaccionó con una enorme carcajada—. Al contrario; antes de la guerra, en los balnearios se celebraban fiestas todos los días, del quince de mayo al treinta y uno de octubre. El Vichy Catalán tenía una orquestina propia que a la hora de cenar tocaba piezas suaves en la terraza, y después de la cena escogía ritmos más atrevidos para amenizar el baile, que se celebraba cada noche en el gran salón. En el baile, las mujeres estaban guapísimas; los jóvenes eran atrevidos; los padres, vigilantes pero permisivos. En aquella época, antes de la guerra, en los balnearios todo el

mundo se lo pasaba bien y nadie quería que terminara la fiesta.

Los italianos se las apañaban para caer simpáticos y a menudo se entretenían jugando con los chiquillos, sobre todo cuando las mujeres estaban cerca. Los juegos eran la mejor excusa para llamar la atención de madres y hermanas. De esta manera inesperada, los más pequeños de cada casa se habían convertido, de la noche a la mañana, en los reyes del pueblo. Estaban encantados.

Lola de can Fabrellas tenía once años y no sabía a qué universo pertenecía: aún jugaba con los pequeños, pero ya debía trabajar como los adultos. Cuando trasteaba en la fonda, los marineros la miraban y le decían tonterías: algunos creían que empezaba a dejarse mirar como una mujer; la mayoría la cortejaban para llamar la atención de las chicas mayores.

Lola se encargaba de Martí, su hermano pequeño, de dos años. Una noche de marzo, a la hora de acostarlo, el pequeño había desaparecido. Después de registrar toda la fonda, la pobre Lola ya no sabía dónde mirar y salió muy asustada a rastrear los alrededores del edificio. En la puerta se encontró a Joana de la Mina, que buscaba desesperadamente a su hijo Feliu, que también se había perdido. Decidieron sumar fuerzas y empezaron a buscar juntas, pero la alianza no les sirvió de nada y al cabo de media hora aún no habían encontrado ni rastro de los dos pequeños. Cuando las muchachas fueron presas del pánico, optaron a la desesperada por ampliar el radio de búsqueda: bajaron por la calle Mayor, llegaron a la plaza de la iglesia y doblaron por la rambla de Recolons. Las calles de aquella parte estaban llenas de italianos que iban de un lado a otro armando un gran alboroto. Se cruzaron con un

marinero que, entre risas, comentaba:

—¡Qué salados son esos críos! Tienen gracia bailando.

El corazón les dio un vuelco. Se oían risas y aplausos procedentes del casino y apresuraron el paso. Joana irrumpió en el local hecha una furia. En cuanto puso los pies en la sala vio a Ciro en medio de un corro, con Feliu sentado en su regazo. A su lado, un marinero muy joven, casi un niño, tenía a Martí agarrado con las dos manos a la cintura y lo lanzaba al aire hasta que tocaba la lámpara con la cabeza. Lola de can Fabrellas lo reconoció, era el más joven de los huéspedes de la fonda, uno de los que siempre le piropeaba. Los marineros rodeaban a los niños y los animaban a gritos, como los días que programaban combates de boxeo y el público incitaba a los púgiles a zurrarse hasta perder el sentido.

Cuando vieron a su madre y a su hermana, los pequeños se rieron como tontos y las mujeres lloraron hasta que liberaron toda la angustia acumulada. Cuando se serenó, Joana se acercó al centro de la sala, le dio dos bofetadas a Ciro, cogió a los dos niños de las manos y salió a la calle seguida por la muchacha de can Fabrellas y por las risotadas de los marineros que llenaban la sala.

Aquellos días, la afición de los italianos a fingir que les gustaban los críos había provocado una auténtica epidemia de niños encaramados a los árboles más altos del pueblo. Montserrat Boades, que tenía seis años, se pasaba las tardes colgada de los plátanos del camino de la estación; cuando los marineros que paseaban arriba y abajo por la avenida la ayudaban a subirse a ellos, la niña se sentía en la gloria. A Arcadi Feixa lo subía a los árboles un marinero que ayudaba a su madre a trabajar los campos y de paso la rondaba: el italiano intentaba caerle simpático enseñándole a trepar a un manzano enorme que daba sombra a un rincón de la era, al lado del pajar.

Una noche que había baile, Maria, una costurera, pasó a recoger a la madre de Arcadi para ir juntas al pueblo. El niño oyó que su madre había quedado con el marinero que lo ayudaba a trepar y decidió esconderse en lo alto del manzano. Cuando llegó la hora del baile, las mujeres no lo encontraban y empezaron a buscarlo. Desde el manzano, Arcadi no tenía ningún obstáculo en muchos metros a la redonda: controlaba la era, el camino

y buena parte del llano que se abría, inmenso, hasta el Montseny y las Guillerías. Dejó pasar el tiempo, satisfecho al ver que las mujeres posponían la partida al pueblo para seguir buscándolo por toda la casa. Sin embargo, en lo alto del manzano tampoco tenía ninguna protección y, a medida que iba anocheciendo, el frío fue instalándose en el ramaje del árbol. La noche era serena y los huesos se le congelaban. Vio que encendían unas luces de fiesta en el pueblo y poco después cómo su madre encendía una de carburo y se dejaba caer desconsolada sobre la mesa de la cocina. A su lado, Maria también lloraba. Hacía rato que había dejado de llamarlo y parecía que habían renunciado a ir a la fiesta.

Arcadi sintió remordimientos. Echó una última mirada al cielo, que estaba muy estrellado; vio una estrella fugaz que rasgaba la noche con su cola de fuego y recordó la que habían visto juntos su padre y él una noche que volvían tarde a casa, por el camino de Caldes, el mes de julio que había estallado la guerra. Entonces bajó del árbol y entró en la casa. Vio que su madre y María tenían los ojos anegados de lágrimas y se sintió mal, aunque no supo leer en la cara de las dos mujeres la desesperanza por la oportunidad malograda: la posguerra no ofrecía demasiadas oportunidades de conocer hombres fuertes y cabales, dispuestos a una relación seria que las ayudara a rehacer la vida rota por la muerte de los maridos en la guerra.

Por la mañana, en la entrada de la escuela, Arcadi Feixa quería preguntarle a Carme de can Rabassa si su madre había ido al baile y si también la rondaban los marineros, pero no sabía cómo hacerlo. Finalmente se decidió:

—¿Te parecería bien que tu madre se liara con alguien ahora que no tiene a tu padre?

—¡Tú estás loco! —contestó ella muy sorprendida—. ¡Mi madre tiene al tío de Alella!

Los dos hombres habían dormido de día en la fonda Perich de Girona y después de cenar se habían puesto en marcha siguiendo las vías del tren en dirección a Barcelona. Durante los dos días siguientes, a las cuatro de la tarde, los esperaba un contacto en el bar Canaletas de la Rambla; no les convenía entretenerse y perderse la cita. Cuando dejaban atrás la estación de Fornells de la Selva, un repentino diluvio los obligó a ralentizar la marcha. Hacia las dos, cuando se aproximaban a Sils, vieron un coche escondido junto al bosque, en una curva del camino, que les hacía señales con las luces. Del coche, un deportivo rojo, bajó un hombre corpulento que los abrazó como si hiciera mucho tiempo que esperara aquel encuentro. Cuando retomaron el camino ya no veían ni dónde ponían los pies y decidieron recuperarse en la caseta del paso a nivel de la carretera nacional. Para los tres hombres, armados con tres metralletas y once cartucheras de nueve milímetros, reducir al guardabarrera y a su hijo resultó muy fácil; los sorprendieron adormilados junto al fuego, esperando el paso del mercancías de las tres y cuarto de la madrugada, procedente de Castellón cargado de naranjas en dirección a la frontera de Portbou. Cuando vieron entrar a los guerrilleros armados se despertaron de golpe, pero no opusieron resistencia.

Los hombres del maquis dejaron las armas en el suelo, al lado de la puerta, por si tenían que retomar la marcha de manera inesperada. Pusieron las gorras de cuero, las capas y los jerseys a secar, junto al fuego; aceptaron un trozo de pan y panceta que les ofreció el guardabarrera y reclamaron un porrón

de vino para calentarse el estómago.

Todo parecía tan sencillo que no dejaron a nadie vigilando en el exterior de la barraca y se olvidaron de la Guardia Civil. La lluvia había aflojado y una pareja de agentes había salido de la estación de Sils para hacer la ronda hasta Caldes: Antonio Cortés y Miguel Melús seguían la vía a pie, arrastrando las bicicletas, pero también aprovechaban algunos senderos para pedalear y enseguida llegaron al paso a nivel del kilómetro 704. Debieron de ver algo extraño, o quizás oyeron las voces y las risas de los guerrilleros explicando sus ocurrencias al chico del guardabarrera, porque los dos agentes se acercaron sigilosamente, y cuando abrieron la puerta entraron apuntando con los fusiles. Los tres hombres del maquis no tuvieron tiempo de reaccionar y levantaron las manos. Los guardias los obligaron a echarse en el suelo, boca abajo, y eso les salvó la vida, porque si los guerrilleros hubieran visto lo muertos de miedo que estaban, habrían recuperado fácilmente el control.

Amparado por la noche oscura, un hombre seguía la escena desde el bosque más cercano. Temblaba de la cabeza a los pies, y cuando comprendió lo que pasaba, echó a correr hacia el interior del bosque, en dirección contraria, hacia Caldes. A pocos metros, otros ojos habían observado la misma escena desde el interior de un coche: cuando los guardias se metieron dentro de la caseta, el conductor arrancó, mantuvo los faros apagados mientras cruzaba la carretera principal y no los encendió hasta que tomó el camino de la costa.

Ajenos a los movimientos sigilosos que se producían a poca distancia de la caseta, los guardias empezaron a discutir a gritos cuál de los dos debía quedarse vigilando a los prisioneros y cuál debía ir a Caldes en busca de refuerzos. Cada vez tenían más miedo y no hacían nada para disimularlo. Al final, intervino el guardabarrera:

—Si me prestáis la bicicleta y una de las metralletas iré yo —les dijo, sin vacilar.

Durante la guerra, Leocadio Pujades, al que llamaban Caio, había combatido en el frente del Ebro y decían que él solo se había cargado a cuatro carros de combate franquistas. No conocía el miedo, pero había acabado harto de la guerra, de modo que, tras pasar dos años encerrado en el campo de

concentración de Las Arenas, cerca de Sevilla, había regresado al pueblo y trataba de pasar desapercibido sin meterse en líos.

A los guardias les pareció buena idea y dejaron que se fuera, pero se quedaron con su hijo para que los ayudara a controlar a los tres hombres. Caio pedaleó deprisa, porque había visto muy nerviosos a los agentes y no se marchaba nada tranquilo. Al cabo de veinte minutos ya estaba en el cuartel de la rambla de Reolons: apoyó la bicicleta en un árbol y golpeó la puerta. Cuando el guardia que hacía el turno de noche abrió y vio al hombre con una metralleta colgada del cuello, se asustó y volvió a cerrar la puerta. Caio insistió y golpeó cada vez más fuerte, primero con el puño cerrado y luego con la culata de la metralleta, pero no le abrieron. Se desgañitó a gritos tratando de convencer a los hombres de la Benemérita. Les suplicó que le abrieran, intentó hacerles comprender que los agentes que vigilaban la vía del tren pedían refuerzos, que habían hecho tres prisioneros y que se trataba de hombres peligrosos del maquis. No había nada que hacer. Oía voces que discutían nerviosamente al otro lado de la puerta, pero no se decidían. Cuando llevaba más de media hora golpeando la puerta y dando explicaciones, se apartó de la fachada y se sentó con la espalda apoyada en uno de los árboles de la rambla. A esas horas, todos los vecinos espiaban la escena desde detrás de las ventanas, y le pareció que en el primer piso del cuartel también había persianas entreabiertas y ojos ansiosos que miraban desde el otro lado.

Los vecinos habían reconocido al pobre Leocadio y no entendían qué pasaba. ¿Qué demonios hacía con una metralleta en la puerta del cuartel de la Guardia Civil? ¿Qué gritaba con tanta desesperación? Conocían a Caio desde siempre y sabían que había quedado tan harto de la guerra que era incapaz de aliarse con los guerrilleros. Tenía que haber alguna explicación.

Cuando clareaba, llegaron refuerzos de los cuarteles de Cassá y de Llagostera y rodearon de lejos al guardabarrera, que empezó a alarmarse por si a aquella pandilla de chiflados se les ocurría dispararle. Volvió a reclamar a gritos la presencia del sargento Serrano.

—¡Abra de una vez, sargento! ¡Soy Caio, el guardabarrera! Me mandan Cortés y Melús, que han reducido a tres guerrilleros y los tienen en la caseta. Espabile, joder, que necesitan refuerzos y cuando lleguen podría haberles

ocurrido algo.

Solo entonces el sargento se dio cuenta de que le faltaban dos hombres: el corneta Cortés y el segundo Melús, la pareja que había salido a hacer el recorrido de la vía, aún no habían vuelto.

—¡Coño! Tiene razón —gritó muy fuerte a los agentes que rodeaban a Caio, mientras hacía señas con las dos manos para que se alejaran desde una ventana del primer piso. Bajó a abrir la puerta del cuartel y se acercó al pobre hombre, gritando—: ¡Me cago en la puta! ¿Qué coño ha pasado, Leocadio? ¡Habla de una vez!

—Hace tres horas que se lo intento decir a sus hombres. Cortés y Melús han desarmado a tres guerrilleros del maquis que se habían colado a la fuerza en nuestra caseta. Me mandaron a mí en busca de refuerzos, porque ninguno de los dos quería quedarse solo para vigilar a los tres hombres, que parecen veteranos bien entrenados.

—¿Y esto? —le preguntó, señalando la metralleta que llevaba colgada del cuello—. ¿Qué coño haces con esta?

—Me la han prestado los agentes por si me topaba con hombres emboscados en el camino.

Media hora después, más de veinte hombres armados, entre los que se encontraban todos los agentes de Caldes y los que habían llegado de Cassá y Llagostera, rodeaban la casa del guardabarrera. El sargento se acercó a la puerta, se colocó de espaldas contra la pared y gritó:

—¡Cortés, Melús, ¿están ahí? ¿Todo en orden?!

Desde el interior, el corneta también gritó:

—¡Ya era hora, sargento! ¡Estamos dentro!

Cuando entraron, los dos agentes estaban llorando. Habían pasado cerca de cuatro horas cagados de miedo y ya no podían más.

Al ver el pueblo ocupado por la Guardia Civil, Antonio se había pasado la mañana de un lado a otro de la cocina blasfemando y maldiciendo su mala suerte. No estaba para nada, y la bazofia que preparaba para comer no se parecía en absoluto a lo que anunciaba el menú comunicado la víspera a la

dirección del establecimiento y al consulado italiano. De vez en cuando, el cocinero desaparecía detrás de la puerta de la sala de cuarentena, como si fuera a buscar algo, y cuando al cabo de un momento volvía sin nada en las manos aún parecía más preocupado. Ovilio fue el primero en darse cuenta.

—¿Qué pasa? —le preguntó directamente.

El cocinero no contestó, pero al cabo de un rato se dirigió a la puerta de la sala de cuarentena y lo invitó a seguirlo. Cuando entraron, oyó que gritaba:

—¡Puedes salir, Peret! ¡Es de fiar!

Un hombre corpulento, con cara de niño desconfiado, salió de detrás de los sacos de patatas y los saludó con un gesto de la cabeza. Tenía la cara blanca como un cadáver y los ojos le saltaban nerviosos de un extremo a otro de la sala, como si temiera la llegada de alguna desgracia. Antonio los presentó.

—Es Pere Romeu, el padre de Carme de can Rabassa. El «tío de Alella» lo llama la niña. Llegó anoche a escondidas, para ver a su hija, y esta mañana, cuando se disponía a salir del pueblo, se lo ha encontrado ocupado por guardias civiles. Tengo que sacarlo de aquí y no sé cómo hacerlo. Hoy, en la calle, todos somos sospechosos, por eso todo el mundo se ha encerrado en casa.

La idea fue de Ciro. Cuando Ovilio y Antonio le explicaron sus tribulaciones, los miró fijamente, como si estuviera dándole vueltas a una idea atrevida, y al final abrió mucho los ojos y sentenció, orgulloso de su astucia:

—Solo los italianos podemos movernos sin peligro entre ese ejército de policías.

Al cabo de un rato, Ciro y Ovilio salían de Caldes por el camino de can Riera, acompañados por Pere de can Rabassa, a quien habían vestido con el uniforme de la marina que les había prestado Salvatore Taccia. Caminaban a paso ligero, pero iban charlando y gesticulando con exageración, como tres italianos completamente despreocupados por lo que pudiera haber sucedido en la caseta del paso a nivel. Ciro sentía curiosidad e hizo una afirmación que quería ser una pregunta destinada a conocer toda la historia del hombre al que

ayudaban a huir.

—Hay que querer mucho a una hija para meterse en la boca del lobo solo para darle un abrazo.

—Solo para verla desde lejos una última vez, porque si me acerco a casa para abrazarla podía poner en peligro a su madre. Pero sí, la quiero con locura y tenía que despedirme de ella. He conseguido papeles falsos y he encontrado un trabajo como camionero en Valencia. Me voy por mucho tiempo y mi mujer no se ve iniciando una nueva vida medio clandestina lejos de Caldes.

En ese momento vieron desde lejos al sargento, que se dirigía hacia ellos acompañado por cuatro agentes y un hombre elegante, vestido de paisano. Volvían de la caseta del guardabarrera. Siempre que se cruzaba con aquel hombre, Ciro lo desafiaba con la mirada y maldecía entre dientes en italiano. En esa ocasión no se atrevió a hacerlo y clavó la mirada en el suelo. Oyó a Ovilio que preguntaba:

—¿Qué hacemos?

El amigo de Antonio se le anticipó:

—Caminad exactamente como lo haríais si yo no estuviera y no dejéis de hablar en italiano.

Ciro vio a tiempo que si apartaba la cara se le notaría demasiado el miedo y decidió levantar la cabeza para aguantarle la mirada al sargento. Cuando estaban muy cerca, los dos hombres se miraron tan fijamente que, si era verdad que había miradas que mataban, tendrían que haber caído ambos fulminados.

Entonces, Serrano preguntó:

—¿Adónde van?

Ciro se había preparado para aquel escenario y fue el primero en reaccionar.

—Can Riera —dijo seco.

—Una viuda. Los rojos mataron a su marido —aclaró el sargento al hombre vestido de paisano. Luego se dirigió de nuevo a los marineros—: Como vuelvan tarde y no estén a la hora del recuento, los mando a los tres a Miranda de Ebro.

Ciro estuvo a punto de traicionarse y preguntarle a qué tres se refería, que

si no sabía contar, pero se refrenó justo a tiempo cuando se dio cuenta con satisfacción de que el guardia había confundido al marido de Pepita Vinyals de can Rabassa con otro marinero más. Por un momento él también había olvidado que ayudaban a escapar del pueblo a un fugitivo.

Cuando retomaron la marcha, oyó al sargento haciéndose el sabelotodo ante el policía de la capital, diciendo en voz alta, para que ellos también lo oyeran:

—¡Cobardes de mierda! ¡Traidores! Ojalá los alemanes los bombardeen otra vez.

Ahora Ciro sí estaba dispuesto a revolverse en busca de jaleo, pero el fugitivo lo agarró por el brazo y con un gesto de la cabeza le indicó el camino libre que tenían hacia la salida del pueblo.

Ovilio se secó la frente y se quejó:

—Yo no estoy para estas cosas; en Roma ya me cagaba de miedo en cada acción que organizábamos.

Ciro los dejó cuando llegaban a las Cuatro Carreteras y tomó el camino de vuelta al pueblo, para ir al lavadero a buscar a Joana, que llevaba días sin hablarle; aún no le había perdonado que se hubiera llevado a Feliu al casino sin decirle nada. Ovilio, en cambio, acompañó al fugitivo un rato más, hasta el cementerio de Vidreres, que tenía que servirle de escondite hasta la noche. Cuando se despedía, oyó una música que le era desconocida, de compases vivos y muy alegres, procedente del pueblo.

Siguió el rastro de la música, y al cabo de poco se acercaba a la plaza de la iglesia de Vidreres, por la calle del casino, que estaba lleno a rebosar, como si se estuviera preparando una gran fiesta. Un grupo de chicas había sacado las sillas a la calle y cosían al aire libre. La más joven de todas, una morena de ojos muy negros y cabellera larguísima, lo miraba con descaro. Era muy guapa y él también se quedó mirándola.

—Fijaos en qué soldado más apuesto se nos ha enamorado de Quimeta — dijo riéndose una de las chicas mayores, que por su tono ya se veía que debía de estar casada.

El comentario no importó a Quimeta. Lejos de acobardarse, se rió de forma ruidosa e interrogó directamente al chico italiano.

—¿Cómo te llamas?

—Ovilio.

Todas se echaron a reír. El marinero nunca había pensado que su nombre pudiera causar tanta gracia y las miraba extrañado. Quimeta salió decidida en su rescate: sacó un ovillo de lana del cesto, lo levantó y le aclaró:

—En castellano esto es un ovillo.

Ovilio también se rió, pero ya no sabía cómo alargar la conversación y se dio la vuelta para retomar el camino de la iglesia. Cuando había dado cuatro pasos, volvió la cara a tiempo para volver a mirarla y balbuceó un adiós que apenas se oyó. Quimeta seguía sonriéndole.

Se puso de nuevo en marcha, buscando desesperado una excusa para volver atrás. Y de golpe oyó a la chica, que le decía:

—¿Quieres quedarte a bailar sardanas?

Habían salido a la parte posterior del jardín y se habían sentado a fumar un cigarrillo. Después de dejar la cena casi lista y de limpiar la cocina, Ovilio acababa su turno y solía tumbarse en la habitación o salía a pasear por el pueblo. Cuando lanzó la colilla al suelo y la apagó con la bota, dispuesto a levantarse, Antonio lo detuvo.

—¿Te apetece una copa de coñac francés?

Desde que habían ayudado a escapar a Pere de can Rabassa, Ovilio y Antonio no se separaban, se sentían definitivamente en el mismo bando. El cocinero, además, revivía con nostalgia los años de esplendor de los balnearios, cuando él aún trabajaba como *maître* en el Vichy Catalán, y se lo veía encantado por haber encontrado un oyente entusiasta como Ovilio, que lo siguió obediente hacia la cocina, sin decir nada. Antonio entró en una pequeña despensa, al lado de la sala de cuarentena, y al cabo de un rato reapareció con una botella que sostenía con las dos manos, como un tesoro: pequeñas piezas de cristal seguían el contorno de la botella, como pequeñas lágrimas o gotas de rocío, delicadísimas. Ovilio no tenía ni idea de la calidad de aquel coñac, pero la botella lo impresionó.

—Es un regalo de una antigua clienta del Vichy Catalán. Hace unos días vino de visita por primera vez desde el estallido de la guerra española —aclaró Antonio después de dejar con cuidado la botella de Rémy Martin Louis XIII encima de la mesa.

El sol que penetraba de lado por la ventana arrancaba al coñac reflejos

dorados, que se proyectaban sobre la mesa y se confundían con la madera. Ovilio se sentó en la otra punta, dispuesto a escuchar.

La llamaban «la Francesa». Acudía puntual todos los años, la víspera del día de la Asunción de la Virgen, y se quedaba diez días en el balneario, el tiempo justo para recuperar la energía malgastada durante el verano, que pasaba de escapada en escapada por los grandes centros turísticos de la Costa Azul y la Riviera italiana.

Llegaba por la sinuosa carretera de Llagostera, con la capota del descapotable colocada, porque le gustaba correr y en el trayecto había muchos tramos sin asfaltar, muy polvorientos. Cuando entraba en el pueblo, reducía la marcha. Descapotaba el coche y dejaba que la noticia se difundiera de punta a punta, sobre todo entre la chiquillería, que corría a esperarla a la puerta del Vichy. Cuando cruzaba el portal, los más pequeños abrían los ojos como platos y rodeaban el Lancia, cautivados por el rojo escandaloso de la carrocería y porque sabían que, en cuanto se bajara, ella les repartiría aquellas chokolatinas pequeñas, envueltas con un papel rojo, que escondían un cromó con montañas nevadas y paisajes exóticos entre el envoltorio y el papel de plata. Algunos se emocionaban tanto que dejaban pasar las horas con la tableta de chocolate en el bolsillo, como un tesoro, y cuando finalmente decidían desenvolverla, los pobres se la encontraban fundida por el calor acumulado durante toda la tarde y la lamían hasta que el papel de plata quedaba limpio y brillante.

La Francesa era de una belleza excepcional. Tenía los ojos verdes, almendrados, puede que un poco orientales, y una mirada que hipnotizaba. La nariz era pequeña, respingona, y la boca seductora, de labios finos y dientes muy risueños. Se recogía con elegancia una mata de pelo negro, peinado con dos grandes ondas que le caían sobre la oreja izquierda y acababan suavemente suspendidas, como una nube, sobre la nuca, que dejaba siempre a la vista. También solía mostrar generosamente el cuello y los hombros, que eran anchos y delicados, de piel suave. La cintura era menuda y tenía unas piernas larguísimas. El primer día, cuando entraba en el *hall* y caminaba con

picardía, hacía volver la cabeza a todos los hombres y ponía en alerta a las mujeres, que la recibían con una sonrisa de cortesía, pero llenas de inquietud. Sabían que durante diez días ella sería la reina indiscutible de la fiesta.

La Francesa se vestía con colores atrevidos, fumaba, conducía, hablaba de política internacional —a menudo referida a países exóticos y lejanos, que ella había visitado—, discutía sobre economía y daba consejos sobre las mejores empresas para invertir. Bebía siempre los mejores vinos y champanes y en todas las mesas le pedían consejo, porque era la propietaria de una pequeña empresa productora de coñac en la misma ciudad de Cognac, en la región francesa de Poitou-Charentes, y era una auténtica *connaissanceuse*.

Se movía con la delicadeza de un ángel o con el atrevimiento de una mariposa juguetona, según el momento y las circunstancias, y a pesar de que aquellos días procuraba pasar desapercibida, resultaba tremendamente seductora y no podía evitarlo. Tenía una peca oculta en la clavícula derecha, un poco más arriba del pecho: cuando la dejaba al descubierto, los hombres perdían los papeles y habrían vendido su alma al diablo para besarla.

—A mí, la peca también me obsesionaba —se sintió obligado a confesar Antonio—, hasta el punto de que a la hora de tomar nota de las comandas, tenía que colocarme en el lado opuesto, a la izquierda, para no ponerme nervioso, con el consiguiente riesgo de provocar una catástrofe.

La peca anunciaba los pechos, redondos, erguidos, como dos tesoros prohibidos, que muy a menudo la Francesa disimulaba debajo de un collar de esmeraldas, de un verde brillante como sus ojos de pantera. La atracción que ejercía sobre los clientes del hotel era extraordinaria, seguramente excitada por el aire misterioso que había rodeado su llegada a Caldes. Una noche, en el comedor, alguien reveló su secreto, y cuando la historia corrió de mesa en mesa, la leyenda ya no dejó de crecer.

El boca-oreja decía que se había enamorado de un poeta italiano que la cortejaba, pero su padre, un fabricante de chocolates y bombones de Angulema, ya la había prometido en matrimonio con el heredero de una de las empresas productoras de coñac más prestigiosas de Francia. Era su sueño: casar a la industria del chocolate con un gran productor de coñac. Y exigió a la chica el cumplimiento del pacto. La Francesa suplicó su libertad para seguir

el dictado de su corazón, pero el padre fue inflexible y ella acabó acatando la decisión; en las grandes familias, el negocio familiar está siempre por encima de los caprichos del amor. El matrimonio fue un fracaso: el heredero del imperio del coñac era un donjuán y no renunció a sus amantes; al contrario, las lucía con descaro en los círculos sociales que su mujer también frecuentaba. Ella lo plantó y volvió a casa de sus padres, pero entonces el poeta italiano sufrió una muerte trágica en un accidente con la lancha que pilotaba en el lago Mayor, en el norte de Italia, y la chica quedó destrozada. Su padre tuvo que reconocer su error. A partir de aquel día solo vivía para compensarla: la consentía, le hacía regalos carísimos y le compró una pequeña empresa productora de coñac a orillas del río Charente, en la misma ciudad de Cognac, con la que le hizo la competencia al cretino de su exmarido y trabajó activamente para arruinarlo.

Al final, el padre aceptó un pacto para devolverle a la hija una parte de la libertad robada: desde aquel momento, la Francesa viajaba sola todos los veranos y se perdía por los destinos más animados de la costa. Empezaba en la Costa Azul, seguía por la Riviera, bajaba a Sorrento y a Capri, se embarcaba en cruceros que navegaban por el norte de África o en grandes transatlánticos que la llevaban a Nueva York. Al cabo de un par de meses volvía y descansaba durante diez días en el balneario, cerca de sus padres, que veraneaban en la Costa Brava, aunque sin entrar en contacto con ellos. Se pasaba las horas leyendo libros en una tumbona instalada debajo de la pérgola del balneario y, aunque a veces aceptaba jugar una partida de bridge o de croquet, enseguida volvía a la lectura. Por la noche se arreglaba como si tuviera que salir de fiesta, pero después de cenar solo aceptaba dos bailes, siempre con hombres diferentes, para no darles falsas esperanzas, y luego subía a su habitación. Desde la terraza del bar, los demás huéspedes veían su luz encendida y se la imaginaban con un libro entre las manos.

La tarde antes de la partida, recibía a su padre en el portal del Vichy con un emocionado abrazo, y aquella noche cenaban solos en el comedor, haciéndose confidencias sobre las vacaciones. Así, poco a poco, ella olvidaba los excesos del verano que terminaba y se preparaba para recuperar el papel de hija de buena familia y empresaria de éxito que quizás un día aceptaría

volver a casarse y le daría un nieto que cumpliría el sueño familiar de heredar y fusionar la empresa productora de coñac y la fábrica de chocolate. La misma tarde de la llegada al balneario, el chófer del padre se llevaba los equipajes más voluminosos a Angulema y al día siguiente padre e hija iniciaban juntos el viaje de vuelta en el descapotable. Sin prisas, con tiempo para reconocerse y aceptarse. Ese era el pacto y esa era la penitencia, que el padre aceptaba de buen grado, porque en definitiva eran dos meses de sufrimiento a cambio de diez meses de armonía familiar. Él era un negociante sagaz y, por encima de todo, sabía reconocer un buen trato.

—En agosto de 1935, al día siguiente de la cena de despedida, debía de ser el veinticinco de agosto, el propietario del balneario me llamó a su despacho —explicó con voz solemne Antonio, que jugaba con la botella de coñac francés en las manos—. El hombre estaba muy azorado y me recibió en el umbral de la puerta acompañado del mayordomo del hotel. Cuando entré en el despacho, descubrí que también estaban la Francesa y su padre, que gesticulaba con exageración y gritaba:

»—¡Tienen que encontrarlo, es insustituible! Es un regalo que le encargué especialmente para hacerle olvidar la desgracia cuando su enamorado se mató en un accidente. Es más costoso el collar que el Lancia descapotable.

»El propietario del balneario no contestó. Cuando se volvió hacia mí, vi que estaba desencajado y muerto de miedo.

»—A mademoiselle le ha desaparecido el collar de esmeraldas que llevaba anoche. Dice que debió de dejarlo en el tocador cuando se acostó, y esta mañana ya no estaba.

»Moví la cabeza, negando ostensiblemente aquella posibilidad. Mi gesto causó un efecto inmediato en los presentes, que me miraban expectantes. Esperaban una explicación.

»—Mademoiselle no llevaba puesto el collar de esmeraldas a la hora de la cena. Puede creerme —respondí sin vacilar.

»Luego le hablé directamente al chocolatero y, en francés, le dije:

»—Puede estar seguro de que si su hija hubiese llevado el collar de esmeraldas sobre el escote, yo me habría dado cuenta. Si me lo permite, estaba espléndida.

»Hablé en un tono severo, sin dejar entrever ninguna emoción, y tras un silencio prudente, añadí:

»—Espero que el señor me comprenderá y sabrá perdonar mi franqueza.

»Dicho esto, le dirigí un respetuoso gesto de la cabeza e hice intención de retirarme hacia la puerta. El dueño se quedó helado, aterrorizado, y me fulminó con la mirada. Pero entonces, el viejo fabricante soltó una enorme carcajada y le habló a su hija:

»—Pensándolo mejor, yo también diría que ayer no llevabas las esmeraldas. El collar debe de estar en el equipaje que se llevó el chófer a Angulema.

»Entonces me dio la mano y me expresó su gratitud.

»—Usted me ha salvado de un ridículo espantoso y ha ahorrado a los honorables clientes del hotel una investigación policial que ya había sido encargada y que habría sido muy molesta —dijo, antes de salir a telefonar a su amigo, el embajador francés en Madrid, que a esas horas ya había solicitado al gobernador civil de Girona que movilizara a sus mejores policías para localizar el collar.

»Dos días después, el dueño recibió un telegrama enviado desde Angulema:

»Estimado señor,

»El collar de esmeraldas que mi hija había extraviado se encontraba entre las pertenencias facturadas a la Charente con mi chófer. Todo está bien. Su maître tenía razón. Transmítale mi agradecimiento más caluroso y acepte usted mismo mis disculpas más sinceras. Mi hija también le expresa su reconocimiento y aprovecha para recordarle que puede reservarle la magnífica suite del hotel a partir del 14 de agosto del año que viene. Siempre suyo.

»Al cabo de un mes recibí una botella de coñac con una tarjeta del fabricante de chocolates y una de su hija, pero el verano siguiente estalló la guerra y la Francesa ya no volvió. Hasta este año, que se ha instalado en la Costa Brava, huyendo de la guerra europea. Una tarde de la semana pasada

vino de visita al pueblo y cuando se enteró de que ahora trabajo en la cocina del Balneario Prats me trajo otra botella de coñac en recuerdo del verano de 1935.

Antonio cogió dos enormes copas, escondidas detrás de la cristalería de diario, y las llenó con cara de satisfacción. Alzó su copa y brindó:

—¡Larga vida a los balnearios!

Luego tomó un trago largo, lo saboreó un rato, se alisó el bigote con la mano y concluyó:

—Así era la vida en los balnearios antes de la guerra: de día, juegos, baños, comidas, sobremesas, paseos, excursiones, partidos de tenis y muchas risas; por la noche, más comidas, música, bailes y muchos guiños, miradas voluptuosas e intentos de seducción, que se alargaban hasta la medianoche. Cuando yo trabajaba allí, en el Vichy había bailes todos los días. Y aquí, en el Prats, también se bailaba todas las noches. Unos días tocaban piezas ligeras, mambos, boleros y chachachá, que se bailaban en el salón de mimbre, el que ahora utilizamos como comedor. En otras ocasiones la fiesta se desplazaba al salón lila, para tocar los valeses, que se bailaban con un pañuelo en la mano. Así eran las cosas, hasta que llegó el alzamiento fascista. Entonces, los nuestros se encabronaron y vinieron para llevarse a los dueños de los balnearios. Al dueño del Prats lo fusilaron en los Tapiots, en el cruce con la carretera nacional de Girona a Barcelona. Y la fiesta se acabó.

Ovilio subió los peldaños de tres en tres y entró en la habitación de Ciro hecho una furia.

—¿Sabías que en la guerra civil española los antifascistas de Caldes mataron a siete personas, entre ellas al cura del pueblo, el dueño de la pastelería y el dueño del balneario Prats? ¡Sin juicio, sin acusaciones, solo por el hecho de ser ricos o muy devotos! El dueño del Soler se salvó de milagro, porque cuando los incendiarios se presentaron para llevárselo, vieron que había colgado una enorme bandera francesa en la entrada, reivindicando su ascendencia foránea: su madre era francesa, y al parecer él mantenía la doble nacionalidad, la española y la francesa. Los incontrolados republicanos

reprimieron las ganas de fusilarlo por miedo a provocar un conflicto diplomático y desatar la ira del gobierno revolucionario, pero quemaron el único retrato que tenía de su mujer, fallecida de una dolorosa enfermedad unos años antes.

Ciro se había incorporado y lo miraba con perplejidad. Hacía tiempo que no lo veía tan enfadado, seguramente desde el pasado mes de julio, cuando se habían enterado por los periódicos de que los fascistas habían disparado contra los estudiantes de Bari con la complicidad y la colaboración del ejército.

—¡Joder, qué gente más salvaje! —le oyó decir, cada vez más sulfurado.

Ovilio hablaba de forma atropellada, como si no pudiera creerse tanta maldad.

—El nombre lo dice bien claro: ¡«antifascistas»! Significa que luchamos sin desmayo contra los fascistas, no que nos comportemos como ellos. ¿Te puedes creer que uno de los asesinados, Pere Comas, el marido de la dueña de nuestro balneario, era de un sindicato de izquierdas y dos años antes había ayudado económicamente a los líderes catalanes encarcelados en Barcelona? ¿Qué coño tenían en la cabeza esos republicanos?

Cuando se acercaba a casa caminando por la riera, Joana oyó a las gallinas, que gritaban alborotadas. Le pareció que corrían de un lado a otro y que batían las alas de manera compulsiva, como si las estuviera persiguiendo un zorro. Entonces recordó que no les había dado nada de comer en todo el día. Entró directamente en la cocina, cogió el cubo de la basura y cuando lo vació en el gallinero, las gallinas empezaron a pelearse para picotear las pieles de patata y las hojas de col esparcidas sobre la porquería. Hacía días que el hedor de la gallinaza era insoportable, repulsiva, y la pestilencia de la riera también era más desagradable que de costumbre.

Joana regresaba acalorada de la caminata. Dejó el cubo en la puerta del gallinero y volvió a la cocina, decidida a refrescarse. Siempre tenía un barreño con agua, que llenaba con cubos que iba a buscar al lavadero, y metió la cabeza dentro. El frescor la espabiló. Se quitó el vestido y se pasó agua por las axilas. Luego volvió a refrescarse el cuello. Se secó con una toalla limpia y se la acercó a la nariz para aspirar el olor a jabón, que la aislaba de la porquería y la hacía sentirse bien. Vestida solo con la combinación, con la toalla al cuello, a punto para secarse el pelo, llenó un cazo con agua y salió a la escalera de la riera para regar las matas de clavel de poeta que crecían ufanas dentro de cinco o seis enormes latas de aceitunas arrinconadas en el rellano. Justo entonces, un rayo del sol de la tarde cayó sobre la riera, iluminando las plantas, que en tres o cuatro semanas más estallarían con todos los tonos posibles de rojos, lila, morados, carmín, magentas, malva, rosa, rubí,

escarlata, fucsia, granas, lavanda, coral y violáceos, la mayoría moteados de blanco, que ayudaba a formar extrañas composiciones geométricas. Joana soñó con las flores, que resplandecían como nunca, se pasó la toalla por la cabeza y abrió la boca con una sonrisa enorme que llevaba días esforzándose por salir del fondo de sus entrañas.

Cuando el sol se ocultó detrás de las casas vecinas, dejó de nuevo la riera apagada, sin aquella luz cálida de la tarde que un instante antes había iluminado como un potente foco las plantas de las latas de aceitunas. La riera volvía a ser un desagüe de agua sucia que corría entre montones de basura, pero Joana ya se había metido en la cocina y cantaba una estrofa que le había gustado siendo jovencita y que había olvidado durante mucho tiempo: «Besar tus labios quisiera, / malagueña salerosa, / y decirte, niña hermosa / que eres linda y hechicera, / eres linda y hechicera / como el candor de una rosa...». La voz alegre de Joana cantando *Malagueña* era una novedad en la Mina. Como la sonrisa de antes, que había surgido de un recóndito rincón del alma que durante todos aquellos años había mantenido cerrado a cal y canto.

Aquella noche, Joana durmió intranquila.

—Vamos a bailar a Vidrerres —le había propuesto Ciro la tarde anterior, cuando se había pasado por el tendedero.

Se lo había planteado como si fuera la cosa más normal de mundo y no había sabido negarse. Ahora se arrepentía. Daba vueltas en la cama y no se explicaba cómo había aceptado: ni era prudente ni tenía nada que ponerse; ¿de dónde sacaría un vestido para entrar en el casino de Vidrerres?

Se levantó cuando aún estaba oscuro y fue directamente al lavadero, para dejar lista la colada que no podría hacer por la tarde. A las ocho en punto entró como todos los días en can Bardala y empezó a trastear sin decir nada, ni el «buenos días nos dé Dios» que acostumbraba a soltar cada mañana a modo de saludo. Cuando subió a barrer el piso, una arruga en la frente delataba su preocupación. Saurina intuyó que algo no marchaba bien.

—¿Y ahora qué te pasa? —le preguntó.

Joana siguió con lo suyo, como si no hubiera oído a la dueña. A media mañana, cuando ya había bajado a ordenar la trastienda, Saurina insistió de nuevo:

—¿Vas a decirme qué te ocurre de una vez?

Joana la miró con desconfianza. Saurina era la dueña, pero a veces también era una amiga y a menudo era como su madre. Finalmente capituló.

—Necesito un vestido para ir al baile de Vidrerres.

Saurina puso mala cara. Llevaba tiempo sermoneándola, pero los últimos

días lo hacía ya sin convencimiento, solo para quedarse tranquila consigo misma.

—¿Desde cuándo vas a bailar sin tu marido? ¿Con quién vas? —le preguntó, en un intento poco afortunado de hacerla entrar en razón.

—Con nadie en especial —dijo Joana, desviando la mirada hacia la puerta—. He quedado con Joaquina, una costurera de Vidreres.

No volvieron a hablar del asunto en toda la mañana. Joana salió a fregar el trozo de la calle Mayor que correspondía a la carnicería. A esa hora, Maria Agustí salía de su casa, en el piso de arriba de la lampistería, justo al otro lado de la calle. Nunca habían sido de la misma pandilla, pero todas las mañanas se reunían para charlar en la puerta de can Bardala y se tenían confianza. A Maria le pareció divertido el atrevimiento de Joana y le ofreció un vestido.

—Subamos a casa —propuso muy risueña, como si se tratara de un juego.

Maria abrió el armario y le hizo probarse un vestido azul moteado de picos blancos. Joana se lo metió por la cabeza y dejó que resbalara suavemente por encima de la combinación hasta las rodillas; le quedaba perfecto, como si se lo hubieran hecho a medida. Joana se miró al espejo y se sintió como una reina: el vestido no era ni demasiado atrevido ni demasiado refinado, pero le quedaba bien, la hacía sentirse guapa. Se lo quitó, lo dobló y lo envolvió en un papel fino, como un regalo.

—Me cambiaré en Vidreres —le prometió a Maria—. No es un vestido para hacer la caminata.

Después de comer salió de Caldes por el camino de can Riera, y cuando había recorrido más de un tercio del trayecto, el sol se impuso a las nubes y dejó una tarde magnífica. Joana caminaba entre campos de trigo que aún estaban verdes. Al levante, entre bosques de alcornoques, distinguió las ermitas de San Mauricio y Santa Ceclina, donde antes de casarse había bailado sardanas los días de romería. Pero hacía años que su marido no la llevaba allí. En poniente, por encima de los campos anegados de Sils, destacaba la mole majestuosa del Montseny y los riscos de las Guillerías. Por todas partes había mariposas de colores y abejas y moscardones que volaban de flor en flor, entre manchas de amapolas y camomilas. ¿Dónde se habían

escondido durante esos últimos años todos aquellos campos y aquellas arboledas, que solo recordaba de jovencita? ¿O es que siempre habían estado allí y era ella quien se había recluso entre las paredes de can Bardala y la Mina?

Cuando vio a las abejas volar en parejas hacia unos campos de heno florido, le pareció una buena señal y se olvidó de los nervios que la perseguían desde la noche anterior. Aprovechó para cambiarse y escondió su vestido en el bosque, detrás de unos arbustos. Cuando salió a campo abierto, vio las figuras minúsculas de Ciro y Ovilio, que ya la estaban esperando en las Cuatro Carreteras.

La tarde anterior, Ciro se había ofrecido a pasar a recogerla por la Mina, pero ella se había negado de mala manera.

—¡No quiero que te acerques a casa! ¿Entendido?

Desde que se conocían, siempre había encontrado la forma de alejarlo de allí. Ciro lo atribuía al miedo a que la gente los viera juntos y pensara mal, pero Joana tenía razones más perentorias: simplemente no quería que el marinero viera la miseria que la rodeaba. No estaba dispuesta a que se acercara a la fachada deteriorada de la casa, la más vieja del pueblo, que su marido nunca encontraba el momento de arreglar, y aún habría sentido más vergüenza si asomara la nariz por la puerta y viera el gallinero, que servía de letrina a toda la familia porque en la casa no había lavabo ni agua corriente. La planta baja siempre olía a cerrado, un hedor que procedía de la gallinaza y de la mierda del gallinero, mezclado con la humedad de la riera y de los desagües de los lavaderos. Solo en las dos habitaciones de arriba, muy de vez en cuando, corría un poco de aire fresco.

Definitivamente no quería que se acercara a la Mina, pero un día quizás le enseñaría los claveles de poeta: sacaría a la calle los tiestos hechos con latas rebuscadas entre las basuras de los balnearios y los colocaría muy juntos, como solía tenerlos siempre en el rellano de la puerta que daba a la riera. Y también los pondría sobre ladrillos a diferentes niveles para que las flores taparan las latas y Ciro solo pudiera ver aquel estallido de flores de colores vivísimos que todas las tardes le hacían soñar que viajaba muy lejos, más allá de las montañas. Hasta el mundo exterior.

—Estás radiante, *principessa* —dijo Ciro cuando la vio llegar a las Cuatro Carreteras con el vestido azul de picos blancos de Maria Agustí.

Ella se puso nerviosa. Estaba acostumbrada a las galanterías del muchacho, pero no sabía cómo la veía con aquel vestido; quizás era demasiado para una pobre lavandera como ella. Antes de responder, se alisó el vestido, frotándose las palmas de las manos, desde las caderas hasta las rodillas. Se sintió más segura y dijo:

—Vamos, que no tenemos todo el día.

Se puso en marcha sin esperar, en dirección al cementerio de Vidreres. Los dos chicos la seguían de cerca y la repasaban de arriba abajo, sorprendidos por la elegancia que acababan de descubrir en ella.

Quimeta los aguardaba a la entrada del pueblo. Cuando la vio tan joven, Joana se sintió culpable.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó, antes de hacer las presentaciones.

—Dieciséis.

—¡La Virgen! Ándate con cuidado, eres muy joven.

La muchacha era más madura de lo que aparentaba. Enseguida se llevaron bien y empezaron a hablar, dejando a los hombres unos pasos atrás. Cuando se acercaban a la puerta del casino, Quimeta dijo:

—Vamos, entremos primero nosotras.

Luego, dirigiéndose a los dos hombres, ordenó:

—Esperad diez minutos; nos veremos dentro.

Joana estaba admirada por aquella determinación; puede que ella llevara demasiados años encerrada en la Mina y hubiera perdido la costumbre de decidir nada por sí misma. Acababa de conocer a esa chica, pero ya la miraba con simpatía: parecía joven, resuelta, libre; no como ella, que tenía que rendir cuentas a un hombre cada día más primitivo y que cargaba con dos críos a los que quería con locura, pero que la obligaban a quedarse en casa. Miró a Quimeta con envidia, pero decidió que sería como una hermana pequeña y la abrazó con fuerza.

—Tienes razón —concedió de buena gana—, será mejor que entremos

primero nosotras.

En el interior de la sala, una orquesta de once músicos tocaba rancheras y pasodobles para entretener el ambiente mientras entraban los jóvenes. A la izquierda, las muchachas estaban sentadas en una bancada continua que daba la vuelta a la pista, justo debajo del anfiteatro. Los chicos esperaban al otro lado, en grupos de tres o cuatro. Joana vio que había cuatro marineros uniformados; el resto eran chicos del pueblo a los que ella no conocía, y se tranquilizó. El dolor que le oprimía el pecho había desaparecido hacía un rato.

Quimeta se había colocado en la oreja una rosa roja que Ovilio le había llevado del balneario. Joana volvió a examinarla admirada: estaba guapísima, morena, con unos vivísimos ojos negros y una cabellera oscura muy larga. Luego se observó a sí misma, se ajustó el vestido y se gustó. Hacía tanto tiempo que no se preguntaba cómo la veían los demás que no pudo resistir la tentación:

—¿Cómo estoy?

—Ya me gustaría tener esa figura. —Quimeta se rió mientras se pasaba las manos por los costados y las subía hasta los pechos.

Era consciente de que sus senos aún tenían que crecer; los de Joana eran perfectos, erguidos, durísimos.

—Tranquila —dijo Quimeta. Inspeccionó en círculo toda la sala y añadió —: Ya les gustaría a todas esas tener tu tipazo.

Joana también se notaba el cuerpo rejuvenecido bajo el vestido de picos; lo sentía vivo, como de jovencita, antes de casarse. Y la hacía sentirse bien. Pero en el lado de los chicos vio a uno de los mozos de Folgueroles, uno que a veces pasaba por can Bardala a recoger los encargos de sus amos, y notó la presión en el pecho.

Cuando entraron los chicos, Ciro le propuso:

—¿Bailamos?

Pero ella estaba preocupada por el mozo de Folgueroles. No contaba con encontrar conocidos en Vidreres y contestó muy seca:

—Ni pensarlo.

Cuando la orquesta tocó *Dos gardenias*, Ciro insistió:

—¿Bailamos?

En esta ocasión ella no dijo nada. Clavó los ojos en el suelo, pero lo siguió hasta la pista. Le parecía que todos la miraban; estuvo a punto de darse la vuelta y retroceder. Pero entonces él la agarró por los costados con ambas manos, las deslizó con suavidad por la cintura y las dejó resbalar por la espalda hasta la columna. Ella cerró los ojos. Notó que se le ponía la carne de gallina y se estremeció. Ciro, que no se había dado cuenta, cerró los brazos y la atrajo hacia él. Joana sintió que las piernas no la sostenían. Le faltaba el aire, se sentía enfermar, pero era agradable, y casi sin ser consciente le puso los brazos en el cuello. A continuación, le acercó la mejilla y, siempre con los ojos cerrados, se dejó llevar lentamente por el ritmo de la música y viajó muy lejos.

El párroco fue a verla al lavadero. Joana era una feligresa cumplidora, de misa todos los domingos, pero no era una de esas devotas que siempre rondaban al ecónomo del pueblo. Por eso, la visita la pilló por sorpresa y se sobresaltó.

Massaguer, el párroco, aprovechó para interrogarla.

—¿Qué hacías ayer en el camino de can Riera? ¿Qué se te ha perdido en Vidreres?

Joana reaccionó con rapidez.

—Había quedado con una costurera, quería que repasara unas piezas de ropa que les lavo a los soldados italianos.

—Hay demasiados soldados rondando por doquier.

Al párroco le olía el aliento. Joana retrocedió, pero él volvió a acercar la cara y le lanzó una vaharada agria, muy desagradable:

—Esos marineros son una plaga, el pueblo está lleno de ellos. También el camino de Vidreres.

Vestía una sotana llena de lamparones, con una ristra de botones desde el cuello hasta los pies que llevaba desabrochada hasta media pechera. Dos manchas de sal en las axilas y otra en la espalda delataban que sudaba como una yegua después de haber arado todo un campo de cinco besanas. Todo su cuerpo olía a rancio, parecía que nunca hubiera corrido ni una pizca de aire

alrededor de aquel hombre, que la miraba con cara de cabreo.

—Si tienes que volver a salir de casa, será mejor que te acompañe alguna mujer del pueblo...

Ciro aún estaba durmiendo cuando un sargento y un cabo primero lo despertaron y lo arrastraron hasta el despacho del comandante Cigala. Cuando llegaban se cruzaron con el párroco, que salía de allí; parecía irritado, porque no contestó a sus «buenos días». El capitán ni siquiera dejó que se sentara. Le comunicó que quedaba en arresto incomunicado y no le dijo por qué.

Solo tres días después, cuando fueron a sacarlo de la celda, en el sótano de la bodega del Balneario Soler, se lo hizo saber.

—No quiero más problemas con el párroco, ya tengo suficientes quebraderos de cabeza en este jodido rincón del mundo. Si te vuelves a acercar a una mujer casada del pueblo, haré que te envíen directamente al campo franquista de Miranda de Ebro, con los prisioneros y los condenados a muerte de la República.

Salió de la celda decidido a buscar a Ovilio y tuvo suerte, porque lo encontró en la habitación, escribiendo una carta a sus padres. Ciro estaba harto de la soledad de aquellos tres días incomunicado y también necesitaba hacer un poco de ejercicio: le propuso caminar hasta la hora de cenar.

—Pero ¿de dónde saca la mala leche ese maldito párroco? —empezó a decir cuando salían del jardín del balneario por la puerta trasera—. Estos curas españoles son aún más retorcidos que los nuestros.

—No debe de ser fácil saber que los revolucionarios reventaron a tiros a tu predecesor durante la guerra española. Se ve que el antiguo cura del pueblo pilló a un hombre que blasfemaba en los huertos y ordenó que lo despidieran

de la embotelladora del Vichy, que lo había contratado para cargar cajones; los republicanos no se lo perdonaron y por eso, cuando estalló la guerra, se lo cargaron. Ahora que han ganado los suyos, los curas se vengán y se lo hacen pagar a todos los que les parecen sospechosos de simpatizar con la República. Se debe de haber dado cuenta de que hueles a antifascista.

—¡Pues a ti ya debería haberte encerrado a perpetuidad! —dijo Ciro, riéndose. Luego, más serio, añadió—: No sé por qué tiene la manía de que rondo a Joana de la Mina.

Caminaban calle arriba, hacia las escuelas, y volvieron a reírse con ganas. Ovilio lo agarró del brazo y lo detuvo.

—¿Acaso crees que no veo cómo la miras con ojos golosos?

—Hombre, no me dirás que no es como para mirarla. Es la morena más guapa de todo el pueblo.

—Pero, entonces, ¿te la has beneficiado o no?

—¿Estás loco? ¡De ninguna manera! ¡Su marido me mataría! Dicen que tiene el cuchillo de bosque siempre a punto. Y ella no podría ser más arisca...

—¿Y cómo es que os vieron tumbados cerca de los huertos?

—Nada, ni caso. La muy jodida no se dejó tocar. Veíamos pasar las nubes y soñábamos, pero luego me plantó y me dejó tan cachondo que aún me duelen los huevos.

Ovilio parecía más divertido que antes. Lo miró y le soltó:

—¡Si un día te la acabas beneficiando y no me lo dices, no volveré a hablarte! Hace tres días que conozco a Quimeta y ya te lo he contado todo sobre ella.

El reino de Joana se reducía a la parte del pueblo delimitada al norte por los tendaderos y al sur por can Bardala. Solo los domingos iba más allá de sus fronteras naturales para bajar hasta la iglesia, pero difícilmente se acercaba alguna vez a los balnearios. Por eso, cuando se enteró de que Ciro estaba arrestado, decidió pasar por el Balneario Prats para entregar la ropa limpia. La sorprendió la exuberancia de los jardines que veía en las mejores casas del pueblo, con cercas vegetales de glicinas y jazmines que colgaban por encima de los muros y caían hasta la calle. En la plaza descubrió con envidia los tiestos enormes que el jardinero de los Pla i Deniel había colocado a diferentes alturas, uno al lado del otro, de manera que las azaleas fucsia y las malvas se confundieran y treparan unas sobre otras, como si se tratara de una sola planta. También se paró a contemplar la delicada extensión de lirios de los valles, de paniculatas blancas y de lirios de agua que habían plantado a los pies de la cerca y se quedó definitivamente sin aliento cuando entró en el jardín del Balneario Prats, al otro lado de la carretera, y descubrió las rosas amarillas que colgaban como una cascada en la pérgola.

Todas esas flores le encantaban, pero a Joana la volvían loca sus claveles de poeta, los que plantaba en el rellano de la puerta que daba a la riera, en aquellas cinco o seis latas gigantes de aceitunas que había recogido de las basuras de los balnearios. Guardaba las semillas en una caja de galletas Trias, que escondía todo el invierno en la cocina, en el fondo de la estantería que había improvisado debajo del fregadero y cada año plantaba una maceta nueva

para sustituir las plantas que perdían fuerza. Cuando llegaba la primavera, rescataba la caja y replantaba algunas simientes en las latas, con la misma delicadeza con la que plantaría el jardín de un palacio.

Los claveles de poeta eran flores de terciopelo, elegantes como las plantas más nobles y al mismo tiempo tenían los colores de las flores más humildes: de las violetas, elegantes y perfumadas; de los dientes de león, las caléndulas y las margaritas silvestres, que se extendían como alfombras de Corpus; de la retama, que reinaba durante semanas en los márgenes de todos los campos de la comarca. Para ella, los claveles de poeta tenían todos los atributos a la vez y por eso los plantaba en esas latas, que en verano quedaban disimuladas debajo de las flores más ufanas del pueblo. Su secreto era el abono. Joana transformaba la gallinaza y la mierda en un paraíso de colores vivos que le arrancaba una sonrisa de despedida todas las mañanas, cuando se iba a trabajar, y otra de bienvenida todas las tardes, cuando volvía a casa agotada con un niño en cada mano.

A veces se quedaba un buen rato mirando los tiestos, hipnotizada por las flores, que formaban extrañas composiciones geométricas que podían variar como un caleidoscopio según del lugar desde el que se observaban. Joana se dejaba llevar por aquellas manchas de colores rojizos y volaba lejos, al otro lado de las montañas, más allá del mar, hasta el mundo exterior que solo los aventureros se habían atrevido a visitar. Hasta que Mercè y Feliu entraban en casa, cansados de jugar en la plaza dels Polls, y reclamaban la cena. Entonces, ella, resignada, entraba y ponía los platos en la mesa y les repartía un perol de garbanzos no muy cocidos que si se caían al suelo rebotaban como una pelota. Por eso en la Mina los niños siempre los habían llamado «garbanzos rebotados».

Cuando en el pueblo había pelea, la voz corría de casa en casa, a la misma velocidad a la que volaban de un lado a otro del pueblo las hojas de los árboles arrastradas por la tramontana.

—Arriba, en los tendederos, hay bronca: Torrent de la Mina le está dando una paliza a un mozo de Folgueroles —difundían. Y en cuestión de poco rato, una multitud había rodeado a los dos contrincantes, que se tanteaban a distancia, con el cuchillo en la mano.

A ambos les sangraba la nariz por culpa del intercambio de puñetazos que habían protagonizado en cuanto se enzarzaron. La pelea había llegado a su punto álgido, pero en ese momento nadie, ni siquiera los contendientes, habría sabido explicar exactamente cómo había comenzado.

Según algunas habladurías, el mozo de Folgueroles había dicho que, desde la llegada de los italianos, Joana estaba radiante. No parecía ninguna gran ofensa, solo una broma provocadora que había resultado desafortunada, porque justo en aquel momento Ciro bajaba silbando hacia el lavadero. Vador Torrent se sintió humillado. «Mira: ya baja el italiano que silba y le lleva la ropa a lavar a Joana de la Mina», había dicho alguien poco después. Cuando escuchaba aquellos comentarios, el hombre se encendía.

Era la hora del paseo reglamentario y los italianos ociosos también se habían acercado a animar a los que se peleaban: necesitaban quemar la energía que habían acumulado para la guerra, y en aquel pueblo insignificante no encontraban demasiadas oportunidades para hacerlo. Los dos hombres se

desafiaban con los ojos inyectados en sangre y, desde el corro, los marineros los animaban a destriparse. Ovilio los había puesto a favor del mozo de Folgueroles: Torrent le daba miedo, cualquier día podía descargar su rabia sobre Ciro. Por eso era el que más gritaba a favor del mozo.

Los contendientes eran como fuerzas de la naturaleza descontroladas: tenían la cara quemada por el sol, los brazos parecían martillos y las piernas parecían de mármol; el pelo grasiento les caía desordenado y se les pegaba a la cara. Algunos vecinos intentaron separarlos, pero fueron a parar al suelo; Salvador Torrent pensaba que si él y el de Folgueroles querían matarse, no era asunto de los demás. Algunos italianos ansiosos de jarana también se sumaron a la pelea e intentaron agarrarlo por los brazos. Se volvió un animal salvaje: con el cuchillo en la mano plantó cara a más de cinco hombres, que no consiguieron acercarse a él. Pero entonces, para sorpresa de todos, se cansó, echó a correr y bajó hacia la riera. Al cabo de un rato lo vieron salir del pueblo y perderse en dirección a las montañas.

En cuanto abrió la puerta, Joana se dio cuenta de que algo no iba bien. Volvía del lavadero, preocupada por la noticia de la pelea, que a esa hora había corrido por todo el pueblo, y cuando puso los pies en casa, vio dos flores en el suelo, pisoteadas, justo delante del gallinero. Tuvo un ataque de pánico. Con pasos lentos se acercó hasta allí, entreabrió la puerta y descubrió una de sus latas boca abajo, con la tierra esparcida y más flores estrujadas encima de la porquería. Sintió que las fuerzas la abandonaban y apoyó una mano en la pared. Esperó un rato. Respiraba cada vez más deprisa. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad del gallinero, acabó de empujar la puerta y confirmó todos sus temores: los tastos de lata estaban tirados por el suelo y las gallinas picoteaban los restos destrozados de los claveles de poeta, que habían perdido sus colores tan vivos, mezclados con la gallinaza y la mierda de su propia familia. Sintió una punzada fortísima, como si su marido le hubiera dado un puñetazo en el vientre, y cayó al suelo.

Cuando abrió los ojos, Mercè y Feliu la miraban asustados. Apoyó una mano en el suelo para intentar ponerse en pie, pero pisó una de las flores y

volvió a marearse. Cuando por fin consiguió incorporar medio cuerpo, descansó la espalda contra la pared, se puso a los pequeños en el regazo y lloró desconsoladamente.

Después de cenar, cuando acostó a Mercè y a Feliu, aún lloraba. Estuvo más de una hora con la cabeza enterrada entre los brazos, sobre la mesa de la cocina, y después también se acostó: se durmió soñando con prados tapizados con margaritas, bosques moteados de violetas, muros revestidos de rosas amarillas y jardines alfombrados con claveles de poeta de todos los colores. Poco después de la medianoche, un ejército de gallinas gritonas invadió sus sueños y se comieron todas las flores de sus jardines. Se despertó empapada en sudor y ya pudo volver a conciliar el sueño.

Se levantó cuando aún era de noche, con una determinación imprevista: se dirigió a la cocina, retiró la cortina que había debajo del fregadero y palpó detrás de las ollas y las sartenes ennegrecidas por el hollín hasta que encontró la caja de latón de galletas Trias; la cogió delicadamente con las dos manos y la depositó encima de la mesa. Cuando la abrió, vio que estaba vacía; golpeó la caja contra la mesa y de su interior cayeron sobre la madera seis o siete granas minúsculas. Los ojos de Joana se iluminaron. Las semillas debían de haber permanecido escondidas, atrapadas entre las juntas. Las fue colocando en la palma de la mano, una a una, y luego las dejó encima de la mesa, envueltas en un trapo de cocina. Sin despertar a los críos, cogió una lata de aceitunas del suelo del gallinero y salió. Al cabo de veinte minutos volvía a estar en casa, con la lata llena de tierra buena de un castaño que había más allá de los tendederos. La mezcló con un par de puñados de gallinaza y plantó una a una las semillas de clavel de poeta que había guardado en el trapo de cocina. Luego remojó la tierra y dejó la lata en el alféizar de la ventana.

En las casas ricas, las infidelidades eran igual de dolorosas, aunque siempre pasaban más desapercibidas y se discutían civilizadamente, a menudo entre las cuatro paredes de un despacho. Los maridos burlados sentían la misma rabia y las mismas ganas de venganza que Torrent de la Mina, pero por encima de todo querían pasar el duelo sin llamar la atención. De manera que los cuernos no preocupaban al sargento de la Guardia Civil.

Al día siguiente de la pelea, un tendero del pueblo se presentó en el cuartel de can Recolons, en la Rambla, y preguntó por el comandante del lugar. El sargento, que intuía para qué quería verlo, lo recibió sin hacerlo esperar. El hombre estaba nervioso, le costaba hablar, tartamudeaba, pero Serrano no hizo nada por ayudarlo; hacía días que los rumores habían llegado a su despacho. Al fin, el tendero se tragó el orgullo:

—Un oficial italiano ronda a mi mujer...

El sargento, que esperaba el momento, se rió por dentro, pero decidió no ponérselo fácil. Siguió mirándolo directamente a los ojos, impertérrito, como si no supiera de qué le estaba hablando.

—Me refiero a que quiere beneficiársela...

—¿Y ella qué dice al respecto? —preguntó el sargento con expresión de estar analizando con mucho rigor la situación, como si redactara el atestado de un incidente administrativo.

El tendero quiso contestar con naturalidad, pero tuvo que aclararse la garganta. No le salían las palabras. Luego, a regañadientes, concedió:

—Al parecer, ella no se opone a que lo haga.

—Entonces ¡ya sabe usted lo que debe hacer!

El tendero lo miró desconcertado, no sabía si lo había entendido bien. El sargento no estaba dispuesto a marear la perdiz y fue transparente:

—Cuando los pille en plena acción, le rompe la cara al italiano. ¡Sin contemplaciones!

El tendero reaccionó haciéndose el ofendido. Si había ido a pedir ayuda a la Guardia Civil era porque no aprobaba la violencia.

—Yo soy un hombre pacífico, sargento. No puedo hacer eso.

—Pues qué le vamos a hacer. Amigo mío, ¡los cuernos adornan!

El sargento dio por acabada la audiencia. Se levantó, lo agarró por la espalda, como si fuera un subordinado, y lo acompañó amablemente hasta la puerta.

Había algunos días que parecían malditos y todo salía al revés. El viernes 7 de abril arrancó mal muy temprano, y por la noche, cuando comprobó que acababa de la peor manera, Ciro lo atribuyó a la aparición de un abominable cuervo en el cielo de Caldes de Malavella. Llevaba días viéndolo volar bajo por la zona de la carretera nacional, en dirección a Riudellots de la Selva.

Cuando los marineros del Vichy acababan de bajar al comedor, el sargento Serrano se presentó con sus seis hombres e interrumpió el desayuno. Una denuncia anónima lo había puesto sobre la pista de un marinero que limpiaba una pistola y acudía decidido a ordenar un registro riguroso en los balnearios y las pensiones. El comandante Imperiali, alarmado por las posibles consecuencias, tomó la palabra y propuso:

—Si alguien mantiene escondida alguna pistola es en contra de nuestras directrices; este es un asunto de disciplina interna que debemos resolver nosotros. Denos unas horas de tiempo y le garantizo que encontraremos todas las armas que puedan estar en poder de nuestros hombres.

El sargento solo tenía seis agentes para registrar cinco establecimientos y corría el riesgo de no descubrir nada. Sopesó la propuesta. Aunque no terminaba de fiarse, aceptó: siempre era mejor llegar a un mal acuerdo que hacer el ridículo.

—Tienen dos horas —les comunicó.

Los dos comandantes pusieron en movimiento a sus oficiales y, por arte de magia, hicieron aparecer cuatro pistolas Beretta reglamentarias de la Regia

Marina Italiana y unas cuantas cajas de munición. Dedicaron las dos horas siguientes a ir de un lado a otro de los establecimientos, abriendo y cerrando puertas con gran estridencia y fingiendo que registraban con el máximo rigor las habitaciones de todas las plantas. Al cabo de dos horas, Cigala e Imperiali se presentaron en el cuartel con el botín requisado. El sargento pudo comunicar al Gobierno Civil de Girona el fulgurante éxito de su registro y los italianos evitaron que el incidente se descontrolara.

Aquella misma tarde, ajenos a los quebraderos de cabeza de sus superiores, Domenico Foresta y Roberto Pani volvían de una discreta escapada a Francia. Caminaban por la carretera nacional de Madrid a la frontera y no vieron llegar el camión de fruta que circulaba a toda velocidad, porque había llevado un cargamento de naranjas a La Junquera y regresaba vacío. El camionero tampoco los había visto y los embistió de mala manera. ¿De dónde habían salido esos dos marineros? Estaban a más de veinte kilómetros del mar y tampoco le constaba que en aquella parte de la costa hubiera ninguna base naval.

—Caldes de Malavella, los balnearios... —consiguió decir Pani antes de perder el sentido.

Roberto estaba perdiendo mucha sangre a causa de dos heridas abiertas en el cuello y en la pierna derecha, e hizo todo el recorrido inconsciente, pero una vez en el balneario detuvieron a tiempo las hemorragias, consiguieron hacerle una transfusión y lo salvaron. En cambio, Foresta viajaba en la cabina del camión con los ojos muy abiertos, aunque estaba blanco como la cera, tenía cara de susto, y cuando llegaron a Caldes había fallecido a consecuencia de una hemorragia interna.

El sargento Serrano, insensible ante la tragedia, quería que los comandantes arrestaran al herido, bajo la acusación de haber roto el círculo de tres kilómetros, que se contaban desde el centro de Caldes, que los internos no podían sobrepasar en sus salidas diarias. Estupefactos por la intransigencia del guardia civil, los comandantes plantearon una indignada queja al cónsul italiano en Barcelona. Ante el riesgo de que la protesta le complicara la vida,

el sargento cedió y, al día siguiente, los restos mortales del pobre marinero muerto, cubiertos con la bandera italiana, fueron trasladados al cementerio a hombros de sus compañeros.

Domenico Foresta recibió sepultura en un nicho adquirido por el consulado. Caldes se volcó en el entierro. Una afligida multitud desbordó el recinto del cementerio y demostró de manera espontánea que los marineros habían llegado a los corazones de la gente, ablandados por las desgracias que perseguían al pueblo desde la guerra. Cuando salían del cementerio, Ciro oyó un disparo y levantó la cabeza justo a tiempo de ver un cuervo negro desplomándose como un peso muerto en el camino. Un payés que alquilaba su bandada de palomas para que volaran en la plaza de la iglesia a la salida de las bodas de los ricos y que aquel día las había llevado sin cobrar al cementerio como homenaje al marinero muerto, había abatido el cuervo para evitar que atacara a sus indefensos animales. El hombre lo recogió con rabia y lo clavó por las patas en un poste de teléfono. Al cabo de una hora, cuando llegó a la masía, las palomas ya estaban en el palomar. A partir de aquel día los supervivientes del *Roma* ya no tuvieron que enterrar a nadie más en tierra extranjera.

De la pelea de la Mina se habló durante muchos días, porque pareció una llamada al mal tiempo: aquella misma noche, la naturaleza se encolerizó y la tormenta se adueñó del pueblo. Llovió durante diez días y diez noches, sin parar. La riera se desbordó. Los estanques se llenaron. Las fuentes no dejaban de manar. De las cunetas de las carreteras se desbordaba el agua que no podían canalizar. Las pozas recibían tal caudal de agua que no tenían tiempo de desaguar río abajo e inundaban los campos más cercanos. El diluvio parecía no tener final.

Y entonces, un lunes por la mañana, paró. El cielo se abrió. Salió el sol. El aire se volvió transparente y suave. De la sierra de las Gavarres a las Guillerías, del macizo de Cadiretes al Montseny, los bosques y las arboledas estallaron. De la noche a la mañana, casi sin avisar, aquel maldito invierno larguísimo quedó atrás y llegó el buen tiempo que los payeses habían encomendado a todos los santos del santoral.

En las lejanas montañas de los Pirineos, detrás de Nuestra Señora del Mont, aún brillaba la nieve blanca, con una promesa de agua inagotable que tenía que permitirles regar los campos hasta muy avanzado el verano. Pero en el llano las temperaturas habían empezado a subir. Al mediodía sudaban de lo lindo y los campos de los alrededores se habían tapizado con los colores rojos, amarillos y blancos de las amapolas, las margaritas y la camomila.

Los días eran cada vez más largos y los italianos lo agradecían porque las horas de paseo eran mucho más agradables: los marineros aprovechaban hasta

el último minuto del permiso diario. Ciro seguía dejándose caer por el lavadero y muchas tardes también iba a ver a Joana a la carnicería de can Bardala, con la excusa de interesarse por si la ropa ya estaba seca. A Saurina, la dueña, le caía bien Ciro, le parecía un muchacho pulcro y bien educado, pero era lo bastante larga como para olerse a distancia los nubarrones de tormenta, y llevaba días alerta por la insistencia del italiano.

—Ándate con cuidado, Joana, porque ese te está buscando —le advertía todas las tardes cuando lo veía llegar.

Cuando hacía ya más de diez días de la pelea con el mozo de Folgueroles y el marido de Joana aún no había regresado al pueblo, la presencia diaria de Ciro en la puerta de la carnicería la alarmó:

—Joana, ten cuidado, te la vas a pegar. Las mujeres llevan días cotilleando.

Joana puso mala cara. Sabía lo que significaba que las mujeres del pueblo la convirtieran en tema de conversación y «cotillearan» cuando se reunían todas para lavar la ropa. Eran una jauría hambrienta: el pueblo despoticaría de ella muy pronto. Pero se armó de valor, abrió la puerta y llamó a Ciro:

—Vamos, si quieres llevarte la ropa tendrás que venir al tendedero; me ayudarás a recogerla.

Cruzaron la riera por el lavadero y subieron a los tendederos. Joana recogía la ropa con cuidado y la dejaba bien doblada en el saco de tela del italiano. Ciro se limitaba a agarrarla y a dejarla de cualquier manera; solo tenía ojos para la muchacha, cuya bata de trabajo, sudada, se le pegaba a la espalda y a los costados, irguiendo sus pechos. Se imaginaba su cuerpo bajo la tela, modelado por aquel continuo trasegar de un lado a otro. Él ya se había quitado el jersey negro de invierno y llevaba la camisa abierta, enseñando la mata de vello del pecho. Ella también lo miró de arriba abajo.

Cuando estaban acabando de recoger, oyeron las voces de unas mujeres que subían del lavadero. El sol aún estaba alto y el aire era muy tibio; hacía tiempo que no disfrutaban de una tarde tan agradable. Ciro se animó.

—¿Caminamos? —le preguntó.

Ascendieron hasta más arriba de les Roques, hasta el estanque de can Rufí, que en épocas de sequía regaba los huertos del Balneario Soler. Cuando

empezaron a bajar entre campos de trigo y de cebada para llegar al muro de la torre de Sala, oyeron las campanas de la iglesia dando las seis. En el jardín de la torre había tres cedros altísimos que sobresalían diez o doce metros por encima de la cerca: una glicina se enroscaba en uno de los cedros y los racimos de flores moradas trepaban hasta lo alto del tronco, como si todo el árbol estuviera florido. El perfume de la glicina los siguió hasta que llegaron a los huertos de Surroca, más arriba del colegio de las monjas francesas de Cluny.

A esa hora, algunos jornaleros que habían terminado su turno en los balnearios cavaban las tomateras y las cebollas tiernas recién plantadas. Ciro y Joana dejaron atrás los primeros huertos y continuaron caminando como si se dirigieran al pozo de hielo; siguiendo la acequia, se acercaron al bosque y buscaron un rincón, lejos de las miradas de los payeses. Se tumbaron en el suelo, boca arriba, con las manos en la nuca a modo de cojín, mientras el sol empezaba a decaer más allá del bosque de los Enamorados. Ciro masticaba un brote de hinojo y metió otro en la boca de Joana, que cerró los ojos para saborear su gusto anisado.

Joana miraba las nubes que pasaban camino de la costa. A su lado, Ciro se esforzaba por hablarle en un castellano sencillo; tenía una voz suave que se hacía más dulce cuando pronunciaba aquellas palabras mágicas: *magari, farfalle, ochi, azzurro, bellissimo*.

—¿Cómo es lejos de aquí? —dijo ella, de repente.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué hay más allá de las montañas y del mar? ¿Cómo es la gente? ¿Cómo son las chicas?

Se rascó la oreja con el índice y el pulgar de la mano derecha. No sabía por dónde empezar. Navegando a bordo del *Amerigo Vespucci* había visto medio mundo: había admirado paisajes magníficos y ciudades increíbles; pero también se había hecho una idea de las pasiones humanas y no podía ser benévolo con el diagnóstico. No sabía cómo explicarle que el mundo exterior no era tan diferente del de Caldes de Malavella.

—Ahora mismo, ahí fuera, los hombres se matan en una guerra espantosa que dura desde hace cinco años —sentenció finalmente con desgana.

Lamentó haberlo dicho, porque Joana hizo una mueca de decepción, como si de golpe hubiera perdido un gran tesoro. La muchacha dejó vagar la mirada más allá de las montañas. Al cabo de un rato, preguntó:

—¿Y cómo es el mar?

—¿No has visto nunca el mar? —replicó Ciro con incredulidad.

Ella se encogió de hombros.

—El mar es infinito, no se acaba nunca. Cuando pones proa al horizonte, cuanto más te acercas a él, más se aleja. Nunca lo alcanzas. No sabría cómo decirlo, pero el mar te hace sentir grande y pequeño a la vez, seguro e intranquilo, reconfortado y nostálgico.

Ella había incorporado medio cuerpo, apoyada en un brazo, y con la mano se sostenía la cara para mirarlo con atención. Parecía realmente concentrada, y Ciro se sintió incómodo, porque no sabía ser más preciso. Hizo un esfuerzo por explicarse:

—Cuando llegas a un puerto, te sientes feliz, pero al cabo de poco ya quieres partir hacia otro, ¡porque es navegando cuando te sientes vivo de verdad! Los puertos y las ciudades están bien, ¡pero por encima de todo es el viaje en sí mismo lo que merece la pena!

—¿Así será toda tu vida? ¿Siempre querrás irte?

Nunca se lo había planteado. Puede que sí, quizás quería ser capitán para viajar siempre de un puerto a otro, aunque tal vez no fuera siempre igual. En ocasiones también le gustaba llegar a un sitio y quedarse. De hecho, en ese momento se sentía bien y podría quedarse para siempre allí, en aquel margen de los huertos de aquel pueblecito que los acogía, viendo pasar las nubes camino de la costa. Ella lo escuchaba atentamente y decidió seguir hablando del mar para no romper el hechizo. Le habló de una noche de luna llena en las islas Eolias, camino del estrecho de Mesina, a bordo del barco escuela de la marina italiana.

—El *Amerigo Vespucci* era un tres palos magnífico. La luna dejaba una estela plateada sobre el mar, mientras a estribor dejábamos atrás la isla de Panarea y poníamos proa a la punta de Sicilia. Navegábamos a sotavento de la isla de Estrómboli, por un mar profundo, de aguas oscuras, a la sombra del volcán siempre activo que domina la isla. De pronto, el Estrómboli lanzó una

bocanada de fuego y piedras, como unos fuegos de artificio magníficos, que iluminaron la noche y dejaron la cima del volcán encendida, de un rojo intensísimo; poco después, el volcán se apagó y los marineros, situados en la cubierta de estribor, de cara a la isla, lo aplaudimos. Al cabo de diez minutos, presenciábamos una segunda erupción, aún más extraordinaria, y los marineros no pudimos evitar gritar: «*Bravo! Bravo! Bravissimo!*», entusiasmados por aquel espectáculo increíble. Cuando habían pasado ya otros diez minutos, vimos que el Estrómboli volvía a encenderse, pero ya estábamos demasiado lejos y la erupción del volcán ya no nos pareció tan fascinante. Seguimos alejándonos de él, camino de Mesina, y solo oíamos el ritmo cadencioso de las olas contra la proa del barco. El resto era silencio. El mar, la luna, el silencio y, a lo lejos, un volcán que se encendía y se apagaba: aquella sí, aquella fue una noche *bellissima*.

—¡Me gustaría el mar! —dijo ella muy segura, antes de sorprender a Ciro con una pregunta que llevaba días rondándole por la cabeza—: Y Caldes, ¿es *bellissimo*?

Tuvo que pensárselo. El pueblo no era gran cosa, pero los paisajes de los alrededores eran magníficos, sobre todo aquellas últimas semanas, con los campos de trigo ufanos, con todos los verdes posibles, y salpicados de amapolas. Le gustaba, no podía negarlo, pero no en la misma medida que el mar plateado en una noche tranquila de luna llena, navegando por las islas Eolias.

—¡Tú eres *bellissima*! —dijo, después de pensar un rato. Y se la comió con la mirada.

El capitán Lupi había ordenado a Ciro que llevara al ayuntamiento la carta que acababa de escribir y que la entregara en mano al alcalde. Llevaba un rato esperando frente a la puerta de la alcaldía y no resistió la tentación de leer el escrito dirigido a la secretaría general de la Asamblea Suprema de la Cruz Roja Española:

Declaro formalmente no conocer ni tener noticia alguna del guardia marina Paolo Milani, embarcado en el acorazado Roma. Entretanto, ruego al Comité Internacional de la Cruz Roja que transmita a mis familiares —con la siguiente dirección: Andrea Lupi, via Mazzini, 24, Castellammare di Stabia (Napoli)— la comunicación de que me he salvado del naufragio y actualmente me hallo con buena salud en España. Caldas de Malavella, 20 de abril de 1944. Capitán Gaetano Lupi.

¡No se lo podía creer! ¿El capitán Lupi tampoco había informado a su familia de que estaba sano y salvo? ¡Pero si habían transcurrido ya casi ocho meses desde el hundimiento del *Roma*! Entonces se abrió la puerta y salió el alcalde Quintana en persona, que se esforzó por ser amable; el capitán era un asiduo de las partidas de bridge de su pastelería y se tenían una simpatía mutua.

—Dígale al capitán que no se preocupe, hoy mismo enviaré a Madrid su comunicación.

A continuación, le entregó el último escrito recibido de Madrid pidiendo información sobre marineros desaparecidos. Mientras se dirigía a entregarlo al despacho del capitán, leyó:

Excelentísimo señor alcalde de Caldas de Malavella (Gerona),

Muy señor mío:

Nuevamente recurro a su amabilidad con el ruego de que tenga a bien informarme si se encuentran internados en Caldas de Malavella los súbditos italianos: Antonio Scarpa, Marco Marcoleone i Paolo Antozzi, tripulantes del acorazado Roma, según ficha adjunta. En caso afirmativo, les agradeceré que cada uno de ellos conteste al dorso de este formulario a fin de poder dar una respuesta al Comité Internacional de Cruz Roja que la requiere.

Dios que salvó a España guarde a usted muchos años.

Madrid, 16 de abril de 1944

El jefe del Gabinete de Información de la Cruz Roja Española.

Firmado: el conde de la Granja

De regreso al Balneario Prats pensó que él también tenía que escribir a su familia. Cuando le venían a la memoria, como ahora, cuando se los imaginaba, cuando recordaba sus caras y sus risas, se daba cuenta de lo mucho que los echaba de menos. Añoraba las noches de verano en el Vico San Sepolcro de Nápoles: los gritos de sus hermanos cuando jugaban al escondite en los portales de las casas; a su madre llamándolos desde la ventana para que subieran a cenar; los balcones del otro lado de la calle, que casi podían tocar desde su ventana si extendían un poco el brazo; la ropa tendida de un lado a otro como estandartes de colores, con poleas para recuperarla cuando estaba seca; las voces que después de cenar volvían a escucharse en la calle y no cesaban del todo hasta que los hombres recordaban que al cabo de pocas horas debían volver al Arsenal e iniciaban la retirada.

«Si un día se olvidaba de ellos, ¿olvidaría también todos esos años?», se preguntaba. La hipótesis lo asustaba, porque sabía que un instante después, cuando entrara en el comedor y se sentara a la mesa, entraría en un mundo

donde no había lugar para su familia: quizás tuvieran cabida en él de forma esporádica, como resorte para despertar la nostalgia, pero no formarían parte del día a día. Lo veía, lo sentía, pero no sabía explicarlo. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía compaginar aquella añoranza y aquel olvido simultáneos?

Fue directamente a la cocina para compartir sus angustias con Ovilio, que fregaba las cazuelas de Antonio antes de terminar su turno de trabajo. Ciro era consciente de que, cuando regresara al presente, su familia serían Ovilio, Joana y aquella gente de Caldes con la que compartía todas las horas. Las penas de los vecinos del pueblo eran las mismas penas que lo atormentaban a él. El hambre que pasaban era el hambre que él había sentido tantas veces. El frío que se apoderaba de todos los rincones de sus casas era el frío que él pasaba cuando estaba de guardia. La lluvia que los sorprendía en los huertos era la misma que lo dejaba empapado cuando salía a pasear con Joana hasta les Roques. Y el miedo que veía en sus caras era el miedo que lo mantenía alerta cuando tenía delante al sargento de la Guardia Civil. Incluso el odio que sentían por los franquistas cuando abusaban de sus familias era el mismo rencor que le inspiraba a él ver la foto del caudillo vestido de marinero detrás de la puerta del Vichy Catalán. Por el contrario, no tenía ni idea de qué tiempo hacía en ese mismo instante en Nápoles.

Quizás en ese momento un viento de levante azotaba las calles cercanas al Arsenal y la lluvia salpicaba la cara de su padre, castigado con el destierro porque se había negado a traicionar unas ideas de las que nunca le hablaba; tuvo que descubrirlas por su cuenta, a base de constatar cómo los fascistas se aliaban con los poderosos y abusaban de los pobres desgraciados que luchaban en vano por sobrevivir.

Ovilio escuchaba y no decía nada. Intentaba entender adónde quería ir a parar su amigo con todas aquellas historias, pero él tenía otras preguntas en la cabeza. Estaba intranquilo desde hacía días, no quería sentirse inútil a la causa de la libertad: quería regresar a Italia y ayudar a derrocar a los fascistas antes de que terminara la guerra. Luego esperaría un par de años y volvería en busca de Quimeta para llevársela a Italia. Aquella chica le había robado el corazón, pero solo tenía dieciséis años y, de momento, sus padres no dejarían que se fuera.

Ciro miraba a Ovilio a la cara; parecía que buscaba en sus ojos una respuesta a las preguntas que se hacía de nuevo en voz alta. ¿Cuál era su verdadera familia? ¿La que los precedía? ¿La de los progenitores? ¿La que les hacía compañía todos los días en Caldes? ¿O quizás la que un día seguiría sus pasos y aseguraría la continuidad de la sangre? Cuando navegaba por todo el mundo con el *Amerigo Vespucci* tenía dos amigos, Fulvio y Andrea, que eran inseparables. Eran más que hermanos: lo hacían todo juntos, nunca se separaban; habrían matado y se habrían dejado matar los unos por los otros. No concebían una vida en la que no estuvieran los tres juntos. Habrían jurado por Dios que su amistad era eterna, que ya no se separarían jamás. Pero la instrucción a bordo del barco escuela terminó y un segundo después Ciro ya los había olvidado y no había vuelto a verlos ni había tenido nunca más contacto por carta con ellos.

Poco después había conocido a Santo, Gavino, Ovilio y el Poeta, y también había hecho de ellos sus hermanos. Ellos cinco también se habían jurado fidelidad eterna: había conocido el cielo de Biassa de la mano del Poeta y había acabado enterrándolo con un soneto de Dante Alighieri en el cementerio de Maó; había visto el mar engullendo los sueños humildes de Gavino y había visto el fuego que arrancaba de raíz los sueños de grandeza de Santo; los dos habían ido a parar al fondo del infierno de Asinara. ¿Qué familia había compartido alguna vez tantas embestidas del destino al mismo tiempo?

Se preguntaba si también olvidaría a la familia de Caldes cuando regresaran a Italia. ¿Sería tan solo un recuerdo amable, como un refugio en medio de la tempestad? ¿Olvidaría a Ovilio? ¿Desaparecería Joana de su corazón? Ahora le parecía imposible, pero sabía que ese era un final inevitable. Cuando llegara ese momento, ¿la familia de sangre volvería a ser su patria? Intuía la respuesta, pero en todo caso lo que tuviera que llegar, lo haría más adelante; ahora tenía unas ganas irrefrenables de pasear con Joana y de ir a los huertos de Surroca. Se dedicó una sonrisa burlona, se acercó a Ovilio, lo sorprendió con un abrazo lleno de una camaradería insobornable y salió por la puerta en dirección al lavadero.

Cuando llegaron a los huertos, una enorme mariposa se acercó zigzagueando de planta en planta y dio dos vueltas alrededor de Joana antes de posarse sobre una flor de hinojo. Era una mariposa magnífica, con rayas amarillas y negras, muy elegantes. Ciro extendió la mano con la intención de atraparla, pero Joana lo agarró por la muñeca y lo frenó.

—Déjala en paz. ¡Es una reina! —le dijo—. Es poderosa y delicada a la vez, le gusta ir de un lado a otro todo el rato, como a ti. Solo se para pocas veces, cuando está a gusto en un sitio y no se siente amenazada: como ahora.

Dejaron pasar el tiempo sin moverse, uno al lado del otro, con los ojos cerrados, boca arriba. Se sentían muy cercanos, pero no se decían nada; solo la carne de gallina los delataba. Entonces, un perro ladró en los huertos, notaron movimiento en la acequia que había justo debajo de ellos y se volvieron hacia allí de cara, para ver qué ocurría.

Cuatro mocosos caminaban agachados por el interior de la acequia, tratando de acercarse a los huertos sin alertar a los hombres que estaban cavando. Dos chicos treparon al margen y reptaron entre las hileras de freseras hasta el pozo y la alberca con la que los payeses regaban las tierras. Quitaron el tapón de la alberca y el agua empezó a deslizarse entre las freseras, siguiendo el desnivel. Tumbados en el suelo, escondidos entre las plantas, fueron depositando las fresas más rojas en la corriente, que se las llevaba en dirección al margen, donde los otros dos, ocultos en el fondo de la acequia, las recogían y las metían en un pañuelo que les servía de hatillo.

—¿Qué hacen? —preguntó Ciro, que no acababa de entender las maniobras de los chavales.

—Están robando fresas. —Joana se rió—. ¡Les pediremos una prenda por nuestro silencio!

Se incorporó, y avanzando por las matas como una serpiente, pilló por sorpresa a los que recogían las frutas en la acequia. Desde su escondite, Ciro vio que Joana les estaba diciendo algo a los muchachos y luego vio que volvía por la zanja con un puñado de fresas en la mano, maduras, rojas como la sangre. Cuando las dejó en el suelo, sobre una capa de musgo, tenía la mano llena de jugo y se lamió los dedos; acercó una fresa a los labios de Ciro, que

se sonrojó, y ella mordisqueó otra. Luego, perdieron la noción del tiempo, ascendieron al paraíso y no bajaron a la tierra hasta que en la iglesia dieron las ocho y fueron conscientes de que debían correr para llegar para la cena antes del recuento. Cuando Ciro dejó a Joana en can Bardala, Saurina los estaba esperando en la puerta y no pudo reprimirse:

—¡Ten cuidado, Joana, porque la cera cerca del fuego se derrite!

Joana sonrió nerviosamente y luego se echó a llorar. Esta vez, Saurina se asustó.

Cuando aparecieron las autoridades en la tribuna de la plaza, sonó el himno español y todo el público se puso en pie.

—En este maldito país cualquier excusa es buena para tocar himnos y marchas militares —le susurró Ciro a Ovilio al oído cuando se incorporaban para tener una mejor panorámica del ambiente festivo que se respiraba en la plaza de toros de Girona.

Habían ido en bicicleta con un numeroso grupo de marineros: Italo, de San Remo; Primo, de Vicenza; Nino, de Imperia; Luigi, de Savona; Salvatore, de Mazara del Vallo, y tres o cuatro más a los que no conocía. Algunos habían invitado a las chicas: Italo había acudido con Francesca, la guardabarrera del paso a nivel de Riudellots, y un par de amigas, y Ovilio tenía a su lado a Quimeta. Ciro había convencido a Joana, que creía que una excursión colectiva como aquella no podía hacerle ningún daño. En definitiva, ir a los toros era una iniciativa del comandante Imperiali, que había negociado personalmente el permiso y las entradas con el gobernador civil de Girona, que lo había invitado a seguir el espectáculo a su lado, en la tribuna.

A las cinco en punto de la tarde, la entrada de los toreros en la arena desató el delirio de los tendidos: el público, de pie, gritaba y aplaudía. Los italianos y las chicas se sumaron con entusiasmo al clamor general. Solo Joana permaneció callada, observando con incredulidad el desfile de los grandes protagonistas de la corrida: una muchacha jovencísima, elegante, con la cabellera recogida en un moño, caminaba vestida de luces entre el resto de los

toreros. Los altavoces de la plaza anunciaron los nombres de las figuras que debían medirse con los toros de la ganadería de Maximiliano Sánchez, de Salamanca: Manuel Arasa, Miguel Martín y Beatriz Santullano.

¿Qué estaba haciendo una muchacha allí, en medio de la arena? Joana estaba perpleja, se sentía incapaz de reaccionar. ¿Desde cuándo había mujeres torero? Cuando la banda de música anunció el inicio de la corrida y toda la plaza se sentó, Joana se quedó de pie, atónita, con los ojos abiertos como platos y boquiabierta, hasta que Ciro tiró de su brazo. En ese momento, ella le habría querido hacer un montón de preguntas: ¿era consciente de que había una mujer entre los toreros? ¿Estaba sorprendido como ella? Pero entonces se abrió una puerta y saltó a la plaza un caballo negro que dio un par de vueltas al anillo, con un trote elegante, ligero, admirable. La muchacha torero montaba el caballo con una mano en las riendas mientras con la otra saludaba a la multitud. Cuando volvió a sonar la banda se abrió la puerta del corral y salió, rabioso, un toro negro, grande, cargado en la parte delantera, con manchas blancas en los genitales. El animal dio un cuarto de vuelta a la plaza y se detuvo. Se hizo un silencio total. Beatriz Santullano lanzó un grito corto, agudo, y el toro levantó la cabeza. Se miraron unos instantes y entonces, justo cuando la chica golpeó al caballo con los talones y se dirigió hacia el toro, el animal se sintió amenazado y comenzó a correr hacia ella, decidido a plantarle cara. En el último instante, el caballo varió ligeramente la trayectoria y pasó rozando el toro, para darle la oportunidad a la rejoneadora de clavarle un hierro en el lomo. En aquel punto de la corrida, Joana ya había olvidado la crueldad del espectáculo y se había levantado, aplaudiendo como una loca. Solo tenía ojos para la chica; solo era una mujer, ¡pero toda la plaza la aplaudía! Cuando se enfrentó a su segundo toro, el cuarto de la corrida, Joana ya no se sentó hasta que su heroína lo mató y los aplausos obligaron a la presidencia a concederle una oreja, que paseó con orgullo por todo el ruedo. Joana estaba orgullosa de ella, como si ella misma fuera la protagonista de la proeza, pero cuando volvió a salir a torear a pie Manuel Arasa, perdió el interés y poco después, con la salida del sexto toro, le propuso a Ciro:

—Esto ya está visto. Por mí podemos ir a dar una vuelta.

Ovilio y Quimeta también habían visto bastante y los cuatro fueron a

pasear por Girona. Recorrieron todo el paseo de la Devesa, hasta el río. Comentaban los sentimientos contradictorios que les había despertado su primera corrida: hacía falta valor para bajar a la arena, eso era innegable, y cuando movían los capotes y las muletas era magnífico; pero tantas banderillas, tantos rejonos, tanta sangre, a veces resultaba desagradable. Aun así, a Ciro le había encantado; a Ovilio le había gustado, pero era más tibio en su entusiasmo. A Quimeta, acostumbrada a la violencia de la vida en el campo, le parecía un gran espectáculo. Joana no decía nada, aún estaba pensando en Beatriz: ¡qué mujer más valiente!

Cruzaron el río por el puente de Sant Agustí, dejaron atrás los Cuatro Cantons y acabaron en la plaza de l'Oli. El estudio de un fotógrafo les llamó la atención. Fotografía Lux. En el escaparate había un montón de fotos de niñas vestidas de novia y niños vestidos de marinero, con un catecismo y un rosario en las manos, a punto de hacer la comunión. Y también había retratos de payeses de cara arrugada, tostada por el sol; fotos de parejas enamoradas, estampas de familias elegantemente vestidas para la ocasión e imágenes de medio cuerpo o de cuerpo entero de jóvenes vestidos de soldado. En el cristal de la puerta, un cartel anunciaba: Abierto de 8 de la mañana a 8 de la noche.

El establecimiento estaba abierto, porque era día de comuniones y el fotógrafo tenía dispensa para trabajar. Ovilio quiso entrar para sacarse una foto de los cuatro. En el estudio había un libro de decorados para escoger: jardines románticos, sofás cubiertos de sedas para las fotos pícaras, paisajes exóticos, montañas nevadas, columnas griegas con un montón de plantas trepadoras. De repente, Ciro lanzó un grito.

—¡Este! Este nos pega —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja, mostrándoles a los demás la foto de la cubierta de un barco, enteramente de madera, con una tumbona veraniega en primer término y el mar al fondo, con dos o tres barcos de guerra que navegaban en segundo plano con la proa contra las olas.

El fotógrafo aplaudió la decisión y les pidió una hora para acabar de retratar a un niño que hacía la comunión el día de Corpus y para preparar el estudio con su decorado marinero. Comieron una tortilla de patatas y bebieron un vaso de vino en un bar de la calle dels Mercaders, justo detrás de la

Rambla, y acabaron bailando flamenco encima de una mesa. Perdieron la noción del tiempo y tuvieron que correr hasta el estudio.

Cuando llegaron, una dependienta estaba terminando de preparar la cámara fotográfica; Joana volvió a poner cara de sorpresa y la miró con ojos de admiración. Luego le dedicó una sonrisa y le tendió la mano: aquellas mujeres de ciudad no dejaban de sorprenderla.

Cuando todo estuvo a punto, Quimeta se sentó en la tumbona de madera, con Ovilio a su lado, de rodillas: le cogía la mano y ella fingía rechazarlo, con gesto pícaro. Se había colocado un clavel rojo en la oreja y recogido la cabellera negra en una cola, hacia atrás; y también tenía un ramo de claveles en el regazo. Joana y Ciro, más discretos, se pusieron de pie en un lado; aunque no se tocaban, se miraban fijamente a los ojos. Se les puso la carne de gallina, como aquel día que comieron fresas en los huertos de Surroca, y, en ese instante, Joana se sintió sobre el caballo, en medio de la plaza, a punto de encararse con el toro, mientras la multitud la aplaudía. Cuando el fotógrafo disparó, captó la sonrisa serena, un poco triste, de los dos.

La excursión a Girona devolvió a la mente de Ovilio una idea a la que llevaba días dando vueltas: quería huir de España y regresar a Italia para sumarse a los partisanos que, escondidos en las montañas, combatían a los fascistas y los alemanes. El primero que le había hablado de eso fue un cura que les habían mandado dos semanas atrás desde la embajada británica de Madrid y que los había animado a ser leales a la Italia del rey y de los aliados: se llamaba Guido Visendaz y era un antiguo cura militar de la división italiana Brennero, que había combatido en Albania hasta que el día después del armisticio, y que los alemanes habían desarmado y encarcelado a todos sus miembros. Después de recorrer media Europa y ser internado en un campo de prisioneros en Bélgica, el sacerdote se había escapado, había cruzado la Francia ocupada y había entrado en España, donde se había puesto a disposición de las embajadas aliadas, que le habían encomendado el adoctrinamiento de los marineros internados en Menorca y en Caldes. Llegó al pueblo de los balnearios con un salvoconducto excepcional que le había facilitado en Madrid el almirante Moreu, secretario general del Ministerio español de la Marina, que tenía fama de aliadófilo.

Cuando se presentó a los comandantes Cigala e Imperiali, Visendaz, el cura, solicitó:

—Para comprender mejor la situación de los muchachos y recibir el máximo de información directa, querría libertad absoluta de movimientos por los balnearios. Me gustaría comer con ellos en los diferentes comedores y

visitar libremente sus alojamientos.

Y así fue como a finales de mayo se había reunido en la habitación de Ovilio con un grupo de marineros y los había puesto al corriente de la evolución de los frentes de guerra. Ciro recibió con esperanza las noticias sobre las derrotas alemanas, cada vez más frecuentes. Ovilio lo escuchaba preocupado y se acusaba de no estar en casa para ayudar en la liberación.

—Los alemanes han engañado a los soldados italianos en todas partes — los arengó aquella noche el sacerdote hasta altas horas de la madrugada—. Los nazis y Mussolini solo os quieren para utilizaros como trabajadores esclavos en la construcción de nuevas fortificaciones.

Visendaz también les descubrió la aparición de focos de resistencia partisana en las montañas del centro y el norte de Italia, en las zonas aún controladas por los soldados alemanes y los fascistas. A partir de aquella revelación, Ovilio ya no pudo quitarse de la cabeza las ganas de incorporarse a aquel movimiento. ¿Qué hacía un antifascista como él perdiendo el tiempo en un país como España?

Una semana después robó una bicicleta en la puerta de la iglesia y huyó de Caldes. En veinticuatro horas se plantó en el consulado italiano de Barcelona. Cuando el nuevo cónsul, Hirschel de Minerbi, un monárquico recién nombrado, escuchó su historia, se llevó las manos a la cabeza y lo convenció de que diera marcha atrás.

—No te juegues el regreso a casa, ¡están a punto de repatriaros! —le anunció. Y él mismo lo llevó de vuelta a Caldes en el coche del consulado.

Cuando se presentó a los comandantes italianos, el sargento Serrano ya lo estaba esperando y ordenó que lo mandaran directamente a la prisión de Salt. No salió de allí hasta que, tres días después, el cónsul convenció al gobernador civil de Girona de que, ante la inminencia de su expatriación, el encarcelamiento no tenía sentido. Buen conversador, hábil en la dialéctica política, al cabo de media hora de estar sentado en su despacho había conseguido que liberase a Ovilio.

—Como un gesto humanitario con motivo de la celebración del Corpus — le había sugerido.

El día de Corpus, el sol tardó en salir, el cielo estaba un poco nublado, pero las calles de Caldes de Malavella se despertaron radiantes, engalanadas para la fiesta. Aquel 8 de junio de 1944 había banderas en todas las ventanas y balcones del pueblo, y las casas ricas, incluidos los balnearios, habían colgado enormes damascos en las fachadas, que revestían de solemnidad la celebración. Las calles principales también estaban decoradas con alfombras de flores, a la espera de la procesión en honor del cuerpo y la sangre de Jesucristo, que debía salir a las seis de la tarde de la iglesia de Sant Esteve. Alrededor del templo parroquial se registraba una actividad excepcional desde primerísima hora de la mañana. Josep Massaguer, el párroco, había dicho la primera misa a las ocho. Luego había devorado un par de panecillos de Viena, con mantequilla y jamón de York, que le habían subido directamente a la rectoría desde el obrador de can Quintana. A las diez en punto volvía a salir de la sacristía vestido con la casulla blanca, a punto para la celebración del oficio solemne. Sentadas en primera fila lo esperaban las autoridades locales y los oficiales italianos, que habían querido compartir la jornada.

Antes de la guerra, aquel era el día que se estrenaban los trajes de verano, que los más atrevidos ya habían lucido un poco antes de hora el Domingo de Ramos; pero la miseria se había apoderado del pueblo y hacía años que las familias no podían permitírselo. Las muchachas en edad de merecer, que habían trabajado durante semanas en los arreglos de los vestidos de años anteriores, habían tomado posiciones en la iglesia una hora antes del oficio.

Los marineros, que habían recibido un permiso especial para salir de los balnearios durante todo el día de fiesta, se habían peinado a la italiana y también habían acudido en masa, dispuestos a hacerse notar. El resultado era una nave llena a rebosar: cuando arrancó la ceremonia, hacía ya un rato que la temperatura se había disparado en el interior del templo y los feligreses habían empezado a sudar como condenados.

Las mujeres sacaron abanicos como quien desenfunda una pistola; cuando llegó la lectura del evangelio, los movían de manera tan compulsiva que nadie era capaz de oír las palabras del sacerdote. Las muchachas no tardaron en descubrir que podían aprovechar los abanicos para taparse la cara y volverse, buscando con la mirada a los chicos que les gustaban, que estaban perdidos entre los centenares de marineros que colapsaban los últimos bancos, al fondo de la nave.

La primera en darse la vuelta fue Rosa Corominas, que intercambió una sonrisa y un saludo descarado con Adriano Montesi, que ya llevaba un rato levantando la mano para saludarla; Rosa había ido allí *ex profeso* desde Llagostera con sus padres, taponeros de profesión, para que pudieran comprobar que su futuro prometido era un chico devoto y formal. Casi al mismo tiempo, Maria Vendrell localizó a Renato Iori y le hizo una seña; desde el último banco, el chico no se había dado cuenta y todos sus compañeros empezaron a alertarlo con gestos escandalosos y gritando su nombre: «*Renato! Renato!*». Massaguer, el párroco, oyó el rumor procedente de los últimos bancos y estiró el cuello para ver qué ocurría. Entonces, desde un lateral, Enzo Parisi empezó a hacer ruido con los labios para reclamar la atención de Conxita Jovanet, que se sentaba en la segunda fila, flanqueada por sus padres, que la habían acompañado desde Vidreres. Un montón de chicas de los primeros bancos se dieron por aludidas y volvieron la cabeza para saludar a los marineros que las cortejaban. Al cabo de un rato, ya no quedaba ninguna que no se hubiera dado la vuelta, y cuando el párroco interrumpió un momento el sermón para tratar de averiguar de nuevo qué ocurría, descubrió con absoluta perplejidad que la mitad delantera de la nave de la iglesia, ocupada por las jóvenes del pueblo, estaba de espaldas y mantenía un diálogo descarado con la mitad trasera, donde se habían acumulado los marineros

italianos. El resto de los feligreses asistían desconcertados al espectáculo, que estaba convirtiendo la iglesia en un mercado.

El párroco, desesperado, dio por terminado un sermón que ya nadie escuchaba y liquidó la misa solemne más breve que había oficiado en toda su vida como sacerdote. A las once, cuando se retiró a la sacristía, sudaba tanto que dejó la sotana empapada en cuanto se cambió. Fuera, los jóvenes que le habían estropeado el sermón estaban bailando sardanas en la plaza, haciendo tiempo hasta la hora de comer; solo se tocaron dos piezas, porque la orquesta contratada, Iris de Salt, solamente había aceptado el encargo para quedar bien con los balnearios, que los contrataba todo el verano para amenizar los bailes, pero por la tarde se había comprometido a tocar en la procesión de la capital.

Aquel día, los marineros de todos los establecimientos comieron juntos en los comedores del Vichy Catalán para que la celebración de la festividad fuera más solemne. Eran cerca de mil, y el párroco presidía la comida sentado entre los dos comandantes italianos. El pobre hombre, que se había desabrochado la sotana y mostraba la pelambrea del pecho sin pudor, tuvo que comerse el postre a toda prisa y se tomó de un solo trago la copa de digestivo, sin tiempo para saborearlo, como a él le gustaba. A las cuatro y media lo esperaban los monaguillos para preparar una nueva función eucarística, esta para consagrar el cuerpo del Cristo que debía presidir la procesión. Antes de levantarse, el párroco volvió a sermonear a los oficiales que se sentaban a su lado:

—Mantengan alejados a sus hombres de las mujeres del pueblo, ¡de las solteras y de las casadas! La carne es pecaminosa, pero si se trata de una mujer casada, es doble pecado mortal. De ustedes depende que vuelvan a casa con el alma intacta.

Una hora más tarde, cuando el sacerdote bajó del altar y salió por la puerta de la iglesia alzando la custodia con ambas manos, una orquesta improvisada con músicos aficionados de Caldes tocó el himno nacional español y la multitud que se aglomeraba en la plaza se arrodilló en actitud reverente. A Ciro no le quedaba claro si se sometían por respeto al cuerpo de Cristo o por miedo al himno y a la actitud desafiante del sargento Serrano, que se había situado dos pasos por detrás del sacerdote y escrutaba con mirada inquisitorial todos los movimientos de los feligreses.

Cuando escucharon las notas del himno, los alumnos de las escuelas nacionales, que llevaban ramos de flores en las manos, se colocaron detrás del pendón parroquial y la procesión se puso en marcha: la comitiva enfiló la calle de Santa Maria, camino de la calle Mayor y la plaza del Caudillo, sede de la casa consistorial. Los seguían los miembros de las congregaciones religiosas, los tenderos y la gente de bien de Caldes: los hombres, vestidos de domingo; las mujeres, con mantillas hechas con filigranas; a continuación, desfilaba el pueblo llano. En la cola de la procesión, dejando un espacio entre los que lo precedían y los que iban detrás de él, el párroco caminaba solo, alzando solemnemente la custodia con ambas manos; extendía los brazos tan hacia arriba y hacia delante como podía, para conmemorar aún más aquel instante. Era su momento, era su día. Todas las demás autoridades, las civiles y las militares, iban detrás de él: el alcalde y jefe local del Movimiento, los concejales, la delegada de la Sección Femenina, el sargento Serrano y el juez de paz. Ni siquiera era el rector de la parroquia, pero era la primera autoridad eclesiástica y, por una vez, el resto de las autoridades quedaban relegadas. Cuando pensaba en ello, caminaba de puntillas para parecer más alto, y se estiraba tanto que parecía levitar: eso lo compensaba de las risas que había oído en la iglesia cuando la ceremonia se le había ido de las manos.

Llevaron a Ovilio custodiado por dos guardias armados desde la estación y lo liberaron en la puerta del Balneario Prats justo en el momento en que los marineros volvían de la plaza de la iglesia, donde acababa de disolverse la procesión. Cuando Ciro lo vio, se asustó: Ovilio era un muchacho delgado, pero ahora parecía enfermo.

—¡Hijos de puta! ¿Qué te han hecho?

—A mí no me han tocado, pero no he podido comer nada en tres días. No me entraba, no he podido acostumbrarme a aquella comida podrida, que hacía vomitar a quienes se atrevían con ella.

—¡Hijos de puta! —volvió a gritar Ciro.

Ovilio lo hizo callar.

—Lo mío no es nada, deberías haber visto las palizas que les dan a los

presos de la República y cómo se ríen de los que vienen a buscar todas las noches para fusilarlos. He conocido a un chico de Caldes, un comunista, que se llama Lluís Domènech, que escribe un diario con los nombres de todos los que han fusilado desde que él está en prisión; también lleva la cuenta de los días que lo torturan haciéndole creer que le ha llegado la hora y que vienen a buscarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Anteayer me despertaron unos gritos, eran los guardias golpeando de noche la puerta de su celda para hacerlo salir. «Domènech, te toca», le dijeron. Lo tuvieron de pie en el pasillo hasta que completaron la lista; luego, entre risas, gritaron: «¡Tú no, nos hemos equivocado! Ya puedes volver a dormir».

—¡Tenemos que irnos como sea de este maldito país! —gritó Ciro.

Después de cenar, los marineros se encaminaron al Balneario Vichy Catalán para celebrar el final de la festividad del Corpus Christi con la proyección de una película americana, *Ella, él y Asta*, con William Powell y Myrna Loy: «Una divertida comedia policíaca», había prometido el subteniente cuando les había anunciado la sesión cinematográfica. Ovilio no estaba para comedias y decidió no salir del Prats. Ciro aún seguía preocupado por el aspecto desnutrido de su amigo y también prefirió quedarse para hacerle compañía. Antes de retirarse a dormir, Ovilio quiso saludar a Antonio, que estaba en la cocina, pasando en limpio el menú del día siguiente.

—¡Dios santo! —exclamó al verlo tan delgado.

Se abrazaron como si fueran amigos de la infancia o compañeros de trinchera. Cuando se separaron, Ovilio sacó fuerzas de flaqueza y se rió como un condenado.

—No dejaste demasiada buena escuela en la prisión de Salt. Jamás había visto nada tan incombible como las porquerías que se sirven allí. A este paso, Franco ya no tendrá que fusilar a nadie más; muy pronto, todos los presos republicanos habrán muerto de asco y de hambre.

Entonces puso mala cara y desvió la mirada, como si volviera a ver a todos los que había dejado encerrados en aquella prisión.

En Europa, la guerra continuaba, y a medida que aumentaba el número de muertos, los ejércitos movilizaban a soldados cada vez más jóvenes. Levas enteras de niños asustados, que salían por primera vez de casa, sin haber hecho previamente ningún tipo de instrucción, eran utilizadas como carne de cañón. Los dos bandos necesitaban alimentar el frente y tenían que fijarse a la fuerza en aquel millar de marineros que se morían de aburrimiento en Caldes de Malavella, esperando a que alguien se decidiera a facilitarles el regreso a Italia. Los marineros tenían fama de recibir una formación muy cualificada: los supervivientes del *Roma* no eran una excepción, de manera que desde el primer momento todos los contendientes los codiciaron. Fascistas y aliados — sobre todo los británicos— competían entre ellos, enviando emisarios que conspiraban por los pasillos de los balnearios, intentando reclutar a toda costa a los jóvenes marineros para su causa.

Las visitas se hicieron cada vez más frecuentes y los discursos derivaron en auténticas arengas, porque en aquel momento parecía que Italia se desangraba en una guerra civil. Los oficiales se esforzaban por mantener la unidad, pero la tensión entre los oradores se contagiaba fácilmente a los marineros, que empezaron a dar muestras de nerviosismo y a pelearse. El campamento de Caldes era un campo de batalla ideológico que incomodaba cada vez más a las autoridades provinciales, temerosas de que en cualquier momento se produjeran desórdenes serios.

La noticia de las disputas de Caldes no tardó en llegar a los máximos

jerarcas de Madrid. Los franquistas no pensaban tolerar que fascistas y monárquicos italianos dirimieran en público sus divergencias; estaban orgullosos de haber eliminado a sangre y fuego la libertad y la política de la vida española. Al ver que los marineros italianos se estaban convirtiendo en un peligro para la paz del régimen, el Generalísimo Franco decidió, por segunda vez en pocos meses, intervenir personalmente en el asunto. Ordenó una conexión telefónica con Barcelona y volvió a ponerse en manos de su amigo Moscardó.

—Esto no puede seguir así, general. Debes organizar sin demora un referéndum entre los italianos y averiguar con qué ejército quieren reincorporarse a la guerra. En cuanto sepamos adónde mandarlos, podremos evacuarlos y quitárnoslos de encima. Cuento contigo, Pepe.

—¿Un referéndum? —preguntó Moscardó, que no estaba seguro de haber entendido bien las órdenes.

—Sí, coño, ¡una votación!

El general Moscardó citó al gobernador civil de Girona en la capitania general de Barcelona y le explicó el plan ideado por Franco.

—¿Un referéndum? —balbuceó el gobernador, apoyado en la silla. Tenía los ojos perdidos hacia la ventana: una grúa estaba descargando un barco de madera. No se atrevía a mirar directamente al capitán general, que parecía impacientarse.

—¡Sí, coño, una votación! Que decidan por sí mismos adónde quieren ir.

El gobernador civil citó al sargento de Caldes en el Gobierno Civil de Girona y le transmitió las órdenes precisas del capitán general.

—¿Un referéndum?

—¡Sí, coño, una votación! Todos los internos podrán votar y decidir libremente si quieren volver al sur de Italia con las tropas leales al rey o si prefieren ser conducidos al norte para unirse al ejército de Mussolini.

—¡No me joda, excelencia! ¿Como unas elecciones? ¿Con urnas?

—¡Coño! ¡Un referéndum es un referéndum! Bueno, tal vez las urnas no serán necesarias. Bastará con un registro de los internos; que cada individuo anote a continuación de su nombre el destino de preferencia. Y que lo rubrique con su firma.

El sargento se incorporó. Se sentía incómodo y estaba sudando: las órdenes de Madrid siempre ponían nerviosas a las autoridades provinciales, pero aquello era mucho más grave. Cuando se disponía a salir por la puerta, el gobernador lo retuvo.

—No me falle, Serrano. Esto viene de arriba del todo...

—¿De la dirección general? —preguntó el sargento, que empezaba a estar realmente preocupado.

—¡De más arriba!

—¿Del Ministerio?

—¡Del Generalísimo en persona! Sus órdenes deberán cumplirse a la perfección.

Cuando salió del Gobierno Civil, le temblaban las piernas. Aquellos malditos italianos acabarían causándole problemas de verdad.

Ciro salía de can Quintana. Había estado buscando durante toda la tarde al comandante Imperiali para consultarle si quería la lista definitiva de los votantes del referéndum ordenados por barcos de procedencia o por el alojamiento que tenían en Caldes. Finalmente había dado con él en la pastelería, comiendo galletas y jugando una partida de bridge con sus oficiales. Repasó las listas sobre la mesa de juego, entre cartas de corazones y picas: un censo de 978 votantes; en las listas faltaban cerca de cincuenta hombres, los que habían cometido alguna indisciplina grave, que estaban presos en Miranda de Ebro, y algunos enfermos de los pulmones, internados en un sanatorio del Montseny.

—A los enfermos los recogeremos nosotros en Barcelona; de llevar a los prisioneros de Miranda de Ebro al punto desde donde quieran que partamos hacia Italia que se ocupe la embajada —le sugirió Cigala a un teniente que se entretenía barajando las cartas con una habilidad muy refinada—. Confirme que lo tienen previsto.

Justo cuando habían terminado las listas del referéndum y el comandante se disponía a repartir para retomar la partida, oyeron el griterío procedente del bar Ideal, un local que había al otro lado de la calle. Ciro recogió las listas, saludó a los oficiales y cuando puso los pies en la calle vio a tres mujeres que se estaban peleando. Una llevaba una escoba en la mano y gritaba:

—¡Puede que vosotras seáis las dueñas del pueblo, pero en mi casa mando

yo! ¡Si volvéis a poner un pie en mi casa, os mato!

Ciro las separó. Reconoció a dos familiares de los gestores de los balnearios. A la mujer de la escoba no la conocía. Estaba sofocada y se lamentaba a gritos:

—¿Es que nunca nos dejarán en paz? ¡Ya ganaron la guerra, ya nos lo han quitado todo, ya han encarcelado a los hombres! ¿Qué más quieren de nosotras? ¿Quiénes se creen que son para entrar en casa y registrarlo todo? ¡Y a mí qué me cuentan de si les han desaparecido unas mantas de los balnearios!

Ciro explicaba la escena a Joana. Había empezado el relato risueño, porque la escena de las dos enviadas por los balnearios que huían despavoridas, perseguidas por una chica armada con una escoba, era realmente cómica. Luego, al ver la cara de tristeza de Joana, él también se puso serio.

—En el extranjero, en Europa, los hombres se matan en el campo de batalla; en España, las viudas de los hombres asesinados en la guerra hacen la vida imposible a las viudas de los republicanos que fueron sus verdugos.

—Manela, del Ideal, no es la viuda de un verdugo republicano. Ni ella ni su hombre han hecho nunca daño a nadie. Su pecado fue enamorarse de un hombre casado que después de la guerra tuvo que huir a Francia y la dejó sola, embarazada de una niña. Su crimen es ser comunista y tener una hija sin marido en un país donde mandan los franquistas y los meapilas. A cada momento tiene a la Guardia Civil en casa amenazándola, ¡pero a Manela no la doblegarán fácilmente!

—Nunca me habías dicho que eres partidaria de la República.

—Yo no soy de nadie, pero me gusta Manela porque ha sabido salir adelante sola. Cuando ganaron la guerra, los franquistas quisieron rapar al cero a todas las mujeres republicanas y, antes de que el alcalde Quintana se opusiera a la medida, ella ya les había hecho frente y los había echado de su casa. Manela es la única mujer del pueblo a la que no le asusta nada. Es dueña de su vida. ¡Mandaré en ella hasta que se muera!

El coche rojo apareció estrellado en el arcén, cerca de las Cuatro Carreteras. Lo descubrió un mozo de can Riera pasadas las ocho de la mañana, cuando el sol ya estaba alto, y corrió a avisar a la pareja de guardias civiles que hacían la ronda por la carretera de Vidreres. La Francesa estaba tumbada con la cabeza hacia atrás, algo ladeada hacia la izquierda, como si en el último momento hubiera querido que descansara sobre las dos ondas perfectamente peinadas que convertían su cabellera en una nube suave, en suspensión. Tenía la boca abierta, como si no pudiera creer que el final fuera tan poca cosa: una fuerte presión en el pecho, un ahogo inesperado y el aire dejando de llegarle a los pulmones.

Cuando la pareja de guardias civiles llegó con la noticia al cuartel, el comandante Imperiali y Ciro estaban reunidos con el sargento Serrano, haciéndole entrega de las listas con el censo definitivo del referéndum. La conversación que presenciaron se produjo a gritos:

—¡Hay una mujer muerta en el cruce de las Cuatro Carreteras! ¡Es la turista francesa del coche rojo! ¡Le han abierto el pecho a balazos!

—¡Movilice a todos los números que se encuentren en la casa cuartel! ¡Vamos para allá!

Cuando se encaminaba hacia la puerta, el sargento indicó la salida a los dos italianos y les ordenó:

—Ustedes dejen las listas en la mesa, ¡ya nos ocuparemos del maldito referéndum cuando detenga al autor de este asalto!

Ciro corrió hacia el balneario para darle la noticia a Antonio. Lo encontró en la sala de cuarentena, en compañía de Ovilio. En el suelo de la sala, que olía a coñac, había un montón de vidrios, como lágrimas de cristal, pero no les prestó atención.

—¡Un asaltante ha matado a tu Francesa cerca de las Cuatro Carreteras! —gritó, medio ahogado por la carrera.

—¡Pobre Francesa! Tanta elegancia, tanta belleza, para acabar muriendo con el pecho reventado por unos tiros de escopeta.

—¿Cómo sabes que le han disparado en el pecho?

Antonio no contestó. Salió a fumar un cigarrillo al jardín, y cuando Ovilio y Ciro fueron a su encuentro, el cocinero se arrepintió de no haberse sincerado con ellos.

—¡Esta mañana, cuando le han disparado, yo estaba allí! —les confesó.

Sabía que podía confiar en Ovilio y Ciro. Desde el primer día supo que estaban en el mismo bando. Los marineros lo miraron desconcertados, pero no dijeron nada.

—La Francesa se había unido a la resistencia y luchaba contra los nazis en su país. De Francia, fingiendo que era su marido, trajo a uno de los maquis detenidos en la caseta del paso a nivel, un militante comunista que luchaba con ella en los bosques de Bretaña. El día que me regaló la botella de coñac, vino en busca de ayuda; sabía que yo era un republicano perseguido y me pidió que le buscara alguien de confianza para guiar a los tres hombres hasta Barcelona. Les propuse a Peret de can Rabassa, que conoce como nadie los caminos de montaña, desde Caldes hasta Alella. Por suerte, aquella noche se acercó al pueblo y se entretuvo espionando a su hija, porque cuando llegó a la caseta del paso a nivel vio a la Guardia Civil entrando. Gracias al retraso pudo huir a tiempo y vino a verme.

—¿Qué hacías esta mañana en el cruce de las carreteras? —preguntó Ciro cuando vio que Antonio hacía una pausa en el relato para coger aire.

—Después de la detención, la Francesa se puso nerviosa y me hizo llegar un mensaje en el que me pedía que nos reuniéramos esta mañana. Yo me he presentado allí muy temprano y esperé, escondido en el bosque, solo con el objetivo de decirle que se volviera a Francia, que aquí ya no podía hacer

nada. Hacia las seis han llegado un montón de hombres que parecían policías y debían de ser de Girona, porque no conocía a ninguno de ellos. Cuando ha aparecido el coche, han bloqueado la carretera. He pensado que iban a detenerla y me he sentido perdido, porque he dado por hecho que la obligarían a hablar, pero cuando el coche se ha detenido, han empezado a disparar. Luego se han ido tan deprisa como habían venido. Cuando me he acercado, he visto que estaba muerta: le han disparado todas las balas en el pecho, con la voluntad de destrozarla, como si no pudieran soportar que una mujer tan atractiva no estuviera de su parte.

El referéndum se celebró un mes más tarde, el 22 de junio, en el cuartel de la Guardia Civil, habilitado como colegio electoral con todas las formalidades necesarias. Desde primera hora de la mañana, los marineros hacían cola en la rambla de Recolons, de cara a la fachada del Todo por la Patria, que estaba escrito en letras rojas encima de la puerta. Los habían dividido en grupos de cien, según su alojamiento, y entraban de dos en dos en el cuartel. Habían acondicionado un pequeño despacho de la planta baja, vigilado por dos agentes armados con el mosquetón al hombro, uno en cada lado de la mesa de votación. Sentado detrás de esta, un teniente de la Guardia Civil, venido especialmente desde Girona, escuchaba la elección de los marineros, escribía el destino que le comunicaban y, a continuación, los hacía firmar al lado de sus nombres. Los primeros en entrar, a las ocho, fueron los que se hospedaban en las fondas. A las nueve y media empezaron a votar los inquilinos del Balneario Soler, y al mediodía los del Balneario Prats. Después de comer, a partir de la una, votaron los huéspedes del Vichy Catalán; serían sobre las cinco de la tarde cuando entraron los oficiales, que fueron los últimos en emitir su voto. Entonces, los miembros de la comisión electoral, formada por dos oficiales del ejército de tierra, dos de la marina y un representante del Ministerio de la Gobernación, hicieron el recuento oficial. Con los resultados en la mano, el gobernador civil de Girona, que había supervisado durante todo el día las votaciones desde la cantina del Balneario Prats, en compañía del coronel de la Guardia Civil, dio por terminada la jornada e informó de

inmediato a la capitanía general. Aquella misma noche, antes de validar oficialmente los resultados y comunicarlos a la embajada italiana, el general Moscardó telefoneó al Generalísimo para ponerlo al corriente.

—Misión cumplida, Paco. La jornada se ha desarrollado a la perfección. Novecientos cincuenta oficiales y marineros han decidido mantenerse leales al rey de Italia. Solo veinticinco han votado por unirse a nuestro amigo Mussolini.

—¡Italia no es lo que era, Pepe! Esos han visto que Alemania está perdiendo la guerra.

—Quedan tres que han votado quedarse en Caldas: al parecer se han comprometido formalmente con tres muchachas españolas y piden permiso para casarse.

—Esos italianos siempre han sido poco de fiar, flojos de entropierna.

A última hora, Maria Vendrell se pasó por can Bardala con las últimas novedades sobre el referéndum.

—Dicen que la mayoría ha votado por volver con el rey; solo una veintena ha votado a favor de Mussolini y los dejarán irse al norte de Italia... —explicó seria, como si leyera el parte.

Luego, sus ojos se iluminaron y le habló directamente a Joana:

—¡Tres han votado por quedarse en Caldes!

Las dos amigas se abrazaron. Llevaban días durmiendo mal, atormentadas por los rumores que hablaban de un retorno inminente de los marineros a Italia. El referéndum confirmaba sus sospechas, el final se aproximaba; pero Maria tenía razones para sentirse esperanzada.

—Dicen que los oficiales harán la vista gorda con los que se comprometan formalmente a casarse; quien quiera, podrá quedarse, ya encontrarán la manera de maquillar las listas. Mi Renato ha decidido hablar con mis padres: tiene permiso de los oficiales, el párroco también ha decidido avalarlo y le han prometido un trabajo en la embotelladora del Vichy Catalán.

Joana la vio salir y sintió envidia. Se quitó el delantal, abrió la puerta y se encaminó hacia el tendedero para doblar la ropa, por si a última hora Ciro

pasaba a recoger la colada y a comentar las novedades de la votación.

A esa hora, los marineros ya conocían el resultado y observaban con prevención a los veinticinco compañeros que habían votado a favor de regresar a la Italia de Mussolini. Después de pasar por los hoteles a recoger sus cosas, habían empezado a reagruparse en formación delante del casino, para despedirse de los oficiales. Esperaban un autobús que debía llevarlos aquella misma noche al Hotel del Centro de Girona, con la promesa de que al día siguiente ya estarían en La Jonquera, bajo la custodia de los oficiales alemanes, que controlaban la frontera francesa y que serían los encargados del traslado al norte de Italia.

Si hubiera estado en la puerta del casino, Ovilio los habría insultado con ganas, pero el comandante Imperiali lo había arrestado y se disponía a pasar la noche en la bodega del Balneario Soler. No había podido convencer al chico de la habitación de al lado de los peligros que corría poniéndose al servicio de Mussolini y de su República Social. El marinero no simpatizaba con los fascistas, pero quería volver a casa y era de un pueblo del norte, cerca de San Remo. Para hacerlo entrar en razón, Ovilio lo había insultado:

—¡Fascista de mierda! ¿De verdad vas a luchar a favor de los alemanes que nos bombardearon? ¿No tienes piedad de los compañeros que murieron en Asinara? ¿No te acuerdas de lo que nos advirtió Visendaz, el cura? Te utilizarán como esclavo para trabajar para los nazis.

El sargento Serrano, que fue testigo de la discusión, dedujo de qué iba y se quejó a los oficiales italianos. No podían tolerar aquellas muestras de indisciplina, sobre todo en un día tan solemne y en presencia de las más altas autoridades españolas.

—Arrestad a Lombardi en el sótano, mañana se despertará más tranquilo —ordenó el comandante Imperiali.

Cuando se quedó solo, Ciro se quedó sin ganas de salir de fiesta. Aquella noche tampoco sabía qué decirle a Joana y prefirió ir a caminar por el camino Viejo de Vidreres. Un poco más allá de can Riera, se sentó en un margen. Sentía una aprensión que ya había sentido en otras ocasiones; era un malestar conocido que lo perseguía a menudo, sobre todo cuando debía tomar decisiones arriesgadas. La gente de su clase tenía pocas oportunidades y no

podía equivocarse. Echó un vistazo en círculo, y allí donde pocas semanas antes había campos de trigo verdes y ufanos, ahora solo había rastrojos. La tierra estaba agotada. Había dado todo lo que tenía y ya no parecía en condiciones de que en ella creciera nada más. Incluso las cigarras habían interrumpido su monótono concierto y los campos habían quedado en silencio, como muertos. Ciro cerró los ojos y por unos instantes aquel silencio le pareció agradable, familiar. Le recordaba a las siestas en su habitación de Nápoles, cuando, después de comer, los vecinos se encerraban en sus casas; cuando se apagaban las voces de la calle, toda la ciudad se adormilaba. Cuando las cigarras volvieron a cantar, abrió los ojos y los rastrojos le parecieron aún más resecos, más yermos. Aquella era definitivamente una tierra exhausta que ya no podía alimentar en él ninguna esperanza. Y supo que había llegado el momento de volver a casa.

En el tendedero, el aire aún era caliente, la noche se intuía agradable; el sol acababa de esconderse detrás del Montseny, pero el día no quería despedirse. Joana no se decidía a recoger la ropa. Ella también sentía esa maldita punzada de angustia que la mantenía siempre alerta. No sabía de dónde provenía. Nadie le había explicado que ya había nacido con ese escalofrío, porque los desheredados nacen con la derrota grabada en el alma y no pueden hacer nada para librarse de ella.

Del pueblo, abajo, llegaba la música lejana de un disco que alguien acababa de poner en el casino. Los marineros debían de estar celebrando los resultados de la votación, confiando en que por fin estaban a punto de volver a casa. La guitarra del gramófono subió de tono y provocó un nudo en el estómago de la muchacha, que había empezado a bailar sola, justo cuando una voz rota, femenina, empezaba a cantar: «Qué bonitos ojos tienes / debajo de esas dos cejas, / debajo de esas dos cejas / qué bonitos ojos tienes. / Ellos me quieren mirar, / pero si tú no los dejas, / pero si tú no los dejas / ni siquiera parpadear».

Joana daba vueltas lentamente, con los brazos extendidos hacia delante, tratando inútilmente de abrazar el aire. Giraba y giraba entre las sábanas

tendidas, que se movían empujadas por un viento suave que había empezado a soplar justo antes de la puesta de sol. Entonces, ella también se puso a cantar: «Si por pobre me desprecias, / yo te concedo razón, / yo te concedo razón, / si por pobre me desprecias. / Yo no te ofrezco riquezas, / te ofrezco mi corazón, / te ofrezco mi corazón / a cambio de mi pobreza». Cerró los ojos y una lágrima de desesperanza se deslizó por su mejilla. «Malagueña salerosa, / besar tus labios quisiera», siguió cantando cada vez en voz más alta. «Besar tus labios quisiera, / malagueña salerosa, / y decirte niña hermosa.» Se sintió mareada y una arcada ascendió desde el fondo de sus entrañas, que notaba removidas desde hacía unos días. Se armó de valor: no estaba dispuesta a rendirse sin plantar cara; si no luchaba, no podría engendrar ninguna esperanza. Entonces, sus lágrimas se descontrolaron y apretó con fuerza los brazos contra la barriga, pero siguió bailando, dando vueltas debajo del tendedero, entre las sábanas y las camisas azules de los marineros, mientras los acordes de guitarra de *Malagueña* cruzaban el cielo de Caldes como un puñal dulce y cruel a la vez.

—Me han dicho que vuelves a dejarte caer por el lavadero público y por la carnicería de can Bardala.

—Ya sabe que llevo a lavar la ropa de un grupo de marineros y suboficiales de la primera planta del Balneario Prats. —Ciro se defendió.

—¡Te dije que no toleraría más líos! Ya he tenido suficientes peleas con las autoridades por culpa de las putas y de los dueños de los hoteles. ¡Solo me falta que pongáis en mi contra a los hombres del pueblo!

Ciro se temía una nueva estancia incomunicada en la bodega del Balneario Soler y trató de balbucear algo. El comandante lo mandó callar. Acarició a *Nevozo*, su perro, y ordenó:

—¡Por el amor de Dios, sé más discreto! Y si te estás planteando algo serio, como esos tres que quieren quedarse en Caldes para casarse, piénsatelo bien: dicen que tu chica está casada y tiene críos, no te conviene. Y ahora vete corriendo al campo de la Granja, que te están esperando para el partido. Y deja bien alto el pabellón de la Regia Marina.

Ciro llegó a la Granja resoplando y fue directamente al centro del campo de fútbol; los demás ya lo estaban aguardando. Estaban sudados, medio aturridos por el sol, pero aún conservaban una actitud chulesca, como si esperaran para entrar en el baile. Vestían camisetas azul marino, muy apretadas, sobre unos pectorales exagerados por los años de instrucción en la marina; los pantalones eran oscuros, y las medias tricolores. Los que jugaban de delanteros se habían agachado en el centro del grupo, con las piernas y el

torso de perfil, pero con la cara al frente, mirando a la cámara. El resto se mantuvo de pie, formando en media circunferencia a su alrededor, y se pasaron los brazos por la espalda, para agarrarse por la cintura. El que jugaba de portero recibió a Ciro con una sonrisa maliciosa y le propinó un codazo.

—Mira quién ha venido —le dijo, enseñando todos los dientes.

Ciro se volvió hacia el lateral del campo y vio a Joana con el vestido azul con el cuello de puntas blancas, el mismo que llevaba el primer día que había ido a verla a la tienda de can Bardala. El vestido se le ajustaba al cuerpo y le marcaba las piernas largas y los pechos redondos, erguidos, que desde aquel primer día lo habían vuelto loco. Joana le hizo un gesto discreto con la mano y él le devolvió una mirada golosa. Al lado de la chica, Ovilio, que era más de ver los partidos desde la banda que de jugarlos, también levantó la mano para saludarlo. Un par de jugadores de su equipo miraban con descaro en dirección a Joana, y cuando él los pilló, disimularon, dirigiendo rápidamente la mirada hacia otro lado.

¡Válgame Dios, cómo les gustaba aquella muchacha! Desde el centro del campo, Ciro volvió a mirarla y le vino a la cabeza un pensamiento fugaz: ¿le gustaría llevársela con él a Italia? Joana le había hecho olvidar a Francesca, de Biassa, pero ¿estaba enamorado de verdad de ella? De hecho, ahora que lo pensaba, ella tampoco le había dicho nunca que estuviera enamorada de él.

Tenía claro que no era cuestión de quedarse en Caldes, como planeaban Iori, Montesi y Parisi, que en el referéndum se habían negado a escoger entre el rey y Mussolini y habían acabado votando por quedarse en España. Los tres planeaban casarse con las chicas a las que habían enamorado en Caldes, en Llagostera y en Vidreres. Incluso Italo Pizzo había hablado un día de quedarse con Francisca, la guardabarrera del paso a nivel de Riudellots, y eso que no estaba enamorado de ella; solo le estaba agradecido por la compañía y pensaba que en Caldes quizás tendría un futuro mejor que el que podía esperar en un país en guerra como Italia. Ciro había votado con la mayoría por regresar al sur de Italia, que controlaban el rey y los aliados. No se veía a sí mismo en la España de Franco, él, hijo de un hombre al que habían desterrado a Nápoles precisamente por oponerse a los fascistas.

El referéndum era la señal de que no tardarían en repatriarlos. Los

veinticinco marineros que habían votado por reunirse con el ejército de Mussolini en la República de Saló habían dormido en Girona y habían salido esa misma mañana por carretera en dirección a la frontera francesa. ¿Qué podía hacer él sino irse cuando llegara el tren que se los llevaría para siempre del refugio plácido que habían tenido en Caldes de Malavella durante aquellos últimos meses? Al igual que Ovilio, también quería sentirse útil y luchar para acelerar el final de la guerra.

El grito del fotógrafo lo rescató de sus cavilaciones:

—*Tutti a posto!*

El portero tenía los guantes en la mano y le pasó el brazo por encima del hombro. Los delanteros se pasaron instintivamente la mano por el pelo, recién peinado con la raya, y sonrieron a la cámara. Entonces, el fotógrafo disparó e inmortalizó la explosión de alegría de los jugadores italianos, que contaban los días que faltaban para volver a casa. Y, justo en el centro de la imagen, retrató para la posteridad la mirada tranquila de Ciro Sannino, que también desafiaba a la cámara con una sonrisa resuelta: no, no podía quedarse en Caldes, ni tampoco podía proponerle a la muchacha que se fueran juntos a Nápoles: Joana tenía dos hijos y no podía dejarlos solos en Caldes ni podían llevárselos a Italia. Su historia había llegado al final.

La última noche, antes de subir a la habitación, Ciro se acercó a la cocina para despedirse de Antonio. Lo encontró una vez más sentado con Ovilio en la sala de cuarentena; tenían una botella de vino de los oficiales encima de la mesa y parecían muy animados. Ciro llevaba las últimas noticias confidenciales que conseguía en el lugar privilegiado que ocupaba junto al comandante Imperiali desde que le habían encargado las cuestiones organizativas del referéndum.

—Están buscando al asesino de la Francesa entre los contactos del maquis en el pueblo. Piensan que tal vez un grupo de rezagados tenía que ponerse en contacto con los hombres de la caseta y que ahora se han quedado aislados en estos bosques. Puede que tú y tu amigo de can Rabassa debierais esconderos durante unos meses; al final quizás os acaben cargando a la muerta.

Antonio se encogió de hombros, dando a entender que en aquel punto no podía cambiar de vida. Le ofreció un vaso de vino. Ciro lo rechazó con una enorme sonrisa y abrazó al cocinero. Luego se despidió de Ovilio con un gesto de la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

—Nos vemos arriba —le dijo.

Cuando ya estaba a punto de salir de la sala de cuarentena, se detuvo y se volvió de nuevo hacia Antonio.

—Un pajarito me ha dicho que están buscando un collar de esmeraldas verdes que ha desaparecido del equipaje de la Francesa.

—Un collar como ese salvaría de la miseria a muchas familias destrozadas por los fascistas —dijo Antonio, clavando la mirada en el suelo.

Ciro se volvió una última vez hacia los ornamentos moriscos del portal que le habían hecho soñar con *Las mil y una noches* aquella madrugada de enero, cuando llegaron a Caldes de Malavella. La comitiva acababa de ponerse en marcha desde la explanada del Vichy Catalán. A ambos lados de la carretera había gente aclamándolos. A la una y media en punto de aquel 5 de julio hacía un calor espantoso. Mientras desfilaban, admiró una vez más las dos hileras de plátanos tiernos y majestuosos que flanqueaban los quinientos metros de la avenida de la estación: algunas hojas amarilleaban, pero la altura de los árboles empezaba a ser extraordinaria y la sombra que daban era fresca; a primera hora de la tarde resultaba agradable.

La noche de enero que habían llegado, congelados, vestidos tan solo con los uniformes de verano que les había procurado la marina española, los plátanos estaban desnudos, pero sus copas jóvenes ya se veían enormes y habían sido la primera señal de que habían ido a parar a un sitio más elegante que la zona militar del puerto de Maó. Los últimos seis meses lo habían confirmado: mientras Europa se desangraba en una guerra inacabable, aquella villa balnearia les había proporcionado un oasis bonito, seguro y bastante confortable.

Cuando la formación de los marineros italianos llegó a la estación, al sargento Serrano y a un grupo de agentes de la Guardia Civil desplazados desde los pueblos de los alrededores les costó abrirles un pasillo y hacerlos desfilar entre la multitud descontrolada, que había ocupado toda la explanada.

La gente parecía enloquecida; aplaudía y gritaba vivas entusiasmados a Italia. Todo el pueblo estaba allí: el alcalde, los concejales, el juez de paz, el párroco, la delegada de la Sección Femenina, el maestro, los administradores de los balnearios, los tenderos enriquecidos por las mensualidades de los italianos, los payeses que los habían alimentado a cambio de trabajo. Y también las mujeres que habían suspirado por aquel grupo de jóvenes enamoradizos, víctimas de la nostalgia que les causaba estar lejos de la familia. La chiquillería corría de un lado a otro con el entusiasmo de estar viviendo unas horas extraordinarias, lejos del control de los adultos, que solo estaban pendientes de la despedida.

Quimeta consiguió introducirse en el pasillo de los que desfilaban justo cuando ya se preparaban para entrar en el andén. Se colgó del cuello de Ovilio y le gritó al oído:

—¡Para que no me olvides! Ayer fui a Girona a buscarla.

Le dio un último beso en la mejilla y le entregó una copia de la foto que se habían sacado el día que habían ido a Girona a ver la corrida. Se los veía risueños y felices, en la cubierta de un barco muy lujoso: ella sentada en una tumbona de madera con un clavel rojo en la oreja y un ramo entero, también de claveles, en el regazo; él, de rodillas a su lado, le cogía la mano. Detrás de ellos, de pie, pero en segundo plano, Ciro y Joana se comían con los ojos, pero tenían un punto de tristeza en la mirada.

—Espera, voy a escribirte la dirección. ¡Y pobre de ti si no me mandas una carta todas las semanas! —dijo cuando la comitiva empezaba a entrar en la zona cerrada.

Ovilio se guardó la foto en la cartera y puso una margarita blanca en la oreja de la muchacha; la llevaba en la mano desde la entrada del balneario. Le sonrió y echó a correr para alcanzar a los demás. Para entrar en la estación tuvo que esperar a que el sargento de la Guardia Civil le cediera el paso.

—*Spero che tu marcisca all'inferno, fascista!* —le escupió a la cara cuando finalmente puso los pies en el andén.

Un tren larguísimo, con veintiocho vagones de mercancías destinados a los marineros y dos coches de pasajeros reservados a los oficiales, esperaba con la caldera encendida, a punto para atender la orden de partida. El andén estaba

libre de las pilas de cajones de las empresas embotelladoras de agua mineral, que la tarde anterior habían retirado con diligencia los operarios. Los vagones estaban recubiertos con damascos verdes; sobre ellos, las autoridades habían ordenado colgar rótulos de fondo blanco con inscripciones en letras rojas muy elaboradas: ¡Arriba España!, ¡Viva Italia!, ¡Viva la Marina! De la máquina colgaban dos grandes banderas italianas, una en cada lado.

Cuando finalmente los marineros pudieron subir al tren, las mujeres que estaban en la primera fila de la explanada decidieron acercarse y volvieron loco al sargento, que no encontró la manera de frenarlas. Al cabo de poco ya habían invadido el andén para despedirse por última vez como Dios manda de aquel millar de jóvenes que les habían revolucionado el pueblo y que a ratos las habían ayudado a soñar a pesar de la crueldad insoportable de la posguerra. Algunas lloraban sin disimulo; sus maridos, de pie a su lado, las miraban avergonzados.

En el centro de la primera fila destacaba el grupo de los tres italianos que se quedaban en tierra: Iori, Montesi y Parisi habían formalizado los noviazgos con Maria Vendrell, Rosa Corominas y Conxita Jovanet, y eran los únicos que habían sido autorizados a quedarse. Estaban de pie entre la gente de Caldes, mirando con emoción a los compañeros que partían, pero también felices y con la cara roja como un pimiento por las carantoñas que les hacían sus chicas. Ciro pensó que era raro verlos ahí abajo, al otro lado, con *los otros*; para esos tres, la guerra había terminado. Se preguntó si no se arrepentiría de no haberlos imitado. La guerra de sentimientos que libraba era desigual: sentía un punto de nostalgia por la partida, pero sobre todo tenía cosquillas en el estómago pensando en el regreso a casa.

Un movimiento a sus espaldas lo distrajo de las cavilaciones. Ovilio le tocaba el codo y le señalaba con los ojos a dos compañeros que habían saltado al otro lado del tren y que se alejaban reptando por las vías en dirección a los campos de maíz. Se alarmaron cuando descubrieron a su lado al comandante Imperiali, que también había visto a los que huían, pero se tranquilizaron al advertir que miraba la escena con una sonrisa pícaro en los labios, y comprendieron que no pensaba delatarlos.

Ciro también sonrió burlesco cuando se colgó del estribo y vio a

Italo Pizzo soltándose de los brazos de la guardabarrera de Riudellots, que se desesperaba viendo que se le escapaba la última oportunidad de retenerlo. Cuando hubo subido al vagón, Pizzo extendió de nuevo una mano hacia la muchacha y le mandaba besos con los labios, que soplabá entre risas; pero en su cabeza ya hacía horas que solo pensaba en Carla, su antigua novia, que lo estaría esperando al final de la guerra en San Remo.

Ovilio también se había colgado del estribo y buscaba a Quimeta, que había desaparecido de repente entre las piernas de los que gritaban y aplaudían: buscaba la margarita blanca que Ovilio le había colocado en la oreja; con todo el revuelo, se le había caído al suelo. Cuando descubrió la flor, pisoteada por los pies de los que se aglomeraban en el andén, maldijo y volvió a tirarla al suelo con rabia. Se reincorporó y vio que Ovilio movía desesperadamente los brazos para llamar su atención. Ciro, en cambio, tenía una expresión de desconcierto; hacía rato que examinaba una a una a las chicas del andén, extrañado al no ver a la mujer que esperaba. ¿Acaso se había quedado bloqueada en la explanada exterior? La descubrió en el último momento, un poco apartada, en la zona de la cantina. Joana estaba apoyada a la sombra de un anuncio de agua mineral, con Mercè y Feliu cogidos de la mano. Ciro le sonrió y agitó alegre los dos brazos. A sus espaldas, Ovilio aún estaba agitando una mano a Quimeta, pero lo hacía de manera más tímida, un poco nerviosa, y parecía cada vez más afectado, porque tenía los ojos llenos de lágrimas; con la otra mano, tocaba la cartera, para asegurarse de que la foto que acababa de regalarle la costurera de Vidreres seguía en su sitio: se llevaba un tesoro y no podía perderlo.

Cuando la máquina arrancó, una nube de pañuelos blancos se levantó entre el público y se agitó con entusiasmo para despedir por última vez una convivencia que terminaba de forma tan inesperada como había comenzado. Desde todos los vagones, los marineros se asomaban hacia fuera, para mirar atrás y despedir con agradecimiento a toda aquella gente que los había acogido como si fueran de la familia. Pero el tren empezaba a coger velocidad y no distinguían el mar de lágrimas que inundaba la explanada.

Ciro, que seguía colgado del estribo del vagón, levantó una última vez los brazos hacia la zona de la cantina, donde Joana había soltado las manos de Mercè y Feliu. A medida que se alejaban, la figura se fue empequeñeciendo y ya no pudo ver cómo se tocaba la barriga con delicadeza, con las dos manos.

Joana se levantó cuando ya había amanecido. Sin ropa que lavar, era la primera vez en seis meses que podía amanecer tan tarde y se sentía extraña. Entró en la cocina para lavarse. El bochorno de la tarde anterior en la estación la había dejado agotada; últimamente perdía las fuerzas con facilidad. Mientras se bebía un vaso de agua pensó que debería buscar un par de casas donde trabajar por horas, antes de ir todos los días a las ocho a can Bardala. Hundió la cabeza en la palangana y se lavó el cuello y la cara. Luego, con la toalla atada a la cabeza, extendió los brazos y cogió la lata de aceitunas que tenía en el alféizar de la ventana: tres pimpollos aún muy tiernos de clavel de poeta abrían las primeras hojas, de un verde vivísimo; los regó con medio vaso de agua y colocó la lata en la parte exterior de la ventana, para aprovechar el sol que penetraba con timidez desde levante, al otro lado de la riera. Aquel verano todavía no florecerían, pero estaba dispuesta a esperar un año entero. Con el sol de cara no vio llegar a la mariposa, que era majestuosa, con rayas amarillas y negras en las alas, y que voló un par de veces por encima del tiesto sin llegar a posarse sobre las plantas. Parecía decepcionada porque no había ninguna flor para chupar y se fue volando hacia arriba, por la riera, hasta más allá del lavadero y los tendederos. Joana se quedó mirando cómo se alejaba. Pensó que era enorme, seguramente una reina, quizás la misma que habían visto en los márgenes del huerto de Surroca aquel día que se habían tumbado sobre el listón para ver pasar las nubes y comer fresas. Se tocó con delicadeza la barriga, cerró los ojos y sonrió.

A esa hora, el tren avanzaba poco a poco en medio de un desierto pedregoso, camino de Zaragoza. El convoy ya solo se detenía para proveerse de agua y carbón, pero se desplazaban a un ritmo desesperante y los marineros se inquietaban, porque hasta ese momento nadie les había aclarado adónde los llevaban ni cuándo tenían previsto llegar.

La tarde anterior, en cuanto llegaron a la estación, vieron con un punto de sorpresa que la locomotora no estaba orientada hacia el norte, en dirección a la frontera francesa, sino hacia el sur, y solo entonces comprendieron que el regreso a casa no sería tan rápido como deseaban. A pesar de todo, cuando el maquinista lanzó un silbido sostenido y el tren arrancó, los marineros estallaron en un aplauso que se mezcló con los gritos de la gente del pueblo que los aclamaba. Solo cuando la estación de Caldes de Malavella quedó atrás, la tropa recuperó la calma. Entonces, los oficiales les recordaron que la frontera hispano-francesa aún estaba controlada por los alemanes y dieron por hecho que el tren se dirigiría a un puerto del sur de España, desde donde embarcarían hacia Italia.

—¡Por mar, un regreso como Dios manda! —aplaudió Ciro en voz alta.

Cuatro o cinco horas más tarde, cuando el sol ya se escondía, llegaron a la estación de Francia de Barcelona, donde fueron recibidos por los niños y niñas de la colonia italiana, que agitaban sus pañuelos. También los esperaban quienes se habían tratado de enfermedades pulmonares en un centro especializado del Montseny, que parecían incluso más felices que sus camaradas, porque en la montaña se habían sentido muy solos y habían sentido añoranza, como chiquillos. Ciro y Ovilio se habían adormilado poco después de que el tren se hubiera puesto de nuevo en marcha, y la salida del sol los había despertado en medio de un paisaje desolado, un poco después de la estación de Lleida.

Con el sol del mediodía, dejaron atrás Zaragoza y, entrada ya la segunda noche, llegaron a Madrid, donde la embajada italiana les había preparado una bolsa con provisiones un poco escasa, pero que sirvió a los marineros para descubrir una fruta de color amarillo, larga y fácil de pelar, que les pareció

riquísima: los plátanos de Canarias. También recogieron a un grupo de prisioneros que procedían del campo de concentración de Miranda de Ebro, que no parecían haber pasado demasiadas calamidades: la mayoría eran fascistas, y los carceleros españoles los habían tratado con deferencia y los habían acogido en sus propias dependencias, como invitados. Antes de retomar la marcha hacia el sur de España, apareció en la estación la esposa del cónsul italiano, la marquesa Marika Guglielmi, que se paseó como una vedete repartiendo sonrisas y paquetes de cigarrillos americanos por todos los vagones.

Más al sur de Madrid, el paisaje era cada vez más seco. Los italianos descubrían una España rural que les parecía más pobre que la que habían compartido durante todos aquellos meses. De día, el calor era infernal. Todos estaban sucios, sudados y deshidratados, y en las paradas se peleaban por lanzarse bajo los depósitos que cargaban la locomotora de agua, entre las risas de los operarios españoles, que se divertían rociándolos.

La madrugada del 7 de julio pasaron por Córdoba: el tren aún avanzaba más lento que en días anteriores, de modo que los marineros empezaron a temer que no llegarían a su destino y que nunca volverían a casa. Pero ese mismo día, a última hora de la tarde, cuando el sol comenzaba a ocultarse, se llevaron una agradable sorpresa: el mar se abrió inmenso ante sus ojos, como un regalo esperado desde hacía una eternidad. Cuando entraron en el puerto de Algeciras, respiraron el aire salado por primera vez en siete meses y se llenaron los pulmones de él. Desde el tren, Ciro fue el primero en reconocer uno de los barcos amarrados en el muelle exterior del puerto, el crucero italiano *Duca d'Aosta*. Lo recordaba muy bien, porque lo había admirado navegando junto al *Roma* aquel fatídico 9 de septiembre, cuando la flota italiana había dado media vuelta justo en la entrada de las bocas de Bonifacio, tras descubrir que la base de La Maddalena acababa de ser ocupada por los alemanes.

El mar los puso de buen humor y la nave de guerra italiana los hizo sentirse más cerca de la patria. Ovilio, que a la partida de Caldes se había mostrado hosco, parecía ahora más eufórico. Pero aún tuvieron que esperar horas para subir a bordo, y hasta el amanecer no completaron el embarque de

todos los hombres que debían ser repatriados.

Cuando finalmente el *Duca d'Aosta* maniobró para separarse del muelle, puso punto final a la aventura española de los supervivientes del *Roma*, que tendría que haber durado veinticuatro horas y había acabado alargándose durante más de diez meses.

La vista de la costa sarda revolucionó a los marineros. En la cubierta del *Duca d'Aosta* respiraban la misma salobridad de Maó y de Algeciras, pero ahora sentían que respiraban aire italiano. Todos los hombres se habían reunido en proa, con la mirada clavada en las montañas que se insinuaban ante ellos; cada minuto que pasaba se acercaban más a su hogar, y esta vez empezaban a creerse que era verdad. Ciro y Ovilio volvían a hablar de lo que harían cuando terminara la guerra, convencidos de que el momento estaba a punto de llegar. Ovilio aseguraba que quería aprovechar su paso por la radio del *Roma* para buscar trabajo en el Ministerio de Defensa. Ciro no decía nada. Se asomaba a la borda y miraba las manchas blancas que levantaba el *Duca d'Aosta*, que navegaba a toda velocidad. Estuvo un rato con la cabeza colgando por fuera de la borda, después se incorporó y se puso serio.

—Ya no podría vivir sin el mar. Definitivamente, no pararé hasta ser capitán de la marina mercante. Vayamos a babor —propuso entonces por sorpresa—. Si pusiéramos proa al norte, en pocas horas estaríamos en el golfo de Asinara.

Ciro y Ovilio se pusieron firmes, mirando a Cerdeña, y se llevaron la mano a la sien, en posición de saludo militar; acababan de darse cuenta de que se encontraban en el punto del trayecto más próximo al escenario de la tragedia del *Roma*. Algunos marineros, que comprendieron la intención de su gesto, se acercaron a ellos y los imitaron. La noticia corrió por todo el barco, y al cabo de un rato el capitán se llevó un susto, porque de repente el *Duca*

d'Aosta se escoró hacia babor. Sacó la cabeza por el puente de mando y el corazón le dio un vuelco: el millar de marineros que había recogido en Algeciras se habían congregado en cubierta, mirando hacia Asinara, haciendo el saludo militar. Cuando entendió lo que ocurría, disminuyó la velocidad y ordenó a su segundo que hiciera sonar la sirena en homenaje a los mil trescientos italianos arrastrados por el *Roma* al fondo del mar aquel fatídico 9 de septiembre. Pronto se cumpliría un año.

Abril de 1964.

Veinte años después, en las costas de Cerdeña

Aquel era su primer viaje como capitán. El *Nicoletta* había cargado en Messina maquinaria agrícola, tractores y piezas de recambio, y también vajillas de barro, cubos de plástico y conservas en lata, que habían descargado en Bengasi y Trípoli. De regreso habían transportado bidones de petróleo hasta Carloforte, en la isla sarda de San Pietro, y aún tenían que descargar una partida de hatos de pieles sin tratar que estaban destinadas al puerto de Livorno. Empezó a remontar la costa occidental de Cerdeña más nervioso que en ningún otro momento del trayecto, y cuando sobrepasó el puerto de Alguer, cogió los prismáticos para escrutar más allá de la proa, hacia el norte, y no los soltó hasta que descubrió el paisaje pelado de Punta dello Scorno.

Cuando doblaron la punta norte de la isla de Cerdeña, se encontraron de cara el gregal que se despertaba en la bahía de Asinara. Entonces, el capitán Ciro Sannino ordenó a los tripulantes que se pusieran en posición, redujo la velocidad al mínimo, casi hasta detener el barco, e hizo sonar la sirena. A continuación, salió a la cubierta de estribor e hizo el saludo militar, con la mirada perdida en aquel brazo de mar que separaba las islas de Córcega y Cerdeña. Dos de sus hombres le entregaron la corona de flores que habían encargado en San Pietro y él la arrojó al mar, por encima de la borda. Después, rezó una oración por el alma de las víctimas del naufragio.

El gregal se llevó la corona de flores mar adentro, entre las manchas blancas de las olas que se rompían. Se encontraban en el punto exacto donde las dos bombas lanzadas por el bombardero alemán habían acertado de lleno el *Roma* y habían causado la deflagración del depósito de municiones de las baterías de proa. Había revivido mil veces aquella escena. Recordó una vez más las dos mitades del barco hundiéndose y se volvió a sentir solo en medio del mar, tratando de alejarse por temor a que se formaran remolinos, nadando hasta la extenuación. De pie en la cubierta del *Nicoletta* sintió que las fuerzas lo abandonaban: no se notaba las piernas, echaba de menos el aire y se vio muerto, como si aquel 9 de septiembre de 1943 las barcas del *Fuciliere* no

hubieran acudido a rescatarlo.

Cuando la corona se perdió mar adentro, sacó la foto de la cartera. Desde un balcón, cinco chicos miraban hacia abajo, a la cámara, con el brazo por encima del hombro: Ovilio, Santo, Gavino, el Poeta y él mismo se reían llenos de vida en el balcón de A Cabannetta de Cianderlin, esa tarde en la que pensaban que la guerra no podía hacerles ningún daño. Recordó especialmente a Gavino, que si se hubiera lanzado al agua y se hubiera salvado, a esa hora de la mañana estaría sacando el pescado de las redes recién recogidas en aquellas mismas aguas. También echó de menos a Santo, que había descubierto demasiado tarde que la guerra que tanto deseaba se había transformado en un infierno en ese mar que ahora parecía tan plácido. Y al Poeta, que no había podido convertirse en el primer universitario de Biassa. Volvió a guardar la foto en la cartera y pensó que cuando llegaran a puerto tenía que llamar a Ovilio a Roma y que debían quedar.

Y desde ese día, siempre que navegaba por las aguas de Asinara, el capitán de la marina mercante italiana Ciro Sannino reducía la velocidad de las naves que comandaba, hacía sonar la sirena y rezaba una oración por el alma de los mil trescientos compañeros caídos en el naufragio del *Roma*. Sobre todo por Gavino, Santo y el Poeta, que habían descubierto demasiado tarde que, en el golfo de Asinara, aquella maldita tarde del 9 de septiembre de 1943, Dios había dejado de ser inmortal. O a lo mejor, simplemente, no combatía de su lado.

CUARTA PARTE



La familia italiana

I

*Génova,
27-29 de julio de 2017*

Sonó el teléfono y descolgó Gabriella, que se había pasado por el piso para regar las plantas, porque nosotros estábamos de vacaciones en Emilia Romagna. Llamaban desde Cataluña, de un pueblo llamado Caldes de Malavella, y preguntaban por Ciro, por algo relacionado con los supervivientes del *Roma*. Mi nieta les informó de que no volveríamos a Génova hasta finales de verano y les dio el número del móvil, por si querían localizarnos en Coriano, en la casita de campo de mi familia. Llamaron ese mismo día y fui yo quien descolgué, pero no entendí casi nada, solo que era una tal Adela que buscaba a Ciro. Le pasé el *telefonino* a mi marido, que hizo esfuerzos inútiles por entender a esa mujer, que solo hablaba español. Él tampoco se aclaraba, pero intentaba ser amable y no paraba de repetir:

—Claro, claro.

Al parecer, la mujer le estaba diciendo que tenía un hijo en Caldes de Malavella y el pobre Ciro se limitaba a contestar:

—Claro, claro.

Tras esa primera llamada, la mujer llamaba todos los días, a todas horas. Debía de ser una vecina ociosa que se había tomado la historia como una aventura, como un pasatiempo. Llamaba a las diez de la noche, a medianoche, a todas horas. Finalmente entendimos que había un matrimonio que quería

conocer a Ciro para hablar de la epopeya española de los supervivientes del *Roma* y, por supuesto, aceptamos recibirlos de buena gana. La mujer, la tal Adela, no se cansaba, venga llamar y venga insistir que cuando vinieran esas dos personas —Mateu y Neus— teníamos que ser amables e invitarlos a comer; que querían tratar un tema delicado y que debíamos extremar la cortesía.

—*Ma che vuole questa...* —le decía yo a Ciro cuando recibíamos todas esas llamadas a horas intempestivas.

Él tampoco lo entendía, pero tenía claro que si era para hablar de los supervivientes del *Roma* y de los meses que los marineros italianos habían pasado en aquel pueblecito al norte de Barcelona, siempre tendríamos las puertas de nuestra casa abiertas. Para aquel matrimonio de Caldes y para cualquier persona.

Por fin, un día, a finales de septiembre de 2004, Mateu y Neus aparecieron en Génova. Desde el primer momento nos dimos cuenta de que eran buena gente, que parecían realmente interesados en reconstruir la estancia de los marineros en su pueblo. Cuando los recibimos en casa, a media tarde, nos acompañaba Martina, otra nieta, que en aquella época vivía en el piso con nosotros.

Estuvimos mucho rato hablando de la vida en Caldes de Malavella, en aquellos años difíciles de la posguerra española. En un momento dado, el hombre, Mateu, sacó una foto y se la enseñó a Ciro.

—¿Reconoces a esta chica? —le preguntó.

—No —contestó Ciro.

—¿Seguro que no?

—No.

—¡Es mi madre!

Entonces sacó otra foto. Se veía a un grupo de marineros italianos a punto de jugar un partido de fútbol. En el centro de la imagen, un chico miraba directamente a la cámara y sonreía. Se parecía mucho a Ciro de joven, pero él no se reconoció. Y tampoco recordaba haber jugado nunca en el equipo de fútbol de los marineros. Mateu no paraba de hacer preguntas, pero siempre acababa volviendo a la chica de la primera foto.

—¿No te suena una chica que hacía la colada en el lavadero del pueblo?

—No, de nada.

Ciro me había explicado que en Caldes llevaba a lavar la ropa a una chica del pueblo y que él y otros marineros bromeaban y decían cosas bonitas a las lavanderas que les hacían la colada. De modo que tal vez no la recordaba, pero la habría podido reconocer perfectamente. En aquella época, Ciro era un chico de veinte años, muy abierto, muy bromista, y se relacionaba con todo el mundo; si llevaba la ropa a lavar a aquella chica, seguro que debía de dedicarle galanterías. De hecho, en una ocasión también me había contado que el día que los marineros se fueron del pueblo, muchas chicas estaban en la estación del tren y lloraban desconsoladas. Pero había pasado mucho tiempo, más de sesenta años, y Ciro solo dijo:

—No, no la recuerdo...

Miré la primera foto, la de la madre de Mateu, y sentí lástima. ¡Pobre chica! Al parecer, estaba casada y tenía hijos, y cuando los supervivientes del *Roma* se fueron de Caldes, enseguida corrió la voz de que estaba embarazada de uno de los marineros. Más tarde, cuando nació el niño, Mateu, todo el mundo le decía: «¡Fijaos en el italianito, que majo es! Es el hijo del marinero...». El chico creció con aquella cantinela en el oído, pero nunca se atrevió a hablar de ello con su madre. De modo que, cuando ella murió, se llevó el secreto a la tumba. Fue justo entonces, al día siguiente de que su madre estuviera muerta y enterrada, cuando Mateu empezó a buscar a su padre. Solo tenía un indicio, la foto del equipo de fútbol de los marineros italianos con el chico risueño que se parecía a él. Y siguiendo esa pista, vino a parar a casa.

Estábamos sentados a una mesa larga, con un mantel de cuadros blancos, rojos y amarillos, en A Cabannetta de Cianderlin, un restaurante en la parte alta de Génova, junto al santuario de la Madonna del Monte. En las puertas y las ventanas del comedor había visillos de ganchillo, y en las paredes un montón de cuadros con dibujos sencillos y fotos antiguas. El suelo era de baldosas, como de fragmentos de mosaico roto; un aparador de cristal

custodiaba recuerdos de otra época. En cuanto nos sentamos, Giovanni nos presentó a su familia. A su madre y a su hermana —la *nonna* Lucia y Francesca— ya las conocíamos, porque unas horas antes, poco después de aterrizar en Génova, les habíamos hecho una visita de cortesía en su piso del barrio de San Fruttuoso. Saludamos a Emma, su mujer, y también a Gabriella, una de sus hijas, y a Tommaso, el hijo de Francesca. Para que la familia estuviera al completo solo faltaba Martina, la otra hija de Giovanni, que vive en Verona. Me tomé la presencia de gran parte de la familia como señal de amabilidad y de su predisposición a hablar abiertamente, sin recelos.

Habíamos devorado un *antipasto* a base de berenjenas a la brasa bañadas en aceite; *frixeu*, que son unos calabacines en tempura; *testa in cassetta*, un embutido elaborado con la cabeza, el corazón y la lengua del cerdo, algo gelatinoso y muy sabroso; *coppa*, el embutido que siempre hace que eche de menos la cabeza de lomo, cada vez menos presente en nuestras carnicerías, y, finalmente, *polpettone* de judías y patatas. Tras liquidar todos los entrantes, apareció el dueño del restaurante, Fulvio, un hombre con una complexión admirable que exhibía con generosidad su musculatura bajo la camiseta imperio blanca que le servía de uniforme. Depositó encima de la mesa una sopera gigante de *minestrone alla genovese*, una especie de sopa de pasta bañada en pesto líquido que en Liguria llaman *scucuzzun*, en recuerdo de la sémola del cuscús. Nos servimos abundantemente de la sopera y luego también dimos cuenta de una enorme bandeja de *tagliatelle*, que también llevaban pesto.

Ante mí, el sol acababa de ponerse por una de las ventanas del comedor, que estaban abiertas de par en par para facilitar el efecto refrescante, balsámico, de la marinada. Más allá de las colinas del Marcarolo, el día se apagaba y teñía el atardecer de tonos rojizos, como los de esos cielos de los belenes de Navidad que se colorean con bombillas disimuladas detrás de las montañas de corcho. La llegada del pesto había arrancado unos minutos de silencio en la mesa y los aproveché para observar con más detenimiento a nuestros anfitriones. Nos habíamos sentado cuatro a cada lado: Tommaso, Gabriella, la *nonna* y Francesca, por este orden, en un lado de la mesa. Emma, Giovanni y Anna, mi mujer me acompañaban en el otro. Detuve la mirada en

Gabriella, que no paraba de hacerle mimos a su abuela, que era la primera que había tomado la palabra para explicar cómo habían vivido la historia de Mateu desde Génova. Las tenía justo enfrente y se veía que entre ambas había una complicidad muy especial. Las muestras de ternura de la nieta eran delicadas: le pasaba la mano por la cara, le acariciaba el pelo y, de vez en cuando, la abrazaba por la espalda y la atraía hacia ella para besarla.

Gabriella había apoyado la cabeza contra la mejilla de la abuela; de repente, se separó y dijo:

—Vamos, *nonna*, explícales la visita del día siguiente, cuando Mateu y Neus volvieron al piso para despedirse. Te pusiste blanca como la cera; parece que te estoy viendo con los ojos como platos y boquiabierto. Estabas conmovida.

Toda la mesa se echó a reír. Aquella debía de ser una historia que se habían repetido una y mil veces, como si se contaran una película. La *nonna* apartó el plato y dedicó una mirada socarrona a su nieta. Luego, la contradujo:

—Tampoco es para tanto, Gabriella. Sorprendida sí me quedé; pero trastornada y conmovida, de ninguna manera. Sin embargo, recuerdo muy bien aquel segundo encuentro.

La primera tarde en el piso no había dado más de sí. Mateu y Neus se habían marchado un poco decepcionados al hotel y al día siguiente volvieron, solo para despedirse. Yo le había dicho a Ciro:

—Sé amable, baja a recibirlos a la puerta, que no se sientan extraños en una ciudad desconocida...

Cuando subieron, no quisieron quedarse demasiado tiempo. Los invité a comer, pero dijeron que tenían prisa, que el camino de vuelta era largo. Ni siquiera se sentaron, estaba claro que querían ponerse en marcha enseguida. Intercambiamos cuatro banalidades, por cortesía, y nos dirigimos a la puerta del piso para despedirnos. Entonces se produjo una escena que nunca he podido olvidar: Mateu abrazó a Ciro, le echó los brazos al cuello, como un niño pequeño, y se echó a llorar. El abrazo debió de impresionar a mi marido, porque se le humedecieron los ojos. Me quedé mirándolos absorta, admirada

por aquellas muestras de efusividad, cuando, de repente, Neus me cogió, me abrazó con fuerza y también se echó a llorar. Conmovida por aquella exhibición tan apasionada, a mí también se me debió de saltar alguna lágrima. ¡Válgame Dios! ¡Qué guirigay! ¡Todo eran llantos! ¡Venga abrazos y suspiros! Nuestras nietas también estaban emocionadas por el espectáculo y los ojos también se les llenaron de lágrimas. ¡Nunca había visto algo así! Si no lloró más gente fue porque aquella mañana, en nuestro piso, no había nadie más.

Finalmente se dijeron que se marchaban y Ciro bajó para acompañarlos hasta la calle. Cuando volvió a subir, nos sentamos a la mesa. Recuerdo que había pollo asado y patatas. Aún estaba perpleja por la escena vivida, y cuando terminé de servir no pude aguantarme.

—*Mamma mia! Come sono affettuosi questi spagnoli.* Abrazos, besos, lágrimas. ¡Caramba, qué melosos son! ¡Cuánta emoción! —exclamé.

Entonces, Ciro lo soltó:

—¡Mateu cree que es hijo mío!

Lo dijo así, de golpe, y me pilló desprevenida. Me quedé de piedra, con la boca muy abierta. Hasta entonces no había entendido de qué iba todo aquello. Resulta que abajo, en el portal, antes de irse, Mateu lo había cogido por banda y le había explicado la sospecha que lo había traído hasta nuestra casa.

—¡Soy tu hijo! —se ve que le dijo.

—Si tú lo dices... —le contestó mi marido, encogiéndose de hombros.

Madre mía. No me lo podía creer.

—Parecía convencido —añadió Ciro—. El hombre se ha marchado muy decepcionado.

Desde aquel día, en casa no se hablaba de otra cosa. Ciro aseguraba que no creía que fuera el padre de Mateu, pero el resto empezamos a dar por hecho que teníamos un nuevo miembro en la familia. Cuando mi marido se sentaba en el sofá para ver la tele, yo le tomaba el pelo:

—Miradlo, angelito: aquí, sentado, con cara de no haber roto un plato, y resulta que va dejando niños esparcidos por el mundo...

Ahora todo eso ya no importa, porque pocos meses después de aquella visita, Ciro murió. Eso sí, antes aún tuvo tiempo de hacerse una prueba; dijo que Mateu merecía una respuesta y él mismo le propuso hacerse los análisis

del ADN.

Fulvio había reaparecido para servir los segundos. Cuando le pregunté si todavía faltaban muchos platos, el hombre de la camiseta blanca me miró con cara de desprecio. Mi orgullo se sintió herido, por lo que tuve que obligarme a recuperar el apetito, como si acabáramos de sentarnos a la mesa. Conseguí hacer un buen papel con el *pollo nostrano alla diavola*, porque lo habían frotado bien con guindillas y el picante me apetecía. Aguanté, más por curiosidad que por hambre, ante una gran fuente de *cima*, ternera rellena con mollejas, criadillas, sesos, huevo, magro de ternera, espalda, mantequilla, piñones, queso, guisantes, setas, ajo, mejorana y otras especias, todo hervido durante horas con verduras, con mucho cuidado, para que el relleno no reviente. Y me rendí definitivamente con el *arrosto di maiale*, que iba acompañado con *patatine e radicchio*.

Cuando dimos cuenta de la última fuente, Giovanni cogió el relevo de la conversación y retomó el relato que la *nonna* había interrumpido bruscamente. Él había sido el encargado de enviar a Caldes las muestras de saliva de Ciro para que las compararan con las de Mateu.

—Cuando enviamos las muestras para los análisis de los ADN, casi no teníamos dudas. A excepción de nuestro padre, que se resistía a creer que sus aventuras en Caldes lo hubieran llevado a tener un hijo, la mayoría estábamos ya convencidos de que sumaríamos un miembro a la familia. Francesca y yo éramos los que estábamos más ilusionados; nos hacía especial ilusión tener un *fratello catalano*. Recogí saliva de papá en un algodón y lo mandé a Caldes para que ellos lo hicieran llegar a unos laboratorios de Barcelona que les habían recomendado. Al cabo de unas semanas recibieron la respuesta y nos la reenviaron enseguida a Génova. Cuando abrimos el mensaje y vimos que los resultados eran negativos, sufrimos una gran decepción.

La muerte de Ciro, en abril de 2005, dos días después de la del papa Juan Pablo II, pareció poner punto final a toda la historia del *fratello*. Los análisis ya nos habían dejado un poco desconcertados y la tristeza por la muerte de papá nos acabó de alejar de Mateu. Durante unos meses, él volvió a

desaparecer de nuestras vidas y nosotros nos olvidamos de todo. Pero aún faltaba un episodio que iba a resucitar la historia y que nos dejaría una profunda huella.

Pocos meses después, cuando ya había terminado aquel verano, volvimos a reunirnos con Mateu y Neus en Génova y los invitamos a cenar. Venían de Florencia, de ver a otro superviviente del *Roma* que de joven también tenía cierto parecido con aquel chico que sonreía en el centro de la foto del equipo de fútbol de los marineros. Pero el viaje había sido un fracaso. En Florencia ni siquiera les recibieron: les dieron con la puerta en las narices y, entre gritos, les amenazaron con denunciarlos a los *carabinieri* si no se marchaban. Esa noche, para acogerlos con la máxima hospitalidad, mi madre había reunido a la familia en su casa, en el piso de San Fruttuoso. Estábamos todos: mamá; Francesca con su hijo, Tommaso, y Emma y yo con nuestras hijas, Martina y Gabriella.

Mateu estuvo toda la cena en silencio. Parecía triste, cabizbajo. Estuvo todo el rato como ausente, con una actitud que también adoptaba a menudo nuestro padre: cuando quería, Ciro podía ser el hombre más simpático del mundo, pero cuando estaba preocupado era impenetrable.

Más tarde, cuando los acompañé al hotel, Mateu aún seguía preocupado. Tendría la mente en algún remoto lugar de su infancia y embistió el cristal de la recepción, confundiéndolo con la puerta; se dio un buen golpe en la cabeza, pero tampoco sirvió para devolverlo a la realidad. Lo recuerdo muy bien, porque aunque era una noche fría de principios de otoño, para nosotros la cena había resultado muy cálida: mamá y todos nosotros habíamos sido felices al recordar aquellos días del primer encuentro, cuando aún estaba papá. Solo hacía seis meses que había muerto y esa noche fue como si lo tuviéramos de nuevo entre nosotros, porque lo cierto era que el parecido con Mateu era extraordinario.

Nunca olvidaremos esa cena. Fue una noche *bellisima*, como le gustaba decir a papá. Sí, ya teníamos los resultados del ADN y sabíamos que eran negativos; la ciencia había dictaminado que Mateu no era hermano nuestro. Pero la cena volvió a despertarnos muchas dudas. Aún perduran.

Los miré uno a uno y comprendí con gran sorpresa que, efectivamente, la familia Sannino al completo seguía convencida de que Mateu era hijo de Ciro. Francesca fue la primera que me había trasladado de forma explícita aquella convicción:

—Yo no habría hecho la prueba. A mí ya me parecía bien tener un nuevo hermano, no necesitaba comprobar nada. De hecho, unos meses antes de que Mateu y Neus entraran en nuestras vidas, yo había hecho unas constelaciones familiares. ¿Sabes qué son? Me salió que tenía un hermano en España. De modo que, cuando llegaron a Génova, a casa de nuestros padres, y explicaron su historia, no me sorprendió, la di por buena. No me hacía falta ninguna prueba, ningún análisis.

Francesca me lo había dicho cuando subíamos hacia el restaurante en su coche. En cuanto salimos del piso de la *nonna* me había cogido del brazo y les había anunciado a todos:

—Rafel se viene conmigo.

Tenía ganas de explicarme su visión de aquella historia y enseguida intuí que no debía de ser necesariamente ortodoxa. Una vez en el coche, insistió:

—Hay cosas que están por encima de la ciencia. Tú mismo, ¿por qué escribes esta historia de un superviviente del *Roma*? ¿Qué te interesa de ella? Seguramente persigues tus orígenes, solo que has optado por hacerlo por persona interpuesta. ¿Cuántos sois en casa? ¿Doce? ¿Uno murió ahogado en el mar? ¿Lo ves? El mar que estuvo a punto de tragarse a mi padre el día que la aviación alemana hundió el *Roma*, años después se llevó a tu hermano. Y ahora escribes la historia de un hombre que busca a su padre, pero quizás buscas a tu hermano y a través de él indagas sobre tus orígenes.

En el comedor de A Cabannetta, cuando Giovanni había terminado de explicar la desilusión de toda la familia por el resultado negativo de la prueba de paternidad de Ciro, Francesca insistió:

—Yo no habría hecho la prueba. A todos nos hacía gracia la aparición de Mateu y, en todo caso, su historia no dejaba a nadie indiferente. El jolgorio duró muchos días en casa. Cuando Mateu y Neus se fueron, no hablábamos de otra cosa, pero puedes estar seguro de que ninguno de nosotros veía ningún

problema en tener un nuevo hermano catalán. ¡Ni mamá! De hecho, ella no había conocido a su marido hasta después de que terminara la guerra, en el año 1947, mucho después de todo lo que pudiera haber pasado en Maó y en Caldes. Porque allí pasó algo. Eso seguro. Piensa que, de joven, papá era un chico muy extrovertido, con mucho carisma. Unas pocas palabras le bastaban para iniciar una conversación en cualquier idioma y con los gestos terminaba de hacerse entender. De niño, en Nápoles, era un chico de la calle, convencido de que con su esfuerzo saldría adelante y dejaría atrás las privaciones. Estudió como un animal para prosperar desde la nada y llegar a ser capitán de barco. Y también desarrolló un talento natural, que sabía aplicar a las pequeñas cosas cotidianas: era un manitas, hacía modelismo, tenía una letra clarísima; siempre contaba historias y cantaba canciones; entonaba muy bien. Era divertido y contagiaba su entusiasmo...

—¿Silbaba? —interrumpí a Francesca.

—¿Quién?

—Tu padre.

—¿Por qué lo preguntas?

—El marinero que llevaba la ropa a lavar a la madre de Mateu se hacía notar porque todas las tardes llegaba al lavadero de Caldes silbando alguna canción napolitana.

—Era él, seguro. Sí, papá siempre silbaba. En el *Roma* le habían asignado funciones de *nochiere*: seguramente sabes que el silbato es el instrumento que los contramaestres usan para el saludo que deben hacer a sus mandos y, también la herramienta para transmitir las órdenes a bordo; siempre llevan un silbato atado al cuello. Puede que por eso se acostumbrara a silbar y siempre canciones napolitanas.

Fulvio acababa de servir el postre: *torta de la nonna* (con limón y piñones); *crostata*, *sorbetto alla canela* y *semifredo* con moras. La *nonna* se desentendió de todas aquellas fuentes, miró de reojo a Francesca y volvió a protestar, como había hecho antes con Gabriella.

—¡Vamos, Francesca! ¡Cualquiera puede silbar! Antes todo el mundo lo

hacía. Los mil marineros de Caldes debían de silbar en un momento u otro del día. A ver si ahora resulta que un silbido sirve de prueba de paternidad...

Dicho esto, se levantó y salió a la calle.

—¿Adónde va? —pregunté un poco inquieto, porque anocheecía y la calle era muy empinada—. ¿No es peligroso que salga sola?

—Tranquilo, no se va. Solo sale a fumar —aclaró Giovanni.

—¿La *nonna* fuma?

—A sus ochenta y ocho años los médicos ya se han cansado de insistir y han dejado de sermonearla. Ella lo aprovecha para fumarse medio paquete de MS al día. Es la única de la familia que aún fuma; cuando salimos a cenar fuera, le gusta escaparse y fumarse un cigarrillo en la puerta del restaurante.

La *nonna* se había sentado en la silla que el hombre de la camiseta blanca tenía en el umbral de la casa, para tomar el fresco. Fuera estaba oscuro y vi cómo encendía el cigarrillo. Anna me hizo un gesto con la cabeza y salió a hacerle compañía. Cuando llegó a la puerta oyó a la *nonna* mascullando, risueña:

—*Cazzo di Ciro!*, me la pegaste bien ocultándome esta historia. He estado más de cincuenta años en la luna y ahora mira en qué lío nos has metido.

—Y que lo digas, *nonna*. Esta familia se ha vuelto loca —sentenció Tomasso, que había salido a acompañar a la abuela.

Anna no se había dado cuenta de que había alguien con ella.

—Veo que no compartes el entusiasmo de los demás —le dijo al chico de Francesca cuando lo vio a su lado.

—A mí me da igual; si les hace ilusión tener parientes catalanes, no tengo nada que decir, pero a veces son como niños. Se entusiasmaron con las pruebas de ADN y cuando llegaron los resultados, cualquiera habría dicho que nos iba la vida en ello hasta un punto en que parecía que se nos había muerto alguien. Hasta que, poco después, la muerte real del *nonno* hizo aterrizar a toda la familia.

En la sala, Giovanni me hizo un gesto para que lo siguiera y nos dirigimos hacia el balcón del restaurante. A Cabannetta está en un extremo de la explanada de la Madonna del Monte, el monasterio de franciscanos que parece presidir la ciudad de Génova desde lo alto. Justo cuando iba a poner el pie en

el balcón, un cartel colgado en la puerta me inquietó: «Solo due persone in balconcino panoramico», decía. El estado del balcón era realmente ruinoso y era evidente que no podía aguantar mucho peso, pero la vista de la ciudad, que acababa de iluminarse, era excepcional y preferí arriesgarme. Desde arriba, Génova se extendía como una serpiente acostada resiguiendo la costa; en el centro se dibujaban con claridad los brazos del puerto, antiguamente tan elegantes y hoy víctimas de un urbanismo excesivo; en un extremo, al oeste, parpadeaba la luz intermitente de la Lanterna, el faro que lleva indicando el camino a los barcos desde la época gloriosa de La Superba, cuando Génova era una gran república marítima. Una nube negra se acercaba amenazante desde poniente, sobre las aguas que habían servido de escenario al día a día del capitán de la marina mercante Ciro Sannino. Solo entonces me fijé en las flores de la barandilla de hierro del balcón y reconocí la estampa: aquí, en el *balconcino* de A Cabannetta de Cianderlin, Ciro se había sacado la foto con Ovilio, Santo, Gavino y el Poeta en vísperas del armisticio, en aquellos días de finales de verano de 1943, cuando se sentían inmortales y especulaban ingenuamente sobre el inminente final de la guerra.

Cuando volvimos al comedor, Giovanni salió a buscar a su madre y por un momento me quedé a solas con Gabriella.

—Para mí está muy claro, Mateu es hijo del *nonno* —me dijo por sorpresa la nieta.

Tardé en reaccionar. Cuando quise tirar del hilo, habían servido los cafés y las grapas y todos habían vuelto a ocupar sus sitios en la mesa.

II

Volvimos al hotel agotados, pero aun así fuimos al bar a tomar una copa, para comentar la cena. Anna estaba impresionada por la fuerza y la vitalidad de la *nonna*. Al salir del restaurante, cuando nos dirigíamos a los coches, le había ofrecido el brazo, porque el camino era irregular y peligroso: primero había que subir unos escalones muy empinados y luego bajar por una calle que estaba empedrada de manera muy torpe. Mi mujer había aprovechado para satisfacer su curiosidad:

—¿Cuántos cigarrillos fumas al día?

—¿Cinco? ¿Diez...? —se preguntó la *nonna*.

—Eso, confiesa, confiesa. ¿Cuántos fumas? —las interrumpió Francesca, que se acercaba por detrás porque era la encargada de bajar a la abuela en su coche.

En el bar del hotel, con una última grapa en la mano, Anna y yo repasamos aquella noche en A Cabannetta de Cianderlin y coincidimos en que había sido una experiencia magnífica, en todos los sentidos. Después, ya en la habitación, me conecté a la red y aproveché para enviar un par de correos electrónicos: el primero a Giovanni, para agradecerle la cordialidad con la que nos había acompañado toda la familia; otro a Mateu y Neus, para mandarles recuerdos y explicarles cómo había ido el primer encuentro con su *famiglia italiana*.

Cerré el portátil y me tumbé en la cama. Cerré los ojos y repasé una vez más los momentos más sorprendentes del encuentro.

«Para mí está muy claro, Mateu es hijo del *nonno*», había dicho Gabriella

justo antes de que la llegada de los cafés y las grapas interrumpiera nuestra conversación.

Lejos de conciliar el sueño, las preguntas se amontonaban en mi cabeza. La *nonna* Lucia, Giovanni y Francesca habían vivido aquella historia con demasiadas implicaciones; la nieta podía haberla observado con cierta distancia. ¿Cómo habían reaccionado de verdad Ciro, la *nonna*, Giovanni y Francesca la primera vez que cada uno de ellos fue consciente de que Mateu estaba convencido de ser el hijo de Ciro? ¿La llegada de dos desconocidos a su casa con esa sorprendente pretensión no había provocado ninguna sospecha? ¿Ningún temor? ¿Ninguna suspicacia? ¿Ni en los primeros momentos? Cuando ya se habían medio hecho a la idea de tener un hermano en Caldes, ¿los resultados negativos de la prueba del ADN habían provocado realmente una desilusión tan grande como decían? ¿Cómo veían ahora las cosas, doce años después, con la perspectiva del paso del tiempo? Y, por último, ¿de dónde salía aquel convencimiento de Gabriella de que Mateu era hijo del *nonno*, a pesar del resultado inapelable de los análisis de ADN? ¿Se habían enviado correctamente las muestras?

Me incorporé y volví a abrir la pantalla; quería poner por escrito todas las preguntas pendientes. Decidí retomar la conversación con Gabriela y le escribí: «Gabriella, ¿qué pasó exactamente en aquel segundo encuentro con Mateu y Neus, en octubre de 2005? ¿Qué fue lo que os sorprendió tanto hasta el punto de volveros a convencer de que Mateu podía ser uno más de la familia?».

Respiré profundamente, crucé los dedos y mandé el correo.

III

Al día siguiente nos levantamos temprano. La lluvia, que finalmente había descargado sobre Génova, había dejado un cielo limpio y transparente que invitaba a espabilarse. Tenía un montón de correos en el buzón de entrada: Giovanni celebraba que nos hubiéramos conocido y se mostraba abierto a seguir en contacto; también nos sugería un recorrido de cinco o seis horas a pie por Génova y se ofrecía a acompañarnos. Mateu y Neus se alegraban de la buena acogida que habíamos tenido en Génova, dedicaban todo tipo de elogios a sus hermanos italianos y nos invitaban a mí y a Anna a la fiesta mayor de Caldes de Malavella, el primer fin de semana de agosto. Finalmente, Gabriella me escribía el correo más extenso de todos y contestaba, punto por punto, a la mayoría de mis interrogantes.

Hola, Rafel.

Gracias por haberte interesado por «nuestra» historia familiar. Estamos orgullosos del abuelo Ciro y de su vida, de cómo ha criado a sus dos hijos y de cómo nos ha educado a nosotras, sus nietas. Estamos orgullosas como pocos nietos lo están de sus abuelos.

Para responder a tus preguntas debo insistir en que la llegada de Mateu y Neus no supuso ningún problema ni creo tensiones en nuestra familia. Al contrario. Yo lo viví al principio desde fuera, pero, por lo que recuerdo, todos recibimos la noticia con serenidad y también con mucho interés. El sentimiento que creo que prevaleció fue la curiosidad: saber si

efectivamente existía ese hermano, si lo era a todos los efectos y qué vida habría llevado hasta entonces. No hubo temor o celos, porque se hablaba de hechos ocurridos antes de que el nonno conociera a la nonna y antes de que tuvieran hijos —mi padre, Giovanni, y mi tía Francesca—. Así pues, no creo que provocara suspicacias de ningún tipo. Como te decía, era más fuerte la curiosidad que sentíamos ante aquella historia inesperada, que todos nosotros empezábamos a vivir.

Una vez conocimos el resultado negativo de la prueba del ADN, algo de decepción sí hubo, sobre todo porque nosotros, como familia, ponemos el corazón en todo lo que hacemos, en lo que vivimos y en la forma en que afrontamos la vida. A veces puede que nos creamos expectativas que luego se desmoronan, como en este caso, frente a la ciencia... Pero, como te he dicho en la cena, el resultado de la prueba no se corresponde con la realidad: no lo sabremos nunca si no es repitiendo los análisis, pero, por lo que a mí respecta, Mateu es hijo del abuelo Ciro. Hay muchos elementos que me llevan a pensar así: cómo se movía en la mesa el día que cenamos, cómo se quedaba como embobado y cómo miraba al vacío mientras pensaba. En aquella cena, Mateu resultó ser un hombre discreto como lo era el nonno Ciro. Callado pero locuaz, con sus tiempos y sus maneras. También pienso así porque llevo a mi abuelo en el corazón y porque me parece normal que un chico de veinte o veintiún años, que está lejos de casa, pueda encontrar serenidad y alegría entre los brazos de una mujer. Es normal y humano.

Ahora que han pasado doce años desde la muerte del nonno guardo un buen recuerdo de aquella época. Después de tanto tiempo, tengo la curiosidad de saber, de descubrir cómo fueron realmente las cosas... Quizás es como alimentar una esperanza o perseguir un sueño, para hacer revivir al abuelo y para encontrar en otras personas historias que hablen de él, de cómo era y de lo que hizo en su vida.

Para mí, el abuelo siempre ha sido un gran hombre, pero ten en cuenta que yo he vivido nuestra relación como nieta, con los ojos enamorados y consentidos de una nieta. Como es justo que sea. Ahora que soy una mujer adulta, entiendo que adoraba a mi abuelo por cómo era —desde los

recuerdos que tengo hasta las narraciones de la nonna y papá sobre él— y por todas las cosas que hizo y vivió.

Mi padre me ha dicho que es posible que hoy deis una buena passeggiata por las calles viejas de Génova. Dejaos llevar por ellas con calma, saboread los rincones, y no os olvidéis de mirar hacia arriba, siempre descubriréis en los edificios de nuestra ciudad ventanas y relieves muy notables. Por cierto, si quieres más versiones para descubrir qué pasó exactamente en la cena con Mateu y Neus, te recomiendo hables con la nonna: ¡ya viste cómo se explica! Escucharla es una delicia, y habla con mucha precisión.

Me encontrarás aquí siempre si me necesitas. Es un placer compartirlo todo con personas que, aunque lejanas, han creado un vínculo con nosotros y con todo esto.

Saluda a tu esposa, parece una mujer realmente especial.

Gracias por todo,

Gabriella

Al final de la lista de correos electrónicos que aquella mañana tenía pendientes de leer había uno de Francesca, que ampliaba la conversación que habíamos tenido la noche anterior en el coche, de camino a la Madonna del Monte.

Caro Rafel,

Como te decía anoche, la historia del hundimiento del acorazado Roma y todos los acontecimientos y encuentros relacionados han rodeado mi infancia. Según mi percepción, esta historia me ha privado un poco de mi padre, que sentía que continuaba ligado a la dolorosa tragedia y también a las personas que conoció en España durante el año que pasó allí. Un mundo que, a pesar de pertenecer al pasado, nunca ha dejado de estar presente en nuestras vidas... También ayer, en el encuentro contigo y con Anna, que nos lo hicisteis revivir otra vez. Personalmente, siempre he pensado que mi padre había dejado algo allí... Además del afecto, quizás

también un hijo.

El día del funeral de mi padre en la iglesia de San Fruttuoso, un amigo de la familia, como broche final de la ceremonia de despedida, pronunció unas últimas palabras que resumían de forma certera la prórroga vital que el destino le había regalado:

—Bienvenido de regreso a la cubierta del acorazado Roma, Ciro — dijo desde el atril Andrea Amici, que es autor del libro Una tragedia italiana, que quiere ser un testimonio novelado de la odisea del Roma y de sus supervivientes.

Después de estas palabras, todos los presentes participaron en un aplauso caluroso, sincero y emocionado.

En cuanto al resto, puedo decirte que mi padre tenía un carácter reservado en relación con su intimidad, pero era alegre y generoso. Era un apasionado del ajedrez y de las cartas y a menudo ganaba gracias a su memoria de hierro. Las relaciones humanas eran muy importantes para él y la afectividad aparecía de manera importante en todas sus relaciones, también en las profesionales. Este interés por las personas era absolutamente transversal, por lo que en casa podían ser recibidos con la misma calidez y respeto un marinero analfabeto hijo de la isla de Procida que el armador de los barcos en los que él trabajaba como capitán desde que había completado los estudios, que hizo sulla pelle, como nos gusta decir a nosotros.

De niño, en la miseria de las calles de Nápoles, aprendió a desenvolverse y a utilizar las manos y el talento de manera artística y poética —construía maquetas navales y belenes de papel maché según las tradiciones del sur, que luego vendía para ganarse un dinero que en su casa hacía mucha falta—. Como podrás ver por la caligrafía del dietario que te prestamos, era una persona muy ordenada y diligente. Por otra parte, tenía la ética insobornable de un hombre de los viejos tiempos.

Enhorabuena y suerte con todo lo que escribas, que leeré quizás incluso en catalán.

Francesca

IV

Antes de partir, decidimos volver a casa de la *nonna* Lucia. Necesitaba hablar con ella a solas, sin la influencia de la familia. Quería seguir los consejos de Gabriella. Entendía que, para los demás, tener un hermano catalán era una aventura, un divertimento; a la *nonna* Lucia, sin embargo, aquella historia tenía que haberla afectado de otra manera. Ciro era su marido. Le había hablado de Maó, de la gente que lo había ayudado durante los cuatro meses pasados en la isla de Menorca, pero no le había mencionado lo de Caldes. Eran historias vividas antes de conocerse, pero no se las contó en su momento. Había vuelto un montón de veces a Menorca con toda la familia, pero tampoco los había llevado nunca de visita a Caldes, aunque los supervivientes del *Roma* se habían alojado allí mucho más tiempo que en Maó. ¿A qué se debían esas omisiones? ¿Podía considerarlas una traición?

Llegamos al barrio alrededor de las cinco de la tarde del sábado. Bajo el sol inclemente de julio, Génova estaba desierta. Afortunadamente, el mercado de San Fruttuoso estaba abierto y entramos para comprar un ramo de flores. Como no había claveles de poeta ni peonías, que son flores que me gusta regalar, nos decidimos por un ramo de *liliums*, lirios blancos, un poco más sofisticados. Cuando entramos en el piso, ella se mostró muy afectuosa, dejó las flores en la cocina, en agua, y nos ofreció un helado. Nos sentamos en el comedor. Yo quería preguntarle despacio, de manera delicada, pero mis prevenciones resultaron innecesarias. Me pidió que la tuteara. Solo necesité lanzar la primera pregunta; la *nonna* Lucia quería hablar.

—¿Nunca te incomodó la historia? ¿No te sentiste violenta al saber que había alguien que pretendía ser hijo de tu marido?

—No, *non mi dispiaceva*, no me molestó en ningún momento. Esas cosas tuvieron lugar mucho antes de que nos conociéramos, que no fue hasta 1947, dos años después de que terminara la guerra, una vez que vino a visitar a su hermana, que era vecina nuestra en Camogli, un pueblo costero muy bonito, en un extremo del promontorio de Portofino. Una tarde que yo estaba en el parque con un sobrino mío de tres años, apareció Ciro con el hijo de su hermana Giuseppina, que tenía cuatro. Los niños se pusieron a jugar y nosotros empezamos a charlar. Al día siguiente volvimos al parque, y también dos días después, por lo que nos acostumbramos a nuestras charlas. Él me contaba las maravillas de Nápoles y cada tarde me cantaba aquella canción de un napolitano que san Pedro invita a quedarse en el paraíso: el hombre declina el ofrecimiento, abre la ventana del cielo, le enseña a san Pedro la bahía de Nápoles y le dice: «Yo ya vivo en el paraíso». Creo que la canción se titula *Dos paraísos*.

»A veces también me contaba sus desventuras en la guerra, pero de Caldes ni palabra; solo supe lo de que se hacía lavar la ropa por una chica del pueblo y que todos regalaban piropos a las lavanderas y bromeaban con ellas. De Maó, sí; de Maó hablaba siempre. Y nos llevó allí de vacaciones un montón de veces. En Menorca había dejado unos amigos, el matrimonio Mateu Pons y Magdalena Moll, que siempre nos recibieron como si fuéramos de la familia. Y eso que habían conocido a Ciro cuando lo habían pillado robando fruta en la finca de Sant Antoni, donde trabajaban como encargados. Ciro se había hecho a sí mismo en las calles de Nápoles, donde habían desterrado a su familia por antifascistas. Era un chico que, si no tenía nada, no se resignaba. Si había que robar para comer, robaba. Mientras estaban en el barco, en Maó, cuando podían escaparse de la base naval, algunos marineros recorrían las casas de campo para ver qué conseguían. Un día de finales de septiembre de 1943 descubrió una finca muy bien cuidada, con unos higos grandes y maduros, agrietados por el sol. “Dulces como la miel”, recordaba él siempre. Y no se pudo resistir.

»Allí inició una amistad que aún dura a través de los hijos y los nietos de

Mateu y Magdalena. Durante una época íbamos a verlos cada dos veranos. Ciro aprovechaba la estancia en la isla para organizar visitas conjuntas de nuestra familia y de nuestros amigos menorquines al cementerio de Maó, para homenajear a sus compañeros muertos.

»En la época en que estuvo refugiado en España, Ciro era joven y muy simpático. Era divertido. ¿Guapo? No especialmente. Era un chico robusto, fuerte, eso sí, pero a mí al principio no me gustaba. Me conquistó un trece de diciembre en que apareció con unas chocolatinas y me dio *gli auguri* por santa Lucia. A mí, que nunca me habían felicitado por mi santo, me tocó la fibra. Ya ves, me conquistó con un poco de chocolate y deseándome un feliz día de mi santo. Supongo que antes debió de enamorar a otras chicas. Cuando los supervivientes del *Roma* llegaron a Caldes, él todavía era muy joven, tenía veintiún años recién cumplidos. Estábamos en guerra y los marineros estuvieron un año entero lejos de casa, en tierras extrañas. Hicieron amistades, conocieron a gente que los acogió como si fueran de la familia.

»Aquel fue un tiempo muy incierto en todos los sentidos. Puedes estar seguro de ello: para mí, la existencia de Mateu y la posibilidad de que fuera hijo de mi marido nunca supusieron un problema. Es más, todos nos acostumbramos a pensar que quizás fuera verdad que Mateu era su hijo. Y nos hacía ilusión. Por ello, la llegada de los resultados negativos de las pruebas de ADN nos dolió. Habíamos ganado un hijo, un hermano, ¡y ahora volvíamos a perderlo!

»Luego, con el tiempo, supimos enfocar el tema de otra manera y nos recuperamos. En definitiva, había sido una hermosa experiencia, y ahora mantenemos un contacto muy intenso con toda la familia de Mateu. Nos felicitamos todos los años por Navidad y Pascua; nos mandamos fotos de los nacimientos y nos invitamos a las bodas y a los bautizos. Y desde aquel primer encuentro en el piso de Génova, por Santa Lucia nunca más me han faltado los *auguri* de Mateu y Neus.

Pasaba el tiempo y teníamos que salir hacia el aeropuerto. Tenía una idea muy aproximada de la revolución serena que había causado la repentina

aparición de Mateu y Neus en la vida de los Sannino de Génova, pero aún no entendía qué les había devuelto el convencimiento de que de verdad tenían un hermano en un pueblecito de las comarcas de Girona. Se lo pregunté directamente.

—¿Qué pasó en aquella famosa cena que organizaste con toda la familia para recibir a Mateu y a Neus la segunda vez que vinieron a Génova?

Cerró los ojos, para recordar.

—Cenamos aquí mismo, en este comedor. Tuve que juntar dos mesas, porque quería que estuviéramos todos; quería convertir la cena en un gran homenaje a mi marido, que no hacía ni seis meses que nos había dejado. Ellos dos, Mateu y Neus, llegaron un poco cansados, venían de Florencia; habían hecho el viaje de un tirón y, además, la visita no había ido como esperaban. Era la primera vez que nos veíamos desde aquel día que se habían despedido de Ciro, aquí al lado, en el recibidor, y nos volvimos a abrazar de una manera muy natural; esta vez, sin embargo, sin llantos. No puedo ocultar que sentía cierta emoción: el recuerdo de la visita anterior, cuando mi marido estaba vivo, volvía a mi memoria.

»Coloqué a mi hijo Giovanni en un extremo de la mesa y a Mateu en el otro, y yo me senté a su lado, de modo que solo lo veía de reojo. La presencia de mis nietas y de mi nieto contribuyó a animar la mesa y Neus también se esforzaba por participar en la conversación. Mateu, en cambio, callaba. Estaba taciturno, pero todos respetamos su aislamiento. Nos entristecía que lo hubieran recibido mal en Florencia. A medida que avanzaba la cena, me di cuenta de que mis hijos no podían evitar mirar a Mateu y también se dedicaban miradas furtivas entre ellos. Luego me contaron que aún les llamaban la atención las entradas en las sienes y la barbilla, que les recordaban mucho a Ciro. Los gestos, las miradas y los movimientos de los ojos también eran los de Ciro cuando tenía la edad de Mateu. Pero, sobre todo, estaban cautivados por su actitud hosca, que era idéntica a la de mi marido siempre que las cosas no marchaban bien.

»Llegó un momento en que todos los miembros de la familia parecían hipnotizados por Mateu. No podían dejar de mirarlo y, de vez en cuando, intercambiaban miradas indiscretas y se interrogaban en silencio, tratando de

averiguar qué pensaba cada uno de ellos sobre lo que estaban viendo. Gabriella, que estaba justo delante de mí, era la que abría más los ojos.

»Solo yo parecía ajena a aquella expectación colectiva. Pero llegó un momento en que no pude más. Me volví con descaro hacia nuestro invitado, para ver qué narices miraban, y entonces lo entendí: con dos dedos, el pulgar y el índice de la mano derecha, Mateu se frotaba suavemente el lóbulo de la oreja, como había hecho toda su vida mi marido cuando estaba preocupado. Y en ese preciso instante dejé de ver a Mateu, el hombre que había viajado a Italia desde la posguerra española buscando a un padre, y me imaginé que mi Ciro estaba allí, presidiendo nuestra cena, sentado como siempre a la cabecera de nuestra mesa, con aire preocupado y pensativo.

POST SCRIPTUM



SALT

*Porto Torres - Roma,
septiembre de 2017*

Había puesto punto final a la historia del hijo del italiano, pero aún me sentía atrapado por la epopeya colectiva de los marineros refugiados en Caldes. En septiembre del año 2017 viajé a la isla de Cerdeña para asistir a los actos conmemorativos del septuagésimo cuarto aniversario del hundimiento del *Roma*.

Los actos académicos, muy emotivos, se celebraron en el monumento del frente marítimo de Porto Torres, justo delante de la gran bahía de Asinara, en cuyo fondo fueron localizados hace cinco años los restos del buque insignia de la flota italiana. La celebración popular prosiguió en el local social de la Associazione Nazionale Marinai de Italia y luego, los organizadores del encuentro me invitaron a la comida que tuvo lugar en uno de los restaurantes más populares del puerto. Me sentaron en una de las cabeceras de la mesa, entre el almirante Mario Rino Me y el exministro de Defensa de Italia, Arturo Parisi. Enfrente tenía a Nicola Puggione y a Roberto Barbieri, presidente y vicepresidente de la Associazione Reduci e Familiari dei Caduti della nave *Roma*, que agrupa a supervivientes y familiares de la tripulación naufragada. A mitad de la comida, el almirante y el exministro empezaron a rivalizar para contarme la fabulosa historia de uno de los marineros que fueron a parar a

Caldes y que se enamoró locamente de una chica de Vidreres.

—¡Tienes que conocerlo! —Finalmente el militar se impuso—. Durante más de setenta años, Ovilio Lombardi ha llevado en la cartera la foto de la chica y no ha dejado de mirarla ni un solo día desde que ella se la dio al pie del tren el día que los marineros se fueron de Caldes. Hasta que el año pasado tuvieron que ingresarlo para operarle una vieja herida de guerra en el brazo y en el hospital le robaron todos los objetos personales, entre ellos la cartera y la foto de la *fidanzata catalana*. Desde entonces sufre una fuerte depresión. No se ha recuperado.

Era emocionante, pero también me provocaba un gran desconcierto. ¿Cómo era posible que después de tantos meses de seguir el rastro de los marineros italianos en nuestro país no supiera nada de aquella historia? Antes del postre, a través de su hija, me habían concertado una cita con Ovilio Lombardi, y dos semanas más tarde volaba a Roma para encontrarme con él.

Lorena Lombardi, la hija de Ovilio, me había citado a las dos de la tarde en la puerta de los estudios de Cinecittà, en las afueras de Roma. Llegó en coche y aparcó en doble fila, el tiempo justo para bajar a saludarme. Luego me confió a su padre y volvió a arrancar en dirección al centro.

—¡Cuando acabes no te preocupes por él, déjalo en la boca del metro y ya volverá solo a casa! —gritó Lorena a través de la ventanilla del coche antes de desaparecer engullida por el tráfico.

Era 25 de septiembre, un lunes, y hacía un calor espantoso. Saludé con mucha emoción a Ovilio, que se había arreglado y vestía un traje gris verdoso para la ocasión, y le propuse caminar un rato para buscar alguna sombra protectora. En la acera no había ni un árbol.

—Podemos bajar al metro —sugirió él con naturalidad—, en los vagones hay aire acondicionado y se está bastante bien.

Empezamos a caminar hacia la boca de la parada Cinecittà, la más cercana. La operación quirúrgica a la que acababa de someterse lo había dejado más delgado de la cuenta, porque le sobraba traje por todas partes. Me preguntaba si la tristeza por la pérdida de la foto también lo habría ayudado a

encogerse; era evidente que entonces Ovilio era un hombre abatido, sin ánimos.

Lo cogí del brazo para ayudarlo a bajar la escalera y aún me pareció más frágil. Habría podido levantarlo del suelo con una sola mano y hacerlo volar por los aires como una caña o como una hoja de papel. Con su traje verdoso recordaba a una cigarra o una libélula. Más que ligero, parecía vaporoso. Enseguida me di cuenta de que aquella apariencia no era incompatible con una enorme vitalidad.

Llegamos al andén justo cuando el convoy se detenía. En cuanto nos acomodamos en el vagón, me preguntó si yo vivía cerca de Caldes y glosó con gran entusiasmo las virtudes del pueblo. Hablaba despacio, en voz baja, como si no estuviera seguro de soltarse. Cuando entramos en la estación de Subaugusta pareció que se animaba, y cuando dejamos atrás Lucio Sestio, comprendí que ya nada podría detenerlo. Le había cogido el gusto a hablar y quería contarme todas sus peripecias en la guerra. Parecía una de esas personas que han vivido tantas adversidades que ya no se quejan de nada, que se resignan ante los males y saborean intensamente cualquier instante de felicidad que el azar les ha podido regalar en algún momento excepcional de la vida. Empezó a recordar a partir del momento del bombardeo de la Luftwaffe y el hundimiento del *Roma*, y ya no paró hasta la llegada de los supervivientes a tierras catalanas. Recordaba bien la miseria de la posguerra española y cómo los había sorprendido el miedo y el terror que dominaban entonces el pueblo de Caldes de Malavella. Pero recordaba aún mejor las escapadas a Vidreres. Mientras explicaba sus aventuras amorosas estaba exultante y tenía mejor aspecto, pero entonces retornó al presente y cuando recordó su estancia en el hospital y el robo de la foto, su rostro se oscureció.

—Dejé la cartera encima de la mesita y debí de quedarme dormido. Cómo iba a pensar que en un hospital podían robarme... Nunca me recuperaré del disgusto. La foto de Quimeta era mi tesoro. Entré para operarme de un brazo y salí enfermo del corazón.

—¿No habías hecho ninguna copia?

—¡Qué quieres! Llevé la foto en la cartera durante más de setenta años. Cómo iba a imaginar que tenía que hacer copias.

Me di cuenta de que entrábamos en la estación de Manzoni, porque justo entonces se quedó callado y no volvió a hablar hasta más allá de piazza Spagna. Respeté su dolor y me sobrecogió ver que una lágrima se deslizaba discretamente por su mejilla.

—Cómo podía imaginarme que en un hospital podían robarme mis cosas más queridas —iba repitiendo con la mirada clavada en el suelo.

Pasamos toda la tarde encerrados en aquel vagón de la línea 1 del metro de Roma. Hicimos dos veces el trayecto entero entre los dos extremos, de Anagnina a Battistini, y repasó apasionadamente el día a día de aquellos siete meses pasados en Caldes. Vivía en el Balneario Prats, en la última de las habitaciones de la planta baja, la que daba a la panadería del pueblo. Me explicó que se escapaban a bailar a Vidreres y que allí un grupo de costureras bromeaban sobre su nombre porque Ovilio les recordaba la palabra *ovillo*, que habían oído decir a los castellanos para referirse a los ovillos de lana que usaban las chicas. También recordaba las sardanas que se bailaban allí algún domingo.

Y recordaba sobre todo la piel morena, la cabellera oscura, los ojos negros de Quimeta, *su fidanzata catalana*.

—Cuando regresamos a Italia nos escribimos algunas veces, pero no volvimos a vernos nunca más: yo era antifascista y no estaba dispuesto a regresar a la España de Franco; ella tenía dieciséis años y no contaba con el consentimiento de los padres para venirse a vivir a Italia.

La segunda vez que hicimos el trayecto de vuelta, cuando entramos en la estación de Lucio Sestio en dirección a Cinecittà, me dijo que era la más cercana a su casa y bajamos. Me acompañó al otro andén, para que yo pudiera tomar el metro para volver al centro, y aún estuvimos charlando un rato sentados en un banco.

—No la olvidaré nunca —me dijo cuando nos levantábamos porque las luces en el fondo del túnel indicaban que mi convoy se acercaba—. Me han robado la foto, pero la había contemplado tantas veces que me la sé de memoria. Ella estaba más bonita que nunca: sus dieciséis años se mostraban

esplendorosos; se había colocado un clavel rojo en la oreja y tenía una cola larguísima, negra, como de seda, encima del hombro. Estaba sentada en una tumbona de madera, ante un decorado que simulaba la cubierta de un crucero de lujo, con un ramo de flores en su regazo. Yo le cogía la mano y ella miraba a la cámara con aquellos ojos negros, tan profundos que mareaban. Los ojos le brillaban, porque debía fingir que me rechazaba y nos moríamos de risa. Se la veía feliz, a mi *fidanzata*. «Joaquina Tarrés, calle 2 de febrero, Vidreras», me escribió en el reverso de la foto el día que nos despedimos en la estación de Caldes.

El tren había entrado en la estación. Estábamos cara a cara, él de pie en medio del andén y yo en el paso de la puerta, listo para saltar al vagón. Me apresuré a tenderle la mano y nos la estrechamos. Ovilio aún seguía hablando:

—En la foto no estábamos solo nosotros dos; éramos cuatro. Había otra pareja, pero los otros se habían colocado discretamente detrás de nosotros, como si la foto no fuera cosa suya. Se miraban a la cara y también se comían con la mirada, como nosotros, pero el fotógrafo no los pudo convencer de que se pusieran en primer plano.

Cuando la señal acústica anunció el cierre de las puertas todavía oí sus palabras:

—Ese día, Ciro y Joana parecían resignados, tristes, convencidos de que se les agotaba el tiempo...

El corazón se me puso a mil. Las puertas se habían cerrado. El metro se había puesto en marcha. Pegué la cara al cristal del vagón. Ovilio, de pie en medio del andén, me decía adiós con la mano y aún movía los labios. Repasaba hasta el último detalle todos los elementos de aquella foto que se habían sacado los cuatro una tarde de toros de 1944 en la plaza de l'Oli de Girona. Y los recitaba en voz alta, para memorizarla. Como una oración.

NOTA DEL AUTOR

SALT

Esta novela se basa en hechos reales y se inspira en la vida de Narcís Barceló y en la epopeya de Ciro Orefice y de un millar de marineros italianos que en 1943 se refugiaron en el puerto de Maó y en los balnearios de Caldes de Malavella tras el hundimiento del acorazado *Roma*, bombardeado por la Luftwaffe en venganza por el armisticio firmado entre Italia y los países aliados. A pesar de la fidelidad al contexto histórico, algunos episodios han sido reinterpretados por el autor y son responsabilidad exclusiva de su imaginación.

El *Post scriptum* nace de la melancolía de otro superviviente del *Roma*, Ovilio Frassinetti. El hundimiento del buque insignia de la flota italiana y la estancia de los marineros en Menorca y en Cataluña están documentados por testimonios de sus protagonistas, especialmente en *Una tragedia italiana / 1943. El affondamento della corazzata Roma*, de Andrea Amici, publicado por Tea (Gruppo Editoriale Mauri Spagnoli); *Per l'onore dei Savoia / 1943-1944: da un superstite della corazzata 'Roma'*, Gruppo Ugo Mursia Editore (1996), y *Le navi da guerra italiane internate alle Baleari dopo el 8 settembre*, de Giuliano Marengo, Lampi di Stampa (2009). El autor también se ha documentado en la exhaustiva información de la época rescatada por el juez de paz de Caldes, Antonio Vilà, así como en un breve relato de Ciro Orefice y

en el dietario de Federico Accini, oficial italiano recluido en el puerto de Maó hasta el final de la Segunda Guerra Mundial.

AGRADECIMIENTOS

SALT

Mi reconocimiento a Narcís Barceló, que durante más de un año me ha recibido periódicamente en su casa en Caldes y ha aceptado compartir las emociones que se le despertaron mientras duró la búsqueda de su padre; y también a Pilar, su mujer, y a Marta y Cristina, sus hijas, que me han acogido todo este tiempo como uno más de la familia. Y un recuerdo particular a Esteve Barceló, que murió el verano de 2018 y ya no podrá leer el libro.

A la familia de Ciro Orefice, especialmente a su viuda, la *nonna* Ana, a sus hijos, Gianni y Marina, y a Alice, una de las nietas, les tengo que agradecer el encuentro en Génova y la correspondencia posterior. Nunca olvidaré la cena en la Madonna del Monte.

Antonio Vilà fue el primero que me habló de la estancia de los italianos en los balnearios; sin él y su generosidad, esta novela no se habría escrito. Le debo mucha documentación y muchas aclaraciones mientras escribía el libro. Mi reconocimiento también a toda la gente de Caldes que me ha abierto su álbum de recuerdos familiares, de manera especial a Carmen de can Parcala, que me contó las peripecias de la lavandería familiar y el refugio de su padre en Alella; a Rosa y Rafael Quintana, que me recibieron cálidamente en el Balneario Prats, y a Luis López, que me descubrió el desván del Vichy Catalán. Al escritor Joaquim Carbó, hijo de Caldes, le debo la conversación, deliciosa, de un comerciante del pueblo con el sargento de la Guardia Civil.

El director de la Institución de las Letras Catalanas, el poeta Joan Elies

Adell, me presentó a Nicola Puggione y a Roberto Barbieri, de la Associazione Reduci e Familiari dei Caduti della Corazzata Roma, que me han guiado por Cerdeña y me han animado a escribir el libro. A la familia Cardona Serra, de Es Castell, mi reconocimiento por acompañarme en los recorridos por el puerto de Maó, y al general Luis Alejandro y a José María Cardona, por guiarme en la visita a la isla del Rey. A Eduardo Serra por compartir el recuerdo del día de la llegada de los barcos italianos a Menorca, y a Trini Peña por ayudarme a reconstruir la amistad de Ciro con los padres de su marido, campesinos de Sant Antoni.

A Quim Español le debo la lectura del primer manuscrito y un montón de comentarios sugerentes. Como siempre, a María Cardona, Ricardo Domingo y Anna Soler Pont, de la agencia literaria Pontas, les tengo que dar las gracias por sus consejos y por hacerme la vida más fácil; y a Gloria Gasch, Lola Gulias y a Emili Rosales, mis editores, por la magnífica edición que el lector tiene en sus manos.

NOTAS

[*] «Aire que se filtra por la ranura lleva a la sepultura.»

[*] «¡Hijos de puta! ¡Os voy a cortar los huevos y os los haré tragar!»

[*] «Vete a casa, desgraciado! ¡Otro día ya ajustaremos cuentas!»

[*] «¡Las rosas, qué bonitas son! ¡Vuelve mayo! /¡Aspirad el olor de estas bellas flores! /
¡Escuchad cómo cantan los pájaros! / Y tú, ¿aún duermes? ¡Oh, qué atrevimiento!»

[*] «Dos viejos profesores de orquesta / un día no tenían nada que hacer. / Cogieron la guitarra y la mandolina / y al Paraíso fueron a tocar. / "Toc toc, San Pedro, ¡abrid! / Queremos divertirlos." / "¿Sois de Nápoles? ¡Entrad / y dejadnos escuchar!".»

El hijo del italiano

Rafael Nadal

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Imagen de cubierta: © José Luis Paniagua, y © Rodney Harvey / Trevillion Images

© Rafel Nadal i Farreras, 2019

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© Traducción de Josep Escarré, 2019, por la traducción

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U., 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

La traducción del poema de la página 173 es de Julio Martínez Mesanza (*Vita Nuova* de Dante Aligheri, Siruela, 1988).

La cita de la página 9 es traducción de Luis Segalá y Estalella (*La Odisea de Homero*, Espasa Libros, 2017)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-08-20957-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com